AVENTURAS

DE GIL BLAS

DE SANTILLANA.

AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA,

Escritas en francés por M.r LESAGE, y traducidas al castellano por el Padre JOSÉ ISLA.

NUEVA EDICION CORREGIDA.

TOMO IV.

MADRID,

EN LA IMPRENTA DE SANCHA.

M. DCCCVII.

AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA.

LIBRO DÉCIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Partida de Gil Blas para Asturias, y lo que le sucedió al pasar por Valladolid.

QUANDO me estaba disponiendo para mi viage de Asturias con Scipion, fué el Duque de Lerma creado Cardenal por la Santidad de Paulo V. Deseaba este introducir el Santo Tribunal de la Inquisicion en el Reyno de Nápoles, y honró con el Capelo al primer Ministro del Rey de España, para empeñarle en lograr el consentimiento y la aprobacion de aquel Monarca en tan santo intento. Los que pretendian conocer perfectamente al nuevo Cardenal, hablaban de la tal creacion, como suelen hablar regularmente los quejosos y envidiosos, no ménos que los que presumen de zahoríes y penetrativos.

Scipion, que se alegraria mas de verme en un puesto brillante de la Corte, que obscurecido

en la soledad, me aconsejó que me presentase al nuevo purpurado. Puede ser, me dixo, que su Eminencia, viéndole á vmd. fuera de la prision por órden del Rey, no quiera ya fingirse irritado contra vmd., y que le vuelva á admitir en su servicio. Sin duda Scipion, respondí, te has olvidado de que solo conseguí la libertad baxo condicion de que dentro de un mes habia de salir de las dos Castillas. Fuera de eso, no creas que esté ya disgustado con mi hacienda y con mi casita de Liria. Ya te lo he dicho, y te lo vuelvo á repetir, que aunque el Duque de Melar me restituyese á su gracia, y me ofreciese el mismo puesto que ocupa el Baron de Roncal, todo lo renunciaria. Tengo ya tomado mi partido. Quiero ir á Oviedo para ver á mis pobres padres, y traérmelos conmigo á las cercanías de Valencia. Pero, amigo, si tú estás arrepentido de unir tu suerte con la mia, no tienes mas que hablar: estoy pronto á darte la mitad de lo que tengo; con ello te podrás quedar en Madrid, y llevar adelante, hasta donde pudieres, tu fortuna.

¿Cómo así? replicó mi secretario algo resentido de estas expresiones: ¿es posible que vmd. haya sospechado de mí que fuese capaz de tener repugnancia á seguirle en su retiro? Esa sospecha ofende mi zelo y mi amor á su persona. ¿Pues qué, Scipion, aquel fiel criado, que por darle algun alivio en sus penas estaba resuelto á encerrarse de por vida con vmd. en el Alcazar de Segovia, tendrá ahora repugnancia en seguirle

y acompañarle en un sitio donde esperamos gozar mil delicias? No, Señor, no, ninguna gana tengo de desviar á vmd. de tan acertada resolucion. Quiero confesarle una treta mia: si le aconsejé que se presentase al nuevo Cardenal, fué únicamente para probarle, y ver si todavía le quedaba alguna reliquia de ambicion. Ea pues, ya que se halla vmd. tan desprendido de todo pensamiento de grandezas humanas, abandonemos prontamente la Corte, y vamos luego á disfrutar aquellos inocentes y deliciosos placeres que en la soledad nos hemos ideado.

Con efecto, poco despues partímos de Madrid en una calesa tirada de dos arrogantes mulas, gobernadas por un mozo inteligente, que tomé por criado, agregándole á nuestra familia. Dormímos el primer dia en las Rozas al pie de Guadarrama, el segundo en Segovia, donde, sin detenerme á visitar al generoso Alcayde Tordesillas, proseguí mi camino á Valladolid. Al descubrir esta ciudad, no me pude contener sin dar un profundísimo suspiro. Observólo mi compañero, y me preguntó la causa. Acuérdome, hijo, le respondí, que en Valladolid exercité la medicina; y en este mismo punto me estan despedazando los remordimientos de mi conciencia, temiendo de que vengan á hacerme pedazos todos aquellos á quienes mi temeridad é ignorancia echáron en la sepultura. ¿Y eso le da á vmd. cuidado? replicó mi secretario. Sin duda, Señor Gil Blas, que es vmd. un buen

hombre. ¿Pues no vé por ahí á tantos doctores ancianos y reverendos que han hecho lo mismo? ¿Y piensa vmd. que por eso tienen los mismos remordimientos? No, Señor, se pasean muy serenos y tranquilos, atribuyendo á la violencia del mal los accidentes funestos, y haciéndose á sí mismos grande honor de los afortunados y felices.

De ese carácter, repuse yo, éra el doctor Sangrado, cuyo método seguí con la mayor fidelidad. Aunque viese morir cada dia veinte enfermos en sus manos, vivia tan persuadido de la excelencia de sus dos específicos universales para todo género de enfermedades, conviene á saber, las sangrías del brazo y el uso del agua, que si morian los pacientes, lo atribuía siempre á que habian bebido poco, ó no los habian sangrado bastante. ¡Vive Dios! exclamó Scipion, dando una tremenda carcajada, que me ha citado vmd. un hombre original. Si tienes curiosidad de verle, repuse yo, mañana la podrás satisfacer como esté en Valladolid, y no haya muerto; lo que dudo mucho, porque ya era viejo quando le dexé, y desde entónces acá se han pasado bastantes años.

Lo primero que hicimos, luego que nos apeámos en un meson, fué preguntar por el tal Doctor. Supimos que aun era vivo, pero que ya no visitaba por motivo de su gran vejez, y que le habian sucedido otros tres ó quatro Doctores, los quales estaban en grande repu-

tacion por inventores de otra nueva práctica, tan perjudicial por lo ménos como la de aquel.
Resolvimos hacer alto el dia siguiente, ya para que descansasen las mulas, ya tambien para ver al doctor Sangrado. Dicho dia á las diez de la mañana fuimos á su casa, y le hallámos sentado en una poltrona con un libro en la mano. Levantóse luego que nos vió, vino hácia nosotros con paso muy firme para un septuagenario, y nos preguntó qué queríamos de él, y en qué podia servirnos. ¿Pues qué, Señor Doctor, le respondí yo, es posible que ya no me conozca vmd., siendo así que tuve la fortuna de haber sido su discípulo? ¿No se acuerda vmd. de cierto Gil Blas que en otro tiempo fué su comensal, su pasante, y aun su substituto? ¿Cómo así? me replicó, dándome un abrazo: ¿con qué, eres tú Santillana? cierto que no te habia conocido, y me alegro infinito de volverte á ver. ¿Qué te has hecho despues que nos sep[illegible]ámos? sin duda te habrás aplicado á la medicina. Es verdad, le respondí, que me inclinaba grandemente á ella; pero no me permitiéron seguirla muchas y graves razones.

Peor para tí, replicó Sangrado; con los principios que sacaste de mi escuela, á la hora de esta hubieras llegado á ser un habilísimo Médico, con tal que te hubieses precavido del peligroso amor á los remedios chîmicos. ¡Ah, hijo mio! exclamó arrancando un doloroso suspiro. ¡Y qué novedades se han introducido en

la medicina, de algunos años acá! Perdido ha esta divina arte todo su honor y toda su dignidad. Esta ciencia, respetada de los hombres en todos los siglos, hoy se halla en poder de la temeridad, de la presuncion, de la ignorancia. Los hechos hablan, y presto levantarán el grito las mismas piedras contra el desórden de los que la practican: *lapides clamabunt.* Médicos, ó por mejor decir, Medicastros hay en esta ciudad, que como infelices esclavos del antimonio, irán arrastrando tras el carro de su triunfo: *Currus triumphalis antimonii.* Desertores de la escuela de Paracelso, idólatras adoradores del *kermes*, curanderos de fortuna, cuya ciencia médica consiste toda en saber preparar algunas drogas chîmicas. ¿Qué mas te diré? En sus métodos todo está pervertido, todo trastornado. La sangría del pie, en otros tiempos tan raras veces practicada, hoy se ha hecho ya de moda, y es la que solo se usa. Los purgantes antiguamente tan dulces y benignos, en nuestros dias se han mudado en un brebage atestado de emético y de kermes. La medicina el dia de hoy no es mas que un confuso cáos, en que cada uno se toma la libertad de hacer lo que se le antoja, rotos los diques y despreciados los límites que sabiamente nos prescribiéron nuestros primeros maestros.

Aunque estaba reventando por reir al oir aquella cómica declamacion, todavía supe contenerme, y aun hice mas. Comencé yo mismo á de-

clamar contra el kermes, sin saber lo que significaba, y dí al diablo á los que le habian inventado, á salga lo que saliere. Advirtiendo Scipion lo mucho que me divertian las manías de mi antiguo amo y maestro, quiso contribuir tambien por su parte á ello con algun cornadillo. Yo, Señor Doctor, dixo á Sangrado, soy sobrino de un hermano de mi abuelo, que era Médico de la escuela antigua, y como tal, pido licencia á vmd. para declararme contra los remedios chîmicos. Mi Señor tio, que Dios haya, era tan ciego parcial de Hipócrates, que riñó muchas veces con los empíricos, porque no hablaban con el debido respeto del Rey de la medicina. La buena sangre nunca se desmiente. De buena gana haria yo el oficio de verdugo para ahorcar á esos ignorantes novatores, de quienes vmd. se queja con tanta justicia, y con no menor eloqüencia. ¡Qué desórden no causan en toda la sociedad civil esos miserables enemigos del género humano!

Ese desórden, replicó el Doctor, es mayor y mas funesto de lo que vmd. piensa. De nada me sirvió publicar un libro contra esa médica carnicería; ántes bien cada dia va en aumento. Los Cirujanos, cuyo gran hipo es querer hacer de Médicos, creen que verdaderamente lo son solo con saber recetar kermes y emético, añadiendo sangrías del pie, como se les antoja. Adelántanse hasta mezclar el kermes en las pócimas y cocimientos cordiales, y cátate que ya se juzgan

iguales á esos fabricantes de la nueva medicina. Ha cundido el contagio hasta dentro de los mismos Claustros. Hay en ellos ciertos Frayles que pretenden hacer de Boticarios y de Cirujanos. Estos monos de los Médicos se aplican á la chîmica, y saben preparar drogas perniciosas, con las que abrevian la vida de sus Paternidades muy Reverendas. En fin se cuentan en Valladolid mas de sesenta Conventos de Frayles y Monjas: contemple vmd. ahora el destrozo que hará en ellos el kermes junto con el emético, y la sangría del pie. Señor Sangrado, dixe yo entónces, es muy justa la indignacion de vmd. contra esos públicos envenenadores; yo me lamento de lo mismo, y entro á la parte en su compasivo temor por la vida de los hombres, manifiestamente amenazada por un método tan contrario al que vmd. sigue. Temo muchísimo que la chîmica no sea algun dia la ruina de la medicina, como lo es de los reynos la moneda falsa. ¡Quiera el Cielo que este dia fatal no venga pronto!

Aquí llegaba nuestra conversacion, quando entró en el quarto del Doctor una criada vieja, que le traía en una bandeja un vaso y dos garrafitas de vidrio llenas, una de agua y otra de vino, juntamente con unos bollitos de leche. Tomó algunos de estos, y echando en el vaso dos partes de agua y una de vino, se lo bebió. Aunque usó de esta precaucion, no por eso se libró de la reconvencion que yo le hice. A fe, Señor Doctor, le dixe, que le he cogido á vmd.

en el garlito. ¡Vmd. beber vino! ¡vmd. enemigo tan acérrimo de él, que en los dos tercios de su vida ha bebido siempre agua! ¿De quándo acá se ha hecho tan contrario á su propia doctrina? Ni puede excusarse con su avanzada edad; pues en una parte de sus escritos define la vejez, diciendo que es *una tísis natural que poco á poco nos va desecando y consumiendo*; por señas que en virtud de esta definicion hace vmd. graciosa burla de los que llaman al vino *la leche de los viejos*. ¿Qué dirá vmd. ahora en su defensa?

Digo, me respondió el viejo, que me reconvienes sin razon. Si yo bebiera vino puro, la reconvencion seria justa, y me argüirias bien de infiel observador de mi método y doctrina; pero ¿ya reparaste en que el vino que bebí estaba muy aguado? Sí, Señor, le respondí, lo reparé; mas eso mismo me pareció otra inconseqüencia, porque me acuerdo bien que vmd. llevó muy á mal, y gruñó mucho porque el Canónigo Sedillo bebia vino, aunque lo mezclaba con mucha agua. Confiese vmd. pues boniticamente que al cabo conoció su error, y que el vino no es tan pernicioso como á vmd. le parecia, con tal que se beba con moderacion.

Hallóse mi Doctor algo atarugado con esta réplica. No podia negar que en sus libros habia prohibido el uso del vino; y como la vanidad y la vergüenza no le permitian darme la razon, no sabia el pobre qué responderme. Para

sacarle de este pantano, mudé de conversacion, y poco despues levanté la visita, diciéndole al despedirme, que se mantuviese siempre firme contra los nuevos Medicastros. Animo, Señor Sangrado, le dixe, no dexe vmd. de gritar contra el kermes, y perseguir á sangre y fuego la sangría del pie. Si á pesar de su zelo y amor á la ortodoxîa médica, esa raza empírica lográ arruinar la antigua disciplina, por lo ménos tendrá vmd. el consuelo de haber hecho quanto estaba de su parte para mantener su crédito.

Al retirarnos mi secretario y yo á nuestro meson, divirtiéndonos con el gracioso y original carácter del tal Doctor, pasó cerca de nosotros por la misma calle un hombre como de cincuenta y cinco á sesenta años, con un sombrero alicaido, la cabeza torcida, los ojos baxos, y un rosario de cuentas gordas en la mano. Miréle atentamente, y muy luego conocí que era el Señor Manuel Ordoñez, aquel famoso administrador del Hospital, de quien se hizo honorífica mencion en el tomo primero de esta historia. Lleguéme á él con grandes muestras de estimacion y respeto, y le saludé diciendo: servidor del Señor Manuel Ordoñez, dignísimo administrador del Hospital, y el hombre mas hábil del mundo para conservar la hacienda y bienes de los pobres. Al oir estas palabras alzó los ojos, miróme fixamente, y respondió con grande melosidad que queria conocerme, porque le parecia haberme visto, mas que no se acor-

daba donde. Respondíle que yo solia ir algunas veces á su casa en tiempo que le servia un amigo mio llamado Fabricio Nuñez. Ahora caygo en cuenta, repuso el administrador con una risita falsa, por señas que los dos érais muy buenas alhajas, y que hicísteis admirables muchachadas. ¿ Y en qué ha parado el pobre Fabricio? Siempre que me acuerdo de él, me tiene con cuidado su paradero.

Precisamente para darle á vmd. noticias suyas, repliqué yo, me tomé la licencia de detenerle ahora. Sepa vmd. que Fabricio está en Madrid ocupado en dar á luz varias obrillas miscelaneas. ¿ Qué quiere decir miscelaneas? me replicó. Quiere decir que escribe sobre diferentes materias, ya en prosa, ya en verso. Compone comedias y novelas. En suma, es un mozo de ingenio, y tiene introduccion en muchas buenas casas donde es bien recibido. ¿ Y cómo lo pasa con su carnicero y con su panadero? me preguntó el administrador. No muy bien, le respondí; porque aquí para entre los dos, tengo para mí que el infeliz está tan pobre como Job. Ni yo tengo en eso la menor duda, repuso Ordoñez. Haga la corte á los Grandes todo lo que quisiere; sus complacencias, sus lisonjas, y sus vergonzosas baxezas le producirán lo mismo que sus miscelaneas. Desde luego pronostico que le veréis parar en un Hospital.

Eso no me causará novedad, dixe yo, porque la poesía ha llevado muchos á él. Mejor habria

hecho Fabricio, si se hubiera mantenido á la sombra, y en el servicio de vmd. Entónces sí, que á la hora de esta estaria nadando en doblones. A lo ménos nada le faltaria, respondió Ordoñez. Es cierto que yo le queria bien, y que poco á poco le iba ascendiendo de puesto en puesto, hasta asegurarle un sólido empleo en la casa de los pobres, quando le vino el capricho de darse á conocer por ingenio. Compuso una comedia que hizo representar por los comediantes que á la sazon se hallaban en esta ciudad; logró aceptacion, y desde aquel punto se le trastornó la cabeza al bueno de mi autor. Imaginóse ser otro Lope de Vega, y prefiriendo el humo de los aplausos á las verdaderas y ventajosas conveniencias que yo le podia proporcionar, se despidió de mi casa. En vano procuré persuadirle á que dexaba la carne por correr tras de la sombra: arrastrado del furor de escribir, no hubo forma de rendirse á la razon, ni de conocer su verdadero provecho. Buena prueba es de esto el criado que tomé despues que él se despidió. Aplicado únicamente á desempeñar los encargos que le doy, y á darme gusto en todo, con ménos talento pero con mas juicio que Nuñez, ha merecido ser colocado en un puesto del Hospital, que hace á dos oficios, el menor de los quales produce mas de lo que basta para sustentar con decencia á una numerosa familia.

CAPITULO II.

Prosigue Gil Blas su viage, y llega felizmente á Oviedo: estado de su familia: muerte de su padre, y lo que sucedió despues.

Desde Valladolid nos encaminámos á Oviedo, á donde llegámos en seis dias, sin sucedernos la menor desgracia en el viage, á pesar del refran que dice: *huelen de léjos los bandoleros el oro de los pasageros.* A la verdad, si hubieran olido el nuestro, no habrian errado el golpe; y dos solos inquilinos de la famosa cueva habrian bastado para soplarnos nuestros doblones, porque en la Corte yo no habia aprendido á ser valiente, y mi mozo de mulas no tenia gana de dexarse matar, por defender la bolsa de su amo. Solo Scipion era un poco espadachin.

Apeámonos ya de noche en un meson poco distante de la casa de mi tio el Canónigo Gil Perez. Deseaba yo tener noticia del estado en que se hallaban mis parientes, ántes de presentarme á ellos; y para saberlo, no podia encontrar quien me informase mejor que el mesonero y la mesonera, que por su oficio no ignorarian quanto pasase en el pueblo, y mucho mejor en casa de sus vecinos. Con efecto, despues de haberme mirado el mesonero con la

mayor atencion, al cabo me conoció, y exclamó fuera de sí: ¡válgame San Antonio de Pádua! este Señor es el hijo del buen escudero Blas de Santillana. Sí por cierto, añadió la mesonera: el mismo es, y en verdad que apénas se ha mudado; tan espabilado es como ántes, y siempre tiene mas viveza que carnes. Paréceme que le estoy viendo, quando venia á casa con el jarro por vino, para cenar su tio el Canónigo.

Estaba oyendo yo esta conversacion, y dixe á la mesonera: Señora María, no se puede negar que es vmd. una muger de feliz recordacion, quiero decir, de felicísima memoria; mas por fortuna, ¿no me dará vmd. noticias de mi familia? Sin duda que mi pobre padre y mi pobre madre deben de estar necesitados. Es esa tanta verdad, me respondió, que no podrá vmd. figurarse lo pobres que estan. El buen Señor Canónigo Gil Perez está baldado de la mitad del cuerpo, y naturalmente vivirá muy poco: su padre de vmd., que de algun tiempo á esta parte vive con el Canónigo, padece una opresion de pecho tan fuerte que vive de milagro, y está siempre ya se vive, ya se muere; y su Señora madre, que tampoco goza la mejor salud, se vé precisada á estar perpetuamente asistiendo á uno y otro enfermo. Mire vmd. qué vida.

Así que oí esta lastimosa relacion, la qual, sin que yo lo pudiese impedir, me manifestó que era hijo, dexé á Beltran en el meson para guardar mi calesa y equipage, y acompañado

de mi secretario Scipion, que nunca quiso separarse de mi lado, pasé á casa de mi tio el Canónigo. Apénas me puse delante de mi madre, quando cierta conmocion que sintió allá dentro de sí misma, la hizo conocer quién era yo, aun ántes de tener tiempo para exâminar y hacerse cargo de las facciones de mi cara. Hijo, me dixo tristemente, echándome los brazos al cuello: ¿vienes acaso á ver morir á tu padre? Si es así, á tiempo llegas para ser testigo de tan doloroso espectáculo. Diciendo esto me cogió de la mano, y me llevó á un quarto donde el triste Blas de Santillana, tendido en una cama que mostraba bien la miseria de un pobre escudero, estaba ya á los últimos. Sin embargo, aunque rodeado de las sombras de la muerte, todavía conservaba algun conocimiento. Amado esposo, le dixo mi madre, aquí tienes á tu hijo Gil Blas, que te pide perdon de todos los disgustos que pudo haberte dado, y que en señal de que se los perdonas, te suplica le consueles echándole tu bendicion. Al oir esto abrió mi padre los ojos que ya comenzaban á cerrarse para siempre: fixólos en mí, y conociendo, á pesar del estado en que se hallaba, que yo estaba traspasado de dolor, se enterneció tambien. Quiso hablarme, mas no pudo. Yo entónces le cogí una mano, y miéntras se la estaba bañando con mis lágrimas, exhaló el último aliento, como si solo hubiera esperado á que yo llegase para espirar.

Como mi madre estaba ya tan prevenida para

este lance, se afligió, sí, pero con moderacion; quizá me afligí yo mas, sin embargo de que jamas habia debido á mi padre la menor demostracíon de particular cariño. Ademas de que bastaba ser hijo suyo para que su muerte me fuese muy sensible, me acusaba yo á mí mismo de no haberle socorrido; y acordándome de la insensibilidad con que le habia tratado, me aborrecia á mí propio, considerándome como un hijo pérfido y un monstruo de ingratitud, ó por mejor decir, un verdadero parricida. Mi tio, á quien ví despues postrado en otra cama poco ménos pobre, y en un estado lastimoso, me renovó el dolor y los vivos remordimientos. Hijo desnaturalizado, me decia yo con rubor, considera para tu mayor tormento la miseria en que se hallan tus parientes. Si los hubieras socorrido con lo mucho que te sobraba ántes de estar preso, quizá lograrian con ello las comodidades á que no podia alcanzar la escasa renta de la Prebenda, y de esta manera acaso hubieras alargado la vida á tu padre.

El buen Canónigo Gil Perez se habia vuelto ni mas ni ménos como un niño: el mismo conocimiento, la misma memoria, el mismo juicio. Aunque yo me habia abrazado con él, y le decia mil ternuras, á todo se mostraba insensible. Por mas que mi madre le advertia que yo era su sobrino Gil Blas, no hizo otra cosa que mirarme de hito en hito, y con la boca abierta sin hablar una palabra. Aun quando la

sangre y el reconocimiento no me obligaran á compadecerme de un tio á quien tanto debia, bastaria solo ver á qualquier extraño en tan triste estado, para traspasarme el corazon.

Durante todo este tiempo Scipion guardaba un profundo silencio, entraba á la parte en mis penas, y mezclaba mis suspiros con los suyos. Pareciéndome que despues de tan larga ausencia tendria mi madre muchas cosas reservadas que decirme, y que podia darla alguna sujecion la presencia de un hombre á quien no conocia, le llamé á aparte, y le dixe: vete, hijo, á descansar al meson, y déxame aquí con mi madre, que acaso creeria estar demas una persona que no conoce, en una conversacion que naturalmente será toda sobre negocios caseros y de familia. Retiróse Scipion para dexarnos en libertad, y efectivamente entrámos mi madre y yo en una conversacion que duró toda la noche. Recíprocamente nos dímos fiel cuenta de todo lo que á uno y á otro nos habia sucedido desde mi salida de Oviedo. Ella me hizo menuda y circunstanciada relacion de todos los disgustos que habia tenido en las varias casas donde habia servido de dueña ó ama de llaves, confiándome en el asunto muchas cosas que me alegré no las hubiese oido mi secretario, sin embargo de no tener yo cosa reservada para él. Verdad es, con licencia del respeto que debo á mi señora madre, que la buena muger era un si es no es demasiadamente prolixa en sus relaciones, y pudo muy bien ha-

ber ahorrado las tres partes de su historia, suprimiendo las digresiones y circunstancias inútiles que me embocó en ella.

Acabó su relacion, y yo dí principio á la mia. Recorrí ligeramente todas mis aventuras; pero quando llegué á la visita que me habia hecho en Madrid el hijo de Beltran Moscada, el especiero de Oviedo, me pareció conveniente extenderme un poco sobre este pasage. Confieso, Señora, dixe á mi madre, que recibí con despego al tal mozo, el qual por vengarse no dexaria de hablaros muy mal de mí. Así es, me respondió. Díxonos que te habia encontrado tan embriagado y tan altivo con el favor del Ministro, que apénas te habias dignado conocerle; y que quando te habló de las miserias que estábamos pasando, le oiste con la mayor frialdad. Pero como los padres y las madres procuramos siempre excusar á nuestros hijos, no pudimos creer tuvieses tan duro é ingrato corazon. Tu venida á Oviedo justifica la buena opinion que teníamos de tí, y la acaba de confirmar el sentimiento que manifiestas.

Me hace mucho favor, respondí, ese buen concepto que á vmd. debo. Lo que digo es que en la relacion del especiero hubo bastante verdad. Quando me vino á ver, estaba yo embriagado de mi fortuna; y la desmesurada ambicion no me dexaba tiempo para pensar en mis parientes. Hallándome en semejante disposicion, no es de admirar que recibiese mal á un hombre

rústico y sin crianza, que luego que me vió, me saludó tosca y bestialmente, diciéndome que habia oido como yo era un hombre mas rico que un Judío, y que venia á aconsejarme enviase á vmds. algun dinero, respecto á que se veían en grande necesidad, y aun se atrevió á darme en cara en términos nada comedidos, con mi frialdad ó indiferencia para mi familia. Abochornóme el atrevimiento del tal mozuelo, y cogiéndole por el brazo, le eché á empujones fuera de mi quarto. Confieso que me porté mal en aquella ocasion, y que debiera haberme acordado de que no era culpa vuestra que el tal Moscada fuese un mozo sin juicio y sin crianza, considerando que el consejo era bueno, aunque hubiese sido tan grosero el modo de dármelo.

Todo esto se me ofreció un momento despues que habia echado de mí al atolondrado mozo. Hizo en mí la sangre su oficio, y me acordé de las obligaciones que debia á mis padres: avergoncéme de haber cumplido tan mal con ellas: remordióme mucho la conciencia; pero no pretendo hacerme gran mérito de aquellos remordimientos, porque inmediatamente los sofocáron la ambicion y la avaricia. Poco despues fuí arrestado por órden del Rey, y conducido preso al Alcazar de Segovia. Allí caí gravemente enfermo, y aquella afortunada enfermedad es la que á vmds. les restituye su hijo. Sí por cierto: mi enfermedad y encierro fuéron las causas que hiciéron recobrar á la naturaleza todos sus de-

rechos, no solo desprendiéndome de la Corte, sino inspirándome horror á ella. Hoy solo suspiro por la soledad, y he venido á Asturias únicamente con el fin de suplicar á vmd. quiera venirse en mi compañía á disfrutar juntos la quietud y las dulzuras de una vida retirada. Si vmd. admite mi proposicion, la conduciré á una posesion que tengo en el Reyno de Valencia, donde espero lo pasarémos con toda comodidad. Ya podrá vmd. conocer que mi ánimo era llevar tambien conmigo á mi padre; mas ya que Dios ha dispuesto otra cosa, logre yo siquiera la satisfaccion de poseer á mi querida madre, para reparar en quanto sea dable, con todas las posibles atenciones, el tiempo que perdí sin servirles de nada.

Quedo muy agradecida á tu loable intencion, respondió mi madre, y sin duda alguna me iria contigo, á no estar por medio algunas dificultades que me parecen insuperables. En primer lugar no puedo desamparar á tu tio en el mal estado en que se halla; despues de eso, habiéndome criado siempre en este pais, irme á vivir á otro tan distante al cabo de mis años, pide mucha reflexîon, y no es cosa para resuelta de repente. Por ahora solamente debemos pensar en los funerales de tu padre. Ese cuidado, la respondí, se lo encargarémos á mi secretario, mozo de espíritu, de zelo, y sobretodo activo y despejado, en quien podemos seguramente descansar y descuidar.

No bien habia pronunciado estas palabras,

quando entró Scipion, habiendo ya amanecido. Preguntónos si podia servirnos de algo en las circunstancias en que nos halláb amos. Respondíle que llegaba muy á tiempo para que corriese con un encargo importante que pensaba darle. Luego que se impuso de mi voluntad: basta, dixo, ya tengo ideada acá en mi cabeza toda la ceremonia de los funerales, y vmds. podrán seguramente fiarse de mí. Pero guardaos bien, añadió mi madre, de pensar en un entierro que tenga el menor ayre de pompa ó magnificencia: por modesto que sea, nunca lo será demasiado para mi querido esposo, á quien toda la ciudad conoce por un hombre honrado sí, pero muy pobre. Señora, respondió Scipion, aunque hubiera sido mucho mas infeliz de lo que era, no por eso rebaxaré un punto de lo que tengo ya ideado. En el funeral del difunto solo debo tener presentes las circunstancias de mi amo. Al padre de un favorecido del Duque de Melar, y mas hallándose presente este hijo suyo, se le ha de enterrar con grandeza.

Parecióme muy bien este modo de pensar de Scipion, y no solamente se lo aprobé, sino que le dixe no perdonase gasto alguno para ponerle en execucion, reconociendo que con este motivo habia despertado en mí algun movimiento de la antigua vanidad. Imaginéme que haciendo este dispendio por un padre que nada me dexaba, admirarian todos mi amor filial y mi magnánima generosidad. Ni mi madre por su parte,

á pesar de su gran modestia, dexaba interiormente de complacerse de que su marido fuese enterrado con esplendor. Dimos pues firma en blanco á Scipion para que hiciese lo que juzgase mas conveniente; y él sin perder tiempo marchó á dar las disposiciones necesarias para un soberbio y suntuoso entierro.

Saliéronle demasiadamente bien. Celebráronse unas exêquias tan magníficas que irritáron contra mí la ciudad y arrabales. A todos los vecinos de Oviedo, desde el mayor hasta el menor, chocó infinito mi vana ostentacion. Este ministro de la noche á la mañana, decian unos, tiene dinero para enterrar á su padre, y no le tuvo para mantenerle. Mejor le fuera, decian otros, haber tenido mas amor á su padre vivo, que hacerle tantas honras despues de muerto. En fin, ninguna lengua estuvo ociosa, ni pecó de corta; cada una disparaba su saeta. No paró en esto el negocio: quando salímos de la Iglesia, así á mí como á Scipion y á Beltran nos cargáron de injurias, acompañándonos hasta nuestra casa las befas y la gritería de los muchachos, los quales siguiéron á Beltran á pedradas hasta el meson. Para disipar la canalla que se habia juntado delante de la casa de mi tio, fué menester que mi madre se asomase á una ventana, y asegurase á todos que no tenia queja ninguna de mí. No faltáron otros que corriéron al meson donde estaba mi calesa, para hacerla mil pedazos, como infaliblemente lo hubieran executado, si

el mesonero y la mesonera no hubieran hallado modo de sosegar á aquellos hombres furiosos, y disuadirles de semejante intento.

Todas estas afrentas, efecto de lo que habia hablado de mí el mozo Beltran en toda la ciudad, me abochornáron tanto, é inspiráron tanta aversion á mis paisanos, que resolví salir quanto ántes de Oviedo, donde, á no haber sido esto, sin duda me hubiera detenido algun tiempo mas. Díxeselo así á mi madre claramente; y como no estaba ménos sentida que yo, viendo lo mal que me habia recibido mi pais, no se opuso á mi resolucion. Solo se trató del modo de gobernarnos en adelante. Madre, la dixe, ya que vmd. no puede abandonar á mi tio, ni eso seria razon, no debo insistir en que se venga conmigo; pero como, segun todas las señales, no puede estar muy distante el fin de sus trabajos, déme vmd. palabra de que luego que Dios disponga de él, se vendrá á vivir en mi compañía.

Esa palabra, hijo mio, no te la daré; yo quiero pasar en Asturias los pocos dias que me restaren de vida, y vivir en mi pais con total independencia. ¿Pues qué, Señora, la repliqué yo, no vivirá vmd. en mi casa con la misma? ¿no será vmd. dueña absoluta de ella? No lo sé, hijo mio, me respondió: tú te enamorarás de alguna niña linda, y te casarás con ella; será mi nuera, y yo la señora suegra, por lo que ni ella ni yo podrémos vivir juntas en paz. Vmd., la dixe, se anticipa demasiado á pre-

venir los disgustos que quizá nunca sucederán. Yo por ahora ningun pensamiento tengo de casarme; pero si en algun tiempo me viniere la gana, esté vmd. cierta de que mandaré á mi muger que en todo y por todo esté sujeta al gusto y á la voluntad de vmd. Te obligas temerariamente á una cosa, repuso mi madre, que nunca podrás cumplir; y ántes bien no me atreveria yo á jurar que si entre la suegra y la nuera ocurriesen algunas desazones, no te declarases á favor de tu muger primero que de tu madre.

Señora, habla vmd. como un oráculo, dixo mi secretario, introduciéndose en la conversacion. Soy del mismo parecer que vmd. Las nueras dóciles son *rara avis in terris*. Así pues, para que vmd. y mi amo queden contentos, ya que absolutamente no quiere vmd. salir de Asturias, será menester que mi amo la señale una renta anual de cien doblones, la que yo me encargo de traer todos los años á Oviedo; y por este medio la madre y el hijo estarán muy satisfechos, uno del otro, á doscientas leguas de distancia. Aprobáron el convenio las dos partes interesadas, y yo desde luego pagué adelantado el primer año: con lo qual pude partir de Oviedo el dia siguiente ántes de amanecer, por miedo de que el populacho no me tratara como á San Esteban. Este fué el recibo que tuve de mi amada patria. Admirable leccion para aquella casta de gentes de humilde nacimiento, que habiendo

hecho fortuna fuera de su pais, restituidos á él, quieren hacer de personas de importancia.

CAPITULO III.

Parte Gil Blas al Reyno de Valencia, y llega en fin á Liria. Descripcion de su quinta; cómo fué recibido en ella, y las gentes que allí encontró.

Tomamos el camino de Leon, y despues el de Palencia, de manera que al cabo de quince jornadas, entrámos en Segorve, de donde al dia siguiente por la mañana llegámos á Liria, que solo dista tres leguas de aquella ciudad. Advertí que conforme nos íbamos acercando, observaba mi secretario con la mayor atencion todas las quintas que á diestra y siniestra se le ofrecian á la vista. Luego que veía alguna de bella perspectiva, me decia: alegrárame que fuera aquel nuestro retiro.

No sé, amigo Scipion, le dixe, qué idea te has formado de nuestro campestre tugurio. Si te le figuras como una casa magnífica, como el palacio de un gran Señor, desde luego te digo que quedarás muy burlado, porque te engañas enormemente. Si no quieres que tu imaginacion haga despues burla de tí, figúrate aquella casa campestre que Mecenas regaló á Horacio, situada en el pais de los Sabinos cerca de Tívolí.

Haz cuenta que Don Alfonso me hizo un regalo muy semejante á aquel. Segun eso, replicó Scipion, solo debo esperar que tendrémos por albergue una cabaña. Acuérdate, repuse yo, que siempre te hice una descripcion muy modesta del sitio y de la casa; y si quieres juzgar desde luego de la fidelidad de mi pintura, vuelve los ojos hácia el rio Guadalaviar. ¿No ves cerca de él aquella Aldegüela de nueve á diez casas, y entre ellas una mas alta con quatro torrecillas? pues esa es nuestra quinta.

¡Cómo diablos! exclamó admirado Scipion. Aquel edificio es una joya. Ademas del aspecto de nobleza que le dan las torrecillas, su fábrica es buena, y está situado en un parage mas delicioso que los mismos contornos de Sevilla, llamados el Paraiso terrenal. El sitio no podia ser mas de mi gusto, aunque nosotros mismos le hubiéramos escogido. Riégale un rio con sus aguas, y un espeso bosque cercano á él está brindando con su apacible sombra, aun en lo mas vivo y mas ardiente del sol, á quien desea gozarla. ¡O, qué amable soledad! ¡Ah Señor! todas las trazas son de que la disfrutarémos por largo tiempo. Me alegro mucho, le respondí, de que te guste tanto la situacion de nuestro retiro, y de que tan presto te hayas hecho cargo de sus apreciables conveniencias.

Divertidos en esta conversacion, llegámos ya finalmente á la casa, cuyas puertas se nos franqueáron de par en par, luego que dixo Scipion

como yo era el Señor Gil Blas de Santillana, y que venia á tomar posesion de su hacienda. Al oir un nombre tan respetable para aquellas gentes, dexáron entrar la calesa en un espacioso patio, donde inmediatamente me apeé; y apoyándome gravemente en el hombro de Scipion, pasé á una sala, en donde no bien habia llegado, quando se me presentáron siete ú ocho criados, diciendo venian á ofrecerme sus reverentes obsequios, y á reconocerme y obedecerme como á su nuevo amo y Señor; habiéndolos Don César y Don Alfonso nombrado y escogido para que me sirviesen, uno de cocinero, otro de ayudante de cocina, otro de pillo de la misma, otro de portero, y los demas de lacayos, con severa prohibicion á todos de recibir de mí salario alguno, porque aquellos Señores querian tomar de su cuenta todos los gastos de mi familia. El principal de estos criados, y que como tal llevaba la palabra, era el cocinero, el qual se llamaba Joaquin. Díxome habia hecho una buena provision de los mejores vinos de España, y que por lo que tocaba al aderezo de la comida, habiendo tenido el honor de servir por espacio de seis años en la cocina del Señor Arzobispo de Valencia, esperaba componer unos platos que excitasen mi apetito; y en fe de esto, añadió, voy á dar á V. S. una prueba de mi gusto en punto de cocinar. Miéntras tanto podrá V. S. pasearse un poco hasta la hora de comer, y visitar todos los quartos de la casa, para recono-

cer si estan con la decencia correspondiente al decoro del nuevo dueño que ha de servirse de ellos.

Considere el lector si me haria mucho de rogar para emprender desde luego esta visita. Scipion, á quien no picaba ménos que á mí la curiosidad de ver la casa, me fué conduciendo de pieza en pieza, de manera que en breve tiempo recorrimos toda la vivienda de arriba abaxo. Ningun rincon se escapó á nuestra curiosidad, por lo ménos así nos lo pareció; y en todos ellos hallé motivo para admirar la gran bondad de Don César y de su hijo para conmigo. Entre otras cosas me diéron golpe dos espaciosas salas simétricamente adornadas con unos muebles, que sin llegar á ser magníficos, eran de un fino y muy delicado gusto. Estaba la una entapizada con unos lienzos de Flándes, y se veía en ella una grande y muy aseada cama con colgadura ó pabellon de terciopelo carmesí, que se conservaba bella y brillante, sin embargo de haberse fabricado quando los Moros ocupaban el Reyno de Valencia. No eran de ménos gusto los muebles de la otra sala. Cubrian sus paredes varios paños de damasco Genovés, de color de pasa; y de la misma tela eran las cortinas de la cama y las fundas de las sillas, guarnecidas estas de franjas de seda azul.

Despues de haber exâminado bien todas las cosas, mi secretario y yo volvimos á la sala, donde hallámos ya puesta la mesa con dos cubiertos. Sentámonos á ella, y al punto se nos sirvió una olla podrida tan delicada y gustosa,

que nos dió lástima el Arzobispo de Valencia por haber perdido al valiente cocinero que la habia sazonado. Verdad es que las buenas ganas que teníamos, pudiéron contribuir mucho á que nos pareciese tan exquisita y regalada. Casi á cada bocado que comíamos, nos presentáron mis criados y lacayos de nueva impresion unos grandes vasos llenos hasta el borde de un vino rico de la Mancha. No atreviéndose Scipion á manifestar delante de ellos el extraordinario gozo que interiormente sentia, me lo daba á entender con ciertas miradas grandemente picoteras, y yo le correspondia, declarándole el mio con otras ojeadas nada ménos habladoras. Despues de la olla podrida, se nos presentó el asado, que consistia en dos grandes codornices que flanqueaban un grueso y tierno lebracho; acometímosle como dos hombres famélicos, y habiendo comido y bebido á proporcion, nos levantámos de la mesa para ir al jardin á orearnos algun tanto, y dormir regaladamente la siesta en algun sitio sombrío y delicioso.

Si mi secretario se habia mostrado tan satisfecho y contento de todo lo que habia visto hasta entónces, no quedó ménos encantado á la vista del jardin. Parecióle digno de compararse con los de Aranjuez. Don César, que de quando en quando hacia sus excursiones á Liria, habia tenido gran cuidado de promover su cultivo y adorno. Todas las calles estaban muy limpias y arenadas con particular esmero; sus orillas bor-

deadas de limones y naranjos: en medio del jardin habia un gran estanque de blanquísimo jaspe, en cuyo centro se elevaba un hermoso pedestal de la misma piedra, sobre el qual se representaba sentado un corpulento leon de bronce que arrojaba un copioso chorro de agua, y añadiéndose á esto la hermosura de las flores y diversidad de frutas, era un espectáculo que tenia embelesado á Scipion; pero lo que mas le encantó, fué una muy larga calle de árboles arqueados y entretexidos en figura de bóveda, cuyas verdes y espesas hojas la cubrian de una apacible sombra, sin permitir la entrada al mas mínimo rayo del sol en lo mas vivo y ardiente del mediodia. Dando mil elogios á un sitio tan acomodado para servir de asilo contra el calor, nos sentámos al pie de un olmo, á donde el sueño acudió presto á apoderarse de dos hombres, que sobre bien comidos y bien bebidos estaban no poco necesitados de reposo despues de tan largo viage.

Dos horas despues nos despertó el ruido de algunos escopetazos disparados tan cerca de nosotros, que efectivamente nos sobresaltáron. Levantámonos precipitadamente, y para informarnos mejor de lo que era, fuimos á casa del labrador, á cuyo cargo estaba la custodia y el cultivo de aquel sitio. Allí encontrámos otros ocho ó diez labradores, vecinos de aquella pequeña aldea, que se habian juntado á disparar al ayre, y al mismo tiempo limpiar sus arcabuces, para

celebrar y festejar mi venida. La mayor parte de ellos me conocia ya por haberme visto algunas veces en aquel sitio, quando era mayordomo de la casa de Leyva. Luego que me descubriéron, echáron á volar por el ayre monteras y sombreros, gritando todos á un mismo tiempo: *¡Viva nuestro nuevo amo y Señor! Sea bien venido á esta su quinta de Liria.* Diciendo esto volviéron á cargar sus escopetas, y me saludáron con una descarga general. Recibílos con el mayor agrado que me fué posible, pero sin descomponer mi gravedad, porque no me pareció conveniente familiarizarme demasiado con ellos. Ofrecíles mi proteccion, y les dí veinte escudos para beber; expresion que no fué la ménos bien recibida, ni la ménos celebrada entre todas las demas señales que les habia dado de mi agradecimiento. Retiréme despues con mi secretario, miéntras ellos se divertian en echar mas pólvora al ayre, y nos paseámos por el bosque hasta la noche, sin cansarnos la uniforme vista de los árboles: tanto nos divertia, y tanto nos embelesaba el gusto de vernos en nuestra nueva posesion.

Durante nuestro paseo no estaban ociosos el cocinero, su ayudante, ni el galopin. Ocupábanse todos tres en disponernos una cena superior á la comida; tanto que quando volvimos del paseo, y entrámos en la sala donde habíamos comido, quedámos admirados viendo poner en la mesa quatro perdigones asados, una cazuela

de tiernos gazapillos, y en otra un capon cebado, y guisado á la francesa, sirviendo despues orejas de puerco compuestas delicadamente, pollos rebozados, y un plato de crema de chocolate. El vino de pasto era de Lucena, y ademas de él probámos otros excelentes. Quando nos pareció que ya no podíamos comer ni beber mas sin peligro de la salud, solo pensámos en irnos á la cama. Mis lacayos tomáron dos velas y me conduxéron al mejor quarto. Ayudáronme á desnudar, y luego que me echáron á cuestas la bata, y me pusiéron el gorro de dormir, les dixe en tono autorizado y señoril: retiraos, que no os he menester para lo demas.

Saliéronse todos, quedándome solo con Scipion para discurrir un poco con él. Preguntéle qué juicio hacia de lo que me obsequiaban por órden de los Señores de Leyva. Respondióme: por vida mia, Señor, que me parece no es posible hacerse mas, y solamente deseo que esto dure mucho. Pues yo no lo deseo, le repliqué: no debo permitir que mis bienhechores hagan tantos gastos por mí, porque esto seria abusar de su generosidad. Fuera de eso, tampoco me puedo acomodar á tener criados asalariados por otros, pues bastaria esto para parecerme que no estaba en mi propia casa. A todo estó se añade que yo no me he retirado aquí para meter tanto ruido, ni vivir con tanto aparato. ¿Qué necesidad tenemos de tantos criados? Bástanos Beltran, un cocinero, un mozo de cocina y

un lacayo. Sin embargo de que á mi secretario no le pesaria el vivir siempre á costa del Gobernador de Valencia, todavía no quiso, ó no se atrevió á desaprobar mi honrada delicadeza en este punto; ántes bien conformándose con mi dictámen, aprobó y alabó mucho mi modo de pensar en órden á la reforma que pensaba hacer. Quedó esto decidido, y él se salió de mi quarto para retirarse al suyo.

CAPITULO IV.

Parte á Valencia: visita á los Señores de Leyva; de la conversacion que tuvo con ellos, y la buena acogida que le hizo Doña Serafina.

Acabé de desnudarme, metíme en la cama, y viendo que no podia quedarme dormido, me abandoné á mis reflexiones. Lo primero que se me representó, fué el amor y la generosidad con que los Señores de Leyva pagaban la inclinacion y lealtad con que yo me habia dedicado á servirlos en todas ocasiones; y penetrado vivamente de las continuas pruebas que cada dia me daban de su amor y agradecimiento, resolví partir el dia siguiente á visitarlos, y á rendirles mil gracias por tan excesivas y estimables finezas. Al mismo tiempo lograba el particular gusto de ver quanto ántes á la hermosa

Serafina, primer móvil de los notables beneficios que debia á todos aquellos Señores; bien que este gusto lo templaba mucho el considerar los ojos con que me miraria su camarera la Señora Lorenza, acordándose del lance de la bofetada. Fatigada la imaginacion con todas estas especies, me quedé finalmente dormido, y no desperté hasta que comenzó á dexarse ver el sol.

Salté luego de la cama, y enteramente ocupado el pensamiento en el viage que meditaba, tardé poco en vestirme. Aun no bien habia acabado de hacerlo, quando mi secretario entró en mi quarto. Scipion, le dixe, ahora mismo estaba pensando en ir á Valencia sin la mas mínima detencion, y sin duda lo aprobarás. No puedo dilatar un momento el cumplir con la indispensable obligacion de presentarme á unos Señores, á quienes debo todo lo que estoy gozando; cada instante de voluntaria dilacion en el cumplimiento de tan preciso deber, me acusa de ingratitud. A tí te dispenso de que por ahora me acompañes en este viage; quédate aquí durante mi ausencia, que no pasará de ocho dias. Vaya vmd. con Dios, me respondió, y cumpla como es razon con Don Alfonso y su padre, que ámbos me parecen unos Señores muy agradecidos á los que les sirven con zelo, y á todo lo que se hace por ellos: virtud tan rara en las personas de su calidad, que no alcanzan todas las demostraciones del respeto, y de la atencion para corresponder dignamente á lo que ella se

merece. Dí órden á Beltran para que dispusiese la calesa, miéntras yo tomaba chocolate. Hecha esta diligencia monté y me puse en camino, dexando mandado á mis criados que sirviesen y obedeciesen á mi secretario, ni mas ni ménos como á mi misma persona.

En ménos de quatro horas llegué á Valencia, y fuí derecho á apearme en las caballerizas del Gobernador. Dexé en ellas mi equipage, hice que me enseñasen el quarto de Don Alfonso, donde se hallaba á la sazon su padre Don César. Abrí yo mismo la puerta, y me entré sin ceremonia, diciendo que los criados de casa no enviaban recado delante, ni pedian licencia para presentarse á sus amos, y así que allí tenian sus Señorías un criado suyo, que venia á ponerse á su obediencia. Diciendo esto fuí á arrodillarme para besarles la mano, pero ellos no me lo permitiéron; levantáronme en el mismo acto de inclinarme, y uno y otro me estrecháron entre sus brazos con las mas vivas señales de amor y de alborozo. ¿Y bien, querido Santillana, me preguntó Don Alfonso, has ido ya á Liria y tomado posesion de tu hacienda? Sí Señor, le respondí, por señas que vengo con la pretension de que V. S. se sirva permitirme que se la restituya. ¿Pues por qué? me replicó medio turbado: ¿no te gusta? ¿ó has encontrado en ella alguna cosa que no te acomode? Nada ménos, respondí: por lo que toca á la posesion, me encanta y agrada infinito; pero lo

que no me acomoda, es tener cocineros de Arzobispos, y tres veces mas criados de los que he menester, ocasionando á V. S. un gasto tan crecido como superfluo, y que desdice mucho de mi persona.

Si hubieras aceptado, me respondió, la renta de dos mil ducados que te ofrecimos en Madrid, nos hubiéramos limitado á regalarte esa casa alhajada como está; pero no habiéndola tú querido admitir, nos pareció que en recompensa debíamos hacer lo que hicimos. Señor, le repliqué, eso es demasiado; bastaba que V. SS. me hubiesen favorecido solamente con la hacienda para colmar todos mis deseos. Ademas de lo mucho que costaria á V. SS. mantener tanta gente inútil para mi servicio, protesto con la mayor seriedad que una familia tan numerosa me incomodaria mucho, y me daria gran sujecion. En suma, Señores, concluí, ó V. SS. se vuelvan á la posesion de su quinta, ó denme licencia para que yo la disfrute y use de ella á mi modo. Pronuncié estas últimas palabras con tanta entereza y resolucion, que padre é hijo, los quales de ningun modo pretendian violentarme, me dexáron en plena libertad, para que me gobernase y dispusiese de la casa, como mejor me pareciese.

Repetíles mil gracias por el nuevo beneficio que me hacian, reputando por tal el permiso que me daban, é iba á proseguir; pero Don Alfonso me interrumpió, diciendo: Santillana,

quiero presentarte á una dama que sin duda tendrá particularísimo gusto de verte; y diciendo y haciendo me cogió por la mano, y me conduxo al quarto de Serafina, la qual, así que me vió, prorumpió en un grito de alegría. Señora, la dixo el Gobernador, creo que no será ménos gustoso para vos de lo que ha sido para mí el arribo á Valencia de nuestro Santillana. Creo, respondió ella prontamente, que tambien el mismo Santillana estará muy persuadido á eso. No ha sido capaz el tiempo, ni lo será jamas de borrar de mi memoria el gran favor que me hizo, á lo que se agrega la nueva obligacion que le debo, y lo agradecido que le estoy por el reciente servicio que os hizo. Respondí á mi Señora la Gobernadora, que estaba mas que suficientemente pagado el peligro que corrí juntamente con los demas que me ayudáron á librarla, exponiendo mi inútil vida, por asegurar la suya mucho mas importante que la mia; y despues de una larga cadena de recíprocos cumplimientos á ese tenor, Don Alfonso me sacó del quarto de su muger, y me llevó á una gran sala donde se hallaba Don César, acompañado de muchos caballeros que estaban aquel dia convidados á comer.

Saludáronme todos con la mayor afabilidad y cortesanía, y á competencia me hiciéron mil acatamientos, luego que supiéron por Don César que yo habia sido uno de los primeros y mas confidentes secretarios del Duque de Melar. Quizá tampoco ignoraria la mayor parte de ellos

que Don Alfonso habia obtenido á influxo mio el Gobierno de Valencia, porque al cabo todo se llega á saber. Sea lo que fuere, desde que nos sentámos á la mesa, solo se habló del nuevo Cardenal; unos le alababan sin tasa, ensalzándole hasta las nubes, ya fuese de veras ó por política afectacion; y otros le elogiaban tambien, pero entre dientes, y, como se suele decir, con la boca chica. Luego conocí que estos y aquellos solo procuraban excitarme para que les divirtiese á costa del Cardenal. De buena gana hubiera dicho lo que pensaba; pero contuve la lengua, y solo contesté á la conversacion con pocas palabras bien pensadas, y en términos muy generales: lo que me hizo pasar en el concepto de aquellos caballeros por un mozo discreto, prudente, y de mucho juicio.

Concluida la comida y levantados los manteles, se retiráron los convidados cada uno á dormir la siesta. Don César y su hijo, llevados de la misma costumbre, ó sea necesidad, se encerráron en sus respectivos quartos. Yo con la curiosidad de ver quanto ántes una ciudad que tanto habia oido alabar, salí del palacio del Gobernador con ánimo de pasear las calles. Encontré á la misma puerta de él á un hombre que apénas me vió, se acercó á mí y me dixo: ¿me dará licencia el Señor de Santillana para que le salude? Preguntéle quién era. Soy, me respondió, el ayuda de cámara del Señor Don César, y era lacayo quando su merced estaba de mayor-

domo de la casa. Todas las mañanas iba al quarto de su merced, y siempre me hacia mil favores. Informábale de todo lo que pasaba en palacio; y bien se acordará su merced que un dia le dixe como el Cirujano de Leyva entraba secretamente en el quarto de la dueña, que se llamaba la Señora Lorenza Séfora. De eso me acuerdo muy bien, le respondí: ¿y en qué paró esa pobre muger? ¿En qué habia de parar? repuso él. Luego que su merced se ausentó, cayó mala de pasion de ánimo, y al cabo murió mas llorada del ama que del amo.

Despues que el ayuda de cámara me informó del triste fin de Séfora, se despidió de mí, pidiéndome perdon de lo que me habia detenido, y me dexó proseguir mi camino. No pude ménos de dar algun suspiro, acordándome de la desdichada dueña, y echándome la culpa de su desgracia, siendo así que verisímilmente seria esta mas efecto de su cáncer, que no de mi desvio.

Observaba con gusto en la ciudad todo lo que me parecia digno de ser notado. Gustáronme mucho algunos edificios públicos; pero lo que me llevó toda la atencion fué una gran casa que descubrí á lo léjos, donde ví que entraba mucha gente. Acerquéme para informarme mejor por qué era aquel gran concurso de hombres y mugeres, y presto salí de mi curiosidad, leyendo sobre la puerta un rótulo en grandes letras, que decia: *Teatro de Comedias*. Leí tambien los carteles, en los quales para aquella tarde se

ofrecia una nueva tragedia compuesta por Don Gabriel Triaquero.

CAPITULO V.

Va á la comedia Gil Blas, y vé representar la nueva tragedia: qué suceso tuvo la pieza, y la variedad de juicios en la crítica que se hizo de ella.

Detuveme algun tiempo en la puerta para hacerme cargo de las gentes que entraban. Habíalas de todas esferas y trages. Ví caballeros de muy buena traza y ricamente vestidos; ví tambien otra gentualla de malísimas figuras, y mal trageadas. Ví varias damas que se apeaban de sus coches, y pasaban á ocupar los aposentos que habian alquilado; y ví no pocas cortesanas que iban á caza de mentecatos. A vista de tal concurso de personas de todos precios y calidades, me vino la gana de aumentar el número. Ya me disponia á entrar quando ví llegar al Gobernador con su esposa. Reconociéronme entre la muchedumbre, llamáronme, y me lleváron á su aposento, donde me senté tras de los dos, de manera que pudiese discurrir cómodamente con entrámbos. Todos los palcos estaban ocupados, el patio atestado de todo género de gente, como tambien las gradas y demas asientos, y

la luneta llena de caballeros de las tres Órdenes Militares. ¡Gran concurso! exclamé yo, volviéndome á Don Alfonso. No te admires de eso, me respondió: la tragedia que se va á representar, es composicion de Don Gabriel Triaquero, á quien todos llaman *el Poeta de moda*. Quando los carteles anuncian alguna obra suya, toda la ciudad de Valencia se pone en movimiento. Hombres y mugeres no saben hablar de otra cosa que de la comedia ó de la tragedia; se alquilan á porfía aposentos y asientos; y el dia de la primera representacion, suele haber muertes en la puerta sobre la entrada: siendo así que se dobla el precio, exceptuando únicamente el del patio, á quien siempre se le respeta, por no ponerle de mal humor. Sin duda, dixe entónces al Gobernador, que ese tal Don Gabriel debe de ser un gran poeta, por lo ménos así me lo hace concebir esa viva curiosidad y furiosa ansia del público, para oir todo lo que sale de su mano. No juzgues tan pronto, me dixo Don Alfonso, no te engañe la prevencion, pues el público se alucina con oropeles, y solo se desengaña, luego que se imprimen las obras que aplaudió al tiempo de representarlas.

Al llegar aquí, se dexáron ver en el teatro los actores. Callámos inmediatamente para oirlos con atencion. Desde el principio comenzáron los aplausos, y á cada verso se repetian los bravos y los vivas, y al fin de cada jornada habia un estruendo de palmadas, que parecia venirse á

tierra el teatro. Concluida la representacion, me mostráron al autor, el qual iba modestamente recorriendo los aposentos, para recoger los aplausos y laureles con que damas y caballeros le coronaban á competencia.

Nosotros volvimos á palacio, á donde poco despues llegáron tres ó quatro caballeros con dos autores muy conocidos y estimados en Valencia por su ingenio, tras los quales entró un caballero, vecino de Madrid, sugeto hábil, de fino y delicado gusto. Durante la cena no se habló sino de la nueva tragedia. ¿Qué les parece á vmds., preguntó un caballero, de la pieza que se representó esta tarde? ¿No es verdaderamente una maravilla, un *xefe de obra*, por explicarme á la francesa, esto es, una obra perfecta y acabada? Pensamientos sublimes, afectos nobles, versificacion masculina, enérgica y vigorosa, una composicion en fin cabal en todas sus partes, poema en suma hecho únicamente para un auditorio pensador é inteligente. Paréceme, respondió un caballero de Alcántara, que ningun racional puede pensar de otra manera. La pieza tiene algunos rasgos que podia haber dictado el mismo Apolo, y ciertos lances conducidos con exquisito primor é infinito artificio. Apelo sino al juicio de este caballero, volviéndose hácia el Madrileño, que me parece muy inteligente en la materia, y apuesto á que siente lo mismo que yo. No se empeñe vmd. en apostar, le respondió el caballero con cierta

visita falsa, porque yo no soy de este pais, y en Madrid no acostumbramos á decidir tan fácilmente. Léjos de juzgar del mérito de una pieza la primera vez que la oimos, desconfiamos de sus mas bellas apariencias quando solamente la escuchamos en boca de los actores; y aunque estemos muy prevenidos á favor del compositor, suspendemos el juicio hasta haberla leido muy despacio y con toda reflexîon; porque en la realidad no siempre la hallamos tan bella, leida en el papel, como nos pareció representada en el teatro.

Antes de calificar un poema, prosiguió, le exâminamos menuda y escrupulosamente; ni por grande que sea la reputacion de un autor, basta para deslumbrarnos, quando hasta el mismo Lope de Vega y el mismo Calderon encontráron jueces severos en sus admiradores, los quales no los eleváron á la gloria que gozan, hasta que despues de un maduro exâmen los halláron dignos de ella.

Por cierto, interrumpió el caballero de Santiago, nosotros no somos tan tímidos como vmds.: no esperamos á que se imprima una pieza para decidir de su mérito. A la primera representacion conocemos quanto vale. Ni aun para eso nos es necesario oirla con la mayor atencion. Bástanos saber que es obra de Don Gabriel, para estar persuadidos á que es obra sin tacha ni defecto. Las producciones de este gran poeta son la legítima época del nacimiento del buen gusto. Los Lopes y los Calderones fuéron unos

aprendices en comparacion de este gran maestro del teatro. El Madrileño, en cuyo concepto Lope de Vega y Calderon eran los Sophocles y los Eurípides Españoles, abochornado con un discurso tan temerario, exclamó casi fuera de sí: ¡ qué sacrilegio dramático es el que oygo! Señores, ya que vmds. me obligan á que imite su exemplo, juzgando de la tal pieza por la primera representacion, digo claramente que nada me ha gustado la nueva tragedia de ese su tan decantado Don Gabriel. Es un drama zurcido de pensamientos mas brillantes que sólidos. Las tres partes de los versos son malas, y los consonantes violentos y arrastrados, como se dice, por los cabellos; los carácteres no bien expresados, ó por lo ménos mal sostenidos; las voces impropias, y los conceptos obscuros.

Los dos autores que estaban á la mesa, y que por una prudencia tan loable como rara en los de su profesion, no habian desplegado los labios, porque no se creyese que hablaba en ellos la envidia ó la emulacion, con los ojos y con los gestos diéron bastante á entender que sentian lo mismo que este caballero; por donde claramente conocí que su silencio habia sido política, y no asenso á la opinion popular. Sin embargo los demas volviéron á enfrascarse en los elogios de Don Gabriel, tanto que no paráron hasta colocarle en el número de los dioses. Esta fanática apoteósis y extravagante idolatría sacó fuera de sí al buen Madrileño, tanto que levantando las

manos al Cielo, exclamó con una especie de entusiasmo: ¡ó divino Lope, raro y sublime ingenio, que dexaste un inmenso espacio entre tí y todos los presumidos que aspiran á imitarte! Y tú, dulcísimo Calderon, cuya incomparable dulzura enteramente purgada de todo indigesto epicismo, es absolutamente inimitable; no temais, no, que vuestros altares sean profanados, ocupándolos este nuevo alumno, ó por mejor decir, este niño de teta de las musas. Muy afortunado será si logra que la posteridad oyga siquiera hablar de él, y tenga alguna noticia de su nombre.

Este gracioso apóstrofe que ninguno esperaba, hizo reir á todos, con lo qual se levantáron de la mesa, y se retiráron de buen humor. A mí me conduxéron al quarto que me tenian dispuesto, donde encontré una blanda cama, en que se acostó mi Señoría, y me quedé dormido, compadeciéndome tanto como el caballero Madrileño de la ignorancia y mal gusto de los que hacian á Lope y á Calderon una injusticia tan manifiesta.

CAPITULO VI.

Encuentra Gil Blas en la calle á un Religioso á quien le pareció conocia; y declárase quien era este.

Como no habia podido ver toda la ciudad el dia anterior, me levanté muy temprano al si-

guiente para acabar de recorrerla. Encontré en la calle á un Cartuxo, que sin duda iba á algun negocio de su Comunidad. Caminaba con los ojos baxos, y con tal compostura, que se llevaba la atencion de todos. Pasó cerca de mí, miréle atentamente, y me pareció que veia en él á Don Rafael, aquel famoso aventurero que ocupa tan honorífico lugar en los dos primeros tomos de esta historia.

Quedé tan asombrado y aturdido de aquel inesperado encuentro, que en vez de acercarme al Monge, estuve inmóvil por algun tiempo, lo que dió lugar á él para alejarse de mí. ¡Santo Dios! exclamé: ¿se habrán visto jamas en el mundo dos caras mas parecidas? No sé lo que me piense. ¿Creeré que es el mismo Don Rafael? ¿pero cómo puedo creer que no lo sea? En fin, me apuró tanto esta curiosidad que no me pude contener, sin hacer todo lo posible para salir quanto ántes de la duda. Informéme del camino de la Cartuxa, y me fuí derecho allá con esperanza de volver á ver al tal hombre, quando se restituyese al Convento, y bien resuelto á esperarle hasta que le pudiese hablar; pero no tuve necesidad de aguardarle para quedar muy instruido de todo. Luego que llegué á la puerta del Monasterio, otra persona tan conocida para mí como Don Rafael, me quitó toda la duda: y fué aquel mismo Ambrosio Lamela, antiguo criado mio, que estaba de portero.

Fué igual la sorpresa de ámbos de vernos allí,

¿ Será esto ilusion ó realidad? dixe al Portero al mismo tiempo de saludarle. Si no deliro ó sueño, paréceme que estoy viendo á un antiguo amigo mio. Al principio no me conoció Lamela, ó bien afectó no conocerme; pero considerando despues que era inútil la ficcion, y haciendo como quien de repente vuelve en sí: ¡ ah Señor Gil Blas! exclamó, perdone su merced por amor de Dios, si no le conocí tan prontamente. Desde que entré en esta santa casa, solamente me dedico á la observancia de lo que nos prescribe la regla de la Orden, de manera que insensiblemente voy olvidando todo lo que he visto en el mundo.

Verdaderamente, le respondí, que tengo sumo gusto de verte con un hábito tan respetable. Y yo, Señor, me replicó, tengo gran vergüenza de que me vea con él un hombre que fué testigo de mi mala vida, porque este santo hábito me la está continuamente reprehendiendo. ¡ Ah! prosiguió, arrancando un profundísimo suspiro, para ser digno de vestirle, era menester haber vivido siempre como un Angel. Por tu modo de hablar y de pensar, que verdaderamente me edifica, le respondí, veo claramente que ha andado contigo la mano del Señor. Vuelvo á decirte que estoy lleno de gozo, y deseo saber el milagroso modo con que te resolviste á abrazar esta vida; así tú como Don Rafael, pues ya no puedo dudar que fué este el exemplar y modestísimo Cartuxo, que poco ha encontré en una calle de la ciudad. Sentí mucho no haberle de-

tenido para hablarle, y le estoy esperando á este fin quando se retire al Convento.

No se engañó su merced, respondió Fr. Ambrosio : el Cartuxo que vió es el mismísimo Don Rafael; y en quanto al suceso de nuestra vocacion, fué como se sigue. Despues que en Segorve nos separámos de vmd., el hijo de Lucinda y yo tomámos el camino de Valencia, con ánimo de dar algun golpe de mano propio de nuestra profesion. Quiso la casualidad, ó por mejor decir, dispuso la divina Providencia que entrásemos en esta Iglesia de Cartuxos, á tiempo que estos estaban cantando en el coro. Parámonos un poco á verlos y considerarlos, y conocimos por nuestra misma experiencia que los malos, quieran ó no quieran, no pueden ménos de respetar y venerar la virtud. Admirámonos del fervor con que cantaban, de aquel ayre penitente y desprendido de los placeres del mundo, y de la dulce serenidad que se dexaba ver en todos sus semblantes : indicio manifiesto de aquellas tranquilas y purísimas conciencias.

Estas reflexîones insensiblemente nos fuéron introduciendo en una especie de meditacion que nos fué muy saludable. Cotejámos nuestras costumbres con las de aquellos santos Religiosos, y nos llenó de inquietud y de sobresalto la diferencia que hallámos entre unas y otras. Lamela, me preguntó Don Rafael luego que salímos de la Iglesia, ¿qué efecto ha causado en tí lo que acabamos de ver? En quanto á mí no puedo disimu-

larte que no tengo el ánimo quieto y sosegado: me agitan interiormente ciertos movimientos nunca experimentados; y por la primera vez de mi vida yo mismo me avergüenzo y confundo de mis maldades. En la misma disposicion, le respondí, me hallo yo: en este mismo instante se amotinan contra mí todas mis iniquas acciones; y los remordimientos que nunca he tenido, me estan ahora despedazando el corazon. ¡Ah querido Ambrosio! volvió á reponer: tú y yo somos dos ovejas descarriadas, tras las quales anda el Divino Pastor para que se restituyan al rebaño. Él es el que nos está llamando. No nos hagamos sordos á su voz; renunciemos para siempre á nuestras iniquidades, dexemos la disolucion en que vivimos, y comencemos desde hoy mismo á trabajar seriamente en el importantísimo negocio de nuestra salvacion; pasemos lo que nos resta de vida en este santo Convento, y consagrémoslo todo al arrepentimiento y á la penitencia.

Alabé mucho el pensamiento de Don Rafael, prosiguió diciendo Ambrosio, y entrámbos tomámos la generosa resolucion de meternos Cartuxos. Para ponerla por obra, recurrímos al Padre Prior, quien luego que oyó lo que deseábamos, para probar nuestra vocacion mandó se nos diesen dos celdas, y nos intimó que debíamos estar en ellas un año entero, siguiendo la misma vida que los demas Monges, pero en hábito secular. Ajustámonos á las reglas con tanta exâctitud y constancia, que al cabo del

año fuimos recibidos novicios. Estábamos tan contentos con nuestro estado, y pasámos con tanto valor por todos los trabajos del noviciado, que á su tiempo se nos admitió á la profesion. Poco despues de ella, habiendo mostrado Don Rafael un talento muy particular para el manejo de negocios, le señaláron por ayudante y compañero de un Padre anciano, que era entónces Procurador. Mas quisiera el hijo de Lucinda que le hubieran dexado emplear todo el tiempo en la oracion; pero la obediencia le obligó á que sacrificase su devota inclinacion á la necesidad que el Monasterio tenia de él. Instruyóse tanto en todos los intereses y haciendas de la casa, que habiendo muerto de allí á tres años el Procurador, fué electo sucesor suyo con general aprobacion. Actualmente exerce este mismo empleo tan á satisfaccion de los Padres, que aplauden todos su destreza y sus aciertos en la administracion de lo temporal. Pero lo mas particular de todo, es que en medio de los cuidados y ocupaciones exteriores, que lleva de suyo la obligacion de cobrar todas las rentas, parece que su pensamiento está siempre fixo en la eternidad. Lo mismo es darle los negocios algun momento de reposo que abismarse inmediatamente en altas y profundas meditaciones. En una palabra, es uno de los Monges mas exemplares del Monasterio.

Interrumpí á Lamela quando llegaba aquí con un grande ímpetu de gozo que me causó la vista de Rafael, que á este punto se dexó ver de nos-

otros. He aquí, dixe, el santo Procurador que yo estaba esperando con tanta impaciencia; y sin poderme contener, corrí hácia él con los brazos abiertos, y le dí un estrecho abrazo. No se desdeñó de recibirle, y sin dar la menor muestra de que mi vista le hubiese causado la mas mínima alteracion: sea Dios loado, Señor de Santillana, me dixo con una voz llena de dulzura, Dios sea loado por el placer que me causa el veros. Verdaderamente, le dixe, padre Rafael, yo me considero muy interesado en la dicha que les ha tocado á vmds., y tomo en ella toda aquella parte que me es posible tomar. Fr. Ambrosio me ha contado ya toda la historia de la vocacion de ámbos, y confieso que su relacion me ha dexado enteramente encantado. Gran ventura es la vuestra, amados amigos mios, de que os haya tocado la suerte de entrar en el número de aquellas almas escogidas de Dios, para gozarle por toda una eternidad.

Dos hombres tan miserables como nosotros, respondió en tono muy humilde el hijo de Lucinda, no podian esperar semejante felicidad; pero el dolor y verdadero arrepentimiento de sus gravísimas culpas hizo que hallasen gracia en la presencia del Padre de las misericordias. ¿Y vmd., Señor Gil Blas, añadió inmediatamente, no piensa tambien en tomar algun camino, para que Dios le perdone sus culpas? ¿Qué asuntos le han traido á vmd. á Valencia? ¿exerce por ventura algun empleo peligroso? No, por la mi-

sericordia de Dios, le respondí: desde que salí de la Corte, hago una vida christiana y arreglada. Unas veces gozo de la inocente diversion del campo en una casa que tengo distante pocas leguas de Valencia, y otras vengo á pasar algunos dias con mi amigo el Señor Gobernador, á quien vmds. dos conocen perfectamente.

Con esta ocasion les conté toda la historia de Don Alfonso de Leyva, la que oyéron con grandísima atencion; y quando les dixe que de órden del mismo Don Alfonso habia ido yo en persona á restituir al mercader Samuel Simon los tres mil ducados que le habíamos hurtado, Lamela me interrumpió, y volviéndose á Rafael, le dixo con gran viveza: en verdad, Padre Hilario, que el tal mercader no tendrá razon para quejarse de un robo en que vino á ganar tanto, y por lo que toca á este punto, puede estar muy sosegada nuestra conciencia. Con efecto, añadió el Padre Procurador, ántes que Fray Ambrosio y yo tomásemos el hábito, hicimos restituir secretamente mil y quinientos ducados á Samuel Simon por mano de un Eclesiástico exemplar, que quiso encargarse de esta restitucion, pasando en persona á Xelva solo para evacuar esta diligencia. Peor para el desdichado mercader, si se embolsó esta cantidad, despues de estar ya enteramente pagado y satisfecho por el Señor de Santillana. ¿Pero esos mil y quinientos ducados, repliqué yo, se entregáron efectivamente al mismo mercader? No hay duda en eso, res-

pondió Fr. Rafael: yo respondo de la integridad del tal Clérigo tanto como de la mia. Y yo tambien, añadió Fr. Ambrosio, especialmente despues que ganó dos pleytos que le suscitáron por los depósitos que se le confiáron, y en los que fuéron condenados en las costas sus acusadores.

Duró algun tiempo aun nuestra conversacion, y luego nos separámos, encargándome ellos que tuviese siempre á la vista el santo temor de Dios, y encomendándome yo en sus santas oraciones. Fuíme derecho á buscar á Don Alfonso, y luego que le ví, le dixe: ¿á que no adivina V. S. con quienes acabo de tener ahora una larga conversacion? Con dos venerables Cartuxos que V. S. conoce tan bien como yo. El uno se llama Fr. Hilario, y el otro Fr. Ambrosio. Tú te engañas, Santillana, porque yo no conozco á ningun Cartuxo. ¿Cómo que no? le repliqué con presteza. V. S. conoció en Xelva á Fr. Ambrosio, Comisario del Santo Oficio, y á Fr. Hilario, Secretario de la *Santa* Inquisicion. ¡Cielos, que es eso! exclamó sorprehendido Don Alfonso: ¡será posible que Rafael y Lamela se hayan metido Cartuxos! Sí, verdaderamente, le respondí, y años ha que profesáron. El primero es Procurador del Convento, y el segundo Portero de la principal; uno es dueño del caudal, y el otro de la puerta.

Quedóse suspenso algun tanto el hijo de Don César, y dixo despues meneando la cabeza: el Señor Comisario del Santo Oficio, y el Señor Secretario de la Santa Inquisicion, harto será

que no esten forjando alguna nueva comedia. V. S., repuse yo, hace juicio de lo presente con alguna preocupacion por lo pasado; yo que los acabo de tratar, juzgo mas benignamente. Es verdad que los corazones no se ven, pero segun todas las apariencias, ellos fuéron dos grandísimos bribones que estan sinceramente arrepentidos. Bien puede ser, respondió Don Alfonso, pues no ignoro que ha habido malvados, que despues de haber escandalizado al mundo con sus desórdenes, se arrepintiéron y encerráron en los claustros á hacer grandes penitencias; quiera Dios que nuestros dos Monges sean de estos, como vivamente lo deseo.

¿Y por qué no lo han de ser? volví yo á replicar. Ellos abrazáron libre y voluntariamente el estado monacal muchos años ha, y se portan en él con la mayor edificacion. Dí todo lo que quisieres, prosiguió el Gobernador, pero á mí nada me gusta que la caxa del Convento esté en poder del P. Hilario, de quien no acierto á poderme fiar. Quando me acuerdo de la relacion que nos hizo de sus aventuras, tiemblo por los pobres Cartuxos. Quiero creer que haya tomado el hábito con la mas buena fe y con la mas pura intencion del mundo; pero el manejo del dinero, y la vista del oro puede despertar la codicia. A ningun borracho que renunció el vino, se le debe fiar el gobierno de la bodega.

Justificóse pocos dias despues la desconfianza del Gobernador. Desapareciéron de repente el

Procurador, el Portero y la caxa del Convento: noticia que esparcida por la ciudad dió mucho que reir y que glosar á los ociosos, á los pisaverdes, y á los que hacen profesion de bufones y graciosos, los quales siempre celebran con chocarrerías las desgracias de los Religiosos que tienen fama de ricos. Por lo que toca al Gobernador y á mí, nos contentámos con compadecernos de los Cartuxos, sin dar á entender, y mucho ménos sin hacer alarde de que conocíamos á los dos apóstoles fugitivos.

CAPITULO VII.

Restitúyese Gil Blas á Liria: dale Scipion una noticia de mucho gusto, y de la reforma que hizo en su casa.

Ocho dias me detuve en Valencia gozando del gran mundo, y viviendo como los Condes y Marqueses. Espectáculos, bàyles, conciertos, festines y conversaciones con damas y caballeros: proporcionándome todas estas diversiones, tanto el Señor Gobernador como la Señora Gobernadora, los quales me viéron restituirme á mi casa de Liria con sentimiento de ámbos. Antes de partir me obligáron á darles palabra de que repartiria todo el tiempo entre ellos y mi soledad, dando á la ciudad el invierno, y el verano al campo. Baxo este pacto me dexáron libertad mis

bienhechores para que me fuese á gozar de sus beneficios.

Scipion que deseaba con ansia mi pronta vuelta, se alegró infinito quando me volvió á ver, doblándose su gozo con la relacion que le hice de mi viage. ¿Y tú, amigo mio, le pregunté, en qué te has divertido los dias de mi ausencia? ¿has estado alegre? Todo aquello, me respondió, que lo puede estar un criado fiel á quien nada le divierte tanto como la presencia y vista de su amo. Daba largos paseos por estos nuestros pequeños pero deliciosos estados: unas veces me sentaba junto al borde de la fuente que está en el bosque, contemplando con gusto particular la claridad de su agua tan pura y cristalina como la de aquella sagrada fuente, cuyo apacible rumor se dexa oir y resuena por todo el espacioso bosque de Albunea: otras recostado al pie de un árbol, y á la sombra de su verde y pomposa copa, estaba embelesado oyendo los trinos del ruiseñor, y los amorosos gorgeos del gilguero. En fin, un dia me solazaba en la caza, y otro en la pesca; pero ninguna cosa me hacia pasar con mayor placer las horas y los dias, como la lectura de muchos libros tan divertidos como provechosos.

Interrumpí con precipitacion á mi secretario, preguntándole donde habia encontrado aquellos libros. Hallélos, me respondió, en una escogida librería que hay en casa, y me la enseñó el cocinero Joaquin. ¿Péro en qué parte está esa

librería? le volví á preguntar. ¿No registrámos toda la casa el dia que llegámos? No, Señor, me respondió, así le pareció á vmd.; ¿pero no se acuerda que solamente visitámos tres pabellones y nos olvidámos del quarto? En él es donde Don César pasaba gran parte del dia, empleándolo en la lectura. Hay en está librería libros muy buenos, los que dexáron á vmd. los Señores de Leyva como el recurso mas seguro contra la melancolía, y para divertir el tiempo, quando despojados de flores los jardines, y los árboles de sus verdes hojas, no se sabe en qué ocupar las horas, ni distraer el pensamiento de cuidados que nos molestan. Los Señores de Leyva no saben hacer las cosas á medias. Atentos á todo no fuéron ménos generosos en dexar noble pasto al entendimiento, que en proporcionar á la parte animal las mayores conveniencias.

Esta noticia me causó una verdadera alegría. Hice que me enseñasen el quarto pabellon, el qual ofreció á mi vista un espectáculo muy agradable. Halléme en una cámara, que desde luego destiné para mi habitacion, como Don César la habia escogido para sí. Estaba todavía en ella el mismo lecho de aquel Señor con todos los demas muebles que le acompañaban, es á saber, una tapicería que representaba el rapto de las Sabinas. De aquella cámara pasé á un gabinete cercado de estantes muy pulidos, pero poco elevados del suelo, llenos todos de libros, y coronada su cornisa de los retratos de todos nuestros

Reyes. Daba lúz al gabinete una gran ventana, desde la qual se descubria una espaciosa y amenísima campiña. En medio del gabinete habia una bellísima mesa de escribir, cubierta con una carpeta verde. Lo que principalmente se llevó mi atencion fué la librería. Componíase de obras de Filósofos, Poetas, Historiadores, y gran número de comedias y novelas. Conocí que le llevaba hácia estas la principal inclinacion de Don César, en vista de la gran provision que habia hecho de aquel género. Confieso, no sin rubor, que yo no soy ménos apasionado que Don César á las obras de esta última especie, á pesar de las extravagancias de que estan atestadas las mas, ya sea porque mi talento no alcanza á mas que á mirar lo que leo en grueso y por la superficie, ya sea porque los Españoles somos muy indulgentes con todo lo que tiene ayre de maravilloso. Con todo eso diré, para alguna justificacion mia, que mas me gustan los libros de sólida moral, pero enseñada con inventiva y con gracia, que los de Luciano, Horacio, Erasmo, y otros autores de este jaez, sin embargo de ser mis favoritos.

Amigo, dixe á Scipion miéntras estaba repasando los libros con los ojos, aquí sí que tenemos con que divertirnos; mas por ahora no pienso en otra cosa que en reformar la familia. Ya le he ahorrado yo á vmd., me respondió, la mitad de ese trabajo. Durante vuestra ausencia tuve ocasion de estudiarlos á todos, y los tengo

bien calados. Al cocinero Joaquin le juzgo un perfecto y redondeado bribon, ni tengo la menor duda en que le habrán despedido de casa del Arzobispo por algunos voluntarios errores de aritmética en las cuentas del gasto de cocina. Con todo eso me parece necesario conservarle, por dos razones: la primera porque es buen cocinero, y la segunda porque yo le tendré siempre sobre ojo, espiaré todas sus acciones, y en verdad que ha de ser muy diestro para pegármela. Ya le he dicho que vmd. estaba en ánimo de despedir las tres partes de la familia, noticia que le turbó y le apesadumbró mucho, tanto que llegó á decirme que teniendo, como tenia, tanta inclinacion á servir á vmd., se contentaria con la mitad del salario y demas gages que goza al presente, solo por no salir de casa: generosidad y amor poco acostumbrado en esta casta de gentes; y por lo mismo me ha dado sospechas que tiene algun trapillo en la Aldea, que le tira y embelesa de manera que siente mucho alejarse de él. Por lo que toca á su ayudante de cocina, este es un solemnísimo borracho, y el portero un hombre bestial, que para nada le necesitamos, como tampoco al cazador. El oficio de este le podré yo exercer muy bien, como se lo haré ver á vmd. mañana, ya que tenemos en casa escopetas, pólvora y municion. Entre los lacayos solo hay uno que me parece buen mozo, y es el Aragones. Quedarémonos con él, y echarémos á los demas, pues á ninguno de ellos tendria yo en casa, aun

quando tuviéramos necesidad de cien criados.

Despues de haber deliberado largamente sobre todos estos puntos, resolvimos quedarnos con el cocinero, con el marmiton ó mozo de cocina, y el Aragones, despidiendo honradamente y con buen modo á todos los demas. Así se executó en aquel mismo dia, regalándoles Scipion en nombre mio, ademas de su salario, con algunos pesos duros que el secretario sacó de la caxa. Hecha esta reforma, emprendimos establecer cierto sistema en casa, arreglando las funciones y ministerios que correspondian á cada criado, y comenzando desde entónces á mantenernos á nuestra costa. Bien quisiera yo que nuestra mesa, sin tocar en mezquina ni indecente, fuese parca, frugal y modesta; pero mi secretario que estaba ya acostumbrado á comer buenos bocados, y á platos delicados y exquisitos, no era hombre que quisiese tener ociosa la habilidad del cocinero. Así pues tenia cuidado de que á menudo la exercitase, de manera que, por lo comun, si no comíamos como unos Duques, á lo ménos comíamos como unos Bernardos.

CAPITULO VIII.

Amores de Gil Blas y de la bella Antonia.

Dos dias despues que volví de Valencia á Liria, al tiempo que me estaba vistiendo, entró

en mi quarto el labrador que tenia arrendada mi hacienda, y me pidió licencia para presentarme á su hija Antonia, que decia él deseaba mucho besar la mano, y conocer á su nuevo amo y Señor. Habiéndole respondido que en eso me daria mucho gusto, se salió y volvió inmediatamente á entrar, conduciendo consigo á la hermosa Antonia. Paréceme que debo dar este epíteto á una niña de diez y seis á diez y ocho años, que ademas de unas facciones muy proporcionadas tenia un cútis y un color lindísimo y delicado, y los ojos mas bellos y centelleantes del mundo. Estaba vestida de humilde sarga; pero su garboso y delicado talle, su ayre magestuoso, y todas aquellas gracias que acompañan á la mas florida juventud, daban un realce muy particular á lo modesto de su trage. No traía cofia alguna en la cabeza, solamente tenia los cabellos trenzados en figura de rodete, cubierto de varias flores, á manera de las antiguas mugeres de Lacedemonia.

Quando la ví entrar en mi quarto, quedé tan sorprehendido de su hermosura como los Paladines de Carlo Magno á la primera vista de la divina Angélica. En vez de recibirla con festivo desembarazo, y decirla quatro cariñosas y lisonjeras ternuras; en vez de congratular á su padre por la fortuna de tener tan preciosa y agraciada hija, me hallé cortado y poco ménos que mudo, sin acertar á pronunciar ni una sola palabra. Scipion, que conoció mi turbacion,

tomó la voz por mí, é hizo el gasto de los elogios que yo habia de haber dado á tan amable persona. Por lo que toca á la doncellita, sin mostrar la menor extrañeza por verme en bata y con gorro de dormir, me saludó con modestísimo despejo, haciéndome un cumplimiento que me acabó de embelesar, no obstante haber sido de los mas comunes. Durante este tiempo, miéntras Scipion, Basilio y Antonia se estaban haciendo tambien recíprocos cumplimientos, yo volví en mí de aquella especie de enagenacion; y como si quisiera compensar el estúpido silencio que habia guardado en toda ella, pasé de un extremo á otro, derramándome tanto y con tanta vivacidad en discursos amorosos y galantes, que Basilio entró en cuidado; y considerándome ya como un hombre que iba á poner en execucion todo quanto la pasion podia sugerir para engañar á la bella Antonia, procuró sacarla quanto ántes de mi quarto, resuelto quizá á disponer las cosas de manera que jamas la volviesen á ver mis ojos.

Así que Scipion se vió á solas conmigo, me dixo sonriéndose: ya tiene vmd. otro recurso contra el tédio de la soledad. No sabia yo que el arrendatario tuviese una hija tan linda, porque nunca la ví, aunque estuve dos veces en su casa. Sin duda que debe poner gran cuidado en tenerla bien guardada, y en esto le disculpo, porque en realidad es un bocado muy apetitoso. Esto no era necesario decírselo á vmd., porque

vèo que ya está hambriento de él. No te lo niego, respondí. ¡Ah! mi querido Scipion, que me parece haber visto en aquella criatura una substancia de los cielos. Dexóme abrasado en amor. Es mas tardo el rayo en herir, que el dardo que atravesó mi corazon.

Gran gusto me da vmd., replicó mi secretario, en confesarme que está enamorado. Para ser enteramente feliz en la soledad de los campos, no le faltaba mas. Ahora sí que tiene vmd. todo lo que ha menester. Sé que nos costará un poco de trabajo el engañar la vigilancia de Basilio; pero eso corre de mi cuenta, y espero hacer que ántes de tres dias logre vmd. una secreta conferencia con Antonia. Señor Scipion, le respondí, quizá no podria vmd. cumplir esa palabra; pero esto es puntualmente de lo que no quiero hacer experiencia, porque no tengo la curiosidad de exponerme á semejante prueba. Estoy muy léjos de querer tentar la virtud de esa inocente doncella, y son muy diferentes los pensamientos que me merece su honor. Y así léjos de pedir me asistas y ayudes á deshonrarla, solo deseo que emplees tu zelo en facilitar que me case con ella, con tal que su corazon no esté ya prevenido á favor de otro. No esperaba yo ciertamente, me respondió, que vmd. tomase tan de golpe semejante resolucion. En verdad que no todos los Señores de Aldea, si se hallasen en igual caso, que vmd., procederian con tanta honradez y christiandad, ántes bien solo pensarian en Antonia por medios

tan nobles y legítimos, quando la experiencia les hubiera enseñado que no la podian conseguir por otros viles y bastardos. Por lo demas, añadió, no crea vmd. que desapruebo su amor, ni que esto lo digo por disuadirle de su intento, pues al contrario confieso que la hija de Basilio es merecedora del honor que vmd. la quiere hacer, con tal que pueda presentar las primicias de un corazon intacto y agradecido. Esto es lo que hoy mismo sabré por la conversacion que pienso tener con su padre, y acaso tambien con ella misma.

Mi confidente era un hombre muy puntual en cumplir lo que prometia. Pasó á verse secretamente con Basilio, y por la tarde vino á mi gabinete, donde yo le estaba esperando con impaciencia y temor. Observé que volvia muy alegre, y desde luego pronostiqué que me traía buenas nuevas. Si he de creer á tu risueña cara, le dixe, estoy en que vienes á anunciarme que presto veré satisfechos mis deseos. Así es, me respondió, amado Señor y dueño mio. Hablé á Basilio y á su hija, declarándoles el ánimo de vmd. El padre está fuera de sí con el gozo de saber que vmd. desea ser su yerno; y de la hija puedo asegurar que la persona de vmd. la ha gustado mucho. ¡O cielo! le interrumpí: ¡con que he tenido la dicha de parecer bien á tan amable criatura! No lo dude vmd., me respondió, y esto no lo digo porque yo lo hubiese oido de su boca, sino porque asi me lo dió á

entender la grande alegría que mostró sin poderla disimular, quando supo qual era vuestro intento. Pero en medio de todo esto no puedo ni debo callar que tiene vmd. un gran competidor. ¡Un gran competidor! exclamé ya enteramente turbado. Sí Señor, me respondió, un gran competidor; pero no hay peligro de que le robe á vmd. el corazon de su dama. El tal es el cocinero Joaquin. ¡Ah bribon! dixe entónces soltando una gran carcaxada. He aquí porque le dolia tanto el dexar mi servicio. Precisamente por eso, añadió Scipion. Con efecto, los dias pasados se la pidió á su padre, y este con mucha cortesía, y con no menor agradecimiento, absolutamente se la negó. Salvo tu parecer, repliqué yo, soy de sentir que nos descartemos de este pícaro ántes que llegue á entender que quiero casarme con la hija de Basilio: un cocinero, como no ignoras, es un rival peligroso. Tiene vmd. razon, me respondió: conviene despacharle; mañana muy temprano le despediré ántes que se ponga á disponer la comida, para que nada tenga vmd. que temer de sus guisados, de sus cocidos, de sus salsas, ni de su amor. Es verdad, continuó Scipion, que no dexa de dolerme el perder tan sazonado cocinero; ¿pero que importa? debo sacrificar mi golosina á la seguridad de vmd. No hay que sentir tanto su pérdida, porque no es irreparable, repuse yo; presto haré venir de Valencia un cocinero que valga tanto como él. En efecto, escribí inme-

diatamente á Don Alfonso que tenia necesidad de un cocinero, y al dia siguiente me envió uno, con el qual quedó muy consolado Scipion.

Aunque me habia asegurado el zeloso secretario que, segun lo que él habia conocido, Antonia allá en su interior se había alegrado mucho de la conquista que habia hecho, no me fié del todo de su relacion, temiendo se hubiese dexado engañar de falsas apariencias. Para mayor seguridad determiné certificarme por mí mismo, y á este efecto hablarla á solas. Fuíme pues á casa de Basilio, y confirméle quanto le habia dicho mi embaxador. El buen labrador, hombre sencillo y franco, despues de haberme oido, me dixo que desde luego me concedia á su hija con sumo gusto é indecible satisfaccion; pero no piense V. S., añadió, que se la doy, porque es Señor de este Lugar. Aunque no fuera mas que mayordomo de los Señores Don César y Don Alfonso, siempre le preferiria á todos los amantes y pretendientes de Antonia, porque siempre he sentido en mí una grande inclinacion á su persona; lo único que me disgusta es que mi pobre hija no tenga una gruesa dote que ofrecerle. Ninguna dote pretendo, le respondí, su persona es lo único que deseo, y todo el bien á que aspiro. Humildísimo servidor de V. S., me replicó él con extraña viveza, eso es lo que á mí no me tiene cuenta; no soy algun capa rota, ni algun piojoso que quiera casar así á mi hija. Basilio de Buentrigo, por la misericordia

de Dios, tiene con que dotarla, segun su humilde, pero limpia calidad. Si vmd. la da de comer, quiero que ella le lleve algo para cenar. En una palabra, las rentas de esta quinta no exceden de quinientos ducados, y yo haré que lleguen á mil en gracia de este matrimonio.

Pasaré por todo lo que quisieres, amigo Basilio, le respondí; y está seguro de que por materia de interes nunca reñirémos, y ya que tú y yo estamos de acuerdo, ahora solo falta el consentimiento de tu hija. ¿Qué llama, me dixo, el consentimiento de mi hija? Vmd. tiene ya el mio, y este le basta. No basta tal, le repliqué; tan necesario por lo ménos es el suyo como el vuestro. El suyo depende del mio, repuso él; y pobre de la rapaza, si se atreviese á chistar contra lo que yo quiero. Antonia, le dixe, sin duda estará pronta á obedecer á su padre ciegamente, mas no sé si en esta ocasion lo haria con repugnancia, y por poca que tuviese, viviria yo siempre inconsolable, considerándome causa de su desgracia: en fin no me satisface me dé su mano, si lo ha de sentir su corazon. ¡Qué diantre! exclamó Basilio. Yo no entiendo palabra de esos tiquis miquis, ni de esas filosofías. Hable vmd. con Antonia, y verá, si no me engaño mucho, que hoy ninguna cosa desea tanto en este mundo, como verse quanto ántes su muger. Diciendo esto llamó á su hija, y se retiró dexándome un momento á solas con ella.

Para no malograr tan preciosos instantes, fuí

desde luego en derechura al asunto. Bellísima Antonia, la dixe, decide de mi suerte infeliz ó afortunada. Aunque tengo ya el consentimiento de tu padre, no creas me valga de él para violentar tu gusto. Confieso que tu posesion seria toda mi dicha; pero desde luego renuncio á ella si solamente la he de deber á tu filial obediencia. Eso es, Señor, respondió ella con cierto rubor, lo que nunca os diré, ni os podré decir. Vuestra eleccion es para mí tan grata que jamas podrá causarme pena, y en vez de sentir el consentimiento de mi padre, lo celebro sinceramente. No sé, prosiguió, si hago bien ó mal en hablaros de esta manera; solo sé que si no me hubiérais agradado, tendria resolucion para decíroslo francamente: ¿pues qué razon habrá para que no pueda deciros libremente lo contrario?

Al oir estas palabras, que no pude escuchar sin quedar encantado, hinqué una rodilla en tierra, y tomándola una mano, se la besé con respeto y con amor. Adorada Antonia, la dixe, me hechiza tu franqueza: prosigue hablándome siempre con la misma; estás hablando con tu esposo, y así no le disimules nada. ¿Con que puedo lisonjearme de que unirás con gusto tu suerte con la mia?.... En este punto entró Basilio, y no pude proseguir. Deseoso este de saber lo que su hija me habia respondido, y muy dispuesto á reñirla, si hubiese manifestado la mas mínima aversion á mi persona, volvió

prontamente á buscarme. ¿Y bien, me dixo, está vmd. contento con la respuesta de Antonia? Lo estoy tanto, le respondí, que desde ahora mismo voy á mandar se hagan prontamente todas las prevenciones necesarias para celebrar quanto ántes nuestro matrimonio. Dicho esto, dexé al padre y á la hija, para ir á discurrir sobre el asunto con mi fiel secretario.

CAPITULO IX.

Boda de Gil Blas y la bella Antonia: aparato con que se hizo; personas que asistiéron á ella, y fiestas con que se celebró.

Aunque á la verdad no necesitaba yo la licencia de los Señores de Leyva para casarme, todavía juzgámos Scipion y yo que no podia ménos, sin faltar á la gratitud y á la buena crianza, de comunicarles mi intento, y pedirles permiso para ponerlo en execucion.

Marché pues á Valencia, donde todos se quedáron sorprehendidos de verme, y mucho mas quando supiéron el motivo de un viage tan inesperado. Don César y Don Alfonso, que conocian á Antonia por haberla visto en varias ocasiones, me diéron mil enhorabuenas, y celebráron mi buen gusto en tan acertada eleccion. Sobretodo Don Alfonso me hizo un cumplimiento

tan expresivo, que á no estar yo tan persuadido á que aquel Señor hacia muchos años habia dexado del todo sus juveniles devaneos, quizá sospecharia que mas de una vez habia ido á Liria, ménos por ver su hacienda, que por ver á la hija de su arrendador. Serafina por su parte, despues de haberme asegurado de quanto se interesaba en mis gustos, me dixo que siempre habia oido [illegible] ucho y decir grandes bienes de Anto- [illegible] liendo no obstante un repulgo algo mal[illegible]cioso, como para zaherirme un poco sobre la indiferencia con que habia correspondido al amor de la pobre Lorenza Séfora; pero la verdad es, me dixo, que aunque no me hubieran alabado tanto la hermosura y demas prendas de Antonia, siempre me hubiera fiado de tu buen gusto, porque sé lo fino y delicado que es en esta materia.

No se contentáron Don César y su hijo con aprobar mi matrimonio, sino que quisiéron que los gastos de la boda corriesen todos de su cuenta. Vuelve, me dixéron, á tomar el camino de Liria, está tranquilo, y no pienses en nada hasta tener noticia de nosotros. No hay que dar disposiciones para festejar la boda, que ese cuidado será nuestro. Por conformarme con el gusto de aquellos Señores, dí luego la vuelta á mi casa. Comuniqué á Basilio y á su hija lo que pensaban hacer aquellos nuestros protectores, y todos estuvimos esperando con paciencia la noticia que nos prometiéron dar de sus personas. Ninguna tuvimos en el espacio de ocho dias; pero

al cabo vimos venir un coche de seis mulas con quatro sastres dentro, que traian varias piezas de telas de seda á qual de mas fino gusto, para vestir á la novia, escoltando el coche muchos lacayos montados tambien en mulas. Uno de estos me entregó carta de Don Alfonso, en que me decia que al dia siguiente vendria á Liria con su padre y su esposa, juntamente con el Provisor del Arzobispo, que habia de hacer de párroco en la ceremonia del matrimonio. Con efecto, al otro dia llegáron á Liria Don César, su hijo, Serafina y el Provisor, todos quatro en un coche con seis caballos, precedido de otro con quatro, en que venian las criadas de la Gobernadora, y tras los dos coches la Guardia del Gobernador.

Luego que se apeó la Gobernadora, mostró vivos deseos de ver á la novia, la qual por su parte inmediatamente que supo el arribo de aquella Señora, acudió á cumplimentarla y á besarla la mano, lo que executó con tanta gracia que todos los presentes quedáron admirados. Y bien, Serafina, preguntó Don César á su nuera, ¿qué os parece de esta niña? ¿no ha tenido buen gusto Santillana? No le podia tener mejor, respondió Serafina; parece que naciéron el uno para el otro, y no dudo que será un matrimonio muy feliz. En fin, todos se esmeráron en dar elogios á mi futura esposa, y si les pareció bien con un vestido de sarga, quedáron encantados quando la viéron despues con una rica gala, la qual la caía tan bien, y ademas se manejaba con

tanto garbo y despejo, que parecia no haber usado en su vida de otras telas ni otro trage.

Llegada la hora en que un dulce himeneo habia de unir para siempre nuestra suerte y nuestras voluntades, Don Alfonso me tomó por la mano para conducirme al altar, y Serafina hizo á Antonia el mismo agasajo. En esta conformidad pasámos á la Iglesia ó Capilla de la Aldea, donde nos estaba esperando el Provisor para darnos la bendicion nupcial; ceremonia que se celebró con grandes aclamaciones de los labradores del Lugar, y de otros muchos del contorno que habian concurrido convidados por Basilio, los quales todos habian traido consigo á sus hijas adornadas de cintas y coronadas de flores, armada cada una con su panderillo y sonajas, para contribuir por su parte al regocijo, haciendo mas alegre y bulliciosa la solemnidad. Concluida la funcion, volvimos á casa, donde Scipion, director del festin, tenia prevenidas tres mesas, una para los Señores, otra para los de su comitiva, y la tercera, mayor que las otras dos, para todos los demas convidados. Antonia se sentó en el mejor lugar de la primera, porque así lo quiso absolutamente la Gobernadora; yo hice los honores de la segunda, y Basilio representó el mismo papel en la tercera destinada para los labradores. Scipion á ninguna se sentó, quedándose en pie para acudir á todas partes, y dar sus órdenes á fin de que las mesas estuviesen bien servidas.

Los cocineros del Gobernador eran los que habian dispuesto la comida, con lo que esto está dicho que nada habia que echar ménos en ella. Luciéronlo los exquisitos vinos de que el cocinero Joaquin habia hecho abundante provision para mi mesa; y comenzando con los tragos á calentarse los convidados, reynaba en todos la alegría, quando la turbó un incidente que á todos nos sobresaltó. Mi secretario, que estaba en la sala donde yo comia, acompañando y cortejando á los principales criados y criadas de Serafina, cayó desmayado en tierra, perdiendo el conocimiento. Levantéme prontamente á socorrerle, y miéntras estaba practicando las diligencias para hacerle volver en sí, ví que una criada de la Gobernadora se habia desmayado tambien. Todos nos persuadimos á que aquel recíproco desmayo encerraba algun misterio, como así era en realidad, y el misterio tardó poco en declararse; porque recobrando de allí á poco Scipion el uso de los sentidos, me dixo en voz baxa: ¡ por fuerza el dia mas alegre para vmd. habia de ser para mí el mas desgraciado y funesto! Ninguno, añadió, puede evitar su desgracia. Sepa vmd. que acabo de ver á mi muger entre las criadas de la Señora Gobernadora.

¿ Qué es lo que dices? exclamé yo. ¿ Es posible que seas marido de esa muger que se desmayó al mismo tiempo que tú? Sí Señor, me respondió: soy su desdichado marido, y aseguro á vmd. que no podia jugarme la fortuna

una pieza mas villana ni mas dolorosa para mí, que volvérmela á poner delante. Querido Scipion, le repliqué, sea el que fuere el motivo que haya dado tu muger para que sientas tanto su encuentro, usa de tu capacidad y prudencia; si me amas, te ruego encarecidamente que por ahora disimules, y no turbes la fiesta. Señor, repuso él, espero que vmd. quedará complacido de mí, y ahora verá si sé vencerme y disimular.

Apénas dixo estas palabras, quando acudió acelerado adonde estaba su muger en brazos de sus compañeras, que ya tambien la habian hecho volver en sí, y abrazándola con tanta ternura, como si efectivamente hubiera sido su desmayo efecto del grandísimo y no esperado gozo de verla: ¡ah querida Beatriz, exclamó, con que en fin el Cielo piadoso nos ha vuelto á juntar despues de diez años de separacion! ¡O qué momento tan afortunado para mi amante y afligido corazon! Yo no sé, respondió ella, si tú has tenido tanto gozo, como dices, por nuestro impensado encuentro; lo que sé es que yo jamas te dí el mas mínimo motivo para que me dexases. Encontrásteme, es verdad, una noche con el Señor Don Fernando de Leyva que estaba enamorado de mi ama Doña Julia, como esta lo estaba de él: servia yo, no lo niego, á la honesta y legítima inclinacion de aquella señorita; pero á tí se te antojó que yo estaba dando conversacion á Don Fernando á costa de tu honor, no

ménos que del mio. Sin mas ni mas se te metiéron en la cabeza unos rabiosos zelos, te escapaste de Toledo, huiste de mí como de un monstruo, y ni siquiera te dignaste hacerme algun cargo, ni decirme una palabra, para que yo te desengañase y diese alguna satisfaccion. En vista de esto, ¿quién deberá estar quejoso de quién? ¿tú de mí, ó yo de tí? Tú de mí, le respondió prontamente Scipion. Así es, replicó ella, y prosiguió diciendo: Don Fernando, luego que partiste de Toledo, se casó con Doña Julia, á la que estuve sirviendo todo el tiempo que vivió; pero despues que una muerte anticipada nos la arrebató, mi Señora Doña Serafina me recibió en su casa, y en ella me he mantenido hasta ahora. Esta Señora y mis compañeras te podrán informar del recato con que he vivido.

No tuvo que replicar mi secretario á este discurso, que no podia probar fuese falso, y así desde entónces pasó á ser realidad el disimulo con que afectaba estar lleno de gozo, por verse reunido con su muger. Reconozco mi falta, la dixo, confieso mi precipitacion, y te pido mil perdones á vista de todo este noble y honradísimo concurso. Entónces intercedí con Beatriz por su marido, rogándola olvidase todo lo pasado, y asegurándola que Scipion en lo porvenir solo pensaria en tratarla con el mayor cariño. Rindióse á mi súplica, y todos los circunstantes celebráron con el mayor regocijo la reunion de aquellos dos casados. Hiciéronlos

sentar á la mesa al lado uno del otro, resonaban á porfía los bríndis por la salud de entrámbos, y en fin, fué tal la bulla y el alborozo, que el festin mas parecia haberse dispuesto para celebrar aquel encuentro que para festejar mi boda.

La tercera mesa fué la primera que quedó desierta. Levantáronse de ella los labradores mozos y solteros, para dar principio á varios bayles con las agraciadas mozas de su clase, al son de sus panderos y sonajas, á cuyo ruido todos los de las otras mesas tardáron poco en seguir tambien su exemplo. Los dependientes del Gobernador bayláron con las doncellas de la Gobernadora, y hasta los mismos Señores se mezcláron en la fiesta. Don Alfonso bayló una zarabanda con Serafina, y Don César otra con Antonia, la qual vino despues á buscarme para que baylase con ella, y en verdad que no se portó mal, aunque solo habia aprendido algunos pasos de bayle en casa de un pariente suyo, vecino de Albarracin. Yo, que, como dexo ya dicho, me habia enseñado á baylar en casa de la Marquesa de Chaves, pasé en el concepto de todos por un gran baylarin. Beatriz y Scipion quisiéron mas retirarse á discurrir entre los dos, y darse recíproca cuenta de todo lo sucedido despues de su separacion; pero Serafina interrumpió su coloquio, porque informada por menor de las paces que habian hecho, hizo que los llamasen á su quarto, para

manifestarles lo mucho que de ello se alegraba. Hijos mios, les dixo, no puedo explicaros el gozo que siente mi corazon, viéndoos ya felizmente restituidos el uno al otro. Amigo Scipion, ahí te entrego á tu esposa, protestándote que su conducta en mi casa ha sido verdaderamente irreprehensible; vive con ella en casto amor y en perfecta armonía. Y tu, Beatriz, ama y sirve á Antonia con la misma fidelidad, amor y lealtad con que Scipion sirve al Señor Santillana. Scipion, que ya miraba á su muger como á otra fidelísima Penélope, prometió que en adelante la respetaria y trataria con todas las atenciones imaginables.

Retiráronse á sus casas los labradores y labradoras, despues de haber estado baylando toda la tarde; pero los Señores prosiguiéron la fiesta parte de la noche. Sirvióse una magnífica cena, y quando se trató de irse todos á recoger, el Provisor bendíxo el lecho nupcial. Serafina desnudó á la novia, y los Señores de Leyva me hiciéron á mí la misma honra. Lo mas gracioso de todo, fué que los dependientes del Gobernador y las criadas de la Gobernadora quisiéron hacer la misma ceremonia con los dos consortes recientemente reconocidos y reconciliados. En efecto, desnudáron á Beatriz y á Scipion, los quales, para hacer mas cómica la escena, gravemente se dexáron desnudar y meter en la cama.

CAPITULO X.

Lo que sucedió despues de la boda de Gil Blas, y principio de la historia de Scipion.

El dia siguiente de mi boda los Señores de Leyva se volviéron á Valencia despues de haberme dado mil nuevas pruebas de su buen afecto y amor, de manera que mi secretario y yo nôs quedámos solos con nuestras mugeres y nuestros criados.

El empeño que hicimos uno y otro en ganar el corazon y cariño de nuestras mugeres no fué inútil; pues en pocos dias inspiré yo á la mia todo el mismo vehemente amor que la profesaba, y en breve tiempo hizo Scipion olvidar enteramente á la suya todos los disgustos que la habia causado. Beatriz, que era de genio alegre y despejado, sin costarla mucho se grangeó enteramente la aficion y confianza de su nueva ama. En fin, todos quatro viviamos admirablemente acordes, y comenzábamos á gozar una vida verdaderamente envidiable. Pasábamos unos dias inocente y gustosamente divertidos. Antonia era algo seria; pero Beatriz y yo siempre estábamos de buen humor, y quando no lo estuviéramos, bastaria Scipion para desterrar toda melancolía; porque no se

puede negar que era un hombre incomparable para la sociedad, y para mantener siempre viva y festiva á la mas numerosa compañía.

Un dia que despues de comer nos vino gana de ir á dormir la siesta al sitio mas sombrío y apacible del bosque, Scipion que estaba extraordinariamente alegre y divertido, nos quitó á todos el sueño con sus festivos discursos y graciosos ofrecimientos. Calla esa boca, le dixe entre risueño y dormido, ó si quieres que no durmamos, cuéntanos alguna cosa que merezca nuestra atencion. Enhorabuena, Señor, me respondió prontamente. ¿Quieren vmds. que les cuente la historia del Rey Don Pelayo? De mejor gana oiria yo la tuya, le repliqué, pero ese gusto nunca me lo has querido dar desde que nos conocemos, ni espero que jamas me le des. ¿No me dirás en qué ha consistido eso? Sí Señor, yo se lo diré clarito á su merced. Ha consistido en que su merced jamas me ha manifestado el mas mínimo deseo de oirla, pues por lo demas al menor asomo de curiosidad que yo le hubiera observado, estaria ya harto de saberla, porque no tengo otro mayor deseo que el de complacerle en todo, y éteme aquí pronto á contentarle en este punto. Cogímosle la palabra Antonia, Beatriz y yo, y nos dispusimos á escuchar su relacion, la qual no podia ménos de causar un buen efecto, ya fuese divirtiéndonos, ó ya haciéndonos dormir.

Yo, comenzó á decir Scipion, seria cierta-

mente hijo de un Grande de España de primera clase, ó á mal dar y quando ménos, de un caballero del hábito de Santiago ó de Alcántara, si esto hubiera estado en mi mano; pero como ninguno es dueño de escogerse padres, el mio fué un tal Toribio Scipion, honrado quadrillero de la Santa Hermandad. Como este andaba casi siempre por los caminos reales, segun la obligacion de su empleo, un dia encontró no léjos de Toledo á una gitanilla moza, agraciada y bien parecida. ¿Adónde vas, hija? la preguntó, endulzando quanto pudo la voz, que de suyo era áspera, bronca y disonante. Señor, respondió ella, voy á Toledo, donde de una manera ó de otra espero ganar de comer viviendo honradamente. Tu intencion es muy loable, replicó él, y no dudo que tu arco sabrá tocar mas de una cuerda. Sí Señor, respondió la gitanilla, gracias á Dios que me ha dado habilidad para varias cosas: sé hacer pomadas, y destilar quintas esencias muy útiles para las damas: sé decir la buena ventura: sé el modo de hacer que se encuentren las cosas perdidas; y sé mostrar todo quanto se quiera ver por mi dictámen en un cristal ó en un espejo.

Pareciéndole á Toribio que una doncella de tanta habilidad y de aquellos talentos era un partido muy ventajoso para un hombre como él, á quien su empleo apénas le daba para comer, sin embargo de exercitarle con la mayor exâctitud, la propuso si queria ser su esposa.

Inmediatamente aceptó la niña la proposicion; siguiéron juntos el camino hasta Toledo, donde se casáron *in facie Ecclesiæ*, y ahora estan vmds. viendo con sus propios ojos el bello fruto de tan noble matrimonio. Tomáron casa en un arrabal, donde mi madre comenzó á vender sus pomadas y quintas esencias; pero viendo que se ganaba ya poco en aquel trato, abrió tienda de adivina. Entónces fué quando se viéron llover en aquella casa pesos duros y doblones. Mil mentecatos de uno y otro sexô esparciéron muy presto por toda la ciudad la fama de la Coscolina, que así se llamaba la gitana. Apénas se desocupaba la casa de los que venian á valerse de su ministerio: ya era un sobrino pobre, único heredero de un tio muy rico, que deseaba saber para su consuelo quando partiria el tio de este mundo; ya era una doncella á quien galanteaba un jóven caballero con palabra de matrimonio, deseosísima de apurar si se la cumpliria.

Persuádome á que vmds. darán por supuesto que las respuestas de mi madre siempre eran favorables á las personas á quienes las hacia; y quando alguna vez no salian ciertas, echaba la culpa al diablo, que burlándose de los exôrcismos con que le conjuraba para que le revelase lo futuro, se divertia en engañarla.

Era mi madre de parecer que seria muy conveniente por honor del oficio hacer visible al diablo algunas veces, quando maniobraba en

sus mágicas operaciones. Entónces hacia mi padre el papel del diablo, y lo hacia perfectamente, porque la aspereza y la disonancia de su voz, juntamente con la enorme fealdad de su monstruosa cara, decian admirablemente bien con el original que representaba. Poca credulidad era menester para tenerle por tal en vista de su figura. Pero un dia cierto Capitan, igualmente bárbaro que crédulo, quiso ver al diablo, y lleno de espanto y furor le pasó de parte á parte con la espada. Informado el Santo Oficio de la muerte del diablo, despachó sus Ministros contra Coscolina, á quien prendiéron, embargándose al mismo tiempo todos sus efectos; y á mí, que á la sazon solo tenía siete años, me metiéron en la casa de los niños huérfanos. Habia en ella ciertos Clérigos que mediante un buen salario cuidaban de su crianza, con obligacion de enseñarles á leer y escribir. Parecióles que yo prometia mucho, y me distinguiéron entre los demas, escogiéndome para que les sirviese en las cosas que se les ofrecian. Era el portador de sus cartas y papeles, hacia sus recados, y les ayudaba á Misa. Agradecidos á mis pequeños servicios quisiéron tambien enseñarme la gramática, y con ella la buena latinidad; pero tomáron esto con tanto empeño, y me trataban con tanto rigor, que un dia en que me enviáron á un recado, cogí las de villadiego, y en vez de volver al Hospital de los huérfanos, me escapé de Toledo por la puerta de Sevilla.

Aunque á la sazon solo tenia nueve años cumplidos, no cabia en mí de contento viéndome en libertad, y dueño de mis acciones. Hallábame sin pan y sin dinero, pero nada me importaba, porque tampoco tenia lecciones que estudiar ni temas que componer. Quando hube caminado dos horas, comenzáron mis pobres piernecitas á darme á entender que ya no me podian servir. A la verdad nunca habian hecho viage tan largo, y me ví precisado á pararme un poco para descansar. Sentéme al pie de un árbol que estaba á orillas del camino, y para divertirme saqué el arte de Nebrija que tenia en el bolsillo. Comencé á ojearle por entretenimiento, y acordándome de las palmadas y de los azotes que me habia hecho llevar, le hice pedazos, diciéndole con cólera: ¡ah maldito libro! ya no me harás derramar mas lágrimas. Arrojéle al suelo, pateéle; y quando estaba sembrando la tierra de declinaciones y conjugaciones, pasó por allí un ermitaño con una gran barba blanca, montados en la nariz unos venerables anteojazos, y en fin de una traza venerable. Acercóse á mí, miróme atentamente, y yo tambien le estuve mirando con grande atencion. Querido mio, me dixo, paréceme que los dos nos hemos mirado con amor y ternura, y que no nos avendríamos mal viviendo juntos en mi ermita, que no dista doscientos pasos de aquí. Buen provecho le haga á vmd. su ermita, le respondí secamente, que yo no tengo gana de

meterme á ermitaño. Dió una carcajada el buen viejo quando me oyó esta respuesta, y sin desistir de su intento, añadió: no te espante ni te acobarde, hijo mio, el hábito en que me ves; si es áspero y poco grato á la vista, es de grande utilidad, pues me ha hecho dueño de un deliciosísimo retiro, y de varios Lugarcitos circunvecinos, cuyos habitadores no ya me aman, me idolatran. Vente conmigo, y te vestiré un habitico semejante al mio. Si te hallares bien, entrarás á la parte en las grandes conveniencias que disfruto en esta vida que hago; y si no te acomodares á ella, serás dueño de retirarte y dexarla quando quieras, dándote yo palabra, como te la doy, de que en caso de separarte de mí, no dexaré de darte algo, y de hacerte todo el bien que pueda.

Dexéme persuadir, y seguí al viejo ermitaño, el qual me hizo en el camino varias preguntas, á las quales respondí con una inocencia y candor que no siempre usé despues. Luego que llegámos á la ermita, me presentó un poco de fruta que devoré en un instante, porque en todo el dia no habia comido mas que un zoquetillo de pan con que me habia desayunado en el Hospital por la mañana. Quando el solitario me vió menear las mandíbulas con tanto garbo, ánimo, hijo mio, me dixo, no dexes de comer por miedo de que se acabe la fruta, pues gracias al cielo hay en la ermita muy buena provision de ella. Sábete que no te he traido

aquí para que te mueras de hambre. Era esto tanta verdad, que una hora despues de nuestro arribo encendió lumbre y puso á asar un pedazo de carnero para hacer una grán cazuela de gigote; y miéntras yo revolvia el asador, él dispuso la mesa, cubriéndola con un mantel no muy limpio, y poniendo en ella dos cubiertos, uno para él, y otro para mí.

Luego que el carnero estuvo en sazon, le sacó del asador, picóle, metióle en una cazuela, púsole un poco á hervir, y nos sentámos á comer; pero nuestra comida no fué como la de las ovejas, porque bebimos un excelente vino, del qual tenia tambien el penitente ermitaño su provision mas que decente. Y bien, muchacho, me dixo luego que nos levantámos de la mesa, esta es mi comida ordinaria: ¿estás contento con ella? Siempre comerás así, miéntras estuvieres conmigo. Por lo demas harás lo que mejor te pareciere. Yo solo quiero de tí que me acompañes, quando vaya á recoger la limosna á los Lugares vecinos; llevarás del cabestro un borriquillo cargado de unas alforjas, que los devotos labradores me hacen la caridad de llenar ordinariamente de pan, huevos, carne y pescado: esto es lo único en que te ocuparé. Padre, le respondí, estoy pronto á hacer todo lo que su Reverencia me mande, salvo que me quiera obligar á estudiar latin. No pudo ménos de reirse de mi graciosa sencillez el hermano Chrisóstomo, que así se llamaba

el ermitaño, y desde luego me aseguró que nunca violentaria mi inclinacion.

Al dia siguiente salímos á nuestra questa; llevando yo el borrico por el cabestro, y cogimos buenas y copiosas limosnas, porque cada labrador hacia punto de echar alguna cosa en las alforjas. Este daba un pan entero, otro un buen pedazo de tocino, quien una perdiz, y quien una gallina. En suma, llevámos á la ermita víveres para regalarnos bien por mas de una semana: buena prueba de lo mucho que amaban al hermano Chrisóstomo, aquellos aldeanos. Verdad es que este tambien les servia mucho, dándoles buenos consejos quando le venian á consultar, componiendo sus desavenencias, pacificando las familias, dándoles remedios para muchos males, y enseñando varias oraciones á las mugeres casadas que deseaban tener hijos.

Ya ven vmds. por lo que acabo de referir, que yo estaba muy contento y bien tratado en la ermita. Si la comida era buena, la cama no era desgraciada. Acostábame sobre un xergon de paja fresca, teniendo por cabecera una almohada de lana, y cubriéndome con una manta de lo mismo; de manera que no hacia mas que un sueño, el qual duraba desde que me metia en la cama muy temprano, hasta muy entrado el dia siguiente. Quiso el hermano Chrisóstomo que yo tambien me vistiese de ermitaño, y con efecto él mismo me hizo un

habitico nuevo, deshaciendo uno viejo suyo, y comenzó á llamarme el ermitañito Scipion. Quando me viéron en las Aldeas vecinas con aquel nuevo trage, caí á todos tan en gracia que visiblemente se doblaba la limosna en las alforjas, tanto que el pobre borrico apénas podia con la carga. Todos se venian tras mí, y todos á porfía se esmeraban en dar á qual mas al hermano Scipioncito.

A un muchacho de mi edad no podia ménos de gustarle mucho aquella vida ociosa y regalona, que disfrutaba en compañía del viejo ermitaño; y es bien cierto que la hubiera siempre continuado, si en la rueca de las Parcas no se me hubieran hilado otros dias muy diferentes; pero mi fatal destino me obligó á dexar la dulce compañía del hermano Chrisóstomo de la manera que voy á referir.

Muchas veces habia visto al viejo con la almohada que le servia de cabecera, sin hacer otra cosa que descoserla y volverla á coser. Observé un dia que metia en ella algun dinero, lo que excitó en mí una grandísima curiosidad, y determiné salir de ella en el primer viage que el hermano Chrisóstomo hiciese á Toledo, á donde solia ir una vez cada semana. Aguardé con impaciencia este dia, que finalmente llegó, sin tener por entónces otro fin que el de contentar mi curiosidad. Partió el buen hombre, y yo inmediatamente descosí la almohada, dentro de cuya lana encontré como unos cin-

cuenta escudos en toda especie de monedas.

Verosímilmente este tesoro seria efecto del agradecimiento de los labradores, á quienes habian curado sus remedios, y de las labradoras á quienes habia alcanzado hijos con sus oraciones. Mas sea lo que fuere, apénas ví aquel dinero, y en ocasion en que impunemente me lo podia apropiar, quando la sangre gitana hizo su oficio. Dióme una gana de robarle tan poderosa y vehemente, que no pude ménos que atribuirla á la sangre que corria por mis venas. Cedí sin resistencia á la tentacion, agarré el dinero, metíle en una bolsa de cuero, y despues de haberme desnudado del hábito de ermitaño, y vuelto á tomar mi vestidico de huérfano, me alejé de la ermita, pareciéndome que llevaba en la bolsa todas las riquezas de las Indias.

Este fué mi primer ensayo, prosiguió Scipion; y sin duda que en vista de él solo esperarán vmds. la relacion de otros muchos semejantes y de la misma especie. No engañaré sus esperanzas, porque en realidad todavía tengo que contarles otras gloriosas hazañas muy parecidas á esta, ántes de hablar de mis acciones loables; pero al fin llegarémos allá, y entónces verán que de un gran bribon, con la gracia del Señor, se puede muy bien hacer un hombre de bien y muy honrado.

Sin embargo de mis pocos años no fuí tan simple que tomase el camino de Toledo, porque

me expondria á encontrarme con el hermano Chrisóstomo, que sin duda hubiera querido volver á juntarse con su dinero. Tomé pues la ruta del lugar de Galvez, donde me entré en un mesón, cuya huéspeda era una viuda como de quarenta años, con todos los requisitos que son menester para saber vender bien sus agujetas. Luego que esta muger puso los ojos en mí, conociendo por el vestido que me habia escapado del Hospital de los huérfanos, me preguntó quién era, y adónde iba. Respondíla que habiendo muerto mis padres, buscaba conveniencia. Y díme, hijo, me volvió á preguntar, ¿sabes leer? Sí Señora, respondí, sé leer de corrido, y tambien sé escribir á mil maravillas. Verdaderamente yo sabia formar las letras, y juntarlas de manera que parecia una cosa así como escrita, lo que juzgaba sobrado para llevar la cuenta de una taberna de Aldea. Siendo eso así, repuso la mesonera, desde luego te recibo para mi servicio. No serás inútil en mi casa, porque correrás con el libro del gasto, y llevarás cuenta de mis deudas y créditos. No te daré salario, añadió, porque son muchos los caballeros que vienen á este meson, los quales nunca se olvidan de los criados, con que seguramente puedes contar con muchos y muy buenos gages.

Acepté el partido, pero reservándome, como vmds. lo pueden creer, el derecho de mudar de ayre, siempre y quando no me acomodase el

del meson. Apénas me ví embargado para servir en él, quando me hallé el hombre mas inquieto y sobresaltado del mundo. No queria que ninguno supiese que yo tenia dinero, y no sabia donde esconderle, de modo que no pudiese dar con él alguna mano forastera. Como aun no conocia la casa, no me podia fiar de aquellos sitios que me parecian mas propios para asegurarlo. ¡O, y quanto nos embarazan las riquezas! Determinéme en fin meterlo en un rincon del pajar, pareciéndome que en ninguna otra parte podia estar mas seguro, y procuré tranquilizarme todo lo que me fué posible.

Eramos tres criados en el meson: un robusto moceton que cuidaba de la caballeriza, una moza manchega, y yo. Cada uno sacaba lo que podia de los huéspedes así de á pie como de á caballo, que se alojaban en casa. Siempre daban alguna cosa al mozo de caballeriza, para que cuidase de sus caballerías. Yo tambien sacaba de ellos algun dinerillo, quando les iba á presentar la cuenta del gasto; pero la manchega, que era el ídolo de los caleseros y arrieros que pasaban por allí, ganaba mas escudos que quartos ú ochavos nosotros dos. Quando yo habia juntado algunos reales, los llevaba luego al pajar para aumentar mi caudal: y quanto mas crecia este, mas pegado estaba á él mi apocado corazon. De tiempo en tiempo lo visitaba, dábale mil besos, y lo estaba contemplando con una dulce suspension que so-

lamente los codiciosos avaros pueden bien comprehender.

Treinta veces al dia iba á ver el sitio donde estaba mi tesoro, por el tierno amor que le tenia. La mesonera me encontró freqüentemente en la escalera del pajar; y como era una muger naturalmente suspicaz y desconfiada, quiso un dia saber qué cosa era la que me movia á repetir tantas visitas á aquel parage. Subió á él, y comenzó á registrarlo todo, rezelando quizá que yo tendria escondidas algunas cosas que la hubiese robado á ella. Revolvió la paja que cubria mi bolson, y dió con él. Abrióle, y viendo dentro pesos duros y doblones, creyó ó fingió creer que todo aquello era suyo, y que yo se lo habia quitado. Por de contado se apoderó del caudal, y tratándome de bribonzuelo, ladroncillo y malvado, dió órden al mozo de caballeriza, enteramente dedicado á complacerla, que me aplicase medio ciento de azotes; y despues de bien acribillado, me echó á la calle, diciéndome que no queria sufrir en su casa pícaros ni rateros. Inútilmente juraba y perjuraba yo, poniendo por testigos al cielo y á la tierra, que nada la habia hurtado; la mesonera decia lo contrario, y todos la daban mas crédito á ella que á mí. Y vean vmds. ahora como los dinerillos del hermano Chrisóstomo pasáron de manos de un ladron novicio á las de una ladrona profesa.

Lloré la pérdida de mi dinero, así como una

tierna madre llora la muerte de un hijo único que nació de sus entrañas; pero si mis lágrimas no fuéron bastantes para hacerme recobrar lo que habia perdido, por lo ménos fuéron causa para mover á compasion á algunas personas que me las veían derramar, y entre otras al Cura de Galvez, que casualmente pasaba á la sazon por allí. Mostróse compadécido del estado en que me veía, y llevóme consigo á su casa. En ella, ó fuese por ganar mi confianza, ó por hacer burla de mí, comenzó á exclamar mostrando tenerme mucha compasion. Cierto, dixo en tono lastimero, que me da gran dolor este pobre muchacho. ¿Qué maravilla es que en sus pocos años, en su ninguna experiencia y falta de reflexîon, hubiese cometido una accion ruin? Apénas se encontrará un hombre que no haya hecho alguna en el discurso de su vida. Volviéndose despues á mí, me preguntó con mucho cariño de dónde era, y quiénes mis padres, porque tienes traza, añadió, de ser hijo de gente honrada. Háblame en confianza, y está seguro de que no te abandonaré.

El Cura, con esté su halagüeño y caritativo discurso, me fué insensiblemente empeñando en que le descubriese todos mis pasos con la mayor ingenuidad. Contéle de pe á pa quanto habia hecho, y despues de haberme oido, me dixo: aunque es cierto que no conviene á los ermitaños atesorar dinero, esto no excusa ni disminuye el pecado que cometiste; en robar

al hermano Chrisóstomo, quebrantaste el séptimo mandamiento que prohibe tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño; pero yo me encargo de obligar á la mesonera á que restituya al hermano Chrisóstomo todo su dinero, y así por esta parte podrás vivir sosegado, y aquietar enteramente tu conciencia; lo qual aseguro á vmds. que de ninguna manera me inquietaba; pero el Cura que allá tenia sus fines, no paró aquí, ántes bien prosiguió diciéndome: yo, hijo mio, quiero empeñarme á favor tuyo, y solicitarte una buena conveniencia. Mañana mismo pienso enviarte á Toledo con un mozo de mulas y una carta para un sobrino mio, Canónigo de aquella Santa Iglesia, que no se negará á recibirte en el número de sus familiares, los quales todos lo pasan como unos Beneficiados que se regalan á costa de la prebenda. En esto no tengo duda, y desde luego te puedes ya dar por admitido.

Consolóme tanto esta seguridad, que al instante olvidé el bolson y los azotes que me habian dado. Todo mi pensamiento se ocupó en el gusto que tendria, quando me viese con una vida de Beneficiado. Al dia siguiente, miéntras estaba yo almorzando, llegó á casa del Cura un alquilador con dos mulas. Subiéronme en la una, y montando el alquilador en la otra, partímos juntos camino de Toledo. Era mi compañero de viage un grandísimo chuzon, gastaba buen humor, y gustaba de divertirse

á costa del próximo. Querido Scipion, me dixo, en verdad que tienes un buen amigo en el Señor Cura de Galvez. No podia darte mayor prueba de lo mucho que te quiere, que acomodarte con su sobrino el Señor Canónigo, á quien conozco muy bien, y es sin duda la perla de aquel Cabildo. No es ciertamente uno de aquellos devotos, cuyo semblante maciliento y consumido está predicando mortificacion y abstinencia; nada ménos. Es un Eclesiástico gordo, colorado, siempre alegre y festivo: un hombre en fin que se divierte en todo lo que sale, y que gusta mucho de tratarse bien. Estarás en su casa como un pollito empanado.

Conociendo el guiton del alquilador el gusto con que le escuchaba, continuó el panegírico del Canónigo, ponderándome lo mucho que yo celebraria mi fortuna, quando me viese ya criado suyo. No cesó de hablar hasta que llegámos al Lugar de Orbisa, donde nos apeámos para echar un pienso á las mulas. En tanto que él andaba de aquí para allí dentro del meson, quiso mi buena suerte que se le cayese del bolsillo un papel que yo tuve modo de recoger sin que él lo advirtiese, y leer miéntras él estaba en la caballeriza con el ganado. Era el tal papel una carta dirigida á los Capellanes del Hospital de los huérfanos, la qual decia así, ni mas ni ménos.

Muy Señores mios: Me he juzgado obligado por caridad á restituir en sus manos

un bribonzuelo que se escapó de ese Hospital. Paréceme un muchacho muy despabilado; y por lo mismo muy digno de que vmds. se sirvan tenerle encerrado. No dudo que con la correccion y el castigo puedan hacer de él un hombre de bien y de razon. Queda rogando á Dios conserve á vmds. en tan piadosos como caritativos oficios:

El Cura de Galvez.

Luego que acabé de leer esta carta, que me descubria la buena intencion del Señor Cura, no dudé un punto sobre el partido que habia de tomar. Salir inmediatamente del meson, y ponerme en las orillas del Tajo, distante mas de una legua de aquel Lugar, todo fué obra de un momento. El miedo me prestó alas para huir de los Clérigos que enseñaban latin en la casa de los huérfanos, adonde absolutamente no queria volver: tanto me habia disgustado el modo con que enseñaban la gramática. Entré en Toledo tan alegre como si supiera adonde habia de ir á comer y beber. Es verdad que el tal pueblo es una ciudad de bendicion, en la qual un hombre de talento reducido á vivir á costa agena no puede morirse de hambre, y con efecto no tardó en favorecerme la fortuna; pues no bien habia entrado en la plaza, quando un caballero bien vestido, agarrándome por el brazo, me dixo: ¿oyes, chico, quieres servirme? porque me alegrara tener un lacayo como tú.

Y yo á un amo como vmd., le respondí prontamente. Siendo eso así, me replicó, desde ahora mismo estás admitido en mi servicio: sígueme, y yo lo hice sin réplica.

El tal caballero podia tener como unos treinta años; llamábase Don Abel, y estaba hospedado en una posada particular, donde ocupaba un quarto decentemente alhajado. Luego que despertaba por la mañana, era mi primer cuidado picarle tabaco para fumar cinco ó seis cigarros, limpiarle los zapatos, acepillarle el vestido, ayudarle á vestir, y despues llamar al barbero, para que le viniese á afeytar y hacerle el bigote. Hecho esto, salia mi amo de casa, recorria varias tiendas, mostradores de conversacion, y casas de juego, y no se retiraba á la posada hasta las once ó doce de la noche; pero todas las mañanas, ántes de salir de casa, sacaba tres reales del bolsillo, y me los entregaba para que comiese, dexándome en libertad todo lo restante del dia, contentándose con que me hallase en casa quando volvia. Dió órden para que se me hiciese una librea muy chusca, con la qual propiamente parecia un postilloncico de comisiones galantes. Estaba yo muy alegre con mi oficio, porque verdaderamente se acomodaba á mi humor.

Ya habia casi un mes que me hallaba muy gustoso de tan buena vida, quando el amo me preguntó un dia, si estaba contento con él: contentísimo, le respondí sin detenerme un

punto. Ora bien, repuso él, pues mañana hemos de partir á Sevilla, adonde me llaman ciertos intereses y negocios. No te pesará el ver aquella Capital de Andalucía, pues ya habrás oido muchas veces decir que *quien no vió á Sevilla, no vió maravilla*. Que me place, respondí yo, estoy pronto á seguir á vmd. á qualquier parte del mundo. Con efecto, al amanecer del dia siguiente vino á la posada el ordinario de Sevilla, y se llevó un gran baul donde estaba la ropa de mi amo, y luego nos pusimos en camino de dicha ciudad.

Era el Señor Don Abel tan afortunado en el juego, que solamente perdia quando queria perder: esta habilidad le obligaba á mudar á cada paso de habitacion, por no estar expuesto al resentimiento y venganza de los mentecatos que se dexaban engañar; y este fué el verdadero motivo de nuestro repentino viage. Llegados á Sevilla, nos alojámos en un meson de caballeros vecino á la puerta de Córdoba, donde comenzámos á vivir ni mas ni ménos como en Toledo. Pero mi amo halló gran diferencia entre las dos ciudades. En los cafés y casas de juego habia jugadores tan diestros y afortunados como él: esto en realidad le daba poco gusto, y así volvia á casa de muy mal humor. Una mañana en que todavía le duraba la rabia, por haber perdido cien doblones el dia ántes, me preguntó por qué no habia llevado la ropa sucia á la lavandera. Señor, le respondí,

porque enteramente se me olvidó. Al oir esto, entró en una furiosa cólera, y me pegó media docena de bofetadas tan terribles, que me hiciéron ver mas luces que las que habia en el Templo de Salomon, diciéndome al mismo tiempo: toma, bribonzuelo, esto es para que otra vez no te olvides de cumplir con tu obligacion. ¿ Quieres que cien veces te advierta yo lo que debes hacer? ¿ se te ha olvidado algun dia el comer ni el beber? ¿ pues por qué eres tan olvidadizo en lo que toca á servir? No siendo un bestia, como no lo eres, bien podias prevenir lo que debes hacer, sin esperar á que yo te lo recuerde. Diciendo esto, se salió muy enfadado del quarto, dexándome sumamente sentido, y con deseos de vengarme de las bofetadas que me dió por un descuido tan ligero.

Poco despues le sucedió no sé qué lance en el juego, por lo qual volvió á casa tan rabioso que no se le podia mirar á la cara. Scipion, me dixo, he determinado irme á Italia, y embarcarme mañana en un navío que se vuelve á Génova. Tengo mis motivos para no excusar este viage; discurro me querrás acompañar en él, y no malograr esta ocasion de ver el pais mas delicioso del mundo. Respondí que venia en ello; pero en lo interior muy resuelto á desaparecer al mismo tiempo de partir. Andaba pensando en el modo de vengarme de las bofetadas, y me pareció que este era el mas ingenioso y delicado. Satisfecho y

ufano de que me hubiese ocurrido semejante idea, no pude contenerme de comunicársela á cierto valenton perdonavidas, conocido mio, á quien encontré casualmente en la calle. Habia yo hecho en Sevilla varias malas amistades, y la de este guapo era una de las peores. Referíle el lance de las bofetadas con el motivo de ellas; y confiándole mi resolucion de dexar al amo, escapándome quando se fuese á embarcar, le pregunté qué le parecia esta determinacion.

El valenton, arqueando las cejas y retorciéndose el bigote, me miró con desden, y me dixo con mucha gravedad: mal aconsejado rapaz, tengo lástima de tí; sábete que serás un hombre sin honra por toda tu vida, si te contentas con la frívola venganza que has meditado para volver por ella. No basta dexar á Don Abel y no pisar mas su casa; es menester que la satisfaccion sea proporcionada á la gravedad de la afrenta. Robémosle tú y yo todo su equipage y dinero, para repartirlo despues entre los dos, como buenos hermanos. No obstante mi natural propension á robar, no dexó de estremecerme y causarme algun horror un robo de tanta importancia. En medio de eso el archiganzúa que me hizo la proposicion, tuvo arte para hacérmela tragar y vencer mi cobardía. Así que, acordada la execucion, se practicó de esta manera. El jaqueton, hombre robusto y rollizo, vino á la posada el dia siguiente á boca de noche. Mostréle el gran baul de mi amo, y le pregunté

si podria él solo cargar con tan grande peso. Sonrióse á lo marrajo, y me respondió: ¿qué llamas si podré con él? Sábete que quando se trata de cargar con la hacienda agena, seria yo capaz de llevar á cuestas toda el arca de Noé. Diciendo esto agarró el baul, echósele á las espaldas, como si fuera una paja, y baxó las escaleras con la mayor ligereza. Seguíle yo al mismo paso, y ya estábamos los dos á la puerta de la calle, quando se nos puso delante Don Abel, que por gran fortuna suya llegó á tiempo tan oportuno.

¿Adonde vas con ese cofre? me dixo muy enfadado. Fué tanta mi turbacion que no acerté á responderle ni una sola palabra. Miéntras tanto mi guapeton boniticamente puso en tierra el baul, y los pies en polvorosa para ahorrar demandas y respuestas. ¿Díme, bribon, me volvió á preguntar mi amo, á donde llevas ese baul? Señor, le respondí mas muerto que vivo, le hacia llevar al navío donde su merced se ha de embarcar mañana para Italia. ¿Pero por donde sabias tú, me replicó, en qué navío me habia de embarcar? Señor, repuse prontamente, *quien lengua tiene, á Roma va:* informaríame en el puerto, y allí me lo dirian. Al oir esta respuesta, que se le hizo muy sospechosa, me miró con unos ojos què parecia me queria tragar, temiendo yo repitiese las bofetadas: pero díme, replicó otra vez, ¿quién te mandó que sacases el baul sin órden mia?

¿ Qué llama *sin órden de vmd.* ? volví yo tambien á replicar. Su merced mismo me lo mandó. ¿ Cómo, dixo, yo te he mandado tal cosa ? ¿ Pues no se acuerda su merced, respondí, de lo que me dixo el dia que me dió de bofetones, riñéndome porque no prevenia sus órdenes, y no hacia por mí mismo quanto sabia ser de su servicio, sin esperar á que todo me lo mandase ? ¿ Habia cosa mas necesaria al servicio de su merced que hacer llevar el baul al navío, ántes que su merced se embarcase ? ¿ y habia de esperar para ello el mismo instante del embarco ? Entónces el Señor jugador, conociendo que tenia yo mas malicia de lo que él habia creido, me despidió de su casa, diciéndome friamente : Señor Scipion, á mí no me acomodan criados tan sutiles ; váyase vmd. á donde su suerte le depare, y Dios le dé buena fortuna. No gusto jugar con sugetos que en el juego siempre tienen una carta de mas ó de ménos. Quítate de mi presencia, añadió, mudando de estilo y aun de tono, si no quieres que te haga cantar á compas de una desagradable solfa.

No esperé á que me lo dixese dos veces. Hícele una profunda cortesía, y tomé calle arriba, meditando desde luego donde iria á comer aquel dia, y á gastar un par de reales que tenia en la faltriquera, los quales componian todo mi caudal. Discurriendo en esto, pasé por el Palacio Arzobispal á tiempo que se estaba

disponiendo la cena, y salia de la cocina un olor de los cielos, que se sentia á la redonda, y era capaz de resucitar á un difunto. ¡ Cáspita! dixe entre mí, yo me contentaria con qualquiera de estos platos, solo con que me dexasen meter en alguno de ellos los quatro deditos y el pulgar. ¡ Pero qué, será esto imposible! ¿ y será tan pobre mi imaginacion que no me socorra con algun arbitrio para probar unos guisos y salsas que solo me han llegado á las narices? Entregado enteramente á este pensamiento, me ocurrió una feliz invencion que quise probar inmediatamente, y no me salió mal. Entréme en el patio de Palacio, y comencé á correr hácia las cocinas, gritando á mas no poder en ayre y tono de espantado: *socorro, socorro;* como si me viniera siguiendo alguno, para quitarme la vida.

A mis descompasadas voces acudió apresurado el cocinero del Arzobispo, con otros tres ó quatro pillos de cocina; y no viendo á nadie mas que á mí, todos me preguntáron qué tenia, y por qué daba aquellos gritos. Señores, les respondí afectando miedo, por amor de Dios sálvenme vmds. y líbrenme de ese asesino que me quiere matar. ¿ Adonde está ese asesino? dixo entónces levantando la voz el cocinero, porque tú estás solo, y tras de tí no viene ni siquiera un gato. Sosiégate, hijo, y no temas, que ninguno te hará mal. Sin duda que algun [illegible] quiso divertir poniéndote miedo, y

se retiró luego que te vió entrar en Palacio, adonde no se atrevió á seguirte; y en verdad que lo acertó, porque si hubiera tenido ese atrevimiento, le hubiéramos cortado las orejas. No Señor, no Señor, le respondí haciendo del azorado: no me siguió de chanza, siguióme, porque era un grandísimo ladron que me queria robar lo que tenia, y estoy cierto de que me estará esperando escondido en algun rincon, ó tras de alguna puerta. Si fuere así, replicó el cocinero, en verdad que tendrá que aguardarte largo tiempo, porque has de cenar y dormir aquí, y no te dexarémos salir hasta mañana.

No puedo ponderar el gusto que me diéron estas últimas palabras, ni lo admirado que me quedé, quando conducido por el cocinero á las cocinas, se me presentó á la vista el aparato de la cena. Conté hasta quince personas empleadas en ella; mas no pude contar la variedad de exquisitos platos que tenia delante de los ojos. Entónces fué quando conocí por la primera vez lo que era sensualidad, recibiendo á nariz llena el humo de tantas delicadísimas viandas que jamas habia probado. Aquel dia tuve el honor de comer y aun de dormir con los pillos de cocina, los quales todos quedáron tan pagados de mí, que quando á la mañana siguiente fuí á dar gracias al cocinero por el favor que me habia dispensado en recogerme la noche anterior, me dixo: mis mozos de cocina te han tomado tanto cariño, que todos á una voz me han asegurado celebra-

rian que te quedases por compañero suyo. Dime ahora con toda realidad si gustarias serlo. Señor, le respondí prontamente, si lograra esa fortuna, me tendria por muy feliz. Siendo eso así, me dixo, desde este mismo punto te puedes contar por criado del Arzobispo mi Señor; y diciendo y haciendo, me llevó al quarto del mayordomo, el qual observando mi despejo, á letra vista me confirmó en el empléo de arrima-leña y espuma-ollas de su Señoría Ilustrísima.

Luego que tomé posesion de tan decoroso empleo, el cocinero que seguia la antigua costumbre de los cocineros de las casas grandes, conviene á saber, de enviar todos los dias varios platos á sus queriditas, puso los ojos en mí para enviar á cierta niña de la vecindad, ya grandes lonjas de ternera, ya todo género de platos de volatería, montería y pastas delicadas. Era la tal dama una viudica como de treinta años, linda, vivaracha y muy desembarazada, en fin, con todas las señales de no ser del todo fiel á su generoso cocinero. Este, no contento con proveerla de pan, carne, tocino y aceyte, la abastecia tambien de vino, y todo esto, ya se entiende, á costa del buen Arzobispo.

En el Palacio de su Ilustrísima acabé de perficionarme en mis mañas, pegando un chasco de que todavía hay y habrá por largo tiempo en Sevilla gran memoria. Los pages y otros familiares pensáron en representar una comedia para celebrar los dias del amo. Escogiéron la

famosa de los *Benavides*; y como era menester un mozo de mi edad para hacer el papel de Rey de Leon, echáron mano de mí. El mayordomo que se preciaba de gran recitante, tomó de su cuenta el ensayarme, y con efecto me dió algunas lecciones, asegurando á todos que no seria yo el que me portase peor. Como la funcion la costeaba el Arzobispo, no se perdonó gasto alguno para que saliese magnífica. Armóse en un salon un soberbio teatro, decorado con el mejor gusto, y no sin alguna suntuosidad. En una de sus alas se dispuso un lecho de céspedes, donde debia yo fingirme dormido quando viniesen los Moros á echarse sobre mí para hacerme prisionero. Luego que todos los actores estuviéron ensayados y prontos para representar, el Arzobispo señaló dia para la funcion, convidando á todas las damas y principales caballeros de la ciudad.

Llegada la hora de la representacion, cada papel cuidó de vestirse con el trage que le correspondia. Por lo que toca al mio, el sastre me lo presentó acompañado del mayordomo, que habiendo tenido el trabajo de ensayarme, quiso tener tambien la paciencia de verme vestir, para que todo saliese á gusto suyo. Tráxome el sastre una ropa talar de riquísimo terciopelo carmesí, galoneado todo con franjas de oro anchas de quatro dedos, y las mangas, que pendian hasta tocar la tierra, abotonadas con botones todos del mismo metal. El propio mayordomo

me puso en la cabeza por sus manos una corona de carton dorado, adornada toda con perlas finas mezcladas con algunos diamantes falsos. Pusiéronme un ceñidor ó anchurosa faxa de seda de color de rosa, recamada toda de flores de plata, y cuyos remates eran dos graciosas borlas de flequillo de oro. A cada cosa de estas que me ponian, se me figuraba que me estaban dando alas para volar y escaparme. Comenzó en fin la comedia al anochecer. Yo abrí la escena con una relacion, la qual concluía diciendo que rendido ya á la grave opresion de un porfiadísimo sueño, iba á echarme en la cama para abandonarme á él. Con efecto, me retiré á la que me tenian prevenida tras de los bastidores á un lado del teatro; pero en lugar de dormir, solo me pase á pensar muy de propósito en el modo de escaparme con mis vestiduras reales. Habia dentro del teatro una escalerilla excusada, por la qual se baxaba á una pieza que estaba debaxo de él, y caía á la calle. Levantéme de la cama con mucho tiento, y viendo que ninguno me observaba, me escurrí por dicha escalerilla, diciendo: *plaza, plaza, con licencia de vmds., Señores*, á los que estaban en la pieza, los quales todos creyendo que se me habia ofrecido alguna cosa precisa, me hiciéron lugar con la mayor cortesía, y boniticamente me dexáron pasar.

Luego que me ví en la calle, me fuí derecho á casa de mi amigo el valenton, que vivia cerca del Palacio Arzobispal. Quedóse parado,

quando me vió en aquel trage; contéle el caso, y él se echó á reir hasta desgañitarse. Dióme despues un abrazo muy estrecho, bien persuadido á que le tocaria alguna parte de los despojos del Rey de Leon, añadiendo que si los progresos correspondian á los principios, haria yo gran ruido en el mundo por mis raros y extraordinarios talentos. Despues que nos alegrámos y nos divertímos largamente los dos, celebrando mi grande hazaña, pregunté yo á mi jaqueton: ¿y qué hemos de hacer ahora de estos ricos vestidos? Eso no te dé cuidado, me respondió, déxalo á mi cargo, y fíate de mí. Conozco á un revendedor muy hombre de bien, el qual compra toda la ropa que le llevan á vender, sin afectar escrúpulos impertinentes, ni mostrar la mas mínima curiosidad, una vez que le tenga cuenta el comprarla. Mañana le buscaré y le haré venir á casa.

En efecto, al dia siguiente muy de mañana se levantó dexándome á mí en la cama, y dos horas despues volvió con el prendero, el qual traía debaxo de la capa un paquete de lienzo amarillo: Amigo, me dixo, aquí te traygo al Señor Ibañez de Segovia, hombre de la mayor integridad, á pesar del mal exemplo que le dan los de su oficio. Él te dirá lo que vale en conciencia el vestido de que te quieres deshacer, y puedes fiarte ciegamente de lo que él te dixere. En quanto á eso, dixo el revendedor, me tendria por el hombre mas ruin y miserable del

mundo, si tasara una cosa en solo un maravedí ménos de lo que vale. Hasta ahora, gracias á Dios, ninguno ha tachado de esto á Ibañez el Segoviano. Veamos, añadió, esa ropa que vmd. quiere vender, y esté bien seguro de que no la tasaré en una blanca ménos de su legítimo valor. Aquí está, dixo el valenton, poniéndosela delante. No me negará vmd. que es magnífica: observe vmd. el texido delicado, el bellísimo lustre del terciopelo, que es de Génova, y el inestimable precio de esta riquísima franja de oro. Verdaderamente que me encanta, respondió el revendedor, despues de haber exâminado el vestido con la mayor atencion; es de lo mayor y mejor gusto que he visto en mi vida. ¿Y qué juicio hace vmd., le preguntó el guapeton, de las perlas que adornan esta corona? Si fueran redondas, respondió, no tendrian precio; pero tales quales son, me parecen bellísimas, y me gustan tanto como todo lo demas. No puedo ménos de confesar la verdad. Qualquiera otro revendedor mas ladino ó ménos escrupuloso rebaxaria mucho el valor de este precioso vestido, despreciando su calidad para comprarle por poco dinero, y no se avergonzaria de ofrecer por él veinte doblones; mas yo que tengo conciencia, y he leido mi poquito de Moral, ofrezco por él quarenta.

Aun quando hubiera el Segoviano ofrecido ciento, no seria mucho, puesto que solamente las perlas valian doscientos. Pero el valenton,

que se entendia con él, volviéndose á mí, me dixo: vea vmd. la fortuna que ha tenido en dar con un hombre tan timorato y tan de bien. El Señor Ibañez aprecia las cosas ni mas ni ménos como lo haria, si se hallara en la hora de la muerte. Así es, respondió el prendero, y por eso no hay que andar regateando conmigo, ni por un solo maravedí; en cuya suposicion este es ya negocio concluido. Aquí está el dinero, añadió, ¿no hay quien le quiera contar? Espere vmd., le replicó el valenton, ántes de eso es menester que el amigo se pruebe el vestido que vmd. le ha traido. Desenvolvió entónces su paquete el revendedor, y me presentó una casaca con chupa y calzones de paño musco fino, pero ya usado y algo raido, con botones plateados. Levantéme para probar el vestido, el qual en la realidad me venia muy ancho, y no ménos largo: pero aquellos dos sugetos se empeñáron en persuadirme que parecia haberse cortado expresamente para mí. Ibañez le tasó en diez doblones, y como nada se habia de replicar á lo que decia, me fué preciso pasar por ello. Sacó pues treinta doblones del bolsillo, contólos, arrojólos sobre una mesa, recogió en un envoltorio mis vestimentos reales, hízonos una profunda reverencia, y tomando la puerta y la escalera, se retiró á su casa.

Luego que salió del quarto, me dixo el valenton: este buen revendedor me gusta mucho; y tenia razon, porque estoy cierto de que saca-

ria de él á lo ménos cien doblones de aquel lance. Sin embargo no se contentó con ello, ántes bien con la mayor serenidad, y sin la menor ceremonia tomó quince doblones de los treinta que estaban sobre la mesa, y entregándome á mí los otros quince, me dixo: querido Scipion, aconséjote que con esos doblones que te quedan, salgas lo mas pronto de esta ciudad, donde puedes considerar las diligencias que se harán á instancias del Arzobispo para pillarte; y seria para mí un dolor inconsolable, si despues de la heroyca accion que has hecho para inmortalizar tu nombre, echaras un borron en la historia de tu vida, leyéndose en ella que por una necia confianza te habias ido á meter en una horrenda prision. Respondíle que ya estaba bien resuelto á alejarme quanto ántes de Sevilla; y con efecto, despues de haber comprado un sombrero y algunas camisas, salí de la ciudad, y caminando por la espaciosa y deliciosa campiña que entre olivares y viñedo conduce á Carmona, en tres dias llegué á la amenísima Córdoba.

Alojéme en un meson á la entrada de la plaza mayor donde viven los mercaderes. Vendíme por un hijo de familia, natural de Toledo, que viajaba únicamente por instruirse y ver mundo: mi decente vestido ayudaba á que se creyese era así, y algunos doblones que de propósito dexé ver al mesonero, le acabáron de persuadir, si ya en vista de mis juveniles años no me tuvo por algun mozuelo travieso que se habia esca-

pado de casa de sus padres, despues de haberlos robado, é iba vagamundeando y gastando alegremente el dinero. Sea lo que fuere, el tal huésped no se mató mucho en averiguar quién era yo, quizá por temor de que me marchase á otra posada, si llegaba á molestarme su curiosidad. En aquella casa se daba á todos un decente trato por solos seis reales al dia: moderacion y conveniencia que siempre atraía á él gran concurrencia de gentes. Eramos por lo comun doce personas de mesa. Ordinariamente ninguno hablaba palabra, á excepcion de un grandísimo hablador, que á diestro y siniestro estaba garlando toda la comida, y con su incesante parlar suplia bien el profundo silencio de todos los demas. Preciábase de agudo y de gracioso, contando cuentos y embanastando chistes para divertirnos, los que alguna vez nos hacian reir á carcajadas, ménos por su poca y esa muy grosera sal, que por su impertinencia y helada frialdad.

Yo por mí, hacia tan poco caso de todo lo que charlaba aquel estrafalario, que desde el primer plato me hubiera levantado de la mesa, sin poder dar razon de nada de quanto habia hablado, á no haberse metido él mismo en una conversacion que me interesaba. Señores, dixo, quando ya se iban á levantar los manteles, quiero regalar á vmds. para postres un bocadito de gusto, contándoles un gracioso chasco que los dias pasados dió un pícaro de muchacho

en el Palacio del Arzobispo de Sevilla. Refiriómelo cierto Bachiller, amigo mio, que se halló presente. Sobresaltáronme un poco estas palabras, no dudando que el lance que iba á contar era el mio, y con efecto no me engañé: Refirió el tal sugeto todo el pasage con todos sus puntos y comas, añadiendo lo ocurrido despues de mi fuga, que fué ni mas ni ménos como lo voy á decir.

No bien me habia escapado, quando siguiendo el órden de la comedia que se representaba, los Moros que habian de entrar á apoderarse del Rey y hacerle prisionero, sorprehendiéndole en la cama, se dexáron ver en el teatro; pero quedáron sumamente aturdidos, quando buscando al Rey de Leon, se halláron sin Rey ni Roque. Interrumpióse la comedia, agitáronse todos los actores: unos me llaman, otros me buscan; este grita, y aquel me da á todos los diablos. El Arzobispo, que oyó la bulla y la confusion que habia detras del teatro, preguntó la causa. A la voz del Prelado salió un page que hacia de gracioso, y le dixo: no es nada, Ilustrísimo Señor, el Rey de Leon ha tenido la fortuna de escaparse de manos de los Moros con sus vestiduras reales. Mil gracias sean dadas al Señor, respondió el Arzobispo: hizo bien su Magestad en huir por no caer en poder de los enemigos de la Religion, librándose de las cadenas que ya le tenian prevenidas. Sin duda se habrá encaminado á Leon, Capital de

su Reyno: Dios quiera que haya llegado con toda felicidad. Por lo demas, mando seriamente que ninguno vaya en su seguimiento; sentiria mucho que su Magestad tuviese que padecer la menor desazon por parte mia. Luego que dixo esto, dió órden que se leyese en voz alta mi papel, y se acabase la comedia.

CAPITULO XI.

Prosigue la historia de Scipion.

Miéntras me duró el dinero, el mesonero me trató con grande atencion y cariño; pero quando se me acabó, mudó de tono, hablándome siempre con aspereza, desprecio y despego, tanto que una mañana me llegó á decir que le hiciese la merced de salir quanto ántes de su casa. Díle este gusto prontamente, dexé su meson, y me entré en la Iglesia de Santo Domingo á oir Misa. Miéntras la estaba oyendo, se acercó á mí un viejo pobre, y me pidió limosna por amor de Dios. Díle un quarto, diciéndole al mismo tiempo: hermano, pida al Señor que me haga hallar en breve una buena convenieneia; si fuere oida su oracion, no se arrepentirá de haberla hecho, y esté seguro de mi agradecimiento.

Miróme el pobre con muchísima atencion al oirme decir esto, y con seriedad me preguntó:

¿ qué espécie de conveniencia
Quisiera acomodarme de lacayo
casa , le respondí , donde lo pa
vióme á preguntar si urgia much
es tanta , le repliqué , que si no
que deseo , habré de morir de ha
limosna como tú. Si llegara es
el pobre , se le haria á vmd. muy
no estando acostumbrado á nue
á poco que se acostumbrase á
firiria la triste esclavitud de ser
libertad de mendigar. Pero al fi
quiere mas servir que tener m
como yo , dentro de poco esp
un buen amo. Aquí donde vm
puedo servir de algo. Espéreme
horas en este mismo sitio.

Tuve buen cuidado de halla
la mayor puntualidad , y tardó
el mendigo , quien me dixo en v
siguiese. Hícelo así , y me llevó á
silla no distante de la misma Iglesi
los dos en un largo banco raso q
lo ménos sus cien años de servicio
me habló de esta manera : *Una bu*
dice el refran , *tarde ó tempran*
el Señor. Ayer me dió vmd. limo
decido yo á ella , estoy en hacer
diligencias para buscarle una buena
la que , si Dios quiere , se conseguirá
En ese Convento inmediato conozc

¿ qué especie de conveniencia desea vmd.? Quisiera acomodarme de lacayo en una buena casa, le respondí, donde lo pasase bien. Volvióme á preguntar si urgia mucho la necesidad: es tanta, le repliqué, que si no logro luego lo que deseo, habré de morir de hambre, ó pedir limosna como tú. Si llegara este caso, repuso el pobre, se le haria á vmd. muy cuesta arriba, no estando acostumbrado á nuestra vida; mas á poco que se acostumbrase á ella, no preferiria la triste esclavitud de servir á la alegre libertad de mendigar. Pero al fin ya que vmd. quiere mas servir que tener una vida suelta, como yo, dentro de poco espero encontrarle un buen amo. Aquí donde vmd. me vé, le puedo servir de algo. Espéreme mañana á estas horas en este mismo sitio.

Tuve buen cuidado de hallarme en él con la mayor puntualidad, y tardó poco en llegar el mendigo, quien me dixo en voz baxa que le siguiese. Hícelo así, y me llevó á una pobre casilla no distante de la misma Iglesia. Sentámonos los dos en un largo banco raso que tendria por lo ménos sus cien años de servicio, y el pobre me habló de esta manera: *Una buena accion*, dice el refran, *tarde ó temprano la premia el Señor*. Ayer me dió vmd. limosna, y agradecido yo á ella, estoy en hacer las posibles diligencias para buscarle una buena colocacion, la que, si Dios quiere, se conseguirá muy presto. En ese Convento inmediato conozco á un Padre

anciano, que es un santo Religioso, y un gran director de almas. Tengo la fortuna de ir á los recados que me encarga, lo que hasta aquí he desempeñado con tanto amor, acierto y fidelidad, que el buen Señor nunca se niega á emplear todo su valimiento en mi favor, y el de mis amigos. Ya le hablé de vmd., y le dexé muy inclinado á servirle. Yo le presentaré á su Reverencia, quando y como vmd. lo tuviere á bien.

Pues no hay que perder tiempo, le respondí, en este mismo instante podemos ir á ver á ese santo Religioso. Vino en ello el pobre, y partímos los dos á la celda del P. Fr. Alexo, que así se llamaba. Encontrámosle escribiendo cartas espirituales. Luego que me vió, interrumpió su tarea, y me dixo: á ruegos de este pobrecito, á quien estimo, he querido interesarme por tí. Supe esta mañana que el Señor Baltasar Velazquez necesita un lacayo, y al instante le escribí un billete, á que me respondió diciendo que recibiria ciegamente á qualquiera que vaya de mi parte. Desde luego puedes ir á presentarte á él, porque es mi penitente y mi amigo; pero ántes quiero instruirte en lo que debes hacer para cumplir con tu obligacion, y desempeñarme á mí. Hízome sentar, y me espetó una plática que duró tres quartos de hora, extendiéndose particularmente sobre la grande obligacion que tenia dē servir con zelo al Señor Velazquez; y concluyó asegurándome que él me

mantendria en su casa, con tal que no diese justo motivo de queja á mi amo.

Dí rendidas gracias al Religioso, y salí del Convento con mi protector el pordiosero, quien me dixo que el Señor Baltasar Velazquez era un rico mercader de paños, entrado en edad, y de buena traza, añadiendo: no dudo que os halleis bien en su servicio, y si fuera que vos no lo dexaria por el de un Señor. Preguntéle donde vivia mi nuevo amo, ofrecí gratificarle por sus diligencias, y habiéndome despedido de él, me encaminé en derechura á casa del mercader. Llegué á la tienda, donde dos mancebos decentemente puestos esperaban parroquianos y gentes que fuesen á comprar. Pregunté por el Señor Velazquez, diciendo tenia que hablarle de parte del P. Alexo, y á este solo nombre abriéron las puertas y me mandáron entrar en la trastienda, donde estaba el Señor Baltasar hojeando un gran registro. Despues de una profunda cortesía le dixe ser yo el mozo que le enviaba Fr. Alexo. Seas muy bien venido, me respondió: basta la recomendacion de este santo Religioso, para que te admita, prefiriéndote á tres ó quatro por quienes me han hablado. Ya estás recibido, y desde hoy corre tu salario.

A pocos dias que estuve en casa del mercader, conocí que era un buen hombre tal qual me le habian pintado. Parecióme ademas tan sencillo, que desde luego me hice cargo de lo mu-

cho que me costaria el dexar de jugarle alguna de mis piezas acostumbradas. Habia quatro años que estaba viudo, y tenia dos hijos, un varon y una hembra, aquel de veinte y cinco años, y esta de quince, gobernada por una dueña severa, beata y confesada del P. Alexo, que la enseñaba bien, guiándola por el camino derecho de la virtud. No así su hermano Gaspar Velazquez. Aunque habia tenido una buena educacion, y á ningun medio se habia perdonado para hacer de él un hombre de bien, poseía en grado eminente todos los vicios de la mas disoluta juventud. Se pasaban los dos y los tres dias sin que pareciese en casa; y si al volver á ella le daba el padre alguna reprehension, él le hacia callar, levantando la voz mas que su pobre padre.

Díxome un dia el triste viejo: Scipion, tengo un hijo que me da muchísimo que sentir. Está sumergido en todos los vicios, lo que verdaderamente me admira, porque en su educacion ninguna diligencia se omitió para criarle bien. Busquéle buenos maestros, y mi amigo el P. Fray Alexo hizo quanto pudo y supo, para enderezarle por el camino mejor. No lo pudo conseguir. Dióse Gaspar enteramente á la disolucion. Acaso me dirás que quizá tendré yo la culpa por haberle tratado con demasiada indulgencia y suavidad; pero no es así. Nada le he perdonado, castiguéle siempre que me pareció necesario el rigor; porque aunque mi genio es

inclinado á la blandura, no me falta entereza y teson en las ocasiones que lo piden. Una vez yo mismo le hice encerrar en una casa de correccion, pero salió de ella mucho peor de lo que entró. En una palabra, es de aquellos mozos perdidos que no hacen caso alguno ni de buenos exemplos, ni de amorosas reprehensiones, ni de severos castigos. Solo Dios podrá hacer el milagro de convertirle.

Si no me causó lástima el dolor de aquel afligido padre, á lo ménos mostré que me la daba. En verdad, Señor, le dixe en tono compasivo, que un padre tan bondadoso como vmd. merecia tener otro mejor hijo. ¿ Qué le hemos de hacer? me respondió : no ha querido el Señor darme este consuelo; sea su nombre bendito. Entre los pesares que me da Gaspar, añadió, te diré en confianza uno que me tiene en continua inquietud. Este es un perpetuo hipo de robarme, como yo mismo he conocido, lo que no obstante mi extrema vigilancia ha logrado muchas veces. Entendiase para eso con el lacayo antecesor tuyo, á quien por esto despedí y eché enhoramala de mi casa. Espero que tú no te dexarás engañar ni cohechar de mi mal hijo, y que mirarás con zelo y fidelidad por mis intereses, como sin duda te lo habrá recomendado mucho el P. Fr. Alexo. Así es, Señor, le repliqué : por mas de una hora no hizo otra cosa el santo Religioso, que inculcarme la obligacion que tenia de ser fidelísima guardia de

la hacienda de su merced: verdad es que para esto no necesitaba de su exhortacion, porque, gracias al Señor, en este particular nunca he tenido la mas mínima cosa de que acusarme, fuera de que naturalmente me siento apasionado por las cosas de vmd.; y así le prometo un zelo y una fidelidad á toda prueba.

El que no oye mas que la mitad de un asunto, haga cuenta que es sordo, dice el proverbio; y el Jurisconsulto añade que para sentenciar con conocimiento de causa, es menester oir á ámbas partes. El diablillo del atolondrado Velazquez debió de bruxulear por mi fisonomía que tan fácil le seria pescarme á mí en su red, como le habia sido pescar en ella á mi antecesor; y en virtud de este concepto, nada temerario, llevándome un dia á cierto parage retirado, me habló en estos precisos términos. Escucha, querido Scipion: tengo por cierto que mi padre te habrá encargado que me espies y le informes de todos mis pasos; guárdate bien de hacerlo, porque este es oficio ruin, y ademas de eso peligroso. Te lo advierto por lo que te estimo. Si alguna vez llego á conocer que me observas, ten por cierto que morirás apaleado; al contrario, si me ayudas á engañar á mi padre, está seguro de todo mi reconocimiento. ¿Puedo hablarte mas claro? En todos los lances que yo echaré, te tocará á tí una buena parte. Escoge, y en este mismo momento declárate por el padre ó por el hijo. No admito neutralidad.

Señor, le respondí, en grande apuro me pone, metiéndome entre la espada y la pared, tanto que viéndome en tal estrecho no puedo ménos de declararme por vmd., aunque interiormente sienta gran repugnancia á ser traydor á su señor padre. Déxate de esos escrúpulos, replicó Gaspar: mi padre es un viejo avaro, codicioso y miserable; un hombre ruin que no me quiere dar ni un solo maravedí para lo mas necesario, como el juego y otros pasatiempos propios de un mozo de veinte y cinco años. Este es el verdadero punto de vista en que se deben mirar las acciones de mi padre. Nada hay que replicar á una razon tan concluyente, respondí yo, y así estoy ya resuelto. Tendráme vmd. á su disposicion en todas sus loables empresas, pero con la condicion de que hemos de hacer todo lo posible para que no transpire en casa nuestra oculta inteligencia, porque de otra manera presto se veria vuestro fiel aliado en la calle. Paréceme que lo acertará vmd. si muestra en lo exterior que no me puede ver; hábleme siempre con aspereza en presencia de los demas, sin perdonar los términos mas duros y mas despreciativos. Tampoco hará daño de tiempo en tiempo tal qual bofetada, y un buen puntapie en la rabadilla; ántes bien quanta mas aversion me mostrare vmd., tanta mayor confianza hará de mí el Señor Baltasar. Por mi parte afectaré siempre huir de su conversacion. En la mesa serviré á vmd, con hocico y con desden, mos-

trando que lo hago á mas no poder, y de mala gana. Quando hable con los mancebos de la tienda, no llevará vmd. á mal que diga de su persona todo quanto malo se me viniere á la boca; así engañarémos á todos.

¡Vive Dios! exclamó el mozo Velazquez al oir estas últimas palabras: ¡vive Dios! que estoy asombrado y aturdido. En una edad tan verde como la tuya, muestras un ingenio y un talento singular para todo lo que sea enredo, disimulo y artificio; con un aliado como tú, desde luego me prometo los mas felices sucesos. Espero que con el auxîlio de tu gran talento, no he de dexar ni un solo doblon á mi padre. Vmd. me honra mucho, le respondí, y confia demasiadamente de mi industria. Haré quanto pueda para no desmentir el gran concepto que ha hecho de mí; y si no lo consiguiere, no será culpa mia.

Tardó poco la ocasion de hacer ver á Gaspar que habia encontrado en mí el hombre que necesitaba; y el primer servicio que le hice, fué el siguiente. El cofre del dinero de Baltasar estaba en el quarto donde dormia, á la cabecera de su cama, sirviéndole al mismo tiempo de reclinatorio. Siempre que yo le veía, se me alegraba el corazon, y en mi interior le saludaba, diciéndole con ternura: ¿es posible, amado cofre, que siempre has de estar cerrado para mí? ¡Pues qué! ¿nunca he de tener el consuelo de ver el tesoro que encierras dentro de tus entrañas? Como yo entraba en el quarto siempre

que me daba la gana, porque el ingreso en él solo á Gaspar le estaba prohibido, entré un dia á tiempo que su padre le estaba cerrando; y pareciéndole que de ninguno era visto, despues de cerrado, metió la llave en un agujero ó pequeño nicho que estaba tras una tapicería. Noté cuidadosamente el sitio, y dí parte al amo mozo de este importante descubrimiento. ¿ Qué es lo que me dices, caro Scipion? me dixo fuera de sí. Nuestra fortuna está hecha. Hoy mismo te daré cera, estamparás en ella la llave, y me restituirás la cera prontamente. Poca dificultad me costará encontrar en Córdoba un cerrajero que me saque la llave por la estampa, puesto que en Córdoba no faltan bribones como en qualquiera otra ciudad.

¿Pero á qué fin, dixe yo al Señor Gaspar, quiere vmd. gastar dinero en una llave falsa; quando podemos servirnos muy bien de la verdadera? Es cierto, me respondió; pero temo que mi padre, por su natural desconfianza, ó por algun otro motivo, no entre en sospecha, y la quiera esconder en otra parte que no sepamos: por lo qual me parece mas seguro tener una que sea nuestra y esté siempre á nuestra disposicion. Aprobé su pensamiento, y conformándome con él, una mañana estampé la llave en la cera, aprovechando la ocasion de no estar en casa su padre, el qual habia salido á visitar á su confesor Fray Alexo, con quien freqüentemente tenia largas consultas y espiritua-

les conferencias. No contento con esto, luego que el herrero me traxo la llave verdadera, aguardé ocasion oportuna, y no malográndola abrí el cofre, que encontré lleno de talegos grandes y pequeños, lo que me puso en grande embarazo, porque no sabia en que escoger, sintiéndome ciegamente enamorado de los unos y de los otros. Con todo eso, como el miedo de que me cogiesen con las manos en la masa, no me permitia detenerme en un largo exâmen, á salga lo que saliere, eché mano del talego que me pareció el mayor y mas repleto. Cerré despues el cofre, y salí del quarto con mi presa, la que escondí debaxo de mi cama, en una pieza pequeña de la guardaropa donde yo dormia.

Concluida esta operacion con tanta felicidad, me fuí derecho á buscar á mi aliado Velazquez, que me estaba esperando en una casa vecina para donde me habia dado el santo. Contéle el feliz suceso de la hazaña que acababa de executar; y el buen mozuelo quedó tan satisfecho de mí, que me sufocó á finezas y caricias, ofreciéndome generosamente la mitad del dinero que habia en el talego que saqué de cautiverio; pero yo no quise aceptar, diciéndole: Señor, no, este primer talego es todo para vmd., á fin de que se sirva de él para sus necesidades. Presto volveré á hacer una visita al cofre, donde, gracias á Dios, hay dinero para entrámbos. Efectivamente pocos dias despues repetí la visita, y saqué de él otro talego, donde

habia quinientos pesos como en el primero. No quise tomar para mí mas que la quarta parte, por mas instancias que me hizo el Señor Gaspar para que los repartiésemos entre los dos como buenos hermanos por partes iguales.

Quando el mozuelo se vió con tanto dinero, y por consiguiente en estado de satisfacer la pasion que tenia á las mugeres y al juego, se entregó á ellas totalmente. Tuvo la desgracia de dar con una de aquellas mugercillas ballenas, que en un instante devoran y se tragan los mas ricos caudales. Empeñóle esta en tan excesivos gastos, que me ví precisado á menudear las visitas al inagotable cofre, de manera que el viejo Velazquez conoció al fin que le robaban. Scipion, me dixo un dia, quiero hacerte una confianza: amigo, algun ladron hay en casa que me roba; han abierto mi cofre, y me han sacado de él muchos talegos. El hecho es constante. ¿Pero á quien he de atribuir este robo? ó por mejor decir, ¿quién otro puede ser el ladron sino mi hijo, ó acaso tambien tú que quizá irás de compañía con él, no obstante la poca armonía, ó ántes bien la declarada oposicion que por ventura afectais entre los dos? Es verdad que por lo que toca á tí, tengo por juicio temerario, y aparto de mí como tentacion este pensamiento, habiéndose hecho el P. Fr. Alexo responsable de tu fidelidad. Respondí que gracias al Cielo no me tentaba á mí el bien del próximo, y afecté un ayre compungido que contri-

buyó mucho á sincerarme con el buen viejo.

Con efecto, no volvió á hablarme en la materia; pero se conoció que habia quedado con alguna desconfianza de mí, porque mandó hacer una nueva cerradura con nueva llave al cofre, la que desde entónces llevó siempre consigo en la faltriquera. Así que, desde aquel punto se interrumpió todo comercio entre nosotros y los talegos: desgracia que particularmente á Gaspar le llegó al alma, porque no pudiendo ya gastar tanto con su ninfa, temió hallarse precisado á privarse de su vista para siempre. En medio de esto le ocurrió un expediente, con el qual le pareció que podia mantener la correspondencia, á lo ménos por algunos dias mas. Este fué aprovecharse por via de empréstito de aquello que me habia tocado á mí por las sangrías que habia hecho al cofre. Entreguéle prontamente hasta el último maravedí, lo que me pareció que podia pasar por una restitucion anticipada, hecha al Señor mayor en la persona de su legítimo heredero.

Quando el desbaratado mozo acabó de consumir aquel último recurso, cayó en una melancolía tan profunda, que al fin perdió la cabeza, ó á lo ménos poco á poco se le fué trastornando tanto, que llegó á consentir en el horrible pensamiento de envenenar á su padre. No contento con haberme confiado una idea tan exêcrable, tuvo valor para proponerme le ayudase yo á ponerla en execucion. Llenéme de horror.

al oirle proposicion tan inhumana y tan bárbara; y no ménos ofendido que horrorizado, le respondí: ¡es posible, Señor, que esteis tan dexado de la mano de Dios, que hayais podido dar lugar, no digo ya á una resolucion, sino á una propuesta tan abominable y tan impia! ¡Pues qué! ¿tendréis vos valor para quitar la vida á quien os dió la vuestra? ¿habíase de ver dentro de España, es decir, en el seno del Christianismo, cometerse un delito de que se avergonzarian y se horrorizarian las mas fieras, las mas bestiales naciones? No Señor, no haréis una accion que encenderia contra vos toda la indignacion del Cielo y de la tierra, y aun estaba por decir, toda la venganza del infierno mismo.

Aleguéle todavía otras razones para desviarle de tan detestable intento. Yo no sé donde diantres fuí á encontrar todos los motivos de Religion, de honradez, de gratitud y de honor, mas poderosos para combatir y convencer á aquel hombre desesperado, á aquel desnaturalizado hijo. Lo cierto es que mozuelo como yo era, y demas á mas hijo de la Coscolina, le hablé como le pudiera haber hablado un Doctor de Salamanca. No obstante, por mas que le supliqué entrase en sí mismo, y arrojase de sí tan diabólicos pensamientos, toda mi eloqüencia fué al ayre. Baxó la cabeza, dexándola caer sobre el pecho, á manera de higo maduro, y guardó un profundo silencio, dándome á conocer que nada le hacia fuerza.

En vista de esto tomé mi partido, y pedí una audiencia secreta al amo viejo. Encerrámonos los dos en un quarto, y le dixe inmediatamente: Señor, permítame vmd. me arroje á sus pies, le pida perdon, é implore su misericordia. Sorprehendido el mercader de aquella demostracion, y de verme tan turbado, me preguntó qué era lo que habia hecho. Un delito, le respondí, que lloraré toda mi vida. Tuve la flaqueza, ó por mejor decir, la desgracia de dar oidos á su hijo de vmd., y de ayudarle á que le robase. Contéle de pe á pa con la mayor sinceridad y exâctitud todo lo sucedido en este particular, dándole tambien menuda cuenta de la conversacion que acababa de tener con su hijo Gaspar, y revelándole el pensamiento en que estaba, sin omitir la mas mínima circunstancia.

No obstante el mal concepto que tenia de su hijo el pobre viejo, apénas podia creer de él lo que estaba oyendo. Sin embargo, pareciéndole imprudencia dudar de mi verdad, me levantó de sus pies, á los quales estaba todavía arrodillado, y me dixo enternecido: Scipion, yo te perdono el mal que me has hecho, en atencion al importante aviso que me das. Prosiguió despues, alzando un poco mas la voz, y exclamando así: ¡Gaspar, Gaspar, con que quieres quitar la vida á tu padre! ¡Ah ingrato hijo! ¡ah monstruo! ¡quánto mejor hubiera sido ahogarte al tiempo que naciste, que dexarte vivir para ser un parricida! ¿Qué te he hecho yo para

que quieras darme la muerte? ¿no te señalé y te socorrí todos los años con aquella razonable y justa cantidad de dinero que me pareció bastante para tus honestas diversiones? ¿querias que me deshiciese de todos mis bienes, para fomentar tus vicios y satisfacer tus antojos? Despues que se desahogó en esta dolorosa apóstrofe, me mandó me retirase y le dexase solo, para pensar lo que debia hacer en tan peligroso como delicado lance.

No estaba yo poco cuidadoso de la resolucion que tomaria aquel afligido y desgraciado padre, quando supe que aquel mismo dia habia llamado á su hijo, y sin darse por entendido de lo que sabia, le habia hablado en esta substancia: Gaspar, he recibido una carta de Mérida, en que me dicen que si te quieres casar, hay allí una señorita, que sobre ser muy hermosa, llevará consigo una riquísima dote. Si no tienes repugnancia al matrimonio, y si te acomoda la boda que me proponen, mañana muy temprano partirémos los dos á Mérida, verémos la dama, nos informarémos de todo, y si te gusta la novia, podrás casarte luego. Quando Gaspar oyó aquello de riquísima dote, creyendo tenerla ya en el bolsillo, respondió sin dudar que estaba prontísimo á hacer el viage; y con efecto, el dia siguiente al amanecer partiéron solos padre é hijo, montados ámbos en unas valientes mulas. Luego que llegáron á las montañas de Fesira, y se viéron en cierto sitio solitario, tan

oportuno para los salteadores como peligroso para los pasageros, el viejo echó pie á tierra de repente, y mandó á su hijo que hiciese lo mismo. Obedeció Gaspar, y preguntó á su padre para qué le habia hecho apear. Ahora te lo diré, respondió el viejo, mirándole con unos ojos, en los quales la cólera y el dolor estaban pintados con los colores mas vivos. Sábete, le dixo, que no vamos á Mérida; la boda que te propuse fué una mera invencion mia, solo para traerte al parage en que ahora estamos. No ignoro, hijo ingrato, hijo desnaturalizado, la enorme maldad que estabas meditando. Sé que por disposicion tuya se tenia preparado un veneno para presentármelo; pero díme, necio, ¿te parecia posible que por tal medio me quitases la vida impunemente? Yo mismo, yo mismo discurrí otro medio mas seguro para que dexases contenta tu rabia y furor, sin exponerte á una muerte cruel é ignominiosa. Aquí estamos los dos solos sin testigos; este es un sitio en que cada dia se cometen asesinatos. Ya que estás tan sediento de mi sangre, envayna en mi pecho tu puñal. Ninguno sospechará que tú me has dado la muerte; todos se persuadirán á que morí á manos de un salteador y asesino. Diciendo esto, Baltasar desabrochó apresuradamente el pecho, y señalando el sitio del corazon: hiere aquí, le dixo, el golpe será executivo y seguro, y yo pagaré la pena de un desdichado padre que deshonró al mundo y á la humanidad,

dando á aquel y á esta un hijo tan malvado.

Al oir semejantes palabras quedó Gaspar atónito y embargado, no de otra manera que si hubiera oido el estruendo terrible de un espantoso trueno; y léjos de sincerarse, cayó derribado y sin sentido á los pies de tan amoroso padre. El buen viejo, viendo aquel principio de arrepentimiento, se consoló y enterneció: hizo su oficio la sangre, y acudió prontamente á socorrer al desgraciado mozo; pero Gaspar, luego que se recobró algun tanto, no pudiendo sufrir la presencia de un padre tan justamente irritado y afligido, hizo algun esfuerzo para levantarse; logrólo, volvió á montar en su mula, y se retiró lloroso y avergonzado, sin articular ni una sola palabra. Dexóle ir Baltasar, y abandonándole á los remordimientos de su conciencia, él se restituyó á Córdoba, donde seis meses despues tuvo la gustosa noticia de que su hijo habia tomado el hábito en la Cartuxa de Sevilla, para pasar el resto de su vida, sustentándose con el pan de lágrimas, y entregado á los rigores de una larga penitencia.

CAPITULO XII.

Fin de la historia de Scipion.

Tal vez, aunque muy rara, los malos exemplos producen buenos efectos. La vista y la con-

sideracion de la mala conducta que habia tenido el mozo Velazquez, me abrió los ojos para hacer serias reflexîones sobre la mia. Comencé á combatir mis rateras inclinaciones, y á vivir como hombre honrado. La costumbre de pillar quanto dinero podia haber á las manos, se habia formado en mí con actos tan repetidos é inveterados, que era muy difícil de vencer. Sin embargo, esperaba lograrlo, persuadido á que para ser virtuoso, no es menester mas que quererlo de veras. Emprendí pues esta grande obra, y el Cielo echó la bendicion á mis esfuerzos. Ya no miraba con ojos codiciosos el cofre del viejo mercader, y me parecia que aunque estuviera en mi mano sacar de los talegos lo que quisiese, no llegaria á ellos; pero al mismo tiempo confieso seria gran imprudencia poner en tan peligrosa tentacion á un arrepentido tan reciente, de lo qual se guardó muy bien el viejo Velazquez.

Concurria freqüentemente á casa de este un caballerito de la órden de Alcántara, llamado Don Manrique Medrano. Todos le estimábamos mucho, porque era uno de nuestros parroquianos mas nobles, aunque no de los mas hacendados. Este se pagó tanto de mí, que siempre que me encontraba, me detenia á un poco de conversacion, mostrando particular gusto en oirme hablar. Scipion, me dixo un dia, si yo lograra tener un lacayo como tú, y de tu buen humor, creeria haber encontrado un tesoro. Si

no estuvieras con un amo á quien estimo tanto, haria lo posible por engancharte para mi servicio. Señor, le respondí, eso costaria muy poco á V. S.; siempre me ha llevado la inclinacion á las personas nobles: sus caballerosos y desembarazados modales me encantan. Confieso verdaderamente que este es mi flaco. Siendo eso así, me replicó Don Manrique, quiero suplicar á mi gran amigo el Señor Baltasar, que tenga á bien te pases de su casa á la mia, y espero que no me negará este favor. Otorgóselo Velazquez prontamente, y con tanta mayor facilidad, quanto mas presto se persuadió que la pérdida de un criado bribon no era absolutamente irreparable. Yo por mi parte tambien tuve muy poco que hacer en consentir gustoso en esta translacion, pareciéndome que el servir á un mercader era cosa muy baxa, respecto á lo que sonaba servir á un caballero de Alcántara.

Y si he de hacer á vmds. un retrato fiel de este mi nuevo amo, debo decirles que en lo personal era de lo mas bien parecido que he visto en toda mi vida: su apacible genio, y cortesanísimos modales le hacian tan amable, que se robaba los corazones de todos, acompañadas estas prendas de un entendimiento despejado, y de un buen juicio. Fuera de eso, era hombre de mucho valor, y de una honradez y pundonor á toda prueba. Nada en fin le faltaba sino los bienes de fortuna. Segundon de una casa ilustre, pero pobre, vivia á expensas de una tia residente en Toledo,

que le subministraba quanto habia menester pára mantenerse con decencia. Vestia siempre con mucho aseo, y en todas las casas era recibido con particular gusto, y especial inclinacion. Freqüentaba las de las primeras damas de la ciudad, y entre otras la de la Marquesa de Almenara. Era esta Señora una viuda de setenta y dos años, cuya discrecion y amabilísima crianza atraían á su casa toda la nobleza Cordobesa de ámbos sexôs. Damas y caballeros la amaban y veneraban á competéncia, solicitando su amable y discretísima conversacion, de manera que se llamaba su casa *la tertulia de la buena sociedad.*

Mi amo era uno de los que mas visitaban á aquella Señora. Saliendo una noche de su casa, y acompañándole yo, me pareció un si es no es azorado y pensativo, contra el ordinario temple de su natural tranquilo, alegre y sosegado. Señor, le pregunté, ¿qué tiene V. S.? Séale lícito á este su humilde y fiel criado hacerle esta pregunta. ¿Le ha sucedido á V. S. algun caso extraordinario que le desazone? Sonrióse el Caballero, y me confesó que verdaderamente le llevaba toda la atencion, y no podia echar del pensamiento una muy seria conversacion que acababa de tener con la Marquesa de Almenara. No pude contener la risa, y en tono bufonesco le dixe: vamos claros, Señor, que seria bella cosa el que esa tierna niña setentona le hubiese hecho á V. S. alguna

declaracion de amor. Chanzas á un lado, Scipion, sábete que la Marquesa me ama. Caballero, me dixo, me compadece tanto vuestra poca fortuna, quanto aprecio vuestra calificada nobleza. Siempre os he mirado con particular inclinacion, y así he determinado haceros rico. No descubriendo otro medio legítimo y decente para lograrlo, que el ofreceros mi mano, estoy pronta á ello, siempre que vos no lo repugneis. Preveo muy bien que dará mucho que reir al público, particularmente por mi parte, la aparente ridiculez de este extravágante matrimonio, y que todos me tendrán por una vieja chocha. No me da cuidado; todo lo despreciaré, y todo lo llevaré á bien, solo por poneros en estado de vivir como mereceis, sin necesitar de nadie. Lo único que temo es vuestra resistencia al logro de mi intento.

Esto fué lo que me dixo la Marquesa, prosiguió el Caballero. Teniéndola, como la tengo, por la muger mas juiciosa y prudente de Córdoba, considera lo admirado que quedaria yo al oirla hablar en aquellos términos. Respondíla pues, declarándola lo mucho que me habia sorprehendido la grande honra que me hacia en ofrecerme su mano, quando siempre la habia visto inmoble en la resolucion de permanecer viuda hasta la muerte. A esto me replicó y satisfizo, diciendo que viéndose dueña absoluta de tantos haberes, y sin heredero forzoso, habia determinado hacer que á lo ménos en vida

entrase á disfrutarlos con ella un Caballero de virtud, de honor y demas prendas apreciables. Sin duda, le repliqué yo entónces, que V. S. está ya resuelto á saltar el barranco. Así es, me respondió mi amo. La Marquesa goza ricos mayorazgos, y por otra parte está dotada de todas las prendas de corazon y entendimiento, que se pueden desear en una muger de su esfera. Yo me acreditaria de insensato, si dexara escapar una ocasion tan ventajosa para mí, mayormente quando por sí misma se me ha venido á las manos.

Alabéle mucho el pensamiento de agarrar la fortuna por los cabellos, y de traerla á casa, y le persuadí fuertemente á que hiciese lo posible para que quanto ántes se pusiese en execucion tan acertado designio: tanto era el miedo que yo tenia de que se desvaneciese por alguna fatal imprevista contingencia. Por fortuna estaba la Marquesa mas deseosa que yo de que se cumpliese su caritativa y christiana resolucion lo mas presto que fuese dable; y á este fin dió órdenes tan apretadas y eficaces, que en pocos dias se dispuso todo lo necesario para que se celebrase la boda con la mayor magnificencia. Apénas se esparció por Córdoba la voz de que la Marquesa de Almenara se casaba con Don Manrique Medrano, quando comenzáron los bufones á divertirse muy á costa de la buena viuda; pero por mas que agotáron todas sus bufonadas y chocarrerías, no afloxó un punto en su resolucion.

Dexó hablar á los ociosos, y se fué muy sosegada á la Iglesia con su querido Don Manrique. Celebróse la boda con magnificencia y esplendor: nuevo motivo para que la murmuracion volviese á su primer desahogo con mayores fuerzas. La vejancona, decian, debiera por lo ménos haber ahorrado la pompa y el estrépito, como impropios en la boda de una vieja decrépita, que pasa á segundas nupcias con un mozo tan galan como discreto.

La Marquesa, léjos de mostrarse acobardada y corrida de ser esposa de un mozalvete como aquel, en su caduca edad, daba al contrario muy de propósito señales las mas vivas del contento que ocupaba todo su pecho, por hallarse ya en posesion de lo que tanto habia deseado. Toda la nobleza Cordobesa de uno y otro sexô estuvo convidada á una espléndida cena, y á un bayle no ménos suntuoso que siguió despues. Al fin de este desapareciéron los dos novios para meterse en un quarto, donde una dama de la Marquesa y yo los estábamos esperando, y aquel retiro inopinado excitó con mas fuerza las hablillas y dichos; pero los recien casados estaban ocupados en asuntos muy serios y diferentes de los que imaginaban los maliciosos; pues así que entráron en el quarto, se volvió la Marquesa al Caballero, y le habló en esta substancia: Don Manrique, este es vuestro quarto; el mio está al otro extremo de la casa, y á bastante distancia de este. De noche cada

uno estará en el suyo, y por el dia vivirémos juntos como madre é hijo. Al principio se quedó algo suspenso el Caballero; pero recobrado algun tantò, discurrió que quizá la dama le hablaria en aquellos términos, para empeñarle en que la hiciese una dulce y amorosa violencia. Baxo este errado concepto, juzgó que la gratitud y la buena crianza estaban pidiendo que se mostrase muy apasionado, y así acercándose á la Marquesa, con las mas vivas y rendidas expresiones la suplicó le permitiese el honor de servirla por aquella vez de su ayuda de cámara. Echóle de sí la Marquesa con mucha seriedad, diciéndole con semblante severo y en tono enojado: deteneos, Don Manrique, ¿qué haceis? Si os parece que soy una de aquellas viudas que se casan segunda vez por fragilidad, vivis muy equivocado; caséme con vos, con el fin únicamente de que pudiéseis gozar las tales quales comodidades que os produxese nuestro contrato matrimonial. Por esta cortísima prueba de la particular estimacion que hago de vos, ni quiero, ni admitiré jamas de vos otro reconocimiento que el de una fiel, sincera y purísima amistad. Diciendo esto, volvió las espaldas, dexándonos solos en el quarto á mi amo y á mí; y retirándose ella al suyo con su criada, no permitió de ningun modo que el Caballero la fuese sirviendo hasta él.

Despues que se retiró, quedámos los dos un gran rato pasmados y aturdidos de lo que aca-

bábamos de oir y ver. Finalmente, rompió el silencio Don Manrique, haciéndome esta pregunta: díme, Scipion, ¿te habia pasado jamas por el pensamiento lo que acabas de ver por tus ojos, y de oir con tus oidos? ¿Qué juicio haces de una muger como esta? Juzgo, le respondí, que ó no es muger, ó es original y única en su especie como el ave fénix. ¡O, qué afortunado es V. S. en haberle tocado una muger que no tiene compañera! Esto se llama un pinguísimo beneficio simple y sin carga. Yo, prosiguió Don Manrique tomando la palabra, no acabo de admirar el raro y singular carácter de una esposa tan estimable; por mi parte quiero corresponder con todas las atenciones imaginables al gran sacrificio que ha hecho por mí. Pasámos largo tiempo hablando del suceso, hasta que rendidos del sueño, yo me eché en un colchon que estaba en un quartito inmediato, y mi amo se acostó en una regalada y magnífica cama que le habian puesto; y me parece que allá en lo íntimo de su corazon no le pesaria mucho dormir solo, celebrando el verse libre de la compañía de la vieja, á tan poca costa como la de un miedo pasagero.

El dia siguiente principiáron, ó por mejor decir, continuáron los regocijos en celebridad de la boda, en los que la Marquesa se mostró tan serena y de tan buen humor, que añadió nuevo alimento á las chanzonetas de los chufleteros. Léjos de formalizarse de sus chistes y equívocos,

era la primera que se zumbaba á sí propia, y celebraba los dichos de los demas, dándoles cordelejo para que se divirtiesen á costa suya. El Caballero por su parte no se mostraba ménos alegre ni ménos contento con su nueva esposa; y al ver las finezas que la hacia, y el cariño con que la hablaba, podia parecer á alguno que estaba enamorado de la misma vejez. Aquella noche entráron los dos esposos en otra conversacion, y quedáron de acuerdo en que se habian de tratar en adelante ni mas ni ménos que se trataban ántes del matrimonio. Es menester hacer justicia aquí á Don Manrique, y no defraudarle de la alabanza que merece. Hizo por amor á su muger lo que pocos harian en iguales circunstancias, que fué apartarse del trato que tenia con cierta damita de media estofa, á quien amaba, y que le correspondia tiernamente; no queriendo, decia él, llevar adelante una amistad que necesariamente habia de ofender la delicada conducta de una esposa que le amaba con tanto desinteres y generosidad.

Miéntras él estaba dando estas pruebas de fina correspondencia á tan generosa dama, la Marquesa se las pagaba con aumento, aunque ella las ignoraba. Hízole dueño absoluto del arca de su dinero, la qual por cierto valia algo mas que la de Velazquez. Fuera de eso, habiendo reformado la casa y la familia durante su viudez, la restituyó al mismo pie en que estaba en vida de su primer marido. Recibió mas criados,

llenó sus caballerizas de generosos caballos y valientes mulas; en una palabra, por su bizarría y continuos desvelos, el caballero mas pobre del órden de Alcántara pasó de la noche á la mañana á ser el mas opulento de ella. Acaso me preguntarán vmds., ¿y qué ventajas sacaste tú de la boda? Vóyselo á decir. Mi ama me regaló cincuenta doblones, mi amo ciento, haciéndome ademas su secretario con el sueldo de quatrocientos escudos anuales; y no contento con esto, se fió tanto de mi lealtad, que me nombró tesorero suyo.

¡Su *tesorero!* exclamé yo admirado, interrumpiendo á Scipion quando llegó á este paso. Sí Señor, me respondió con cierto ayrecillo serio; sí Señor, su tesorero. Y sin jactancia me atrevo á decir que desempeñé con fidelidad aquel peligroso empleo. Es verdad que acaso habré quedado deudor de alguna cosilla á la caxa, porque como dexé de repente el servicio del Caballero, y yo me cobraba anticipadamente de mi salario, no es imposible que haya resultado en la cuenta algun corto alcance contra mí. Si así fuere, será esta la última picardigüela que me podrán echar en cara, porque desde entónces acá he vivido como hombre de bien y con la mayor rectitud.

Hallábame pues, continuó Scipion, de secretario y tesorero de Don Manrique, quando recibió este una carta de Toledo, en que le noticiaban que su tia Doña Teodora Moscoso se

hallaba á los últimos de su vida. Partió en posta prontamente á dicha ciudad para asistir á una Señora, que de muchos años ántes hacia con él oficios de madre. Acompañéle en aquel viage, juntamente con un ayuda de cámara y un lacayo. Montámos todos quatro en los mejores caballos de casa, y en breves dias llegámos á dicho pueblo, donde encontrámos á la enferma en un estado que nos dió esperanzas de que no moriria de aquella enfermedad. Con efecto, no desmintió el suceso nuestro pronóstico, aunque contrario al de los Médicos que la asistian.

Miéntras la salud de nuestra buena tia se iba visiblemente restableciendo y ganando terreno cada dia, ménos quizá por los remedios que la recetaban los Doctores, que por el gusto de tener en casa á su querido sobrino, el Señor tesorero lo pasaba alegremente, divirtiéndose con la gente moza, cuyo trato le proporcionaba freqüentes ocasiones de aliviar el bolsillo, gastando bizarramente su dinero. Llevábanme consigo á garitos, donde insensiblemente me empeñaban en el juego; y como yo no era tan diestro jugador como mi antiguo amo D. Abel, por lo comun perdia siempre mucho mas de lo que tal qual vez ganaba. Sin embargo, poco á poco me iba aficionando á jugar, y si hubiera fomentado por mas tiempo este vicio, sin duda que muy presto me habria visto en necesidad de recurrir á la caxa por algunas asignaciones anticipadas; pero por fortuna mia y de la caxa, el amor salvó á

esta, y tambien mi virtud. Pasaba yo un dia junto á la Iglesia de los Reyes, quando ví asomada á una celosía, cuyas portezuelas estaban abiertas, á una hermosísima doncella, que no me pareció una criatura mortal, sino una deidad verdadera. Si encontrara otra voz mas expresiva, usaria de ella para dar á entender á vmds. la grande impresion que me hizo aquella impensada vista. Informéme de quién era, y despues de varias diligencias supe que se llamaba Beatriz, y que era doncella ó camarera de una hija segunda del Conde de Polan.

Beatriz al oir esto interrumpió á su marido Scipion, y riendo á carcajada tendida, volviéndose á mi muger, la dixo: Señora Antonia, míreme vmd. bien: ¿parécela realmente que yo tengo traza de deidad? Por lo ménos entónces, la dixo Scipion, la tenias á mis ojos, y ahora despues que enteramente he quedado satisfecho de tu fidelidad, todavía la tienes mucho mas. Dada por mi secretario esta cortesana respuesta á la inocente burla de su muger, pasó adelante con su historia.

El descubrimiento que hice, añadió muchos grados al ardor que ya me abrasaba, el qual, para decir la verdad, no era ardor muy legítimo. Imaginéme que fácilmente podria derribar su honestidad, batiéndola con presentes capaces de desquiciarla; pero yo conocia mal á la casta Beatriz. Inútilmente la ofrecí un buen bolsillo por medio de ciertas mugercillas mercenarias,

y ademas de eso mi cuidado de repetirla los socorros; pues oyó con mucho enojo la propuesta, y la despreció con mayor indignacion. Su resistencia encendió mas mis deseos, y recurrí al último arbitrio, que fué ofrecerla mi mano, la que aceptó luego que supo era yo secretario y tesorero de Don Manrique. Pareciónos á los dos que convenia tener oculto nuestro matrimonio por algun tiempo, y así nos casámos en secreto, siendo testigos la Señora Lorenza Séfora, aya de Serafina, y otros criados del Conde de Polan. Luego que me casé con Beatriz, ella misma me facilitó el modo de verla y hablarla en el jardin, en donde me introducia por cierta portezuela medio excusada, cuya llave me entregó. Difícilmente se hallarian dos esposos que se amasen con mas ternura que nos amábamos Beatriz y yo: era igual en ámbos la impaciencia con que esperábamos la hora señalada para vernos y hablarnos; ámbos acudíamos con el mismo ardor al consabido sitio, y siempre se nos hacia breve el tiempo que pasábamos en él, aunque algunas veces no dexaba de ser largo.

Una menguada noche tan amarga para ella y para mí, como dulces habian sido todas las anteriores, quedé sumamente sorprehendido quando llegué al jardin y hallé abierta la portezuela. Sobresaltóme infinito esta novedad, y entré luego en las mas negras y rabiosas sospechas. Inmutéme y quedé trémulo, como quien

ya presagiaba lo que iba á suceder. A favor de la obscuridad, y muy á paso lento fuíme acercando hácia un gracioso cenador, fabricado de boxes y mirtos con exquisito primor, que era el sitio concertado para nuestras nocturnas visitas; y al estar ya inmediato á él, oygo dentro una voz que me atravesó los oidos y el corazon, con estas formales palabras: *amada Beatriz, no me hagas penar mas; acaba ya de hacerme feliz, aunque no sea mas que por asegurar tu fortuna, la qual es inseparable de la mia.* En vez de contenerme dando lugar á mayor explicacion, segun lo pedia la prudencia, me pareció que ya no necesitaba oir mas, y apoderándose de toda mi alma unos rabiosos zelos, sin respirar mas que venganza, desenvayné la espada, y entré en el cenador, diciendo: ¡ah villano y cobarde engañador! seas quien fueres, ántes de quitarme el honor, será menester que me arranques la vida; y sin mas ni mas tiré una estocada al que estaba hablando con Beatriz. Púsose en defensa prontamente, y como era mucho mas diestro que yo en el manejo de las armas, puesto que nunca habia yo tomado mas que unas quantas lecciones de esgrima en Córdoba, riñó como hombre que sabia bien jugarlas. Sin embargo de eso le dí una estocada que no pudo parar, y creyendo que le habia herido mortalmente, porque le ví caer redondo, quizá por haber casualmente tropezado, me puse en salvo á carrera tendida, sin

dar oidos á las voces de Beatriz que me llamaba.

Así fué puntualmente, interrumpió entónces Beatriz, volviéndose á los que estábamos oyendo; yo le llamaba para desengañarle y sacarle de su error. El caballero que estaba hablando conmigo en el cenador era Don Fernando de Leyva. Amaba tiernamente este Señor á mi ama Julia, y estaba determinado á sacarla de casa para depositarla; y pareciéndole que no lo podria conseguir si yo no le ayudaba, quiso hablarme reservadamente, y yo le cité para aquel sitio, con el fin de concertar entre los dos el medio mas decente y ménos ruidoso de asegurar el lance, del qual, me decia él, pendia su fortuna y tambien la mia. Pero en vano me cansaba yo en llamar á mi pobre alucinado esposo, quien no hizo caso de mis voces, ni de mis lágrimas, y me abandonó como á una muger infiel.

En el estado en que me hallaba, replicó Scipion volviendo á coger el hilo, era capaz de eso y mucho mas. Los que han probado qué cosas son zelos, y las locuras en que precipitan á los hombres mas advertidos y cuerdos, no se admirarán de la turbacion que levantáron en mi débil y miserable cabeza. En un momento sucediéron dentro de mi corazon los movimientos del mas implacable odio á los ternísimos é impetuosos afectos de amor que un instante ántes profesaba á mi muger. Hice solemne protesta de abandonarla y de desterrarla para

siempre jamas de mi memoria. Por otra parte, persuadido erradamente á que habia muerto á un caballero, y temeroso de caer en manos de la Justicia, padecia aquel continuo pavor que tiene en un perpetuo sobresalto á los que han cometido algun delito. Viéndome en tan horrible situacion, solo pensé en ponerme en cobro, y sin volver siquiera á la posada, en aquel mismo punto salí de Toledo sin mas equipage que el que tenia á cuestas. Es verdad que por fortuna hallé en el bolsillo hasta unos sesenta doblones: recurso no despreciable para un pobre mozo que tenia hecho ánimo de no pasar de criado en toda su vida.

Caminé, ó por mejor decir, corrí toda aquella noche, dándome extraordinario vigor la memoria de los alguaciles que incesantemente me imaginaba venian en mi seguimiento. Amanecí entre Rodillos y Maqueda; y quando llegué á este último pueblo, sintiéndome algo cansado, entré en la Iglesia, que acababan de abrir, hice una breve oracion, y sentéme en un banco. Púseme á pensar en el estado en que me veía; el qual no me daba poco cuidado; pero no tuve tiempo para hacer muchas reflexîones, porque luego sentí tres ó quatro chasquidos ó latigazos, que me hiciéron creer pasaba por allí algun alquilador ó calesero. Así era puntualmente, porque saliendo movido de curiosidad á la puerta de la Iglesia, ví á un alquilador montado en una mula, llevando de reata otras

dos. Pára, amigo, pára, le grité: ¿adónde van esas mulas de vacío? A Madrid, me respondió. En ellas viniéron dos Religiosos Dominicos á este pueblo, y ahora voy de retorno.

Vínome la gana de ir á Madrid, aprovechándome de esta ocasion. Ajustéme con el alquilador; monté en una de sus mulas, y partímos para Illescas, donde pensábamos hacer noche.

No bien habíamos salido de Maqueda, quando mi buen alquilador, hombre como de treinta y cinco años, comenzó á cantar Salmos, Himnos y Responsos, esforzando la voz hasta desgañitarse. Empezó por el Invitatorio de los Maytines en el tono Gregoriano que se cantan en el coro; prosiguió con varios Salmos; pasó despues al Introito de la Misa, cantó el Gloria y el Credo, como en las Misas solemnes; principió las Vísperas, y me espetó todos los Salmos de ellas, sin hacerme siquiera gracia del *Magnificat*. Aunque verdaderamente me aturdia los oidos, y me tenia medio atolondrado, no podia yo ménos de reir á carcajada tendida, tanto que esto le estimulaba á que cantase quando él cesaba en su música para cobrar aliento. Animo, amigo, le decia; ánimo, y no lo dexes tan presto: ya que el Cielo te ha regalado con tan buenos pulmones, es lástima no te aproveches de ellos, y mas usándolos como los usas en cosas tan buenas y tan santas. Oh, Señor, me respondió, loado sea Dios; en nada me

parezco á la mayor parte de los de mi oficio, que se diria no saben cantar sino canciones puercas ó lascivas. Yo jamas canto ni aun los romances sobre nuestras guerras y batallas con los Moros, porque son cosas á lo ménos frívolas, quando no sean deshonestas. A la verdad, le dixe, eres de delicadísima conciencia, lo qual no es la cosa mas comun en alquiladores y caleseros. Pero, díme la verdad: ¿siendo tan escrupuloso, y con mucha razon, en punto de canciones, eres igualmente casto con las mozuelas bien parecidas que encuentras en los mesones? No lo dude vmd., me respondió; de ninguna cosa me precio mas que de la continencia en esos sitios tan peligrosos: en ellos solo atiendo á cuidar de mi ganado. No quedé poco admirado de oir hablar con tanta religion y honestidad á aquel raro fénix de los alquiladores; túvele por buen christiano y de buen entendimiento, tanto que volví á entablar conversacion con él luego que me acabó de cantar todo su breviario, y aun todo el misal entero.

Llegámos á Illescas hácia la entrada de la noche. Luego que nos apeámos en el meson, dexé á mi compañero que cuidase de sus mulas, y me metí en la cocina á encargar al mesonero que nos dispusiese una buena cena. Dióme palabra de hacerlo, y añadió: dispondré una cena, tal que se acordará su merced de este meson, y de mí por todos los dias de su vida. ¿Pregunte su merced á su alquilador

quién soy yo? Desafiaré á todos los mas celebrados cocineros de Madrid y de Toledo, á que hagan una olla podrida mas sabrosa ni mas delicada que las que yo sé aderezar y componer. Esta noche le presentaré á su merced un conejo guisado de mi mano, y despues me dirá si he ponderado ó no, quando he alabado tanto mi habilidad. Dicho esto me mostró en una cazuela un conejo dividido ya en proporcionados trozos. Esta es, añadió, la cena que pienso dar á su merced, despues que le haya guisado, echándole un poco de pimienta, sal, vino y ciertas yerbecitas olorosas, y otros ingredientes y especias que yo sé, y dan gran sayuete á mis pebres. Espero regalar el paladar de su merced con un plato que sin vergüenza se pudiéra presentar, aunque fuese mesmamente á un Señor Canónigo.

Hecho este elogio, comenzó el mesonero á disponer la cena. Miéntras tanto me entré en una sala, y me eché en un mal colchon que habia allí, donde luego me quedé dormido por no haber descansado nada la noche antecedente. De allí á dos horas me vino á despertar el alquilador; diciendo: Señor, venga vmd. á cenar, si gusta. Estaba aparejada en la sala una mesa con dos solos cubiertos. Sentámonos á ella el alquilador y yo. Apénas me senté, quando me tiré á la cazuela con una ansia, que parecia no haber comido bocado en muchos dias; probé el guisado, y le hallé delicadísimo y de excelente

gusto, ya fuese porque el apetito me le representaba tal, ó ya por el saynete que verdaderamente le daban los exquisitos ingredientes del mesonero. Observé no obstante que mi compañero ni siquiera lo probó, y que solamente hizo el honor al segundo plato, que era de carnero asado. Preguntéle por qué no habia tocado al otro, siendo así que era exquisito. Y él me respondió medio riéndose, que no gustaba de guisotes. Así la respuesta como la risita me hiciéron sospechar que habia en ello algun misterio. Apuréle para que me dixese la verdad, y él me respondió: ya que vmd. la desea saber, le diré con ingenuidad que no puedo ver estos guisados, porque temo me arañen y me agujereen las tripas, despues del lance que me sucedió caminando á Cuenca desde Toledo, en cuyo viage dormí en un meson donde me diéron por cena un gato, vendiéndomele por un regalado conejo; y desde entónces no puedo arrostrar estos malditos guisados.

Apénas oí esto, quando de repente se me fué todo el apetito en medio de la hambre que me roía las entrañas. Dí por asentado que me habia engullido un gatazo, y comenzó á revolvérseme el estómago, de manera que con solo mirar á la cazuela, me venia gana de vomitar. El arriero, léjos de desvanecerme ó disminuirme aquella aprehension, me la confirmó mas y mas, diciéndome que aquella especie de *quid pro quo*, esto es, de dar gato por liebre, era

muy freqüente en mesones y pastelerías: discurso que, como vmds. pueden pensar, no me sirvió de mucho consuelo, ántes bien me quitó del todo la gana, no ya de volver á probar el guisote, mas ni siquiera de mirar el asado. Levantéme de la mesa echando mil maldiciones al guiso, al meson y al mesonero; volvíme á tender en el colchon, y pasé la noche con mas quietud de la que podia esperar. El dia siguiente me levanté al amanecer, pagué al mesonero mucho mas de lo que merecia lo que me habia regalado, y salí de Illescas tan ocupado el pensamiento en lo que me habia sucedido, que me parecian gatos quantos animales se me ofrecian á la vista.

Entrámos en Madrid no muy tarde, y pagué á mi alquilador, despues de haberme apeado en una posada muy decente en la puerta del Sol. Aunque mis ojos estaban bastante acostumbrados al gran mundo, no dexó de hacerme novedad y de causarme admiracion el ver tantos Señores y tanta grandeza, particularmente en los barrios inmediatos al Palacio del Rey. Pasmóme el prodigioso número de coches, y la gran multitud de Gentileshombres, pages y lacayos que iban sirviendo á los Grandes. Subió á lo sumo mi admiracion, quando habiendo tenido proporcion de ver comer al Rey, ví á este Monarca rodeado de Cortesanos y Señores. Quedé absolutamente encantado á vista de tal espectáculo, y dixe para conmigo: ya no me admiro

de haber oido decir que es indispensable ver la Corte, para hacer concepto cabal de su magnificencia. Celebré infinito la fortuna de haberla visto, y aun sentí dentro de mí no sé qué secretos prenuncios de que quizá algun dia haria yo tambien en ella mi poco de papel. Pero al cabo no hice otro que el de introducirme y hacer algunos conocimientos inútiles. Poco á poco fuí gastando todo mi dinero, y me hallé en tal estado, que me tuve por muy dichoso en haberme acomodado con un pedante de Salamanca, á quien conocí casualmente, que habia ido á la Corte, su patria, á negocios personales. Llegué con el tiempo á ser sus pies y sus manos, tanto que quando se restituyó á su Universidad, me llevó en su compañía.

Llamábase Don Ignacio de Piña este mi nuevo amo. El mismo se tomó el *Don* por haber sido ayo y maestro de no sé qué Duque, el qual, acabada su educacion, le habia dexado una mediana renta: gozaba otra por Catedrático jubilado de la Universidad, y ademas de eso le valian cincuenta ó cien doblones los libros dogmáticos y de moral que daba á la estampa cada año. El modo con que componia sus obras me parece digno de contarse. Gastaba todo el dia en leer autores Hebreos, Griegos y Latinos; escribia en medias quartillas de papel todos los apotegmas, sentencias y dichos agudos que encontraba en ellos; conforme iba llenando las quartillas, las iba enhebrando en un largo alam-

bre, como regularmente lo hacen los boticarios con las recetas fiadas que van despachando. Quando ya habia ensartado el papel que le parecia bastante para formar un grueso tomo, daba luego este á la imprenta, y de esta manera, ¡ válgame Dios, y con quantos malos libros regalábamos al público! Apénas se pasaba mes alguno sin que diese á luz algun tomo: sudaba y gemia la prensa, y el bolsillo de mi amo se alegraba. Lo mas admirable era que todos aquellos centones y antiquísimos fárragos pasaban por cosas nuevas y exquisitas. Si algun crítico avinagrado no lo podia sufrir, y hacia ver al público y al mismo autor, que era un mero compilador, y un miserable plagiario, él se quedaba muy fresco, y solo respondia con grandísimo descaro: *furto lœtamur in ipso.*

Fuera de eso, era un furiosísimo comentador, es decir, un moledor pesadísimo, porque hacia largos y muy ridículos comentos sobre las cosas mas frívolas y mas baladíes, que tanto importaba ignorarlas como saberlas, cargándolos de notas inutilísimas, atestadas de una erudicion pedantesca. Y como llenaba sus cartapacios de pasages de Hesiodo y de otros autores antiguos, aunque por lo comun malisímamente traidos, no dexaba yo de aprovechar en casa de este sabio. A la verdad seria ingratitud negarlo; pues á lo ménos á fuerza de copiar sus quadernos, me perfeccioné en la letra, y poco

á poco fuí aprendiendo á escribir decentemente, considerándome no ya como su criado, sino como discípulo suyo; y mas quando él mismo ilustraba mi entendimiento, sin descuidarse en arreglar mis costumbres. Si por casualidad llegaba á entender que algun otro criado habia hecho alguna picardía, Scipion, me decia, guárdate bien, hijo mio, de hacer lo que ha hecho este bribon: un criado debe esmerarse en servir lealmente á su amo, y mirar con horror la pereza. En una palabra, no perdia ocasion Don Ignacio de exhortarme á la virtud; y sus palabras me hacian tanta impresion, que en los quince meses que le serví, no tuve ni la mas mínima tentacion de jugarle alguna de las piezas á que estaba acostumbrado, ni tampoco hice en su casa la menor picardigüela.

Ya dexo advertido que el Doctor Piña era oriundo de Madrid, donde tenia una parienta que se llamaba Catalina, y era doncella del ama que habia criado al Príncipe de Asturias. La tal parienta, que fué la misma de quien me valí para sacar al Señor Santillana de la torre de Segovia, deseosa de hacer algo por su pariente Don Ignacio, empeñó á su ama para que le solicitase algun Beneficio con el Duque de Melar. El Ministro lo hizo Arcediano de Granada, porque habiendo sido aquel reyno conquistado, todas las Prebendas son del Patronato Real, y de nombramiento del Rey. Luego que tuvimos esta noticia, partímos á la

Corte, porque quiso el Doctor dar las gracias á sus bienhechoras, ántes de ir á tomar posesion de su Arcedianato. Con esta ocasion las tuve freqüentes de ver y tratar á la tal Catalina, que se pagó mucho de mi buen humor y desembarazo. A mí no me gustó ménos la mozuela, y tanto que no pude dexar de corresponder á ciertas contraseñas de particular inclinacion que me manifestaba; en conclusion, nos enamorámos uno de otro. Perdóname, Beatriz amada, como á la sazon te tenia por infiel, es muy perdonable aquel yerro mio.

Miéntras tanto el Doctor Don Ignacio se iba disponiendo para partir á Granada. Sobresaltados su parienta y yo de la dolorosa separacion que se acercaba, discurrímos un arbitrio que nos libró de este golpe. Fingíme gravemente enfermo, quejándome de la cabeza, del vientre y del pecho, con todas las demostraciones del hombre mas angustiado del mundo. Mi amo mandó llamar prontamente á un Doctor, de lo qual me estremecí, temiendo descubriese la trampa, pero me engañé; pues habiéndome pulsado, arqueando los ojos y acompañando esta muda, pero significativa expresion, con otros gestos enfáticos, me dixo boniticamente, y como si estuviera de acuerdo conmigo, que bien observados los síntomas, hallaba ser mi enfermedad mas seria de lo que parecia, y que verosímilmente no me levantaria tan presto de la cama. Como el Doctor estaba impaciente por presen-

tarse quanto ántes en su Catedral, no tuvo por conveniente dilatar mas su viage, y así recibió otro criado para que le sirviese en él; entrególme á un enfermero, y me dexó algunos pesos para pagar mi entierro si moria, ó por gratificacion de mis servicios, si escapaba con vida.

Luego que Don Ignacio salió para Granada, me hallé curado de todos mis males. Levantéme, despedí al Médico que habia dado tan notoria prueba de su gran penetracion, y me deshice del enfermero, el qual se habia ya engullido la mitad de lo que el amo me habia dexado. Miéntras estaba yo representando mi papel, Catalina hacia otro muy diferente con su ama Doña Ana de Guevara. Dióla á entender que yo era un sugeto de mucha habilidad para manejar qualquier asunto que pidiese arte y destreza. Tenia la tal Señora algun gusto y apego al dinero, y por consiguiente era muy dada á todos los manejos que sin deshonor lo pudiesen producir, para lo qual necesitaba de criados y confidentes como yo. Así que tardé poco en hacer las pruebas de mi talento. Encargóme algunas comisiones delicadas que pedian actividad y maña, las que sin vanidad puedo asegurar que desempeñé á su satisfaccion; por lo que quedó tan pagada de mí, como yo poco satisfecho de ella, pues era tan codiciosa, que nada me tocaba de lo mucho que la producian mis manipulaciones y mi industria. Parecíala que solo con pagarme pun-

tual y exâctamente mi salario, usaba conmigo de sobrada generosidad. Este exceso de avaricia me hubiera hecho salir muy presto de su casa, á no haberme detenido en ella el afecto á Catalina, la qual enamorada cada dia mas y mas de mi persona, me propuso finalmente un dia que nos casásemos.

Poco á poco, le respondí, querida mia: esa ceremonia, y quédese esto entre los dos, no la podemos hacer tan prontamente; para eso es menester esperar la muerte de cierta jovencita que te previno, y con quien por mis pecados estoy ya casado. A otro perro con ese hueso, replicó Catalina, ahora te quieres fingir casado para cohonestar cortesanamente la repugnancia que tienes á casarte conmigo. En vano la hice mil protestas de que la decia la pura verdad: no hubo forma de creerme, y pareciéndola que mi sincera confesion era un embusterísimo pretexto, se dió por ofendida, y desde aquel mismo punto mudó de estilo conmigo. No llegámos á reñir ni á romper del todo nuestra comunicacion; pero resfriándose visiblemente nuestro recíproco cariño, quedó nuestro trato en los precisos términos que no se podian negar á la crianza y al bien parecer.

Hallábame en este estado, quando supe que el Señor Gil Blas de Santillana, Secretario del primer Ministro del Rey Católico de las Españas, estaba á la sazon sin lacayo. Pintáronme esta conveniencia como la mayor y mas ventajosa

á que podia aspirar. El Señor de Santillana, me dixéron, es un caballero de gran mérito, un mozo sumamente querido y estimado del Duque de Melar, y á cuya sombra no puedes ménos de hacer una gran fortuna: ademas de eso, es de un corazon generoso y lleno de bizarría; haciendo tú sus negocios, no dudes que harás tambien el tuyo. No malogré la ocasion, presentéme al Señor Gil Blas, por quien sentia acá dentro de mí no sé qué secreta inclinacion: agradóle mi fisonomía, recibióme en su servicio, y no me detuve un punto en dexar por él la casa de la Señora Doña Ana, esperando en Dios que este Señor será el último de mis amos.

Así concluyó su historia el buen Scipion; y volviéndose despues á mí, me habló en estos términos: Señor de Santillana, hágame V. S. el favor de atestiguar á estas damas como V. S. siempre me ha experimentado criado fiel y lleno de zelo á su mayor servicio. He menester este testimonio para persuadirlas que el hijo de la Coscolina corrigió en vuestra compañía sus malas costumbres, sucediendo á ellas en su corazon y en sus operaciones, virtuosos y honrados pensamientos.

Sí, Señoras, dixe yo entónces. Así es como lo dice Scipion, y así lo testifico yo sobre la fe de mi palabra y de mi honor. Si en su niñez, y aun en su primera juventud, hizo algunas picardías, se enmendó tanto despues, que verdaderamente se le puede llamar exemplar y

modelo de un perfecto servidor. Léjos de tener nada de que quejarme, ni que reprehender en la conducta que ha tenido desde que está en mi casa, debo confesar por el contrario que le soy deudor de muchas obligaciones. La noche que me prendiéron para llevarme al Alcázar de Segovia, libertó mi casa del pillage; y puso en seguridad parte de mis efectos, que impunemente pudo haberse apropiado. No contento con haber atendido á la conservacion de mis bienes, quiso por puro amor encerrarse conmigo, prefiriendo al placer de la libertad el triste consuelo de hacerme compañía en mis trabajos.

FIN DEL LIBRO X.

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO UNDÉCIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Muere la muger de Gil Blas. Vuelve este á la Corte.

Ya dexámos dicho que Antonia y Beatriz se avenian muy bien las dos; la una enseñada siempre á obedecer como criada, y la otra comenzando á acostumbrarse á mandar y disponer como ama. Scipion y yo éramos dos maridos condescendientes, y muy amados de nuestras mugeres, lo que nos daba bien fundadas esperanzas de que uno y otro tardaríamos poco tiempo en ser padres. Con efecto, así fué, porque ámbas se sintiéron embarazadas casi al mismo tiempo. Beatriz fué la primera que parió y dió á luz una bellísima niña; siguióla Antonia poco despues, llenándonos de alegría con un niño no ménos hermoso que rollizo. Mi Secretario fué luego en posta á Valencia con esta alegre noticia. El Gobernador vino inmediatamente á Liria, en

compañía de Serafina y de otra Señora, que era la Marquesa de Priego, á sacar de pila á los recien nacidos, teniendo el gusto de hacernos esta nueva honra, y darnos una prueba mas de su afecto, sobre tantas otras como nos habian dado. El Gobernador y la Marquesa se brindáron á ser padrinos de mi hijo, y quisiéron ponerle el nombre de Alfonso. La Gobernadora me dispensó tambien el honor de que fuese compadre suyo por dos títulos, ofreciendo ser madrina juntamente conmigo de la hija de Scipion, á la que se llamó Serafina.

El nacimiento de mi hijo no solamente se celebró en mi casa, sino tambien por todos los vecinos de Liria, para que todos conociesen el amor que todo el Lugar profesaba á su Señor. ¡Mas ah, y qué poco duró nuestra alegría! muy presto se convirtió toda en ayes, en llantos y en lamentos por un suceso que en mas de veinte años no he podido olvidar, y que tendré siempre tan presente como el mismo dia en que acaeció. Murió mi querido hijo, y á pocos dias le siguió su buena madre: sin embargo de haber tenido el parto mas feliz, la sobrevino una maligna y violenta calentura que me la arrebató pasados solo catorce meses de nuestro matrimonio. El lector podrá conocer, si le es posible, quanta seria mi amargura: caí en un abatimiento de ánimo, y en una estupidez inexplicable; tanto que parecia haber quedado insensible á fuerza de sentir lo que habia perdido. Pasé cinco ó seis

dias en tan doloroso estado, sin querer ni poder tomar alimento alguno; y creo que á no ser por Scipion, me hubiera dexado morir de hambre, ó habria perdido enteramente el juicio; pero mi sagaz y fidelísimo Secretario supo divertir mi pena, y poco á poco irme conduciendo á la debida resignacion y christiana conformidad. Consiguió hacerme tomar algunos sorbos de caldo, presentándomelo con un semblante tan triste, que parecia me le ponia delante, no tanto por mantener mi vida, como por aumentar mi afliccion. Este fino criado escribió al mismo tiempo á Don Alfonso, noticiándole las desgracias que me habian sucedido, y la miserable situacion en que me hallaba. Fué volando á Liria aquel Señor tierno y compasivo, no ménos que generoso amigo. No puedo acordarme sin enternecerme, de lo que me dixo luego que me vió. Amado Santillana, me dixo, echándome los brazos al cuello, no vengo á consolarte, vengo solo á llorar contigo la pérdida de tu amable Antonia, así como tú irias á llorar conmigo la de mi adorada Serafina, si el Señor me la hubiera llevado. Con efecto, derramó algunas lágrimas, acompañando las suyas con las mias. En medio de que la pesadumbre me tenia fuera de mí, no dexáron de excitar en mi corazon un vivo agradecimiento las bondadosas demostraciones de sentimiento de Don Alfonso.

Ademas de eso, tuvo una larga conversacion

con Scipion sobre los medios que se podian tomar, para distraer mi dolor y consolarme. Juzgáron muy cuerdamente que el primero de todos debia ser sacarme de Liria, donde quanto veía me renovaba á cada momento la memoria de mi Antonia. Convenidos en esto, me propuso el hijo de Don César si queria ir con él á Valencia. Scipion esforzó tanto esta proposicion que no pude ménos de admitirla. Dexé pues á mi Secretario y su muger en la Quinta, en la que no veia cosa que no aumentase mi melancolía, y marché á Valencia con el Gobernador. Luego que me viéron en su casa Don César y su nuera, no perdonáron á diligencia alguna para alegrarme y divertirme: hiciéron quanto pudiéron discurrir para disipar mis negros pensamientos; pero estaba tan poseido de una cruel tristeza, que nada pudiéron conseguir. Nada omitia tampoco por su parte Scipion de quanto pensaba podia contribuir á restituirme en mi antigua tranquilidad. Iba freqüentemente á Valencia á informarse por sí mismo de mi verdadera constitucion, y se volvia á Liria mas alegre ó mas triste, segun me veía mas ó ménos dispuesto á consolarme. Esta señal de su fidelidad y afecto mereció entónces y aun despues todo mi agradecimiento.

Una mañana entró muy azorado en mi quarto, y me dixo: Señor, corre por la ciudad una voz que importa á toda la Monarquía. Se dice que ha muerto el Rey, y que ya ocupa el Trono el

Príncipe su hijo. Añaden que al Cardenal Duque de Melar le han separado de su empleo con prohibicion de presentarse en la Corte, y que han nombrado en su lugar al Conde de Valdeories. Esta noticia me conmovió algun tanto sin saber por qué. Conociólo Scipion, y me preguntó si me interesaba algo aquella gran mutacion. ¿En qué quieres que me interese? le respondí con viveza, y al parecer no sin algun enfado: habiendo dexado la Corte de una vez, todas sus mudanzas me deben ser indiferentes.

Es verdad, Señor, me replicó mi honrado criado, que siendo como sois mozo, está vmd. demasiado desprendido del mundo. Si yo me hallara en su pellejo, no dexaria de tentarme mucho la curiosidad. Iria á Madrid, aunque no fuera mas que por ponerme delante del nuevo Rey, y tener el gusto de experimentar si se acordaba, ó no, de haber visto alguna vez mi cara. Esta diversion no la perdonaria. Ya te entiendo, le repliqué. Tú quisieras que yo volviera á meterme en el tráfago del gran mundo, y á probar fortuna, ó por mejor decir, á ser de nuevo injusto, avariento y codicioso. No, amigo, espero en Dios que no te verás en ese espejo. ¡Pues qué! volvió á replicarme Scipion, ¿todavía teme vmd. que el mundo le estrague sus buenas costumbres? Tenga vmd. mas confianza en su recto modo de pensar. Yo salgo por fiador de vmd. Las christianas reflexîones que ha hecho despues de su desgracia, sobre los peligros y

lazos de la Corte, son muy del caso para precaverse de ellos. Así que no se amilane vmd., y vuélvase á embarcar animosamente en un mar, cuyos escollos tiene tan de antemano previstos y perfectamente conocidos. Calla, necio adulador, le interrumpí medio sonriéndome: ¿qué, estás ya cansado de verme quieto y tranquilo? Creía yo que te mereciese mas amor mi sosiego.

Aquí llegaba nuestra conversacion, quando se dexáron ver en mi quarto Don César y su hijo, quienes me confirmáron la noticia de la muerte del Rey, y la desgracia del Cardenal Duque de Melar, añadiendo que habiendo este pedido licencia para retirarse á Roma, no la pudo conseguir, ántes bien se le mandó que fuese á vivir á su Marquesado de Denia. Despues, como si estuvieran ámbos de acuerdo con mi Secretario, me aconsejáron partiese á Madrid, y me presentase al nuevo Rey, puesto que ya me conocia, y le habia hecho unos servicios, de que jamas se olvidan los Grandes ni los Soberanos, para recompensarlos con gusto particular. Yo á lo ménos, dixo Don Alfonso, no tengo la menor duda de que el Rey se acordará de los tuyos, ni de que dexe de pagar las deudas que contraxo el Príncipe de Asturias. Lo mismo siento yo, dixo Don César, y aun el corazon me está diciendo que el viage de Santillana á la Corte le ha de abrir camino para los mayores empleos.

Perdónenme, Señores, exclamé yo entónces, si me propaso á decirles que me parece no han

meditado mucho lo que me aconsejan. Segun el modo con que vmds. se explican, dan á entender uno y otro que estan persuadidos á que solo con dexarme ver en Madrid, lograré la llave dorada, ó á lo ménos un gobierno. Quiero sacarles de este error. Tan léjos estoy de pensar como vmds. piensan, que vivo en el firme concepto de que el Rey, aun quando yo me ponga en su presencia, ni siquiera reparará en mí, y solo por desengañarlos, ya que lo quieren así, digo que iré á hacer la prueba. Cogiéronme luego la palabra los Señores de Leyva, y me apuráron tanto, que no pude ménos de prometerles que quanto ántes iria á Madrid. Quando mi Secretario oyó esto, se llenó de una inmoderada alegría, imaginándose que ló mismo sería ponerme yo delante del Rey, aunque estuviese confundido entre la turba multa, que distinguirme entre todos, llamarme por mi nombre, hacerme mil favores y finezas, llenándome de honras y de bienes. Sobre este pie, forjando en su fantasía mil chîmeras, me consideraba ya elevado á los primeros empleos de la Monarquía, y él mismo se figuraba superior á todo el mundo, arrimado á mi soñada elevacion.

Dispuse pues mi viage á la Corte, no ya con el pensamiento de volver á incensar á la fortuna, sino únicamente por complacer á Don César y á su hijo, á quienes se les habia metido en la cabeza, y esto sin la menor duda, que inmediatamente me alzaria con toda la gracia

y confianza del Soberano. La verdad es que á mí tambien me picaba un poco la curiosidad de ver si el Rey se habia olvidado enteramente de mí. Arrastrado de esta natural curiosidad, pero sin esperanza, ni aun pensamiento de lograr la mas mínima ventaja en el nuevo reynado, tomé el camino de Madrid, acompañado de Scipion, dexando el cuidado de mi hacienda á Beatriz, con entera satisfaccion de que todo lo gobernaria bien.

CAPITULO II.

Marcha Gil Blas á Madrid, déxase ver en la Corte, reconócele el Rey, recomiéndale á su Ministro, y efectos de esta recomendacion.

En ménos de ocho dias llegámos á Madrid, habiéndonos dado Don Alfonso los mejores caballos que tenia, para que hiciésemos el viage con mayor diligencia. Apeámonos en el meson de Vicente Forero, mi antiguo huésped, quien me alojó en el quarto principal, mas que decentemente alhajado.

Era este mesonero un hombre que se preciaba de saber todo lo que pasaba en la Corte y en el pueblo; y como yo estaba informado de que adolecia de esta presuncion, le pregunté qué habia de nuevo. Muchas cosas, me respondió prontamente. Luego que murió el Rey, los

zelo, ni tampoco de que fuéron muy mal pagados tus servicios. Díme: ¿no es así que estuviste preso por la tal aventura? Sí Señor; seis meses estuve por ella en el Alcázar de Segovia; pero al cabo debí á vuestra Real bondad que me hiciese salir de él. Eso, respondió el Monarca, no desempeñó la obligacion que contraxe con Santillana; no basta haber hecho que se le pusiese en libertad, debo premiarle tambien lo mucho que padeció por haberme servido tan fielmente.

Al acabar el Rey de decir estas palabras, entró en el gabinete el Conde Valdeories. Todo sobresalta, y todo se hace sospechoso á los favoritos de los Soberanos. Sorprehendióle extrañamente al Conde el ver mano á mano con el Rey á un hombre desconocido; pero mucho mas sorprehendido se quedó, quando volviéndose su Magestad al Ministro, le dixo: Conde, pongo en tus manos á este buen hombre; te encargo que le des algun empleo, y procures adelantarle. Afectó el Ministro recibir la órden del Rey con la mayor sumision y complacencia, y mirándome con mucho cuidado de pies á cabeza, se salió pensativo y deseoso de saber quién era yo. Vete en paz, amigo, me dixo entónces el Rey, haciéndome señal de que me retirase: no dudes, añadió, que el Conde te empleará en alguna cosa de mi servicio, de tu honor y de tu mayor conveniencia.

Salí del gabinete, y fuíme derecho á donde

me estaba esperando el fiel Scipion, muy impaciente por saber lo que habia pasado en la audiencia del Monarca. Inmediatamente que me vió, me preguntó muy azorado: ¿qué tenemos de nuevo? ¿hemos de volvernos luego á Valencia, ó mantenernos todavía en la Corte? Tú lo podrás juzgar, le respondí; y contéle palabra por palabra todo lo sucedido en el breve rato que estuve con el Rey. Y bien, repuso Scipion, en el primer transporte de su alegría: ¿se burlará otra vez vmd. de mis pronósticos? Confiese ya, mal que le pese, que ni los Señores de Leyva ni yo discurríamos tan mal, quando le instábamos tanto á que se presentase luego en Madrid. Ya tengo yo destinado en mi mente el puesto que ha de ocupar; esté vmd. cierto de que será el Roncal del Conde Valdeories. No lo permita Dios, le respondí; eso es cabalmente lo que yo no quiero, porque es un empleo rodeado de precipicios y lleno de tentaciones. Acordándome de lo que abusé en otro muy semejante en tiempos pasados, no debo fiarme de mí, ni exponerme temerariamente á las ocasiones de precipitarme en la ambicion y en la avaricia, y así solo apetezco un empleo donde no tenga facultad para hacer injusticias, y en que pueda servir al Rey, á la patria y á algunos amigos. Animo, Señor, me replicó Scipion, el Ministro os colocará en algun puesto que podais desempeñar dignamente, sin perjuicio de vuestro honor, ni de vuestra conciencia.

Movido mas de las instancias de Scipion, que de los impulsos de mi curiosidad, madrugué al dia siguiente mucho ántes de la Aurora, y me fuí derecho á casa del Conde Valdeories, noticioso de que aquel Ministro se levantaba todos los dias dos horas ántes de amanecer, y que con luz artificial daba audiencia á los que querian hablarle entónces. De propósito me arrimé á un rincon de la sala por modestia ó por encogimiento, y desde allí estuve observando al Conde muy á mi satisfaccion luego que se dexó ver, porque en Palacio muy de estudio le habia mirado poco. Era un hombre de ménos que mediana estatura, que podia pasar por gordo en un pais donde son pocos los que no inclinan á flacos; las espaldas tan elevadas, y tan hundida en ellas la cabeza, que mirado de frente se representaba giboso, aunque no lo era en realidad; la cabeza tan gruesa y tan pesada que no pudiendo sostenerse derecha, naturalmente se dexaba caer como derribada sobre el pecho; cabello negro y lacio, cara larga, color aceytunado, barba puntiaguda, y un si es no es elevada en arco, caminando á dar con la nariz, lo que hacia parecer la boca como escondida ó encubierta.

El conjunto de estas facciones no le representaba á la verdad un Señor muy galan. Con todo eso, como yo me le figuraba inclinado favorablemente hácia mí, le miré con cierta aficion, y no me pareció tan feo como era. Fuera de eso, recibia á todos de un modo tan

apacible y grato; tomaba los memoriales que le presentaban con tan buena gracia, que estas bellas modales suplian con ventaja todo lo que podia faltar de recomendacion á su irregular figura. Sin embargo, quando yo me acerqué para saludarle y para que me reconociese, me miró con ojos ceñudos y centelleantes, me volvió como enfadado las espaldas, y sin darme tiempo á que le dixese una palabra, se entró arrebatadamente en su gabinete. Entónces sí que me pareció aquel Señor tan feo como lo era en la realidad, y quizá mas. Salí de la sala verdaderamente aturdido sin ver la tierra que pisaba, pasmado de un recibimiento tan áspero y desabrido, no sabiendo á qué atribuir aquella extraña novedad.

Encontréme luego con Scipion que me estaba esperando á la puerta, y díxele inmediatamente: ¿á qué no sabes cómo me ha recibido el Ministro? No lo sé, me respondió, pero es bien fácil adivinarlo. Atentísimo el Ministro á complacer al Soberano, os recibiria con mil demostraciones de estimacion y de cariño; os ofreceria su amistad y todo su valimiento, concluyendo con proponeros varios empleos á qual mas considerables, y dexaria en vuestra mano la eleccion. Sí por cierto, repuse yo; así fué ni mas ni ménos; solo que te engañas miserablemente, pues sucedió todo lo contrario. Referíle entónces el lance conforme habia pasado; oyóme con atencion, y me dixo: una de dos, ó el

Conde no conoció á vmd., ó sin duda le tuvo por otro. Mi parecer es que le vuelva vmd. á ver, y no dude que le recibirá con mejor semblante. Tomé el consejo de Scipion; púseme segunda vez en presencia del Conde, y este me recibió todavía peor que la primera; miróme con un terrible sobrecejo, y sin hablarme palabra me volvió luego las ancas, retirándose con ademan desdeñoso y enfadado, como si le molestase mi presencia.

Llegáronme al alma tan repetidos desayres, y fué tal mi despecho, que determiné volverme á Valencia aquel mismo dia; pero á esto se opuso Scipion con todas sus fuerzas, no pudiendo resolverse á renunciar á las grandes esperanzas que habia concebido. ¿No conoces, le dixe, que el Conde tiene gana de alejarme de la Corte? Habiendo visto él mismo la inclinacion que me manifestó el Monarca, y oido las expresiones con que me recomendó, ¿no basta esto para que su valído entre en zelos, me mire con malos ojos, y me aborrezca de muerte? Cedamos pues al tiempo, y hagamos voluntaria esta cesion, sin esperar á que nos precise á ello la violencia; rindámonos al podèr de un enemigo tan superior. Señor, me replicó encendido en cólera contra el Conde Valdeories, si yo fuera que vos, me iria á echar á los pies del Rey, y no desampararia cobardemente el terreno, ántes bien me quejaria altamente á S. M. del poco caso que el Ministro habia hecho de su Real recomen-

tacion. ¡ Malísimo consejo ! exclamé ; si diera yo un paso tan imprudente, presto me arrepentiria de él. Léjos de eso, aun sin haberle dado, ni pensar en darle jamas, no sé si estamos seguros en esta Villa.

Quando mi Secretario me oyó hablar de esta manera, se puso á reflexîonar, y considerando que las habíamos con quien de un instante á otro podia volvernos á encerrar en el Alcázar de Segovia, conoció al fin que yo tenia razon, y no oponiéndose ya á mi pensamiento de dexar quanto ántes á Madrid, quedámos en emprender nuestro viage al amanecer del dia siguiente.

CAPITULO III.

Del motivo que tuvo Gil Blas para no poner en execucion el pensamiento de dexar la Corte, y del importante servicio que le hizo su amigo Josef Navarro.

Al restituirnos al meson encontré en la calle á Josef Navarro, aquel repostero de Don Baltasar de Zúñiga. Lleguéme á hablarle, aunque acordándome de quan mal me habia portado con él; saludéle cortesmente, y le pregunté si me conocia, y si la bondad de su corazon llegaria á tanto que se dignase reconocer á un antiguo servidor y favorecido suyo, que ver-

daderamente no habia correspondido como debia á su amistad y á sus finezas. ¿ Luego vmd. mismo confiesa, me respondió, que no se portó bien conmigo? Sí Señor, le dixe, confiésolo francamente, y añado que tendrá vmd. mil razones para decirme quanto quisiere, llenándome de improperios; todo lo tengo bien merecido, si ya no fuéron bastante satisfaccion de mi ingratitud los crueles remordimientos que la siguiéron. Ya que vmd. está tan arrepentido de su culpa, me respondió Navarro, no debo yo acordarme de ella, y diciendo esto, me echó los brazos al cuello. Yo tambien le estreché quanto pude entre los mios, y uno y otro volvimos desde aquel instante á la misma amistad y confianza que ántes. Habia sabido mi prision, y el desórden en que se hallaban mis negocios, pero ignoraba lo demas. Informéle menudamente de todo, hasta de la conversacion que habia tenido con el Rey; contéle lo mal que siempre me habia recibido el Ministro, y no le callé mi determinacion de retirarme á mi soledad. No hagais tal disparate, me dixo interrumpiéndome; puesto que el mismo Rey os hizo tan graciosa acogida, es indispensable que os sirva de algo su poderoso favor. Aquí para entre los dos: el Conde Valdeories tiene sus extravagancias; es caprichoso, y á veces, como en la presente ocasion, procede de un modo que no se llega á comprehender; pues él solo tiene la llave de sus acciones ver-

daderamente heteróclitas. Y así, amigo, sea qual fuere la causa de haberos recibido tan mal, manteneos firme, y no desampareis el puesto. Nunca podrá él impedir que os aprovecheis de la benignidad con que os mira el Monarca: esto vos lo aseguro sobre mi palabra, y fiaos de mí, que conozco algo la Corte; ademas que esta noche diré sobre el asunto dos palabritas á mi amo Don Baltasar de Zúñiga, tio del Conde, y el atlante que le ayuda á sostener el peso del gobierno. Preguntóme despues Navarro donde era mi posada, y sin decirme mas nos separámos.

Tardé poco en volverle á ver. El dia siguiente vino á mi posada, y sin mas preludios me dixo luego que entró: Señor Santillana, os hago saber como teneis en mi amo un buen protector. A noche le hablé, y desde luego tomó de su cuenta vuestros intereses, ofreciéndome que se empeñaria por vos con su sobrino el Conde Valdeories. No se contentó con esto aquel generoso amigo mio, pues al cabo de dos dias él mismo me presentó á su amo Don Baltasar, quien me recibió con el mayor agasajo, diciéndome: Señor Santillana, mi secretario Navarro, vuestro amigo, me habló de vuestra persona en tales términos, que no puedo ménos de serviros. Hice una profunda reverencia al Señor Don Baltasar, diciéndole que toda mi vida me confesaria sumamente reconocido al Señor Navarro, por haberme proporcionado el honor, no solo de rendir mis respetos, sino de lograr la proteccion de un Mi-

nistro y de un Señor á quien todo el mundo llamaba, y con razon, *el lucero del Consejo.* Al oir Don Baltasar tan lisonjero cumplimiento, se le asomó un poco la risa, y dándome dos palmaditas en el hombro, me dixo: presentaos mañana al Conde Valdeories, y no dudeis que saldréis de la visita mas contento que otras veces.

Con efecto, al otro dia me presenté en su antesala por la tercera vez; reconocióme entre la multitud de pretendientes, miróme y sonrióse, lo que desde luego me pareció un pronóstico feliz. Esto va bien, dixe á mi coleto. El tio sin duda hizo entrar en razon al sobrino. Así pues, desde entónces me prometí una audiencia favorable, y en verdad que no me engañé. Despues que el Conde dió despacho á los demas, me hizo entrar en su gabinete, y me dixo en tono muy familiar: perdona, amigo Santillana, los malos ratos que te he dado, y el cuidado en que te he puesto, ya por divertirme un poco á costa tuya, y ya tambien para probar hasta donde llegaba tu paciencia en aguantar mi mal humor. Sin duda te persuadiste á que no me agradaba tu persona; pero, hijo, te engañas de medio á medio: sábete que por el contrario me gustaste desde que te ví, y que muchas veces te venias á mi memoria, no sin sensible complacencia mia. Aunque el Rey mi amo no me hubiera mandado tan expresamente que hiciese tu fortuna, ten por cierto que yo procuraria hacértela por justicia é inclinacion. Ademas de eso, mi tio Don

Baltasar de Zúñiga, á quien nada puede negar mi amor y gratitud, me encargó mucho que te mirase como á una persona por quien se interesa. Bastaba solo esto para determinarme á hacer por ti hasta donde alcance mi poder.

Este principio de fortuna hizo tanta impresion en mis potencias y sentidos, que todos se alborotáron. Arrojéme ciegamente á los pies del Ministro, quien inmediatamente me levantó, y prosiguió diciéndome: despues de comer vuelve acá, déxate ver de mi mayordomo, que él te dará las órdenes que yo le encargare. Dicho esto salió S. E. de su despacho, y fuése á oir Misa en su Oratorio, como lo acostumbraba todos los dias despues de haber dado audiencia; y oida, marchó á Palacio para hallarse en el quarto del Rey, al tiempo de levantarse S. M. de la cama.

CAPITULO IV.

Logra Gil Blas el afecto y confianza del Conde Valdeories.

No me descuidé en volver á casa del primer Ministro despues de haber comido. Pregunté por el quarto de su mayordomo, que se llamaba Don Ramon Caporis. Luego que oyó mi nombre, me saludó con particular respeto. Señor, me dixo, sírvase V. S. venir conmigo; voy á guiarle al quarto que el Señor Conde mi Señor

le tiene señalado. Dicho esto me llevó por una escalerilla secreta, la qual conducia á una fila de cinco ó seis salas á un mismo piso, que formaban un ala de la casa, alhajadas todas con muebles bastante modestos. Esta es, Señor, me dixo, la habitacion que su Excelencia ha destinado para V. S. Aquí se le servirá á V. S. una mesa de seis platos á cuenta de su Excelencia, asistirán á ella los criados del mismo Señor, y tendrá á su disposicion un coche de la casa. Aun no lo he dicho todo: el Conde mi Señor me ha encargado fuertemente se trate á V. S. con las mismas atenciones, y ni mas ni ménos como si fuera uno de su sangre.

¿Qué diablos significa todo esto? me decia yo á mí mismo. ¿Cómo he de entender yo tan señaladas distinciones? ¿Quién sabe si en ellas se oculta alguna malicia, y si las ha mandado el Ministro, solo por divertirse un poco á costa mia? Hallábame perplexo entre estas dudas, fluctuando entre el temor y la esperanza, quando vino un page á decirme que el Conde me llamaba. Partí volando á donde estaba su Excelencia solo, quien apénas me vió, me dixo: ¿y bien, Santillana, estás contento con tu quartito y con las órdenes que he dado al mayordomo? Señor, le respondí, las excesivas honras que me hace V. E. verdaderamente me tienen lleno de confusion. ¿Y eso por qué? me replicó con prontitud. Díme: ¿podré yo nunca honrar bastante á un hombre que el Rey me

recomendó con tan vivas expresiones? Ciertamente no. No hago otra cosa que cumplir con lo que debo, tratándote con estimacion. Así que no hay para que te admires de lo que executo contigo, y desde luego debes creer que no se te puede escapar de las manos una fortuna tan brillante como sólida, solo con que me tengas á mí tanta ley como tuviste al Duque de Melar.

Pero ya que hemos nombrado á este Señor, díme: he oido decir que viviais los dos con toda familiaridad. Quisiera saber cómo os conocísteis, y en qué cosas te empleaba aquel Ministro. Dímelo todo con franqueza, y no me ocultes cosa alguna, porque soy acreedor á una relacion exâcta y fiel. Acordéme entónces del embarazo en que me hallé con el Duque de Melar, quando me ví en el mismo caso, y del efugio con que salí de aquel barranco; púselo nuevamente en práctica en esta ocasion, y aun con mayor felicidad; quiero decir, que en mi informe dí el mejor color que pude á los lances mas escabrosos, y que me hacian poco honor. Procuré tambien excusar todo lo posible al Duque de Melar, aunque conocí que al Conde le daria mayor gusto, si en nada le hubiera perdonado. Por lo que tocaba al Baron de Roncal, no quise hacerle gracia; pinté con la mayor viveza todo lo que sabia de él en punto al tráfico que hacia de Encomiendas, Beneficios y Gobiernos.

En quanto al Baron de Roncal, me interrumpió el Ministro, todo lo que me dices es-

muy conforme á varios memoriales que me han presentado contra él, donde se contienen delaciones y cargos que todavía son de mayor importancia. Pronto se le hará su causa; y si deseas que pague quanto mal hizo, creo quedarás satisfecho. Señor, repuse yo, sabe Dios que no deseo su muerte, aunque no quedó por él que yo no hubiese encontrado la mia en el Alcázar de Segovia, donde fué causa de que estuviese alojado mucho tiempo. ¿Cómo así? replicó el Conde. ¿Pues qué, el Baron de Roncal fué quien te puso preso? Eso lo ignoraba. Mi tio Don Baltasar, á quien Navarro contó la historia de tu vida, solo me dixo que el Rey te habia mandado arrestar, porque cierta noche habias introducido al Príncipe en no sé qué casa sospechosa. Esto es todo lo que yo sabia; mas no puedo adivinar qué papel podia hacer Roncal en esta comedia. El mismo, respondí yo; que hace un enamorado que se imagina ofendido. Con esta ocasion le espeté una relacion muy individual de aquella aventura, la que en medio de su severidad no pudo oir sin casi llorar de risa. Sobretodo le divirtió mucho el lance de la historia de Catalina, quando unas veces hacia de nieta, y otras de sobrina; ni celebró ménos la parte que habia tocado en esta representacion al Duque de Melar.

Luego que acabé mi relacion, me despidió el Conde, diciéndome que no dexaria de emplearme el dia siguiente. Fuíme derecho á casa

de Don Baltasar de Zúñiga, para darle gracias de los buenos oficios que habia hecho por mí, y al mismo tiempo participar á mi amigo Navarro la favorable situacion en que me hallaba con el primer Ministro.

CAPITULO V.

Conversacion secreta que tuvo Gil Blas con Navarro, y primer empleo en que le puso el Conde Valdeories.

No bien ví á Josef Navarro quando le dixe que tenia mil cosas que confiarle. Llevóme á un lugar retirado, donde en breves palabras le puse al cabo de todo el hecho, y le pregunté qué le parecia de ello. Paréceme, respondió, que estais en vísperas de una gran fortuna; todo conspira á creerlo así. Estais en el mayor auge de gracia con el primer Ministro, y lo que no dexará de serviros de algo, yo me hallo bastante enterado para poder haceros el mismo servicio que os hizo mi tio Melchor de la Ronda, quando entrásteis en el Palacio del Arzobispo de Granada. Aquel os ahorró el trabajo de estudiar el genio del Prelado y de sus principales familiares, imponiéndoos en el carácter de cada uno; yo quiero preveniros qual es el del Conde, qual el de la Condesa su muger, y qual el de Doña María, su hija única.

El Conde es un Señor de espíritu grande, penetrante, pronto, y capaz de los mayores proyectos; tiénese por hombre universal, en virtud de una ligera y superficial tintura de las ciencias, y se cree capaz de resolver decisivamente en qualquiera materia facultativa. Imagínase un profundo Letrado, un gran Capitan y un refinadísimo político. Sobretodo está tan casado con sus dictámenes, que siempre los sigue, prefiriéndolos á todos los demas, y esto solo porque no se juzgue que se gobierna por luces agenas: defecto, que hablando entre los dos, puede producir funestas conseqüencias en gravísimo perjuicio de la Monarquía. Brilla en el Consejo por cierta eloqüencia natural, y escribiria tan elegantemente como habla, si no afectara, para añadir decoro y magestad á su estilo, el hacerle obscuro, formándole de voces exóticas, altisonantes, poco usadas, de significado incierto, y por consiguiente sujetas á una construccion ambigua, y á una inteligencia revesada.

Esta es la pintura de su talento. La de su corazon es la siguiente. Es generoso y amigo de sus amigos. Quieren decir que es vengativo; ¡pero quan pocos son los que dexan de serlo, viéndose con tanto poder y en tanta elevacion! Tambien se le acusa de ingrato, porque hizo desterrar á un Duque y á cierto Religioso, aquel valído del Rey, y este su Confesor, y á quienes dicen debia muchos favores; pero el que

aspira á ser primer Ministro, ¿quando perdonó á los que imaginaba con voluntad y con fuerzas para atravesar su pretension? La ambicion en las Cortes parece que dispensa de todas las obligaciones del agradecimiento.

La Condesa su muger es una Señora sin mas tacha, á lo que yo he podido conocer, que la de vender á peso de oro las gracias que por su intercesion dispensa su marido. La hija, hoy dia el partido mejor y mas ventajoso de toda España, es una señorita cabal y el ídolo de su padre. Con atencion á estas luces que os doy, podréis arreglar vuestra conducta. Haced la corte á estas dos Señoras; mostraos aun mas adicto al servicio del Conde Valdeories que lo fuísteis al del Duque de Melar; y sin otra diligencia dentro de poco llegaréis á ser, si no me engaño, un grande y poderoso Señor.

Tambien os aconsejo que no dexeis de visitar de quando en quando á mi amo Don Baltasar; es verdad que no tendréis necesidad de él para vuestros ascensos, mas con todo siempre convendrá tenerle propicio. Al presente estais bien puesto en su estimacion y concepto; procurad conservaros en el mismo predicamento, porque en la ocasion os podrá servir. Pero, como tio y sobrino, repliqué yo á Navarro, gobiernan el Estado, ¿quién sabe si con el tiempo no se suscitarán entre los dos algunos zelillos? No hay que temer eso, me respondió; reyna entre ámbos una perfectísima union. Sin Don Baltasar nunca

hubiera sido primer Ministro Valdeories, porque muerto el Rey, toda la casa de Donvaldos se dividió, unos á favor del Cardenal, y otros por su hijo; pero Don Baltasar mi amo, el mas hábil de todos los Cortesanos, y el Conde Valdeories, no ménos sagaz ni ménos fino que él, trastornáron todas sus medidas, y tomáron las suyas tan ajustadas, que al fin dexáron burlados á todos los pretendientes. Nombrado primer Ministro el Conde Valdeories, repartió la administracion con su tio Don Baltasar, dando á este la de los negocios extrangeros, y quedándose él con el manejo de los interiores del Reyno, de suerte que estrechando por este medio los vínculos de la sangre que los unia, y manteniéndose estos dos Señores en una perfecta independencia uno de otro en el gobierno de los negocios que pertenecen á sus respectivos departamentos, se conservan en una concorde inteligencia, al parecer inalterable.

A esto se reduxo la conversacion, á la verdad útil para mí, que tuve con el amigo Navarro, á quien prometí que procuraria aprovecharme de sus consejos. Despues pasé á dar las gracias al Señor Don Baltasar de lo mucho que se habia interesado por mí. Respondióme con el mayor agrado que abrazaria gustoso todas las ocasiones que se le proporcionasen de servirme, y que celebraba infinito verme igualmente contento y satisfecho de su sobrino, á quien me aseguró volveria á hablar en favor mio,

aunque no sea mas, añadió, que para que conozcais lo presente que estan en mi corazon todos vuestros intereses, y al mismo tiempo entendais que en lugar de un protector habeis adquirido dos: tan á pechos habia tomado mi proteccion el Señor Don Baltasar, en atencion á los buenos oficios de Navarro.

Desde aquella misma noche dexé mi posada, y fuí á tomar posesion de la habitacion que el primer Ministro habia mandado se me dispusiese en su casa. Sentámonos á cenar Scipion y yo, sirviéndonos los criados de la misma casa, los quales quizá allá dentro de sí mismos se estarian riendo del órden que se les habia dado de tratarnos con el mayor respeto, miéntras nosotros procurábamos mostrar que lo merecíamos, afectando una postiza y ridícula seriedad y compostura.

Apénas se retiráron, levantados los manteles, quando mi secretario, que ya no podia contenerse, prorumpió en una gran risa, en mil locuras y en mil graciosidades que le dictaba su humor festivo y sus mas alegres esperanzas. Por lo que tocaba á mí, aunque realmente estaba como embelesado, viéndome en el estado en que me veía, todavía ninguna disposicion reconocia en mi interior para dexarme deslumbrar; y así luego que me metí en la cama, me quedé tranquilamente dormido, desechando toda idea de grandezas, miéntras Scipion por el contrario pasó mas de la mitad de la noche en atesorar ri-

quezas imaginarias, para casar á su hija Serafina.

Aun no bien me habia acabado de vestir el dia siguiênte, quando me viniéron á llamar de parte del Conde. Partí inmediatamente al despacho de S. E., el qual apénas me vió, me dixo: ahora bien, Santillana, quiero probar tu talento. Dixísteme que el Duque de Melar te solia emplear en disponer varios escritos, y yo tengo ya ideado uno, que para mí será tu primer ensayo. La materia es esta. Quiero publicar una obra ó especie de manifiesto, para disponer al público á favor de mi ministerio. Ya he hecho correr secretamente la voz de que encontré las cosas en gran confusion y en muy mal estado; y ahora es menester hacer ver, así á la Corte como á toda la Nacion, el triste atraso en que estaba la pobre Monarquía, al tiempo de tomar yo las riendas del gobierno. Aquí se hace indispensable una pintura muy viva de la tal lastimosa situacion, de manera que dé golpe al pueblo, y le haga no echar ménos el ministerio pasado. Despues ponderarás con gran énfasis las acertadas medidas que ha tomado el ministerio presente, para hacer glorioso el actual reynado, floreciente el estado, y los vasallos felices.

Dicho esto, me entregó un papel que contenia los justos motivos de los pueblos para estar descontentos con el gobierno anterior. Constaba de diez artículos, el menor de los quales era muy bastante para sobresaltar á todo buen Español. Hízome despues pasar á un gabinetillo

contiguo á su despacho, y allí me dexó solo para que me pusiese á trabajar. Comencé á disponer mi manifiesto lo mejor que me fué posible. Entré haciendo una patética, pero muy ponderada descripcion del lamentable estado en que se hallaba la Monarquía; el Erario exhausto; las rentas de la Corona disminuidas y empeñadas en manos de asentistas, y la Marina enteramente arruinada. Puse presentes las faltas que se habian cometido en el último reynado, y las funestas conseqüencias que podian traer consigo. En fin, pinté la Monarquía en el último peligro por la negligencia ó por la poca prevision de los Ministros anteriores, ó de su xefe el Duque de Melar. A la verdad ya no conservaba yo resentimiento alguno contra aquel Señor, y sin embargo no me pesaba de que se hubiese ofrecido la ocasion de hacerle aquel mal oficio. Tal es el corazon del hombre.

Finalmente, despues de haber hecho la mas espantosa pintura de los males que amenazaban á España, procuré alentar los ánimos, haciendo concebir las mas fundadas esperanzas de precaverlos en el actual Ministerio, y se concluía la obra, hablando del Conde Valdeories como del redentor de la Nacion, prometiéndola torres y montones. En una palabra, bebí tan felizmente el pensamiento del nuevo Ministro, que quedó sorprehendido luego que leyó mi trabajo. Santillana, me dixo, has hecho mas de lo que esperaba de tí; pues tu obra

es verdaderamente digna de un Secretario de Estado. Ya no me admiro de que el Duque de Melar se valiese de tu pluma. Tu estilo es conciso y elegante, pero me parece un si es no es demasiadamente natural. Al mismo tiempo me señaló las expresiones que no eran tan de su gusto, y tenia ya notadas; tomó la pluma y corrigiólas, haciéndome ver por sus enmiendas, que se pagaba mucho de voces pomposas y preñadas, y le caía muy en gracia un poco de obscuridad, como ya me lo habia prevenido Navarro. Con todo eso, aunque le agradaba tanto la nobleza, ó por mejor decir, lo afectado ó culto de las expresiones, dexó intactos los dos tercios de mi escrito, sin mudar ni una sola sílaba; y para darme la mejor prueba de su plena satisfaccion, aquel mismo dia, al acabar yo de comer, me envió por mano de su mayordomo trecientos doblones para postre de la comida.

CAPITULO VI.

Emplea Gil Blas los trecientos doblones que el Conde le regaló: encarga una comision á su fiel Secretario; y feliz suceso del escrito de que acabamos de hablar.

Está generosidad del Ministro dió nuevo motivo á Scipion para repetirme mil parabienes de

haber vuelto á la Corte. Palpando estamos, me dixo, que la fortuna quiere hacer grandes cosas por nosotros. ¿Está vmd. ahora arrepentido de haber dexado su amada, pero fria soledad? ¡Viva el Señor Conde Valdeories! No se puede negar que es un amo muy diferente del Duque de Melar. Aquel queria bien á vmd., pero le dexaba morir de hambre, sin darle ni un triste escudo; mas el Señor Conde ya le ha regalado con una gratificacion que vmd. mismo no se atreveria á esperar, sino despues de largos servicios. Quánto celebraria yo que los Señores de Leyva fuesen testigos de las prosperidades de vmd., ó á lo ménos de que á estas horas las supiesen. Tiempo es ya, dixe yo, de darles noticia de ellas, y justamente ahora mismo queria hablarte del asunto. No dudo que tendrán grande impaciencia por saber de mí, pero estaba aguardando verme en estado de poder decirles positivamente si me quedaba en la Corte, ó volvia á Liria. Una vez que puedo ya hablar con seguridad, podrás ir á Valencia, quando te pareciere, á informar á aquellos Señores de mi presente situacion, que miro como obra suya, siendo cierto que á no habérmelo ellos persuadido, jamas me hubiera determinado á volver á Madrid. ¡O, mi amado amo y Señor, exclamó Scipion, quánto se alegrará toda aquella generosísima familia, quando oygan de mi boca todo lo que ha sucedido á vmd.! ¡Quánto no diera yo por hallarme en este instante á las puertas de Valencia! mas espero

tardar poco en verlas. Los caballos de Don Alfonso ya estan prevenidos; montaré en uno de ellos, y haré que me siga en el otro un lacayo del Conde; porque fuera de que quiero llevar compañía para el camino, la librea de un primer Ministro deslumbra á los que la ven.

No pude oir sin reirme la necia vanidad de mi Secretario; y con todo eso mas necio quizá yo y mas vano que él, le permití su locura, dexándole hacer lo que le diese la gana. Parte, le dixe, y vuelve lo mas presto que puedas, porque tengo que darte otro encargo. Quiero que vayas á Asturias á llevar algun dinero á mi pobre madre. Por pura negligencia mia dexé pasar el tiempo de enviarla el anual socorro de cien doblones que la prometí, y que tú mismo te ofreciste á poner en sus manos. Las promesas de esta especie deben ser inviolables, y como sagradas en un hijo; y por lo mismo confieso y siento la poca exâctitud con que he cumplido la mia. Señor, me respondió Scipion, doy á vmd. palabra que en el breve espacio de seis semanas quedarán fielmente desempeñados ámbos encargos. En este preciso tiempo habré informado de todo á los Señores de Leyva, hecho una visita á vuestra quinta de Liria, y vuelto á ver á Oviedo, de cuya ciudad no me puedo acordar, sin dar al diablo las tres partes y media de los que la habitan. Entregué pues al hijo de la Coscolina cien doblones para mi madre, y otros ciento para él, deseando hiciese con gusto los largos

y acelerados viages que iba á emprehender.

Poco despues de la partida de Scipion, se publicó estampado el manifiesto de que he hablado, y desde luego fué el asunto de las conversaciones de Madrid. Al pueblo, amigo siempre de novedades, le gustó infinito. La disipacion de las rentas Reales, y la pobreza tan ponderada del Erario, pintada con los mas vivos colores, le amotináron contra el Duque de Melar; y los golpes que se descargaban contra este Ministro, si no todos los aprobáron, no faltáron muchos que los aplaudiéron. Las magníficas promesas que hacia el Conde Valdeories de ir desempeñando la Corona por medio de una sabia economía, sin cargar mas al vasallo, deslumbráron á todos en general, y les confirmáron en él gran concepto que tenian de los superiores talentos del nuevo Ministro; de manera que no se oían en Madrid sino sus elogios y aplausos.

Como el Conde vió logrado lo único que pretendia con aquella obra, conviene á saber, ofuscar al vulgo, y levantarse con el amor de la muchedumbre, quiso merecerlo verdaderamente por medio de una accion que fuese útil al Rey sin el menor gravámen del público. Acordóse de la invencion que hizo famoso al Emperador Galba, el qual se echó de repente sobre las inmensas riquezas de los particulares que las habian adquirido, sabe Dios cómo, administrando las rentas del Imperio. Luego que el Conde hizo vomitar toda la sangre á

aquellas sanguijuelas del pueblo, agregándola á los cofres del Rey, para conservarla dispuso se suprimiesen todas las pensiones, empezando por las suyas, como tambien todas las gratificaciones que se hacian en dinero á costa del Soberano. Bien conoció que la execucion de este pensamiento era un poco difícil, porque forzosamente habia de descontentar á muchos, y mudar casi todo el semblante del Gobierno. Para templar á aquellos, sin alterar á este demasiadamente, me ordenó escribiese otro manifiesto en forma de memorial ó representacion al Rey, cuya substancia y método me sugirió él mismo. Encargóme mucho que procurase elevar todo lo posible la ordinaria naturalidad y simplicidad de mi estilo, dando mas energía y mayor nobleza á mis frases. Señor, le dixe, si á V. E. le gusta lo sublime, espero tener la honra y fortuna de complacerle. Encerréme pues en el mismo gabinete donde habia compuesto el primer manifiesto, y me puse á trabajar este segundo, despues de haber invocado fervorosamente la retumbante eloqüencia del Arzobispo de Granada, mi antiguo amo.

Dí principio á mi obra, haciendo presente al Soberano la indispensable necesidad de conservar intacto el dinero depositado en las arcas Reales, como destinado únicamente para emplearse en las urgencias generales de la Monarquía, siendo un sagrado depósito que debia reservarse para tener en respeto á los enemigos

de España. Despues hacia presente á S. M. que suprimiendo las pensiones y gratificaciones cargadas sobre la Real Hacienda, no por eso se privaba su augusta liberalidad del gusto que tendria en recompensar generosamente el mérito y los servicios de los vasallos, que se hiciesen acreedores á sus reales gracias; pues para unos tenia Vireynatos, Gobiernos, Hábitos de las Ordenes Militares, y empleos en sus exércitos; para otros Encomiendas, sobre las quales podria cargar muchas pensiones, Títulos de Castilla, Togas y otras Magistraturas, y todo género de Beneficios Eclesiásticos para los que quisiesen seguir la carrera de la Iglesia.

La composicion de este escrito, mucho mas largo que el anterior, me ocupó solo tres dias, y por mi fortuna salió tan acomodado al gusto del Conde, por estar atestado de voces enfáticas y de cláusulas metafóricas, que el Ministro no se hartaba de aplaudirle y admirarle. Muchísimo me agrada esta obra, me dixo, y mostrándome con el dedo varias voces campanudas y algunos períodos rumbosos que tenia apuntados: *esto sí, esto sí*, me decia, *que parece propiamente vaciado en los moldes privativos de mi secretaría.* Animo, Santillana, ya estoy previendo que me ha de servir de mucho tu habilidad. En medio de eso, y no obstante los desmedidos elogios que hizo de mi trabajo, no dexó de retocarlo y enmendarlo en algunos pasages. Puso mucho de su casa, y en fin, hizo una

pieza de eloqüencia que admiró al Rey y á toda la Corte. El público, claro está, la honró tambien con una general aprobacion, y aun se adelantó á prometerse mil felicidades en lo venidero, lisonjeándose de que la Monarquía habia de volver á su antiguo esplendor y lustre, baxo el Ministerio de un personage tan grande, y de tan extraordinario talento. Viendo S. E. la mucha fama que le habia grangeado aquel escrito, quiso que me produxese algun fruto por la parte que yo habia tenido en él; y así dispuso que el Rey me señalase una pension de quinientos escudos sobre el Priorato de Castilla: gracia tanto mas apreciable para mí, quanto me hacia dueño de una renta lícitamente adquirida, aunque con poco trabajo.

CAPITULO VII.

Por qué casualidad, en qué sitio y en qué estado encontró Gil Blas á su antiguo amigo Fabricio, y conversacion que tuviéron.

Ninguna cosa le gustaba tanto al Conde, como saber todo lo que se hablaba en Madrid verde ó seco acerca de su Ministerio. Todos los dias me preguntaba qué decia la gente de él. Tenia asalariadas varias espías que le viniesen á contar hasta las mas menudas cosas que habian

oido en órden á su persona y gobierno. Como las encargaba sobretodo le dixesen la verdad, no tenia poco que sufrir algunas veces su amor propio, porque la lengua del pueblo es tan suelta que nada perdona, y á nadie respeta.

Luego que descubrí en él esta flaqueza, ó fuese curiosidad que podia ser loable y producir grandes utilidades en beneficio del público, y en el acierto de su propia direccion, me apliqué á congraciarme con él tambien por este lado. Con esta mira me dí á tratar con las gentes, y siempre que veía algun corrillo de personas honradas, me arrimaba á él y entraba en la conversacion. Si esta era acerca del gobierno, como lo suelen ser casi todas las de la gente ociosa y novelera, escuchaba con mucha atencion, pero sin demostrar poner cuidado, ántes bien fingiéndome poco curioso ó distraido, todo lo que se discurria en la materia. Si oía alguna especie digna de que la supiese S. E., al instante se la comunicaba; pero jamas le dixe cosa alguna que le pudiese disgustar, ó que no le fuese favorable.

Un dia volviendo de oir una de aquellas conversaciones, pasé cerca de un Hospital, y me dió gana de entrar á verle. Recorrí dos ó tres salas, y mirando á todas partes, compadecido de ver aquellos pobres enfermos, reparé entre ellos á uno que fixó mi atencion, porque me pareció ver en él á mi paisano y antiguo camarada Fabricio. Acerquéme mas á su cama para observarle mejor, y aunque no pude ya dudar

que era el poeta Nuñez, con todo me paré algunos instantes á considerarle un poco mas, pero sin hablarle palabra. El me conoció luego y clavó los ojos en mí, pero igualmente suspenso y silencioso que yo. Al cabo rompí el silencio, y prorumpí diciéndole: ó mis ojos me engañan, ó el enfermo que veo en esta cama, es mi antiguo amigo Fabricio. El mismo soy, me respondió friamente, y esta vez te han dicho tus ojos la pura verdad. Desde que me separé de tí, no he tenido otro oficio que el de autor; he compuesto novelas, comedias, y todo género de obras de ingenio; y he llegado al fin de esta carrera, que es parar en un Hospital.

No pude ménos de reirme al oir estas últimas palabras, y mucho mas al ver la seriedad y el tono compungido y doloroso con que las pronunció. ¡Pues qué! le repliqué: ¿tu musa te ha traido á tan miserable estado? ¿es posible que te hubiese jugado una pieza tan ruin y tan villana? Tú mismo lo estás viendo, repuso él. A estas casas suelen venir á parar todos los que presumen de ingenios. Tú, amigo mio, lo acertaste en seguir otro rumbo; pero ya no estás en la Corte, y me parece que tus asuntos han mudado mucho de semblante: acuérdome de haber oido decir que de órden del Rey te habian metido en un castillo. Así fué puntualmente, repuse yo, y te dixéron mucha verdad: la fortuna en que me viste quando nos separámos, fué muy pasagera, pues pocos dias despues

perdí de repente mi empleo, mis bienes y mi libertad. Pero, amigo, *post nubila Phœbus*; hoy me vuelves á ver en un estado mucho mas brillante que aquel en que me conociste en otro tiempo. Eso no es dable, repuso Fabricio: tu porte es juicioso, sosegado y modesto; en tus modales no se vé ni aun sombra de aquella vanidad, y de aquella altanería que suelen inspirar las prosperidades. Las desgracias, le repliqué yo, enseñan mucho al hombre. En la escuela de la adversidad aprendí á gozar de las riquezas, sin dexarme dominar por ellas.

Acaba pues, y díme, interrumpió Fabricio, incorporándose en la cama, qué empleo es el que tienes, y en qué te ocupas al presente. ¿Eres por ventura mayordomo de algun gran Señor, ó de alguna viuda rica? Todavía estoy mucho mejor, le respondí; pero por ahora dispénsame, te ruego, de explicarme mas, que en mejor ocasion contentaré enteramente tu curiosidad. Al presente bástete saber que estoy en parage de poder servirte, poniéndote en estado de no necesitar de nadie para pasarlo con decencia; con tal que me des palabra de renunciar para siempre jamas al oficio de autor mendicante, y de no componer en todo lo que te restare de vida, obra alguna de estas que se llaman de ingenio, sea en verso ó en prosa. ¿Serás capaz de hacer este gran sacrificio en obsequio de mi amistad y de tu fortuna? Antes bien, me respondió, así lo tengo ofrecido al Cielo en la terrible enfermedad

que estoy padeciendo, de la qual espero salir mediante la misericordia divina. Abjuré la poesía, por haber conocido ser una ocupacion que casi siempre tiene contra sí á la fortuna, á las riquezas, y á toda conveniencia.

Mil parabienes te doy por tan cuerda resolucion, caro Fabricio mio, pero guárdate bien de la recaida. Esa es la que no temo, me replicó: tengo hecho un firmísimo propósito de abandonar á las Musas, por señas de que quando entraste en esta sala, estaba componiendo dentro de mí mismo un poema heroyco, para decirlas un resuelto *á Dios* por eterna despedida. Señor Fabricio, le dixe entónces, encogiéndome de hombros, mucho me temo que no he de poder fiarme de tu abjuracion y de tus propósitos, porque te veo ciegamente enamorado de aquellas doctas doncellas. No, no, me respondió con viveza: tengo ya rotos todos los lazos que estrechaban nuestra comunicacion. Todavía hice mas, pues he cobrado una grandísima aversion al público. No merece que los autores quieran consagrarle sus desvelos, y yo me avergonzaria mucho si estampara una obra que lograse su aprobacion. Tanto caso hago de sus aplausos como de sus desprecios. Es difícil saber quien gana ó quien pierde en sus juicios. Es un juez inconstante y caprichoso, que hoy piensa de una manera, y mañana de otra. Muy tontos son los poetas dramáticos que se llenan de vanidad, quando ven que sus pro-

ducciones han sido recibidas con aplauso. Aunque la primera vez que se representan, metan mucho ruido por la novedad, si veinte años despues vuelven á parecer en el teatro, suelen ser recibidas con silbos de la mosquetería. La misma fortuna corren por lo comun las novelas y los demas libros de pura diversion, quando salen á luz; aunque á los principios logren la aprobacion de todos, poco á poco se va disminuyendo hasta que caen en el mas alto desprecio. La siguiente generacion detesta el mal gusto de la antecedente, y la que á esta se sigue dice lo mismo de la que la precedió. De donde concluyo que los autores que en este siglo son aplaudidos, serán silbados en el siguiente. Así que todo el honor y toda la estimacion que nos grangea el buen suceso de una obra impresa, no es en suma otra cosa que una purísima chîmera, una ilusion de nuestra fantasía, y un fuego de paja, cuyo humo en un instante le disipa el viento.

No obstante que conocí desde luego ser efecto de la melancolía y del mal humor este juicioso modo de discurrir de mi poeta de Asturias, no me dí por entendido, y solo le dixe: verdaderamente quedo gozosísimo de verte divorciado de la poesía, y radicalmente curado del prurito de escribir. Desde ahora puedes estar seguro de que quanto ántes te solicitaré un empleo, con que puedas vivir decentemente sin empeñarte en grandes gastos de ingenio. Mejor para mí, res-

pondió muy alegre : el ingenio ya comienza á olerme mal, me apesta solo su nombre, y estoy persuadido á que es el don mas funesto que el Cielo concede á un hombre de poco seso, á quien quiere castigar. Deseo, amado Fabricio, repuse yo, que el mismo Cielo te conserve siempre en unas máxîmas tan sólidas comò verdaderas, y te vuelvo á repetir que si persistes en abandonar la poesía, muy presto te haré con un empleo tan honrado como lucrativo; pero miéntras logro hacerte este servicio, te pido aceptes esta cortísima prueba de mi sincera amistad; y diciendo esto, le puse en la mano un bolsillo en que habria cosa de sesenta doblones.

¡O generoso amigo! exclamó transportado de gozo y de gratitud el gran Poeta Nuñez. ¡Qué gracias debo dar al Cielo por haberte traido á este Hospital! Hoy mismo quiero salir de él á merced de tu caritativo y liberal socorro. Efectivamente así lo executó, haciéndose llevar á una buena posada. Pero ántes de separarnos le informé de mi alojamiento, convidándole á que me buscase en él, luego que se sintiese perfectamente convalecido. Quedóse extrañamente sorprendido y como medio enagenado, quando le dixe que mi posada era la casa del Conde Valdeories. ¡O afortunadísimo Gil Blas! volvió á exclamar casi fuera de sí : ¡y qué estrella tienes con los primeros Ministros! Alégrome infinitamente por estar viendo y palpando el bizarro y piadoso uso que hace de ella ese tu noble y generoso corazon.

CAPITULO VIII.

Grangéase Gil Blas cada dia mas el afecto del Ministro : vuelve Scipion á Madrid, y hace á su amo relacion de su viage.

El Conde Valdeóries, á quien de aquí adelante llamarémos el *Conde Duque*, porque con este título se dignó honrarle el Rey, tenia una flaqueza que presto le descubrí, y no cierto inútilmente. Era esta el gustar mucho de ser amado. Luego que conocia que alguno se dedicaba á servirle con inclinacion á su persona, le daba parte en su amistad. No me descuidé en aprovecharme bien de esta observacion; pues no contento con executar puntualmente quanto me mandaba, obedecia sus órdenes con un zelo y un gusto que verdaderamente le encantaban. Hacia yo particular estudio en adivinar lo que podia gustarle, y así él lo hallaba cumplido ántes que llegase á boquearlo.

Por este modo de proceder, con el que casi nunca se dexa de conseguir lo que se intenta, llegué á ser el favorito de mi amo, el qual por su parte conociendo que yo adolecia tambien de la misma flaqueza que él, esto es, que me pagaba mucho de que me amasen, me ganó enteramente el corazon por las repetidas demostraciones de amor y de confianza con que

me honraba, tanto que sú primer Secretario el Señor Sotero y yo éramos los únicos depositarios de sus mas íntimos secretos.

Habíase valido Sotero de los mismos medios que yo para atraerse su afecto, y lo logró de manera que le confiaba todos los negocios y misterios del Gabinete; y así los dos éramos confidentes del Ministro, con sola esta diferencia, que á Sotero únicamente le comunicaba los negocios de estado, y á mí los que tocaban á sus intereses personales. De forma que uno y otro estábamos como xefes de dos distintos departamentos, y cada qual muy contènto con el suyo; por lo qual vivíamos con la mayor union, sin el menor tufo de envidia ni de zelillos. Yo necesariamente habia de estar contentísimo con la parte que me habia tocado, porque me proporcionaba ocasion de estar casi siempre con el Ministro, poniéndome á tiro de sondearle bien, á pesar de su estudiado y profundo disimulo, del que al fin se despojó quando llegó á no dudar que yo me habia entregado entera y sinceramente á su servicio.

Santillana, me dixo un dia, tú fuiste testigo de la autoridad que se abrogaba el Duque de Melar, la qual no tanto parecia de un Ministro dependiente y subalterno, quanto de un Monarca absoluto. No obstante, yo me considero mucho mas feliz que él, aun quando estaba en el mayor auge de su fortuna. El tenia dos enemigos formidables, uno en su mismo hijo, y otro en el Confesor del difunto Rey; yo á nadie

veo cerca del actual, que me pueda hacer el menor daño, ni de quien pueda sospechar con fundamento que no me quiera bien. Es verdad que desde mi entrada en el Ministerio, puse el mayor cuidado en que no estuviesen al lado de S. M. otras personas que las enlazadas conmigo por amistad ó por parentesco. Con Vireynatos y Embaxadas me he ido deshaciendo de los sugetos, cuyo mérito podia hacerme sombra en la gracia del Rey, la que pretendo gozar solo enteramente, de manera que al presente me puedo lisonjear de que ninguno es capaz de hacerme mala obra. Y estando, como estoy, bien convencido de tu fidelidad y de tu amor á mi persona, he puesto los ojos en tí para confidente mio. Tienes entendimiento, téngote por juicioso, prudente y discreto, no he menester mas para considerarte como hombre que me puede servir infinito en mil encargos y asuntos de importancia, que piden un mozo de sagacidad, y bien enterado de mis intereses.

No tuve valor para despreciar del todo las lisonjeras ideas que excitáron estas expresiones en mi viva fantasía. Subiéronseme luego á la cabeza algunos vapores de ambicion y de avaricia, que volviéron á suscitar en mi corazon ciertos movimientos de que me lisonjeaba haber triunfado totalmente. Protesté al Ministro que haria quanto estuviese de mi parte para corresponder al honor que me dispensaba, y para desempeñar su concepto, sintiéndome desde luego

pronto y determinado á executar sin escrúpulo quanto se le antojase ordenarme.

Miéntras me hallaba yo tan dispuesto á erigir nuevos altares á la fortuna, volvió Scipion de su viage. No cansaré á vmd., me dixo, con una relacion larga y pesada. En pocas palabras le diré todo lo que desea saber. Los Señores de Leyva quedáron gustosamente sorprehendidos al oir el modo con que el Rey recibió á vmd. así que le conoció, y el papel que hace en casa del Señor Conde Duque Valdeories.

Mas admirados se quedarian, le interrumpí, si hubieras podido contarles sobre qué pie me hallo el dia de hoy con el Ministro. Son verdaderamente de admirar los rápidos progresos que despues de tu partida ha hecho mi valimiento en el corazon de S. E. Sea Dios loado, me respondió, ya me parece estar viendo el bello destino que nos espera á los dos.

Dexemos por ahora esta conversacion, le dixe, y hablemos de Oviedo. ¿Cómo está mi buena madre? ¡Ah Señor! me respondió en tono triste y doloroso. Las noticias de Asturias son funestas. ¡Válgame Dios! exclamé: ¡qué! ¿mi madre ha muerto? Seis meses ha, me respondió Scipion, que la buena Señora pagó á la naturaleza el indispensable tributo, y lo mismo con poca diferencia de tiempo hizo el Señor Canónigo tio de vmd.

Afligióme vivamente la muerte de mi madre, bien que jamas aun en mi mas tierna niñez me hizo aquellas caricias que tanto aprecian los

niños, y por las quales cobran amor á sus madres, y se muestran agradecidos á ellas quando grandes. Tambien dí algunas lágrimas á mi tio el Canónigo, acordándome de lo que le debia por haber cuidado tanto de mi educacion. A la verdad no duró mucho la viveza de mi dolor; poco á poco se fué templando, degenerando muy presto en solo una tierna memoria que siempre conservé de mis parientes.

CAPITULO IX.

Cómo y con quien casó el Conde Duque á su hija única, y los amargos frutos que produxo este matrimonio.

Poco tiempo despues que volvió á Madrid mi leal Secretario, observé al Conde Duque profundamente suspenso y pensativo. Creí que sin duda estaba meditando alguna grande operacion de política, pero presto llegué á saber que lo que le tenia tan enagenado era un asunto doméstico. Gil Blas, me dixo una tarde, sin duda habrás reparado que ando, dias ha, cuidadoso y distraido. Es así, hijo mio, no puedo negar que enteramente me ocupa un negocio, del qual pende la paz de mi corazon, y el sosiego de mi vida. Quiero confiártelo para desahogo mio, y para darte una prueba mas de mi afecto, y de lo mucho que fio de tí.

Mi hija Doña María se halla yá en edad de tomar estado. Son muchos los pretendientes que aspiran á su mano. El Conde de Nablie, primogénito del Duque de Medianadionis, cabeza de la casa de Namuzg, y Don Luis de Haro, hijo y heredero del Marques del Opicar y de mi hermana mayor, son los dos concurrentes que parecen mas dignos de disputar la preferencia. Sobretodo el mérito del último es tan superior al de sus competidores, que toda la Corte está persuadida á que será el que preferiré para yerno. Con todo eso, sin pararme en explicarte los motivos que tengo para desechar á ámbos, te diré que he puesto los ojos en Don Ramiro Nuñez de Namuzg, Marques de Lator, cabeza de la casa de los Namuzges de Bradosa. A este señorito, y á los hijos que nacieren de mi hija, quiero dexar el título de Conde Valdeories, y la grandeza anexa á él, de suerte que mis nietos y sus descendientes que vinieren del ramo de Bradosa y Valdeories, pasarán por primogénitos de la casa de Namuzg. ¿Qué te parece, Santillana, de este proyecto? Señor, le respondí, es propio de la capacidad y talento que le formó; solo temo que al Duque de Medianadionis no le parezca muy bien. ¿Y que se me dará á mí, replicó el Ministro, que le parezca bien ó mal? Mas cuidado me darán las quejas y disgusto de mi hermana la Marquesa del Opicar, al ver que pierda su hijo la mano de mi hija. Pero sobretodo yo quiero hacer mi gusto; Don Ramiro Nuñez sera prefe-

rido á todos sus contrarios, y esta es ya cosa resuelta y como hecha.

Tomada esta resolucion por el Conde Duque, no pasó sin embargo á executarla sin afianzarla primero con un golpe diestro de política. Presentó un memorial al Rey y á la Reyna, suplicando á sus Magestades se dignasen disponer de la mano de su hija Doña María. Acompañaba al memorial una lista de todos los pretendientes, con expresion de sus prendas, circunstancias y qualidades personales, remitiéndose enteramente á la eleccion de sus Magestades; bien que hablando del Marques de Lator, no se dexaba de conocer su particular inclinacion á este partido. En virtud de esto el Rey, que deseaba mucho complacer á su Ministro, le dió por escrito la respuesta siguiente: *Yo juzgo que Don Ramiro Nuñez será digno esposo de tu hija Doña María. Sin embargo elige por tí mismo. Aquel partido será mas de mi Real agrado que fuere mas de tu gusto. — Yo el Rey.*

Manifestó el Ministro esta respuesta con cierta afectacion; y fingiendo entenderla como una órden del Soberano, se dió priesa á casar á su hija con el Marques de Lator, resolucion que picó vivamente á la Marquesa del Opicar, como á todos los Namuzges que estaban muy lisonjeados con la esperanza de que se uniria á su casa Doña María. En medio de esto unos y otros, quando viéron que no podian impedir el matrimonio, aparentáron celebrarle con las mayores

demostraciones de alegría. Parecia que toda la familia estaba fuera de sí de contento; pero tardó poco en verse vengado su disgusto del modo mas cruel y doloroso para el Conde. A los diez meses dió á luz Doña María una niña que murió al nacer, y poco despues la misma madre fué víctima de su sobreparto.

¡Qué dolor para un padre idólatra, por decirlo así, de su hija, y mas viendo desvanecidos sus proyectos! Penetróle tanto el corazon, que se encerró por muchos dias sin que le viese nadie sino yo, á quien consideraba tan traspasado como lo estaba él. A la verdad sirvióme esta circunstancia para derramar nuevas lágrimas por la pérdida de mi malograda Antonia. La semejanza que habia entre su muerte y la de la Marquesa de Lator volvió á abrir una herida mal cerrada, causándome un sentimiento tal, que el Ministro, á pesar de lo abatido que le tenia su propio dolor, no pudo ménos de advertir el mio. Admiróle este tanto, creyendo no tuviese mas causa que su afliccion, que me dixo un dia: Gil Blas, confieso que me sirve de un consuelo no ménos doloroso que dulce, el verte tan afligido por mis penas. ¡Ah Señor! le respondí, vendiéndole por fineza mi quebranto, seria yo el mas ingrato de los hombres, y mi corazon el mas duro si no las sintiera vivísimamente. ¡Cómo era posible que viese llorar á V. E. la pérdida de una hija de tanto mérito, tan amable y tan amada, sin mezclar mis lágrimas con las suyas! No, Señor Excelentí-

simo, tiéneme V. E. tan colmado de favores, que miéntras me dure el aliento, no podrá ménos de tocarme una grandísima parte en todos sus disgustos y en todas sus merecidas satisfacciones.

CAPITULO X.

Encuentra Gil Blas casualmente al poeta Nuñez; refiérele este que se representa una comedia suya en el Corral del Príncipe; desgraciado suceso que tuvo; y el no ménos feliz que favorable efecto que le produxo esta desgracia.

Comenzaba el Ministro á consolarse, y por consiguiente tambien yo á recobrar poco á poco mi buen humor, quando salí un dia á pasearme solo en el coche. Encontré en el camino á mi poeta Asturiano, á quien no habia visto desde su salida del Hospital. Ví que estaba decentemente vestido. Llaméle, hícele entrar en mi coche, y fuimos juntos á ruar al prado de San Gerónimo.

Señor Nuñez, le dixe, ha sido fortuna mia haberos encontrado por casualidad; á no ser así, nunca lograria el gusto de... Poco á poco, Santillana, me interrumpió con precipitacion, dexémonos de reconvenciones: confieso de buena fe que de propósito no quise ir á visitarte, y te voy á decir el por qué. Tú me prometiste un

buen empleo, con tal que renunciase á la poesía, y yo he encontrado otro mas sólido, y quizá mas lucrativo, baxo condicion de que lo exercite. Acepté este último por mas conforme á mi genio y natural inclinacion. Un amigo mio me consiguió un buen puesto en casa de Don Beltran Gomez de Ribera, Tesorero general de las galeras, el qual deseando tener en su casa un poeta, se pagó mucho de mi talento, calificándolo de *brillantísimo*, y me prefirió á cinco ó seis ingenios que aspiraban al empleo de secretario suyo.

Alégrome infinito, Fabricio mio, le respondí, de tan gustosa noticia, porque el tal Don Beltran verosímilmente será un hombre muy rico. Eslo tanto, repuso Fabricio, que ni aun él mismo sabe lo que tiene. Pero sea de esto lo que fuere, mi ocupacion es la siguiente. Como Don Beltran se precia de cortejante, y quiere pasar por ingenio, se vale de mi pluma para componer billetes llenos de sal, de agudeza y discrecion, dirigidos á muchas damas sabidillas con quienes tiene freqüente correspondencia. A unas escribo en verso, á otras en prosa, y por lo comun yo mismo suelo ser el portador de los billetes, para tener el gusto de oir como celebran ellas, sin saberlo, la facundia y gracejo de mi inventiva.

Pero aun no me has dicho, le repliqué, lo que principalmente quiero saber, esto es, si te pagan bien esos tus epigramas epistolares.

Generosísimamente, me respondió. No todos los ricos son generosos y liberales; ántes bien ricazos conozco yo que son unos miserabilísimos villanos; pero Don Beltran se porta conmigo noblemente. Ademas de los doscientos doblones anuales de pension que me tiene asignados, de quando en quando me regala con algunas gratificaciones; todo lo qual me pone en estado de hacer una figura de gran Señor, y de pasar el tiempo alegremente con algunos autores tan enemigos como yo de toda gravedad y melancolía. En suma, le repliqué yo, ¿es tu Tesorero hombre de tanto discernimiento y de gusto tan delicado, que conozca todo el mérito y finura de tus composiciones y qualquiera obra de ingenio, de manera que tampoco se le oculten los menores defectos? Oh, tanto como eso, no. En quanto á aparentar entenderlo todo, lo hace como nadie; pero juicio y penetracion *nula*. No obstante se mira no ménos que como otro *Tarpa*. Decide severamente de todo, sostiene sus opiniones con tanta altanería y obstinacion, que todo hombre prudente huye de meterse en disputas con él, por no exponerse á sufrir un granizo de insolencias que descarga sobre todos los que le contradicen.

De aquí puedes inferir que pongo el mayor cuidado en no oponerme jamas á lo que dice, por mas razon que muchas veces tenga para hacerlo, porque ademas de los epítetos poco apetecibles con que me regalaria, es seguro que

me echaria á la calle. Apruebo pues, continuó, todo lo que alaba, y condeno todo quanto no le gusta. Por esta complacencia, que verdaderamente me cuesta poco ó nada, pues fácilmente me acomodo al carácter y genio de las personas que me pueden servir, me he hecho dueño de la estimacion y del corazon de mi amo. Empeñóme en componer una tragedia, cuya idea me suministró él mismo. Compúsela á vista suya; si sale bien, deberé toda mi gloria á las lecciones que él me dió.

Preguntéle qual era el título de la tragedia, y me respondió: intitúlase *el Conde de Saldaña*, la qual se representará en el Corral del Príncipe de aquí á tres dias. Deseo mucho, le repliqué, que logre todo el aplauso y concepto que tu genio me hace esperar. Así lo creo yo, añadió el buen Nuñez; verdad es que no hay esperanzas mas falibles que estas, por estar tan inciertos los autores de la fortuna que correrán sus obras en las tablas.

Llegó en fin el dia de la representacion. Yo no asistí á ella aquel dia, por haberme dado el Ministro cierto encargo que me lo estorbó. Lo mas que pude hacer fué enviar á Scipion, que no dexó de ir para informarme de la buena ó mala suerte de una pieza en que me interesaba algo. Despues de estarle esperando gran rato con impaciencia, le ví entrar con un semblante que me dió mal tufo, y no me dexó presagiar cosa buena. Y bien, le pregunté,

¿ cómo ha recibido el público al *Conde de Saldaña?* Brutalísimamente, me respondió: en mi vida vi comedia tratada con mayor ignominia; salíme aburrido, no pudiendo ya sufrir la insolencia del patio. No estoy yo ménos indignado, le interrumpí, contra el furor de Nuñez, ó por explicarme así, contra su desenfrenada locura de componer comedias, prefiriendo los ignominiosos silbos del populacho, al decente, quieto y decoroso estado en que yo me ofrecia á colocarle. Así me desahogaba yo, echando pestes contra el poeta de Asturias por el amor que le tenia, afligiéndome por el mal suceso de su pieza, miéntras él estaba contentísimo de él.

Efectivamente dos dias despues le ví entrar en mi quarto no cabiendo en sí de puro gozo y alegría. Santillana, exclamó alborozado luego que me vió, vengo á darte parte de mi suma felicidad. La composicion de una mala pieza ha hecho toda mi fortuna. Ya sabrás lo mal que fué recibido mi pobre *Conde de Saldaña*: todos los espectadores se amotináron contra él; pero este desenfreno universal fué justamente el que aseguró mi dicha por toda la vida.

Quedé aturdido al oirle hablar de este modo. ¿Cómo así? le pregunté pasmado: ¿cómo así? vuelvo á decir. ¿Es posible, Fabricio, que el alto desprecio con que fué recibida tu tragedia, sea puntualmente el motivo de tu inmoderada alegría. Así es ni mas ni ménos, me respondió. Ya te dixe la mucha parte que Don Beltran

tuvo en su composicion, y por lo mismo la calificó de una obra á todas luces excelente. Picado vivamente de que el público hubiese sido de dictámen tan contrario al suyo, me dixo esta mañana: Nuñez,

Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni.

Si tu pieza desagradó tanto á las gentes, á mí me gustó mucho, y esto te debe bastar. Y para que te consueles del dolor que naturalmente te causará la injusticia y el mal gusto del siglo presente, desde luego te señalo dos mil escudos de renta anual, perpetua y vitalicia sobre todos mis bienes habidos y por haber. Vamos los dos desde aquí á casa de un Escribano á otorgar la escritura. Con efecto partímos inmediatamente. El Tesorero firmó la escritura de donacion, yo mi aceptacion, y despues el recibo de la renta de un año, que generosa y voluntariamente me anticipó.

Dí mil parabienes á Fabricio por el desgraciado éxito de su *Conde de Saldaña*, que le habia producido un efecto tan feliz. Tienes razon, prosiguió el, en cumplimentarme por una cosa tan extraña. ¡ Mil veces dichoso yo por haber sido silbado con carrillos de trompetero! Si el público mas benévolo me hubiera honrado con sus aclamaciones, ¿ qué fruto sacaria de ellas? Ninguno, ó á lo sumo algunos reales que de nada me servirian; pero los silbos en un instante me pusiéron en parage de no necesitar de nadie miéntras me dure la vida.

CAPITULO XI.

Consigue Santillana un empleo para Scipion, el qual se embarca para Nueva España.

No miró mi Secretario sin alguna envidia la inopinada fortuna del poeta Nuñez, de manera que por toda una semana no cesó de hablarme de ella. Admirado estoy, me decia, de los caprichos de la fortuna, la qual muchas veces parece que se complace en colmar de bienes á un detestable autor, miéntras abandona á los mejores en manos de la miseria: ¡ quánto celebraria yo que un dia la viniese el entusiasmo de hacerme á mí rico de la noche á la mañana! Eso, le dixe, podrá quizá suceder mas presto de lo que piensas. Tú estás ahora en el templo de esa deidad, porque si no me engaño mucho, la casa de un primer Ministro se puede muy bien llamar el *Templo de la Fortuna*, donde de repente se ven elevados y ricamente abastecidos los que logran su favor. Eso, Señor, es mucha verdad, me respondió; pero el tal favor suele tardar, y es menester paciencia para esperarle. Vuélvote á decir, le repliqué, que te sosiegues: ¿ quién sabe si quizá á estas horas se te está preparando algun buen encargo? Con efecto, pocos dias despues se me ofreció ocasion de emplearle en

servicio del Conde Duque, y no la dexé escapar.

Hallábame una mañana en conversacion con el mayordomo del Ministro, y era la materia sobre las rentas de S. E. El Conde Duque, mi Señor, me dixo Don Ramon Caporis, este era el nombre del mayordomo, goza varias encomiendas en todas las Ordenes Militares, que le redituan cada año quatro mil escudos, sin mas obligacion que la de llevar la Cruz ó la Venera de Alcántara. Fuera de eso los tres empleos de Gentilhombre de Cámara, Caballerizo mayor, y Gran Canciller de Indias, le producen doscientos mil escudos anuales. Pero todo esto es nada en comparacion de los inmensos caudales que saca de las Indias. ¿Sabe V.S. cómo? ahora se lo explicaré. Quando los navíos del Rey salen de Sevilla ó de Lisboa para Nueva España, hace embarcar en ellos vino, aceyte, y todo el trigo que le da el Condado de Valdeories, sin que le cueste un maravedí la conduccion. En Indias se venden estos géneros á precio quatro veces mayor del que se compran en España. Con el dinero que gana en esta venta, compra especias, colores y otras drogas que en América se dan casi de balde, y en España tienen un precio muy subido. Este es un tráfico que le vale muchos millones, sin defraudar al Rey ni un solo maravedí. Pero lo que admirará mucho á V.S., pues ha de saber el lector que por el empleo de Secretario me daban señoría, es que las personas empleadas en manejar este comercio,

vuelven todas á España cargadas de riquezas, porque el Conde no solo permite, sino que lleva muy á bien que atendiendo al negocio de S. E., hagan tambien ellas el suyo.

Hallábase presente á esta conversacion el hijo de la Coscolina, y oyendo hablar así á Don Ramon: ¿á fe, Señor Caporis, le dixo, que yo de buena gana seria uno de esos empleados, y mas que ha muchos años tengo grandes deseos de ver á México. Presto te los contentaria yo, respondió el mayordomo, si el Señor de Santillana no se opusiera á ellos. Aunque soy algo delicado en la eleccion de los sugetos que envio á Indias para hacer este tráfico, porque al fin yo soy el que los nombro, desde luego te asentaria á ti en mi registro, con tal que lo consintiese tu amo. No solamente lo consiento, dixe entónces á Don Ramon, sino que estimaria mucho me diese vmd. esta nueva prueba de su propension á favorecerme. Scipion es un mozo á quien estimo y amo, y ademas de eso es muy capaz y tan puntual en todo lo que se pone á su cargo, que espero no dará el menor motivo de disgusto. En una palabra, respondo por él, como pudiera responder por mí mismo.

Siendo así, le dixo Don Ramon, desde luego puede partir á Sevilla, donde estan para hacerse á la vela dentro de un mes los navíos que han de pasar á Indias. Llevará una carta mia para cierto sugeto que le instruirá bien en todo lo que debe hacer para utilizar mucho sin el menor

perjuicio de los intereses de S. E., que siempre deben ser muy sagrados para él.

Alegrísimo Scipion con el nuevo empleo, dispuso su viage á Sevilla con mil escudos que le dí para que comprase en Andalucía vino y aceyte, y ponerle en parage de que pudiese traficar por su cuenta con aquellos géneros. Mas sin embargo de las esperanzas que llevaba de mejorar de fortuna, no pudo separarse de mí sin lágrimas, ni yo privarme de él con ojos enxutos.

CAPITULO XII.

Llega á Madrid Don Alfonso de Leyva: motivo de su viage: grave afliccion de Gil Blas, y no menor alegría que siguió á su afliccion.

Apénas se habia ausentado Scipion, quando un page del Ministro entró en mi quarto y me entregó un billete que contenia estas precisas palabras: *Si el Señor de Santillana quisiese tomarse la molestia de ir al meson de San Gabriel en la calle de Toledo, verá en él á uno de sus mayores amigos.*

¿Quién podrá ser este grande amigo, decia yo entre mí mismo, y por qué razon me ocultará su nombre? Tal vez quiere sazonarme el gusto de verle con el saynete de la sorpresa. Salí prontamente de casa, tomé el camino de

la calle de Toledo, llegué al sitio señalado, y me quedé no poco suspenso de encontrar á Don Alfonso de Leyva. ¡Qué es lo que veo! exclamé sin libertad. ¡V. S. en Madrid! Sí, amigo Gil Blas, me respondió, teniéndome estrechamente abrazado. El mismo Don Alfonso en persona es el que tienes á la vista. ¿Pero qué negocio le ha traido á V. S. á la Corte? le pregunté. Vóytelo á decir, me respondió, y al mismo tiempo á darte un mal rato. Sábete que me han quitado el Gobierno de Valencia, y que el primer Ministro ha mandado me presente en la Corte á dar razon de mi conducta. Quedéme atónito por espacio casi de un quarto de hora, tan enagenado en un profundo silencio que no tenia espíritu ni voz para articular palabra, hasta que rompiendo como pude, le pregunté: ¿y qué cargos le hacen á V. S.? ¿de qué le acusan? No lo sé, me respondió: hasta ahora de nada se me ha hecho cargo; solamente sospecho que la única causa de mi desgracia es una visita que hice, tres semanas ha, al Cardenal Duque de Melar en su palacio de Denia, donde se halla desterrado.

Sin duda alguna, repuse yo, todo el delito de V. S. ha sido esa ménos considerada visita: no hay que buscar otra culpa, y V. S. me permita le diga que se olvidó de consultar su grande y acostumbrada prudencia, quando no tuvo reparo en ir á visitar á un Ministro desgraciado. El yerro ya se cometió, repuso Don Alfonso, y á lo hecho pecho. El castigo le he recibido no solo

con resignacion, pero sin el mas mínimo desasosiego: Ya he tomado mi determinacion. Retiraréme con mi familia á mi quinta de Leyva, donde pasaré con alegría y quietud lo que me queda de vida. Lo único que ahora me aflige es la necesidad de presentarme á un Ministro orgulloso y dominante, que quizá me recibirá con poco agrado, cosa intolerable para quien nació con alguna honra. Ello me será preciso exponerme á este sonrojo; pero no quise sujetarme á él, ántes de consultarlo contigo. Señor, le respondí, soy de parecer que V. S. no se presente al Ministro, hasta que yo me informe de los cargos que hubiere contra su persona. Sea lo que fuere, V. S. se servirá llevar á bien que yo dé en el asunto todos aquellos pasos que exîgen de mí la gratitud y el afecto. Diciendo esto, le dexé en el meson, asegurándole que dentro de poco nos volveríamos á ver.

Como no me ocupaba ya en ningun negocio de Estado, desde los dos manifiestos ó escritos de que ántes hemos hablado, me fuí derecho á Sotero, para preguntarle si era verdad que á Don Alfonso de Leyva se le habia exônerado del Gobierno de Valencia. Respondióme que sí, pero que ignoraba absolutamente qual hubiese sido el motivo. Con esto resolví sin detencion el acudir al mismo Ministro, para saber de su propia boca qué causa podia haber dado el hijo de Don César, para acarrearse aquel vergonzoso despojo.

Estaba yo tan penetrado de dolor por el tal

suceso, que no era menester afectar tristeza á la presencia del Conde Duque, poniendo el semblante de un hombre profundamente afligido. ¿Qué tienes, Santillana? me preguntó luego que me vió. Veo en tu rostro señales de amargura y de afliccion que verdaderamente me dan lástima, pues noto que te falta poco para llorar. ¿Te ha ofendido alguno? Habla, y verás como presto quedarás vengado. Señor, le respondí, aun quando yo quisiera disimular mi dolor, no podria, porque casí llega á términos de desesperacion. Acaban de asegurarme que ya no es Gobernador de Valencia Don Alfonso de Leyva. No podian darme noticia mas sensible para mí. ¿Qué me dices? Gil Blas, repuso el Ministro, entre compadecido y admirado. ¿Pues qué tienes tú con Don Alfonso, ni con su Gobierno? Entónces le hice una puntual y menuda relacion de todas las obligaciones que debia á los Señores de Leyva, y despues le conté cómo y quando habia yo obtenido del Duque de Melar el Gobierno de que se hallaba privado Don Alfonso.

Escuchó S. E. hasta el fin toda la relacion con una paciencia y con una benignidad que verdaderamente me admiráron, y despues me dixo con indecible bondad: enxuga, amigo, tus lágrimas; fuera de que yo ignoraba absolutamente las extrañas cosas que me acabas de contar, no negaré que miraba á Don Alfonso como hechura del Duque. En esta suposicion ponte tú en mi lugar, y díme si la visita que

le hizo, no te le haria sospechoso, Quiero no obstante creer que habiendo sido provisto en su empleo por aquel Ministro, el haberle visitado no fué mas que un mero acto de respeto y de reconocimiento. Siento en el alma haber despojado de su empleo á un hombre que te le debia á tí; pero si deshice lo que habias hecho tú, quiero repararlo haciendo por tí mucho mas de lo que hizo el Duque de Melar. Tu amigo Don Alfonso no era mas que Gobernador de Valencia, yo quiero que el Rey le haga Virey de Aragon. Te doy licencia para que le anticipes esta noticia, y luego que la reciba, haz qué venga á prestar el juramento acostumbrado.

Al oir estas palabras pasé súbitamente de un extremo dolor á una inmoderada alegría, la que de tal suerte me trabucó el juicio, que se conoció muy bien su turbacion en el cumplido de gracias que hice al Ministro. No le desagradó el desórden de mi desconcertado discurso; y sabiendo que Don Alfonso se hallaba en Madrid, me dixo que podia presentarle á S. E. en aquel mismo dia. Fuí volando al meson de San Gabriel, donde se quedó pasmado el hijo de Don César, quando le anuncié su nuevo empleo. No acababa de creer lo que yo le decia, porque no podia persuadirse á que mi privanza con el primer Ministro llegase á tanto que fuese capaz de conferir Vireynatos por mi consideracion. Condúxele á casa del Conde Duque, quien le recibió con el mayor agrado y distincion.

Díxole desde luego que el Rey estaba tan satisfecho de su conducta en el Gobierno de Valencia, que reconociéndole con talentos para empleos mas altos, se habia dignado nombrarle Virey y Capitan General del Reyno de Aragon: dignidad, añadió, que tampoco es superior al nacimiento de V. E., y por consiguiente creo que la Nobleza Aragonesa nada tendrá que censurar en esta eleccion.

No me tomó en boca el primer Ministro; y como el público ignoró la parte que yo habia tenido en aquel negocio, esta prudente precaucion libró á Don Alfonso y al Conde Duque de las donosuras que se dirian en el mundo sobre un Virey hechura de mis manos.

Luego que el hijo de Don César no pudo dudar de su promocion, despachó un propio á Valencia, dando noticia de todo á su padre y á su muger, y suplicándoles viniesen á Madrid lo mas presto que les fuese posible. Hiciéronlo así; y su primera diligencia fué visitarme, y sufocarme á expresiones de su vivo agradecimiento. Qué espectáculo tan tierno y glorioso fué para mí ver á las tres personas que mas amaba en este mundo, arrojarse á mis brazos para estrecharme á competencia entre los suyos, y protestarse mas sensibles á mi zelo y á mi amor, que al esplendor que el Vireynato iba á añadir á su ilustre casa, sin acertar á desprenderse de mí, ni encontrar voces que les contentasen para explicarme su agradecimiento. Fuera de eso, me tra-

taban ni mas ni ménos como si fuese un igual suyo, enteramente olvidados de que habian sido mis amos. Todo les parecia poco para darme pruebas de su amor. En fin, por no detenerme en circunstancias inútiles, Don Alfonso recibió el real despacho; y despues de haber besado la mano al Rey, dado gracias al Ministro, y jurado su nuevo empleo, partió de Madrid con toda su familia á establecerse en Zaragoza. Hizo su entrada pública con toda magnificencia; y los Aragoneses acreditáron con sus aclamaciones, que yo les habia dado un Virey acreedor á la general aceptacion, y muy digno de los mayores aplausos.

CAPITULO XIII.

Encuentra Gil Blas en Palacio á Don Gaston de Cogollos y á Don Andres de Tordesillas; retíranse todos tres á discurrir con libertad; fin de la historia de Don Gaston y Doña Elena de Galisteo; servicio que hace Santillana á Don Andres.

Rebosaba yo de alegría por haber tenido la fortuna de transformar en Virey á un Gobernador apeado. Los mismos Señores de Leyva no estaban tan alegres como yo. Presto se me ofreció

ótra ocasion de empeñar mi crédito por otro amigo : suceso que me considero obligado á referir, para hacer ver á mis lectores que ya no era yo aquel Gil Blas que en el Ministerio anterior vendia las gracias de la Corte.

Hallándome un dia en la antecámara del Rey hablando con algunos Señores, que no se desdeñaban de admitirme á su conversacion, sabiendo lo mucho que me distinguia el primer Ministro, ví entre la multitud de cortesanos á Don Gaston de Cogollos, aquel prisionero de Estado, á quien habia conocido y dexado en el Alcázar de Segovia. Estaba con el Alcayde del mismo Alcázar, Don Andres de Tordesillas. Separéme luego de las gentes con quien me hallaba, para ir á dar un abrazo á mis dos buenos y antiguos amigos. Ellos se admiráron mucho de verme allí, y yo no me admiré ménos de verlos á ellos. Despues de recíprocas embestidas en demostracion de nuestra mutua alegría, me dixo Don Gaston : Señor Santillana, tenemos mil cosas reservadas que contarnos unos á otros; este no es sitio oportuno, yo guiaré á otro donde el Señor Tordesillas y yo tendrémos el gusto de hablar largamente con vmd. Vine en ello; hicímonos lugar por entre el gran gentío que ocupaba las salas de Palacio, y salímos á tomar el coche de Don Gaston, que estaba esperando en la calle; metímonos en él los tres, y fuimos á apearnos en la Plaza mayor, donde tenia Don Gaston su posada.

Señor Gil Blas, me dixo Don Andres luego que entrámos en una sala alhajada con magnificencia, paréceme que quando vmd. salió de Segovia habia concebido tanto horror á la Corte, que iba con resolucion de alejarse de ella para siempre. Así es, le respondí, ese era mi ánimo, y con efecto miéntras vivió el difunto Rey, así lo cumplí exâctamente; mas luego que supe que ocupaba el Trono el Príncipe su hijo, me picó la curiosidad de probar si este me reconoceria. Reconocióme, y tuve la dicha de que me recibiese benignamente, tanto que él mismo me recomendó al primer Ministro. Este me cobró tanta inclinacion, que estoy mucho mejor puesto con él de lo que jamas estuve con el Duque de Melar. Esto es en suma, Señor Don Andres, todo lo que tengo que decir á vmd. Ahora sírvase vmd. decirme si se mantiene todavía en su empleo de Alcayde del Alcázar de Segovia. No Señor, me respondió, el Conde Duque puso á otro en mi lugar, pareciéndole que habiendo sido yo hechura de su antecesor, seria tambien su parcial. Por todo lo contrario, dixo entónces Don Gaston, obtuve yo mi libertad. Apénas supo el nuevo Ministro que estaba preso por órden del Duque de Melar, quando mandó se me dexase ir á mi casa. Con que, Señor Gil Blas, yo solo tengo que contaros lo que me sucedió desde que salí del Alcázar.

Lo primero que hice despues de haber dado mil gracias á Don Andres por las finas aten-

siones que le habia debido durante mi arresto, fué partir á Madrid. Presentéme inmediatamente al Conde Valdeories, el qual me dixo así que me vió: no tema vmd. que su prision haya perjudicado en la mas mínima cosa á su honor. Se ha justificado plenamente su conducta y su inocencia. Ni aun el mismo Marques de Villareal fué delinqüente, quanto ménos vmd., de quien solo se sospechaba que era cómplice en su imaginado delito. Aunque era Portugues y pariente del Duque de Braganza, se averiguó ser ménos parcial del Duque que del Rey nuestro Señor. Así que fué ligereza suponeros reo, únicamente por vuestra conexîon con el mencionado Duque. Por tanto, para reparar la injusticia que se hizo á vmd., acusándole de traycion, el Rey me manda darle la patente de primer Teniente de sus Reales Guardias. Acepté el empleo, suplicando á S. E. me permitiese, ántes de tomar posesion, pasar á Coria para hacer una visita á mi tia Doña Leonor de Laxarilla. Concedióme el Ministro un mes de licencia para el viage, el que emprendí prontamente acompañado de un solo lacayo.

Habíamos pasado ya de Colmenar, quando vimos en una encrucijada á un caballero que valerosamente se estaba defendiendo de tres hombres que le habian embestido. No dudé un punto en ir á socorrerle: metí espuelas al caballo, llegué al sitio del combate, desenvayné la espada, y púseme á su lado. Ví que nuestros enemigos

eran tres enmascarados, y conocí desde luego que reñíamos los dos con tres espadachines tan diestros como esforzados. Sin embargo, á pesar de su vigor y destreza se declaró la victoria por nosotros. Con una estocada pasé de parte á parte á uno de los tres, que cayó muerto del caballo, y los otros dos se pusiéron en salvo huyendo á rienda suelta. Verdad es que la victoria no fué ménos funesta para nosotros, porque despues de la accion, tanto mi compañero como yo nos reconocimos peligrosamente heridos. Pero figúrense vmds. qual seria mi admiracion, quando advertí que el caballero á quien socorrí era Combados, el marido de Doña Elena. No quedó él ménos admirado al reconocer que era yo quien le habia salvado la vida. ¡Ah Don Gaston! exclamó: ¡es posible que seas tú á quien me confieso deudor de la victoria! Quando abrazaste mi partido con tanta generosidad, sin duda ignorabas que defendias á un hombre que te habia robado la dama con una estratagema poco digna de un Caballero. Es cierto que lo ignoraba, le respondí; pero aun quando hubiera sabido de antemano que eras tú, ¿te parece que podia dudar ni un solo instante en hacer lo que debia executar en semejante lance un hombre como yo? No por cierto, respondió: tengo hecho de tí mejor y mas digno concepto. Si muero de mis heridas, deseo muy de corazon que las tuyas te den lugar á aprovecharte de mi muerte. Combados,

le dixe entónces, aunque no he olvidado ni olvidaré jamas á Doña Elena, no por eso cabe en mí el deseo baxo y vil de poseerla á costa de tu vida; ántes bien estoy gozosísimo de haber contribuido á salvarte de aquellos tres asesinos, por estar bien seguro de haber hecho en esto una accion que será muy grata á tu dignísima esposa.

Miéntras nos estábamos desahogando los dos en estos términos, le vino gana á mi lacayo de apearse, y movido de curiosidad se acercó al cadáver que estaba tendido en el suelo; quitóle la mascarilla, y descubrió unas facciones que luego conoció Combados. ¡O! exclamó fuera de sí: este es Caprara, aquel pérfido primo mio, que despechado por haber perdido una rica herencia que injustamente me disputaba, tiempo ha estaba resuelto á asesinarme, y sin duda habia esperado esta ocasion para executarlo; pero el Cielo permitió que fuese él mismo la víctima de su atentado.

Pero entre tanto corria la sangre de nuestras heridas, y por instantes nos íbamos debilitando mas y mas. Resolvimos pues llegar como pudiésemos al Lugar de Villarejo, que distaba como dos tiros de fusil del campo de batalla. Metímonos en el primer meson que encontrámos. Llamáronse Cirujanos, y vino uno que decian ser muy hábil. Visitó nuestras heridas, y halló que eran peligrosas; hizo la primera cura, y á la mañana siguiente despues de haberlas regis-

trado, declaró que las de Don Blas eran mortales; pero de las mias habló con ménos desconsuelo. Verificóse á la letra en uno y otro su no disimulado pronóstico.

Oyendo Combados aquella sentencia de muerte, solo pensó en disponerse christianamente para ella. Lo primero que hizo fué despachar un propio á su muger, informándola de todo lo sucedido, y del estado en que él se hallaba. Tardó poco Doña Elena en plantarse en Villarejo. Llegó altamente conmovido su espíritu por dos causas diferentes; por el peligro que corria la vida de su marido, y por el temor de que mi vista volviese á encender en su pecho un fuego mal apagado: dos afectos de principíos encontrados que la tenian en una terrible conmocion. Señora, la dixo Don Blas, así que llegó á su vista, aun venis á tiempo de poder recibir mis últimos alientos, y lograr yo el tristísimo consuelo de despedirme de vos. Estoy ya á punto de morir, y acepto mi muerte como castigo merecido por la indecente traza con que os robé á D. Gaston. Léjos de quejarme, yo mismo os exhorto por el paso en que me hallo, á restituirle un corazon que tan injustamente le usurpé. Doña Elena solamente le respondió vertiendo un raudal de lágrimas, y á la verdad esta era la mas discreta respuesta que le podia dar, porque no estaba tan desprendida de mí, que se hubiese olvidado del ruin artificio de que se valió Don Blas para determinarla á serme infiel.

Sucedió lo que el Cirujano habia pronosticado: murió Combados en ménos de tres dias de la malignidad de sus heridas, al mismo tiempo que las mias prometian pronto y perfecto recobro. La jóven viuda, ocupada únicamente en el cuidado de que trasladasen á Coria el cuerpo de su esposo, para hacer los funerales que correspondian á sus cenizas, tomó la vuelta de aquella ciudad, despues de haberse informado, como por mera atencion y urbanidad, del estado en que yo me hallaba. Seguíla luego que pude, y llegué á Coria, donde en breves dias me restablecí perfectamente. Entónces mi tia Doña Leonor y Don Jorge Galisteo tratáron de casarnos á la viuda y á mí, ántes que la fortuna nos jugase otra pieza como la pasada. Efectuóse el matrimonio secretamente, en atencion á la reciente muerte de Don Blas; y de allí á pocos dias volví á Madrid en compañía de mi amada Doña Elena. Como se habia pasado el tiempo de mi licencia, temí que el Ministro hubiese dado á otro la Tenencia de Guardias que se me habia conferido; pero oyó benignamente la verdadera y legítima causa que me habia obligado á detenerme.

Hállome pues primer Teniente de Guardias Españolas, y estoy muy contento con mi empleo. He ligado comercio y estrechez con varios amigos en quienes encuentro una fiel correspondencia. Yo me alegrara poder decir otro tanto, interrumpió aquí Don Andres, pues es-

toy muy léjos de vivir alegre con mi suerte: perdí el empleo que tenia, el qual me daba de comer, y me veo sin amigos que puedan ayudarme á obtener algun otro sólido y decente. Perdone vmd., Señor Don Andres, dixe yo entónces sonriéndome y atajándole el discurso: ya dixe á vmd. que en mí tenia uno que le podia servir de algo. Vuelvo pues á decir que el Conde Duque me ama y me estima, quizá mas de lo que me estimaba y amaba el Duque de Melar; y habiéndome vmd. oido esto, ¿todavía tiene valor para decirme en mis barbas que no conoce ningun amigo que le pueda dar la mano para conseguir un empleo honrado y sólido? Pues digo, ¿no tiene vmd. experiencia de que aun sin las nuevas circunstancias en que me hallo, tuve el gusto en cierta ocasion de hacerle un servicio semejante? ¿Se ha olvidado por ventura de que por recomendacion mia el Arzobispo de Granada pidió y obtuvo para vmd. un empleo en México, que habria hecho su fortuna, si el amor no la hubiera desbaratado, deteniéndole á vmd. en Alicante? Sepa pues que hoy me veo en parage de poder servirle mas, gozando como gozo del favor del primer Ministro. — Perdonad, Señor de Santillana: tiene vmd. mucha razon, y así me pongo enteramente en sus manos; pero, añadió sonriéndose, tambien suplico á vmd. me haga el favor de no enviarme á la Nueva España, porque no iria allá, aunque

me hicieran Presidente de la Audiencia de México.

Aquí llegaba nuestra conversacion quando nos la cortó Doña Elena, que entró á la sazon en la sala. Su persona, llena de mil gracias, correspondió perfectamente á la grande idea que me habia formado de ella. Señora, la dixo Cogollos, este caballero es el Señor Santillana, de quien os he hablado tantas veces, y cuya amable compañía me hacia olvidar por largos ratos las incomodidades y amarguras de mi prision. Así es, Señora, añadí yo inmediatamente; es cierto que mi conversacion le agradaba y divertia, mas era porque casi siempre era vmd. el asunto de ella. Respondió modestamente la hija de D. Jorge á este cortesano cumplimiento; y á breve rato me despedí de ámbos esposos, asegurándoles lo mucho que celebraba que el himeneo hubiese sucedido á sus largos y fidelísimos amores. Volvíme despues á Tordesillas, é informado de su habitacion, le dixe: Don Andres, de vmd. no me despido, puesto que espero darle ántes de ocho dias alguna prueba de que el poder no ha andado desunido de la buena voluntad.

No me dexó por embustero el suceso, pues nada ménos que al dia siguiente me puso el Duque en la mano la ocasion de servir á mi ámigo. Santillana, me dixo S. E., está vacante la Alcaydía de la Cárcel Real de Valladolid; vale mas de cien doblones al año, y me ha

parecido que te acomodaria. Señor, le respondí prontamente, doy mil gracias á V. E. por la memoria que se ha dignado hacer de mí; pero protesto que aunque valiera diez mil ducados sin la menor duda, desde luego la renunciaria, como qualquiera otro puesto que me separase del lado de V. E. Pero este, me replicó, no te separaria de mí, porque le podrias servir sin salir de Madrid, bastando hacer de quando en quando un viage á Valladolid, para visitar las Cárceles; esto no es incompatible. Diga V. E. lo que fuere servido, repuse yo, nunca aceptaré ese empleo, sino con tal de que se me permita renunciarle á favor de un dignísimo hidalgo, llamado Don Andres de Tordesillas, Alcayde que fué del Alcázar de Segovia. Estimaria mucho mas poderle hacer este servicio en reconocimiento de lo bien que se portó conmigo durante el tiempo de mi prision.

Sonrióse el Ministro quando me oyó hablar así: ya te entiendo, me dixo, quieres hacer un Alcayde ni mas ni ménos como hiciste un Virey. Cúmplase tu gusto, y desde luego te confiero la vacante para que se la cedas á tu amigo Tordesillas; pero díme con sinceridad, ¿ quánto te valdrá este aparente rasgo de generosidad? porque no te tengo por tan simple que quieras empeñar tu crédito de balde. Señor, le respondí, ¿ no estoy obligado á pagar lo que debo? Don Andres me hizo mil favores sin el menos

interes quando me tenia á su cargo; ¿no será justo el que yo le sirva tambien con igual desinteres? Muy generoso os habeis hecho, Señor de Santillana, me replicó el Conde Duque, no me parece que lo érais tanto en el Ministerio antecedente. Señor Excelentísimo, repuse al punto, el mal exemplo es muy poderoso, y él estragó mis buenas costumbres: como en el anterior Ministerio todo se vendia, me conformé con el uso; y como en el presente todo se da, volví á recobrar mi natural inclinacion.

Logré pues que se proveyese en Don Andres la Alcaydía de las Cárceles de Valladolid, y le hice marchar luego á dicha ciudad tan contento con su nuevo empleo, como lo quedé yo por haber desempeñado en quanto pude las obligaciones que le debia.

CAPITULO XIV.

Va Santillana á casa del poeta Nuñez; qué casta de páxaros encontró en ella; y la conversacion que tuvo con todos.

Un dia despues de comer me vino gana de hacer una visita al Poeta Asturiano, picándome la curiosidad el ver su quarto, y de qué modo estaba alojado. Fuíme derecho á casa del Señor Don Beltran Gomez de Ribera, y pre-

gunté por Nuñez. Ya no vive aquí, me respondió un lacayo que estaba á la puerta; vive en aquella casa, añadió, mostrándome con la mano una que estaba enfrente, y ocupa el quarto que cae á las espaldas de ella. Fuíme allá, atravesé un pequeño patio, y entré en una sala enteramente desalhajada, donde le hallé sentado á la mesa con cinco ó seis amigos suyos, á quiénes habia convidado á hacer penitencia aquel dia.

Hallábanse á los postres, y por consiguiente acalorados ya en una disputa; mas luego que me viéron, sucedió un profundo silencio al rumor y confusion de la contienda. Levantóse apresuradamente Nuñez para recibirme, diciendo á sus camaradas: Señores, este caballero es el Señor de Santillana que viene á honrarme; suplico á vmds. le rindan todas las respetuosas atenciones que son debidas al valído de un primer Ministro. Al oir esto, todos los convidados se levantáron para saludarme: y en consideracion al título que Fabricio me habia dado, todos á porfía se excediéron conmigo en mil serias demostraciones de veneracion.

Conociendo que mi presencia les daba alguna sujecion, estorbándolos de hablar con libertad: Señores, les dixe, paréceme que he interrumpido la conversacion en que vmds. se hallaban; suplícoles encarecidamente se sirvan continuarla, porque de otra manera me obligarán á ausentarme, y á privarme de tan buena com-

pañía. Estos Señores, dixo entónces Fabricio, estaban hablando de la *Ifigenia* de Eurípides. El Bachiller Melchor de Villegas, erudito de primera clase, y sugeto de alto mérito, preguntaba al Señor Don Jacinto de Romarate, ¿qué cosa era la que mas le interesaba en aquella tragedia? Es así, dixo Don Jacinto, y yo le respondí que el peligro en que se veía Ifigenia. Pero yo le repliqué, saltó luego el Bachiller, lo que estoy pronto á demostrar, que no es ese peligro lo mas interesante de la tragedia. ¿Pues qué causa es la que os da mas golpe en ella? preguntó, no sin algun enfado, el Licenciado Don Gabriel de Leon. *El viento*, respondió prontamente el Bachiller.

Todos los circunstantes pensámos reventar de risa al oir una respuesta tan inesperada. Con efecto, no creí que el Bachiller hablase formal, sino que lo habia dicho precisamente para alegrar la conversacion. Pero yo no conocia aquel sabio: era un hombre que no entendia de burlas, y así dixo con grande seriedad: rian vmds. quanto les diere la gana, que yo siempre sostendré que lo que debe dar mas golpe al espectador, lo que debe interesarle y suspenderle mas en aquella tragedia, es únicamente el viento. Sí, vuelvo á decir, el viento, y no otra cosa, es lo que mas interesa en la Ifigenia. Y sino, figúrense vmds. un numeroso exército unido precisamente para ir á sitiar á Troya; consideren la impaciencia de Capitanes y soldados por em-

prehender y concluir aquel sitio, y restituirse quanto ántes á su patria, donde habian dexado todo lo que mas amaban en este mundo, sus Dioses Lares, sus mugeres y sus hijos. Levántase de repente un maldito viento que los detiene en Aulida, como si estuvieran enclavados en aquel puerto, tanto que miéntras no se mude, no les es posible ir á sitiar la ciudad de Príamo. Y así este maldito é importunísimo viento es ciertamente lo que mas interesa en la tragedia. Yo he tomado partido por los pobres Griegos, y solo deseo que pueda caminar la flota; el peligro de Ifigenia no me importa un comino, y mas quando supongo que su muerte es el único medio para aplacar á los Dioses, y moverles á que envien un viento favorable á mis afligidos Griegos.

Al acabar este discurso volviéron con mas ímpetu las carcajadas. Afectó Nuñez apoyar socarronamente aquella ridícula opinion, solo por dar mas materia de bufonadas á los zumbones, los quales se divirtiéron diciendo mil graciosísimas chufletas sobre los vientos. Pero el Bachiller, mirándolos á todos con un sobrecejo severo y desdeñoso, los trató de ignorantes y gente vulgar. Yo estaba temiendo á cada momento que se agarrasen y se diesen de mogicones, que es el paradero ordinario de semejantes disputas en gentes de cierta especie; pero fué vano mi temor, porque todo se reduxo á llenarse recíprocamente de injurias y vacie-

dades, despues de haber comido y bebido á discrecion.

Quando se hubiéron retirado los convidados, pregunté á Fabricio por qué no estaba en casa del Tesorero, y si acaso habia ocurrido alguna desavenencia entre los dos. ¿Qué llamas desavenencia? me respondió. Nunca ha estado en mayor auge mi estimacion con Don Beltran. Supliquéle me permitiese vivir en casa separada, y alquilé en esta el quarto que ves, para gozar de mayor libertad. Aquí recibo á mis amigos que me vienen á ver con freqüencia, y lo paso alegremente con ellos; porque ya sabes que mi genio no es muy inclinado á dexar grandes riquezas á mis herederos. Mi mayor gusto es hallarme al presente en estado de tener todos los dias á mi mesa buena compañía sin peligro de arruinarme. Me alegro infinitamente, querido Nuñez, le repliqué yo, de que puedas lograr esa satisfaccion sin riesgo de incomodarte, y no puedo ménos de repetirte mil parabienes por el afortunado suceso de tu última comedia: Las ochocientas piezas del Gran Lope de Vega no le valiéron la quarta parte de lo que te ha valido á tí *el Conde de Saldaña.*

FIN DEL LIBRO XI.

AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA.

LIBRO DUODÉCIMO.
CAPITULO PRIMERO.

Emplea el Ministro á Gil Blas en Toledo; motivo y feliz éxîto de su viage.

Ya habia mas de un mes que todos los dias me repetia el Conde Duque esta cantinela: amigo Gil Blas, se va llegando el tiempo en que quiero emplear tu talento y destreza; pero este tiempo nunca acababa de llegar. Llegó en fin quando ya estaba cansado de esperarlo, y me dixo S. E.: he oido decir que en la compañía de cómicos que representa en Toledo, hay una comedianta de primorosa habilidad; dicen que bayla y canta divinamente, tanto que eleva á quantos la oyen, y que es linda ademas de eso. Una muger de tantas prendas es digna de venir á representar en la Corte. El Rey gusta de comedias, música y bayles, y tampoco le desagrada la hermosura. No me parece razon que S. M.

carezca del placer de ver y oir á una muger de ese mérito. Por esto he resuelto pases á Toledo, veas á esa actriz, procures tratarla, y tantees por tí mismo si es tanto como se pondera; yo me atendré desde luego á la impresion que cause en tí, y enteramente me fiaré en tu discernimiento.

Respondí á S. E. que esperaba dar buena cuenta de aquella comision, y desde luego emprendí mi viage, acompañado de un lacayo, á quien hice dexar la librea del Ministro, para desempeñar mi encargo con mayor secreto, sin despertar los acechos de la curiosidad: precaucion que aplaudió y gustó mucho al Conde Duque, mi señor. Tomé pues el camino de Toledo, donde me apeé en un meson inmediato al Alcázar. Aun no bien me habia apeado quando el mesonero, teniéndome sin duda por algun caballero de los contornos, me dixo: naturalmente vendrá V. S. á ver la augusta ceremonia del auto de fe que se celebra mañana en Toledo. Yo que nada sabia de tal auto, le respondí inmediatamente que sí, para ocultar mejor mi designio, y cortarle la gana de preguntarme mas sobre el fin que me habia llevado á aquella ciudad. Verá V. S., prosiguió él, una de las mas bellas procesiones que jamas se han visto.

Con efecto, el dia siguiente ántes de salir el sol, comenzáron á tañerse todas las campanas de la ciudad, señal de que se daba principio al auto. Dexé luego la cama, fuíme derecho á

una de las calles por donde habia de pasar la procesion, y subí á un tablado de los que de trecho en trecho habian levantado para los que por su dinero quisieran ver con alguna mayor comodidad. Iban primero los Reverendos Padres Dominicos, precedidos del estandarte de la Fe, ó pendon del Santo Tribunal. Tras de dichos Religiosos venian los reos con sus capotillos ó especie de escapularios de tela amarilla, formada en ellos por la parte anterior y posterior el aspa de San Andres de tela roxa, y todos con corozas en la cabeza con llamas pintadas las de los condenados á la hoguera, y sin ellas las de los otros de menor pena.

Miraba yo á todos aquellos infelices con la compasion que no se puede negar á la humanidad, quando creí descubrir entre los encorozados sin llàmas al Reverendo Padre Hilario y á su compañero Fray Ambrosio. Pasáron tan cerca de mí, que no pude ya dudar de ello. ¡Qué es lo que estoy viendo! exclamé dentro de mí mismo, temblando de pies á cabeza. El Cielo se cansó de sufrir á estos malvados; y para salvar sus almas, los entregó en manos de la Justicia, disponiendo que cayesen en las del recto y santo Tribunal de la Inquisicion. Hablando conmigo de esta suerte, me sentí cubierto de un sudor frio, y tan sobresaltado, que faltó poco para desvanecerme y caer en tierra fuera de mí. Acordéme de que habia sido cómplice de aquellos bribones en la escanda-

losa, impia y loca aventura de Xelva; viniéronseme en aquel punto á la memoria todas las maldades que habia cometido en su compañia, y conocí el gran beneficio que me habia hecho Dios, librándome del capotillo y de la coroza.

Luego que pasó la procesion, y el auto se concluyó, me restituí al meson, lleno de mil especies melancólicas que me agitaban y turbaban la fantasía; pero al cabo disipadas estas insensiblemente, volví todo mi pensamiento á desempeñar con acierto la comision que me habia encargado el primer Ministro. Esperé con impaciencia la hora de la comedia, pareciéndome que este era el primer paso que debia dar. Llegada que fué, me dirigí al teatro, donde casualmente me senté junto á un caballero del hábito de Alcántara, con quien entablé luego conversacion, y le dixe, si daba licencia á un forastero para hacerle una pregunta. Caballero, me respondió cortesanamente, vmd. es dueño de preguntarme lo que quisiere, y tendré á mucha fortuna el poderle servir en algo. He oido alabar mucho, proseguí, á estos comediantes de Toledo, y desearia saber qué hay en esto: diréle á vmd., me respondió el de Alcántara, la compañía no es mala, y á la verdad hay en ella dos papeles excelentes. Entre otros oirá vmd. á la bella Lucrecia, niña de catorce años, que verdaderamente le aturdirá. No será menester que yo se la muestre á vmd. quando se dexe ver en el teatro. Ella sola por sí misma

se dará á conocer. Volvíle á preguntar si representaria aquella tarde. Sí, Señor, me respondió, y la ha tocado un papel de mucho trabajo en la pieza que vamos á oir.

Principió la comedia. Saliéron dos cómicas adornadas con todo quanto las habia sugerido el capricho de las modas, y con el hipo tan natural al sexô de llevarse todas las atenciones; pero ni sus diamantes, ni sus ricas galas, ni sus afectados movimientos me hiciéron creer que fuése alguna de las dos la que yo esperaba. En fin, dexóse ver Lucrecia en el fondo del teatro, y al punto fué anunciada su presencia con un ruidoso y general rumor de festivas y no pasageras palmadas. ¡O! dixe entre mí: ¡qué garbo! ¡qué ayre tan noble! ¡qué bellos ojos! ¡qué graciosa! ¡qué admirable criatura! Con efecto ella sola me llenó, ó por mejor decir, me arrebató toda el alma. Comenzó á recitar; ¡pero con qué naturalidad! ¡con qué fuego! ¡con qué modestísimo despejo! ¡con qué alma! ¡con qué comprehension de todo lo que decia, muy superior á sus pocos años! De manera que sin violencia, ántes bien con toda la razon y justicia del mundo, junté mis aplausos á los universales del auditorio, y los continué todo el tiempo que duró su representacion. Y bien, me dixo entónces el Caballero, ya vé vmd. la justicia que hace el público á Lucrecia. No me admiro, le respondí: pues ménos se admiraria vmd., me replicó, si la

oyera cantar: es verdaderamente una sirena: pobres de aquellos que la oyen, si no se precaven como en otro tiempo hizo Ulises. No es ménos temible quando bayla; sus pasos son tan peligrosos como su voz, y no hay ojos ni corazones que resistan. Segun eso, exclamé yo entónces, será preciso confesar que esta niña es un portento. Se puede decir que está expuesto qualquiera á arruinarse por ella. Ningun amante tiene, me replicó aquel Señor, á lo ménos que se sepa. Lo cierto es que la maledicencia no la ha descubierto hasta ahora el mas mínimo amoroso devaneo, aunque pudiera muy bien haber caido en él incautamente, por estar baxo el dominio de una tia suya, llamada Estela, que es la muger mas astuta de toda la compañía.

Al oir el nombre de Estela, pregunté no sin alguna precipitacion al tal Caballero, si aquella Estela hacia algun papel. ¿Qué llama si hace algun papel? me replicó: hace uno de los mejores y mas principales; pero hoy no representa, y en verdad que no hemos perdido poco. Por lo comun hace el papel de graciosa, y verdaderamente lo desempeña que es un primor. Representa con tanto desahogo, que acaso picará en demasía; pero este mismo defecto, si lo es, la cae muy en gracia. Contóme otras mil maravillas de la tal Estela, y por el retrato que me hizo, no dudé fuese Laura, aquella misma que dexé en Granada, y de quien he hablado tanto en esta mi historia.

Para cerciorarme mas, fuíme derecho al vestuario concluida la comedia. Pregunté por la señora Estela, y volviendo los ojos á todas partes, ví que se estaba calentando entre bastidores, y que la estaban obsequiando algunos Señores, quizá solo porque era tia de Lucrecia. Llegué á saludarla, y fuese por algun capricho, ó por vengarse de mi precipitada fuga de Granada, me recibió con gran frialdad, fingiendo no conocerme. En lugar de hacer burla y chacota de su seco recibimiento, fuí tan simple que mostré formalizarme, y aun me despedí con sequedad y con enfado, resuelto en aquel primer movimiento de cólera á restituirme á Madrid el dia siguiente. Por vengarme de esta simple, decia yo para conmigo, no quiero que su sobrina tenga el honor de representar delante del Rey; para esto basta que haga á mi modo al Ministro el retrato de Lucrecia: no tengo mas que decirle que bayla con poco garbo, que su voz es áspera, y que toda su gracia consiste en sus pocos años: estoy seguro que desde luego se le pasará la gana de hacerla ir á la Corte.

Esta era toda la venganza que pensaba tomar del desayre que Laura me habia hecho; pero duró poco mi resentimiento. La mañana siguiente, quando me estaba disponiendo á marchar, entró un lacayuelo en mi quarto, y sin conocerme me dixo: Señor, traygo un billete para el Señor de Santillana, sírvase vmd. decirme en qué quarto está alojado. En este mismo, le

respondí, porque ese tal Santillana soy yo, y tomándole de la mano el papel, le abrí, y hallé que contenia estas precisas palabras: *olvida el modo con que á noche te recibí en el teatro, y ven con el portador á donde él te guie.* Seguí luego al lacayuelo, que me conduxo á una casa muy decente, no distante del teatro, y me introduxo en un quarto alhajado con aseo y buen gusto, donde encontré á Laura peynándose en su tocador.

Luego que me sintió, se levantó apresurada á darme un abrazo, diciéndome: Señor Gil Blas, conozco que vmd. saldria ayer, y con mucha razon, poco satisfecho del mal recibo que le hice en el vestuario, siendo conocidos antiguos; no tengo otra disculpa sino que me hallaba á la sazon de malísimo humor, por haber oido ciertos discursos malignos que algunos de los Señores cómicos tenian sobre la conducta de mi sobrina, cuya honra me importa mas que la mia. El precipitado y desabrido modo con que vmd. se despidió, me hizo abrir los ojos, y conocer mi desatencion: en el mismo punto dí órden á mi lacayuelo que siguiese á vmd., y observase su posada, con ánimo de reparar hoy la ofensa que le hice ayer. Ya queda, le dixe, enteramente reparada, querida Laura, y no se hable mas en la materia. Ahora tratemos únicamente de nuestras recíprocas aventuras despues que el pánico temor de un grave castigo me obligó á salir de Granada con aquella precipi-

tacion. Te dexé, si te acuerdas, metida en un grande embrollo. ¿ Cómo saliste de él ? ¿ No es verdad que necesitaste de toda tu habilidad y arte para hacer las paces con tu buen Portugues ? Nada ménos, respondió Laura : ¿ pues no sabes que en semejantes lances la flaqueza de los hombres suele ahorrar á las mugeres hasta el fácil trabajo de justificarse?

Proseguí en la misma forma que ántes, sosteniendo al Marques de Marialva con toda resolucion que eras verdaderamente hermano mio. Perdóneme vmd., Señor Santillana, la llaneza con que le trato, acordándome del tiempo antiguo, porque no es fácil desnudarse de repente de las costumbres añejas. Diréte pues que le hablé con desembarazo y entereza. ¿ No conoce V. E., le dixe, que todo este enredo es obra de los zelos y de la envidia ? Narcisa, mi compañera y rival, rabiosa de ver que poseo yo un corazon que ella habia contado ya por suyo, forjó todo este embuste. Cohechó al atizador de las luces, para que levantase la garrafalísima mentira de que me habia visto en Madrid, sirviendo á Arsenia. La viuda de Don Antonio Coello nunca tuvo pensamientos tan baxos que creyese posible el caso de ponerse á servir á una comedianta. Fuera de esto, otra patente prueba de la falsedad de este cargo, y de la conspiracion de mis acusadores, es la misma precipitada fuga de mi hermano, que si estuviera presente, dexaria sin duda bien confundida la calumnia; pero

Narcisa con algun nuevo artificio le haria desaparecer, previniendo este vergonzoso lance.

Aunque estas razones, prosiguió Laura, no eran las mas concluyentes para formar una buena apología de mi inocencia, el Marques tuvo la bondad de contentarse con ellas; tanto que el docilísimo Señor prosiguió amándome con igual fineza hasta que dexó á Granada, y se volvió á Portugal. Su partida fué muy inmediata á la tuya, y la muger de Zapata tuvo el maligno consuelo de verme perder al amante que yo la habia quitado. Permanecí despues algunos años en Granada; pero habiéndose introducido disensiones, como freqüentemente sucede entre nosotros, se separáron los comediantes, agregándose unos á la compañía de Sevilla, y otros á la de Córdoba. Yo me vine á la de Toledo, donde ha diez años que resido, cuidando de mi sobrina Lucrecia, á quien ayer oiste representar, puesto que estuviste en la comedia.

No pude dexar de sonreirme, quando la oí decir estas últimas palabras. ¿De qué te ries? me preguntó ella. ¿Pues qué, no lo adivinas? la respondí. Tú no tienes hermano ni hermana, y así tampoco puedes tener sobrinos ni sobrinas. Ademas de eso, quando cotejo el tiempo que ha que nos separámos, con la edad que puede tener Lucrecia, me parece que puede ser algo mas estrecho el parentesco entre vosotras dos.

Ya le entiendo á vmd., Señor Gil Blas, replicó la viuda, un si es no ès sonrojada. Como

vmd. tiene tan presentes las épocas, no es fácil encaxarle gato por liebre. Ahora bien, amigo Gil Blas, Lucrecia es hija mia, y del Marques de Marialva, y el fruto de nuestro amor, porque no quiero ocultarte mas esta verdad. Vamos claros, repliqué yo, que es grande el sacrificio que me haces en confiarme este secreto, particularmente despues que me confiaste tus aventuras con aquel ecónomo del hospital de Zamora. Como quiera que sea, Lucrecia es una niña de tanto mérito que el público jamas podrá agradecer, como debe, el bellísimo regalo que le hiciste en ella, quando la diste á luz. Oxalá fueran como este todos los que le hacen tus compañeras y amigas.

Quién sabe si algun lector ladino, al llegar aquí, se acordará de las secretas conversaciones que Laura y yo tuvimos en Granada, quando era secretario del marques de Marialva, y se le antojará sospechar que podia yo tener algun derecho para disputar al Marques la paternidad de Lucrecia; le protesto por mi honor que seria injusta su sospecha.

Despues de darme Laura cuenta de sus aventuras, yo se la dí á ella de las mias, hasta del estado actual de mis negocios. Oyóme con una atencion que mostraba bien no serla indiferentes mis ventajas. Amigo Santillana, me dixo, luego que acabé mi relacion, veo que estás haciendo una no pequeña ni poco afortunada figura en el teatro del mundo, y mi suma com-

placencia es muy superior á todos los esfuerzos de mi pobre explicacion. Pienso pasar á Madrid con mi Lucrecia, para ver si la puedo colocar en el teatro del Príncipe, y espero que hallará en el Señor de Santillana un poderoso protector. No lo dudes, la respondí: cuenta conmigo, y cree que la haré entrar en dicha compañía siempre y quando quieras. Esto es lo que te puedo ofrecer con toda seguridad, sin hacer alarde, ni mucho ménos presumir de mi poder. Desde luego te cogeria la palabra, replicó Laura, y mañana mismo marcharia á Madrid, si no me detuvieràn en Toledo las obligaciones que tengo contraidas con ésta compañía. Una órden del Rey, dixe yo, deshace fácilmente todas esas obligaciones. Esta órden la recibirás ántes de ocho dias, y yo me encargo de ella. Lucrecia es alhaja propia de Corte, y tendré gran placer en robársela á los Toledanos.

A este tiempo entró Lucrecia en el quarto. Parecióme que veía entrar en él á la misma Diosa Hebe: tanta era su lindeza y gracia. Acababa de levantarse de la cama, y brillaba tanto su hermosura natural, sin los auxîlios del arte, que verdaderamente suspendia y encantaba. Ven acá, sobrina, la dixo su madre, ven, y da mil gracias á este Señor por lo mucho que nos favorece: es un antiguo amigo mio que tiene gran valimiento en la Corte, y está empeñado en agregarnos á entrámbas á la compañía del Príncipe. Mostró la niña no disgustarle la pro-

puesta: hízome una profunda cortesía, y me dixo con cierta hechicerísima risita: doy á vmd. muchas gracias por su noble y generosa intencion; pero, caballero, quando vmd. desea sacarme de un público que me favorece y me ama, estará bien seguro de que el de Madrid no me despreciará en vez de estimarmé, porque á la verdad me seria muy sensible perder en el trueque. Muchas veces he oido decir á mi tia haber conocido actores y actrices muy aplaudidos en una ciudad, y muy silbados en otra: y así no quisiera que vmd. me expusiese al desprecio de la Corte, ni á sí mismo á que esta la desayrase, riéndose de su mal gusto. Hermosa Lucrecia, la respondí, eso es lo que ni vmd. ni yo debemos temer; ántes bien lo único que temo, es que vmd. encienda una guerra civil entre los Grandes, enamorándolos á todos. El miedo de mi sobrina, interrumpió entónces Laura, me parece mejor fundado que el de vmd.; pero todo bien considerado, ámbos los tengo por vanos. Quando Lucrecia no haga gran ruido por sus gracias personales, á lo ménos no representa tan mal que pueda temer verse despreciada.

Siguió nuestra conversacion por algun tiempo, y en el discurso de ella descubrí en Lucrecia mucha agudeza, y un entendimiento lleno de viveza y de penetracion. Despedíme al fin de las dos, protestando que inmediatamente se hallarian con órden de que luego luego pasasen á Madrid.

CAPITULO II.

Da Santillana cuenta de su comision al Ministro, quien le encarga disponga la venida de Lucrecia á Madrid; llega esta á la Corte; y su primera representacion en el teatro.

QUANDO volví á Madrid, encontré al Conde Duque muy deseoso de saber el suceso de mi viage. Y bien, Santillana, me dixo: ¿ viste á nuestra comedianta? ¿ merece que se le haga venir á la Corte? Señor, le respondí, la fama que comunmente pondera mas de lo justo la belleza de algunas mugeres, se quedó muy atras en celebrar la de Lucrecia. Es un asombro de hermosura, y un prodigio de habilidad.

¡ Es posible! exclamó el Ministro con una interior satisfaccion que se leía en sus ojos, y me hizo sospechar que mi viage á Toledo habia sido por su interes personal. ¿ Es posible, vuelvo á decir, que Lucrecia sea tan amable como me dices? Quando V. E. la vea, proseguí, conocerá que no es dable alabarla sin que en el mayor elogio pierda mucho su mérito. Santillana, replicó el Ministro, quiero que me hagas una puntual relacion de tu viage, porque tendré particular gusto en oirla. Tomé luego la palabra para obedecerle, y le conté quanto

pasó, encaxándole hasta la historia de Laura *inclusivè*. Díxele que Lucrecia era hija de Laura y del Marques de Marialva, caballero que viajando la habia conocido en Granada. Finalmente, quando le acabé de contar todo lo que habia pasado entre aquellas comediantas, me dixo: no sabes quanto me alegro de saber que Lucrecia es hija de un hombre distinguido. Esta circunstancia me obliga á interesarme por ella mas y mas. Así pues, hazla venir quanto ántes á la Corte; pero guárdate bien, añadió, de que mi nombre se tome en boca en todo este negociado: para nada, para nada he de entrar yo en él: todo ha de sonar manejo puro y neto de Gil Blas de Santillana.

Fuíme derecho á verme con Sotero; díxele que el Rey queria se despachase luego una órden, en que se expresase como S. M. habia tenido á bien recibir en la Real compañía cómica de su teatro, á Estela y á Lucrecia, actualmente agregadas á la de Toledo. Caspitina, Señor Santillana, me respondió Sotero con una risita burlona, vmd. será servido prontamente, porque segun todas las señas se interesa mucho su buen gusto por estas dos damas. Con efecto, extendió la órden á mi vista, entregómela, dexando á mi cuidado su despacho, y yo sin perder tiempo la envié á Toledo por el mismo lacayo que me habia acompañado en mi viage á aquella ciudad. Ocho dias despues llegáron á Madrid madre é hija. Apeáronse en una

posada á pocos pasos del teatro ó corral del Príncipe, y su primer cuidado fué darme aviso de su arribo por medio de un billete. Pasé al punto á visitarlas, y despues de mil recíprocos cumplimientos, las dexé para que se dispusiesen á su primera salida á las tablas, deseándolas fortuna y aplausos, de lo que ya casi no dudaban.

Publicóse al instante que dos nuevas comediantas, recien admitidas en la compañía cómica del Rey, saldrian tal dia á hacer sus papeles; y diéron principio á su representacion con una comedia escogida que habia agradado mucho en Toledo siempre que se representaba, y por lo mismo la repetian muchas veces.

En todo el mundo gusta la novedad quando se trata de espectáculos. El concurso de este dia al teatro fué verdaderamente extraordinario. Bien se puede creer que yo no faltaria. Confieso que estuve no poco sobresaltado ántes que se diese principio á la pieza. En medio de mi gran prevencion á favor de la habilidad de hija y madre, estaba con temor del buen éxîto: tanto me interesaba por ellas; pero mi rezelo solo duró miéntras las dos tardáron en abrir la boca. Luego que habláron se desvaneció mi sobresalto con los vivas, aplausos y palmadas, que por largo tiempo resonáron en aposentos, patio, gradas, y cazuela. Todos celebraban á Estela como una actriz completa para los papeles serios, y á Lucrecia como un prodigio para lo cómico. Esta última se levantó

con los corazones de todos. Unos admiraban la brillante viveza de sus hermosísimos ojos; á otros les encantaba su dulcísima y delicadísima voz; y todos admirados de sus gracias no ménos que de su modesto despejo, añadido á lo florido de su juventud y á su garbo, saliéron como hechizados de su persona.

Concurrió aquella noche á la comedia el Conde Duque, el qual se interesaba mas de lo que yo creia en el lucimiento de aquella tiernecita Comedianta, y le ví salir muy satisfecho, á lo que me pareció, de la madre y de la hija. Seguíle deseoso de saber si me habia engañado ó no en mi juicio, y entrándome tras de él en su gabinete: y bien, Señor Excelentísimo, le dixe, ¿le ha gustado á V. E. madamita Marialva? Mi Excelencia, me respondió sonriéndose, seria una Excelencia bien ridícula y muy descontentadiza, si no conformara su voto con el del público. Sí, amigo, Lucrecia me llenó, y no dudo que el Rey gustará de verla.

CAPITULO III.

Hace Lucrecia gran ruido en la Corte; representa delante del Rey, quien se enamora de ella; sucesos de estos amores.

Al instante se divulgó por Madrid, llegando hasta la Corte, la voz del grandísimo aplauso

que habian tenido las dos nuevas comediantas. Hablóse de ellas al dia siguiente en el quarto del Rey. Dos Señores alabáron tanto á Lucrecia, y la pintáron tan hermosa, que el retrato dió curiosidad al Monarca, el qual no solo disimuló la impresion que le habia hecho, sino que afectó no atender á aquella conversacion.

Con todo, luego que se quedó á solas con el Conde Duque, le preguntó quién era aquella comedianta á quien tanto alababan. Es, Señor, le respondió el Ministro, una jovencita comedianta de Toledo, que por primera vez salió ayer al teatro, y se grangeó las aclamaciones de todos. Llámase Lucrecia, nombre que conviene con mucha propiedad á las mugeres de su profesion. Conocíala Santillana, y este me dixo tantas y tan buenas cosas de ella, que me pareció conveniente recibirla en la compañía cómica de V. M. Sonrióse el Rey quando oyó mi nombre, acordándose quizá en aquel momento de que por mi maña habia conocido á Catalina, y presintiendo acaso que le habia de prestar el mismo servicio en esta ocasion. Como quiera que esto fuese, el Rey dixo al Ministro: Conde, mañana quiero oir representar á Lucrecia: encárgote que cuides de que se lo digan.

Contóme el Conde Duque esta conversacion que habia tenido con el Rey, y me mandó ir á la posada de Laura á avisarla del favor que S. M. las queria dispensar. Partí volando, y habiendo encontrado á Laura la primera, vengo,

la dixe, á daros una gran noticia. Mañana quiere veros y oiros en el teatro el Soberano; así me ha mandado el Ministro que os lo prevenga. No dudo que tanto tú como tu hija haréis quanto podais y sepais para desempeñaros, y corresponder al honor que el Monarca quiere haceros. A ese fin os aconsejo escojais una pieza en que haya bayle y música, para que lo puedan lucir los grandes talentos que en una y otra habilidad celebran todos en Lucrecia. Seguirémos tu consejo, me respondió Laura, y harémos quanto nos sea posible para que no quede por nosotras que el Rey se dé por satisfecho. No podrá ménos de quedarlo mucho, repliqué yo, viendo entónces á Lucrecia que venia de medio trapillo, con el qual parecia cien veces mas agraciada y linda que adornada con las mas soberbias galas de teatro. Quedará tanto mas pagado S. M., quanto es mayor su pasion á la música y bayle, como que ninguna otra cosa le divierte tanto; ¿ y quién sabe, añadí, si acaso no la mirará con buenos ojos, tentándole los de Lucrecia? No quisiera, interrumpió Laura, que S. M. tuviese tal tentacion, porque no obstante de ser tan gran Monarca, pudieran acaso quedar desayrados sus deseos. Aunque Lucrecia se crió entre bastidores y las licencias del teatro, ama mucho la virtud; y bien que no la desagraden los aplausos en las tablas, todavía aprecia mas ser tenida por doncella honrada y timorata, que

por baylarina, cantatriz, ni comedianta excelente.

Al oir esto tomó cartas en la conversacion la misma Lucrecia, y volviéndose hácia Laura, la dixo con mucha gracia: tia mia, ¿á qué fin forjar monstruos imaginarios para combatirlos? Nunca me veré yo en la dura necesidad de no corresponder á los deseos del Rey. La fineza de su Real y delicadísimo gusto le librará del sonrojo interior que padeceria por haberse abatido tanto que pusiese los ojos en mí. Pero hermosa Lucrecia, la repliqué yo, si llegara el caso de que os entregase su corazon, escogiéndoos por su dama, ¿seriais tan cruel que le dexáseis suspirar á vuestros pies como á un qualquier amante? ¿Y por qué no? respondió prontamente. Sin duda que lo haria así: pues dexando á un lado la virtud, conozco que para mi vanidad seria triunfo mas lisonjero y aun mas glorioso resistir á su pasion, que rendirme á ella. No me admiró poco oir hablar de esta manera á una doncellita criada á los pechos y en la escuela de tal madre. Despedíme de las dos muy edificado de la primera, y aplaudiendo á la segunda por la buena educacion que habia dado á su hija.

Impaciente el Rey por ver á Lucrecia, fué la tarde siguiente al teatro. Representóse una comedia con música y bayle, brillando en todo nuestra comedianta.

Desde el principio hasta el fin clavé los ojos

en el Monarca, para ver si podia indagar por ellos lo que pasaba en su corazon; pero se burló de toda mi penetracion, mediante cierto magestuoso ayre de gravedad y seriedad que afectó constantemente hasta el fin: y así no supe hasta el dia siguiente lo que tenia tantas ganas de saber. Santillana, me dixo el Ministro, vengo del quarto del Rey. Me ha hablado de Lucrecia con expresiones tan vivas, que no dudo ha quedado muy prendado de ella. Y como yo le habia dicho que fuiste tú quien la hizo venir de Toledo, mostró deseo de hablar privadamente contigo en este particular. Así pues, parte á Palacio, preséntate á la puerta del quarto de S. M., donde ya hay órden para que te dexen entrar: ve pues al instante, y vuelve luego á darme cuenta de toda la conversacion.

Volé al mismo punto al quarto del Rey, á quien encontré solo paseándose á pasos largos cabizbaxo y pensativo. Hízome varias preguntas acerca de Lucrecia, cuya historia quiso le contase con la mayor menudencia; y quando la concluí, me preguntó si aquella damita habia tenido algun galan. Respondí que no con toda seguridad y resolucion, sin embargo de conocer lo arriesgadas que son por lo comun semejantes aseveraciones. Siendo eso así, repuso S. M., desde luego te nombro por agente mio para con Lucrecia, y quiero sepa por tu boca el corazon que ha conquistado. Ve al punto á darla esta noticia, entregándola al mismo tiempo

en mi nombre esta memoria mia, (era un cofrecito lleno de preciosísimas joyas de valor como hasta mas de cincuenta mil ducados) y díla que la pido acepte este corto regalo como prenda de otras pruebas mas sólidas que puede y debe esperar de mi afecto.

Antes de cumplir con esta comision, pasé á ver al Conde Duque para darle cuenta fiel de todo lo sucedido con el Rey. Temia yo que aquel Ministro celebrase poco esta noticia, ántes bien rezelaba que le habia de inquietar mucho, porque, como ya dixe arriba, sospechaba yo que tenia sus miras y fines muy personales hácia la niña, y por consiguiente le daria poco gusto tener al Rey por rival; pero léjos de desazonarle la noticia, se alegró tanto con ella, que no pudiendo disimular su gozo, se le escapáron algunas palabras que yo no dexé caer en tierra. *¡Ah, Rey mio!* (exclamó) *ahora sí que te tengo seguro. ¿Te enamoraste? Pues desde este punto comienzan á llenarte de tedio el Gobierno y los negocios:* apóstrofe que me hizo ver con claridad todo el manejo político del Conde. Conocí que le habia solicitado una diversion la mas conforme á su humor, para desviarle de la atencion á las cosas serias. Santillana, me dixo luego, no pierdas tiempo, ve quanto ántes á obedecer la importante órden que te han dado, persuadido á que muchos cortesanos se gloriarian de que se les hubiese confiado á ellos.

De esta manera pretendia S. E. dorarme la píldora, la que tragué lo mejor que pude, mas no sin sentir un poco su amargura; porque despues de mi prision me habia acostumbrado á mirar las cosas por el lado de la religion y del honor; y el empleo de Mercurio en xefe no me parecia tan honrado como me lo querian persuadir. No obstante, aunque ya no era tan vicioso que pudiese exercitarlo sin mucho remordimiento, tampoco era tanta mi virtud, que tuviese valor para no aceptarlo. Obedecí pues al Rey con tanto mayor gusto, quanto ya estaba seguro de que no desagradaba en ello al Ministro, á quien en todo y por todo deseaba complacer.

Parecióme conveniente hablar primero á Laura para quedar de acuerdo de todo entre los dos. Expúsela mi comision en los términos mas moderados y decentes que me fué posible, concluyendo mi arenga con ponerla en la mano el cofrecillo de las joyas. A su vista, no pudiendo disimular su alegría, la dexó salir á explicarse de palabra con toda libertad. Señor Gil Blas, exclamó rebosando de gozo, dexémonos de ceremonias y ficciones cortesanas, que serian muy impertinentes quando estan hablando dos antiguos y finísimos amigos. Agraviaria mucho nuestra amistad afectada, si me revistiera de una importuna severidad, haciendo melindres contigo. Sí por cierto, prosiguió ella, confieso que me faltan voces para explicar el regocijo que me

ha causado la noticia que me das de la preciosísima conquista que ha hecho mi hija Lucrecia. Veo muy bien las grandes ventajas que puede traer consigo; pero, hablando entre los dos, temo mucho que ella la ha de mirar con ojos muy diversos de aquellos con que la miro yo. Aunque es una comedianta, y se ha criado en el teatro, es tan timorata y de tanto pundonor, que ya ha despedido á dos Grandes Señores tan amables como ricos. Dirásme quizá que estos no eran Reyes. Convengo en ello, y tambien en que un amante coronado puede hacer titubear la virtud de Lucrecia. Con todo eso no puedo dexar de decirte que es muy incierto el caso, y declararte tambien que por lo que á mí toca, no haré violencia á mi hija. Si esta, léjos de considerarse favorecida por el afecto momentaneo del Rey, lo mira como mancha á su recato, no dudo que tan gran Monarca tendrá la generosidad no solo de no darse por ofendido, sino ántes bien de aplaudir un modo de pensar tan honrado en una doncellita de pocos años. Finalmente, añadió Laura, tómate el trabajo de volver mañana, que entónces podré decir la respuesta que has de dar al Rey, ó favorable á sus deseos, ó de reconocimiento á su soberana bondad, restituyéndole al mismo tiempo sus joyas y regalos.

A pesar de toda esta arenga de Laura tuve por sin duda que ántes exhortaria á Lucrecia á que se olvidase de su honestidad, que á man-

teneerse en ella. Persuadido yo á esto, contaba casi seguramente con el buen efecto de su patética exhortacion; pero al dia siguiente me quedé grandemente suspenso, quando supe que la habia costado mas trabajo á esta madre reducir á lo malo á su hija, que las cuesta á otras el inclinar á las suyas á lo bueno. Creció á lo sumo mi admiracion, quando ví dentro de pocos dias que habiendo recibido Lucrecia algunas secretas visitas del Monarca, quedó tan arrepentida de haber condescendido con sus deseos, que de repente volvió las espaldas al mundo, y se encerró en un Convento, donde luego enfermó y murió á impulsos de la vergüenza y del dolor. Laura, por su parte, inconsolable de la pérdida de la hija, de cuya muerte se consideraba rea por su desmesurada ambicion, se metió en las Arrepentidas, donde pasó el resto de su vida, llorando los amargos gustos de sus malogrados años. Afligió mucho al Rey el inopinado retiro de Lucrecia; pero como en su genio naturalmente inclinado á divertirse hacian poca mansion las pesadumbres, se fué consolando poco á poco. En quanto al Conde Duque, afectó la mayor indiferencia é insensibilidad en este suceso, bien que no dexó de desazonarle, como fácilmente lo creerá el advertido lector.

CAPITULO IV.

Nuevo empleo que confirió el Conde Duque á Santillana.

Por lo que respeta á mí, me llegó al alma la desgracia de Lucrecia, y fué tanto el sentimiento que tuve por lo que pude haber contribuido á ella, que considerándome yo mismo por un infame, no obstante la soberana y augusta elevacion del amante á quien servia, renuncié para siempre jamas el caduceo, y declarando al Ministro la repugnancia que me causaba el llevar en la mano un cetro ó baston tan vergonzoso, le supliqué me emplease en qualquiera otra cosa en que anduviesen de acuerdo el favor y la conciencia. Santillana, me respondió el Conde, grandísimo gusto me da esa tu delicadeza; y en vista de tu honrado pundonor, quiero darte una ocupacion que se acomode á tu christiano modo de pensar, y no ménos noble que justa resolucion de proceder. Oye con atencion la confianza que voy á hacer de tí, y el ministerio tan importante como decente que voy á darte.

Algunos años ántes de mi privanza con el Rey, ví por casualidad á una dama que me pareció bizarra, ayrosa y bella. Hice que la siguiesen, la observasen, y me informasen quién era. Dixéronme que era una dama Genovesa, llamada Doña Margarita de Espínola, la qual

vivia en Madrid con las rentas de su hermosura y de su atractivo, añadiendo que cierto Alcalde de Corte, por nombre Don Francisco Valdeasar, viejo y rico, gastaba mucho con ella. Esto que al parecer debiera haberme retraido para siempre de pensar en semejante muger, fué puntualmente lo que me irritó mas la gana de entrar á la parte en sus favores con el tal Don Valdeasar. Para contentar este capricho, me valí de una famosa y experta vieja, cuya habilidad me facilitó en breve una secreta conversacion con la Genovesa, á la qual siguiéron otras muchas; de manera que tanto mi rival como yo, éramos igualmente bien admitidos, gracias á nuestras dádivas. ¿Y quién sabe si acaso entraba tambien en la danza otro tercer galan, y que quizá fuese tan favorecido como nosotros dos?

Como quiera que fuese, lo cierto es que Margarita en aquella confusion de cortejantes llegó á dar á luz un niño, de cuya paternidad honró á cada uno de sus amantes; pero como ninguno podia asegurarse en conciencia de que le era debido aquel honor, todos lo renunciáron; de suerte que la Genovesa se vió precisada á criarle en su casa con el producto de sus galanteos. Duró esto diez y ocho años, al cabo de los quales murió la madre, dexando al hijo sin bienes, y lo peor de todo sin educacion.

Ahora entra la confianza que te quiero hacer, instruyéndote del gran designio que tengo acá

ideado. Quiero sacar de su infeliz estado á este pobre y desgraciado muchacho; y haciéndole pasar de un extremo á otro, elevarle á los mayores honores, y hacer se le reconozca por hijo y heredero mio.

No me pude contener al oir un proyecto tan extravagante; y sin reparar en la desatencion de interrumpir su discurso, exclamé diciendo: ¡ cómo, Señor! ¡ es posible que haya cabido en V. E. una resolucion tan extraña! Perdone V. E. á mi zelo una expresion tan impropia de su grandeza. Sosiégate, Santillana, me replicó no sin inmutarse algo, quizá te parecerá ménos rara mi determinacion, quando sepas las razones que he tenido para formarla. No quiero que sean herederos mios mis parientes colaterales. Tal vez me dirás que no soy tan viejo que no pueda todavía esperar tener algun hijo en la Condesa de Valdeories; pero cada uno se conoce á sí mismo; bástete saber que he probado inútilmente todos los secretos de la chîmia para volver á ser padre. Así pues, ya que la fortuna supliendo lo que falta á la naturaleza, me presenta un muchacho, del qual no es del todo imposible sea yo el verdadero padre, quiero adoptarle por hijo. El punto está ya decidido, y de un modo irrevocable.

Viendo yo al Ministro éncaprichado en semejante adopcion, tomé el partido de callar, y dexé de oponerme á su idea, sabiendo era capaz de qualquier gran desacierto, ántes que desistir

de su parecer. Ahora solo se trata, prosiguió el Ministro, de dar una correspondiente educacion á Don Enrique Felipe de Namuzg, porque este es el nombre que ha de tomar hasta que se halle en estado de poseer los títulos y dignidades que le esperan. En tí, querido Santillana, he puesto los ojos para que le gobiernes; descnido enteramente en tu capacidad, en tu zelo y en tu amor, sobre el cuidado y gobierno de su persona y de su casa. Tú le buscarás buenos maestros que le enseñen quanto en materia de instruccion y de habilidades debe saber un perfecto Caballero. Quise negarme á la aceptacion de semejante empleo, representando al Conde mi amo que no podia en conciencia encargarme de un ministerio que jamas habia exercido, y que pedia verdaderamente mas luces de las que yo tenia, y tambien otra educacion, y aun otro nacimiento del que me habia tocado; pero luego me interrumpió, y me tapó la boca, diciéndome con toda resolucion, que absolutamente queria fuese yo el ayo de su hijo adoptivo, á quien destinaba para ocupar los primeros cargos de la Monarquía. Fuéme pues preciso echarme á cuestas tan importante como difícil encargo, por complacer á S. E., quien en premio de mi condescendencia aumentó mi renta con una pension de mil escudos, que me señaló sobre una encomienda de la Orden de Montesa.

CAPITULO V.

Es reconocido auténticamente el hijo de la Genovesa por hijo del Ministro, baxo el nombre de Don Enrique Felipe de Namuzg: escoge Santillana los maestros y personas de servidumbre para este Señor.

Con efecto, tardó poco el Conde Duque en reconocer por hijo suyo al de Doña Margarita. Hízose esta adopcion por medio de instrumento público y solemne con noticia del Rey, y con su Real aprobacion. Don Enrique Felipe de Namuzg (este fué el nombre que se dió á aquel hijo de muchos padres) fué declarado único heredero del Condado de Valdeories, y del Ducado de Nacarlus. El Ministro, para que viniese á noticia de todos, dió parte de ello á los Embaxadores extrangeros y á la Grandeza, quedando todos altamente sorprehendidos. Los ociosos y bufones de Madrid tuviéron asunto para divertirse y reir por largo tiempo, y los poëtas satíricos no perdiéron tan bella ocasion de desahogar la hiel de su mordacidad.

Pregunté al Conde donde estaba el Señorito que S. E. queria fiar á mi cuidado. En Madrid está, me respondió, á cargo de una tia, de cuya compañía le sacaré luego que tú le tengas

ya buscada casa y familia. Esto se hizo en poco tiempo. Alquilé una buena y cómoda vivienda, adornéla con preciosos muebles, busqué pages y criados, escogiendo los que me pareciéron mejor entre los pretendientes, y con el auxîlio de Caporis en breve completé la servidumbre, echando mano para ocuparla de los sugetos mas acreditados y sòbresalientes. Quando todo estaba ya ajustado, dí parte á S. E., quien hizo venir al equívoco y nuevo vástago del gran tronco de los Namuzges. Presentóse á mis ojos un gran mozo de buena traza. Don Enrique, le dixo el Conde, señalándome á mí con el dedo, este caballero que aquí ves, es el sugeto que yo mismo he escogido para que te gobierne y guie en la carrera del mundo. Tengo puesta en él toda mi confianza, y le he dado poder y autoridad absoluta sobre tí. Sí, Santillana, añadió volviéndose á mí, á tu cuidado le entrego enteramente, muy seguro de que me darás buena cuenta de él. A estas palabras añadió otras el Conde, encargando al caballerito me obedeciese en todo, y no saliese un punto de lo que yo le insinuase; y con esto nos despidió mandándome que conduxese á Enrique á su nueva casa.

Luego que estuvimos en ella, hice que se le presentasen todos los criados, explicándole el oficio que tenia cada uno. Mantúvose despejado y sereno, sin dar la mas mínima señal de que le hiciese novedad el verse de repente en aquella no esperada condicion, ántes bien

admitia con tanta naturalidad todas las demostraciones de atencion y de respeto que se le tributaban, como si hubiera sido por nacimiento aquello que representaba por capricho y por casualidad. No le faltaba talento, pero era ignorante en sumo grado. Apénas sabia leer ni escribir. Busquéle un preceptor que le enseñase los rudimentos de la lengua latina, maestros de geografía, de historia y de esgrima. Ya se dexa discurrir quē no me olvidaria de un maestro de bayle; pero habia á la sazon tantos y tan famosos en Madrid, que solamente me embarazé en la eleccion, no sabiendo á qual dar la preferencia.

Hallábame con esta indecision, quando ví entrar en el portal de casa á un hombre ricamente vestido. Poco despues llegó un page á decirme que deseaba verme aquel personage; hícele entrar, y preguntándole en qué le podia yo servir: Señor de Santillana, me respondió, he sabido que V. S. anda buscando maestro de danzar para el Señor Don Enrique, y vengo á ofrecerme á la disposicion de V. S.; concluyendo esta breve arenga con muchas compasadas reverencias que mostraban bien su profesion. Yo, Señor, añadió, me llamo Martin Ligero, y gracias á Dios soy conocido en Madrid. No acostumbro andar á caza de discipulos, que eso es bueno para los maestrillos principiantes, ó para los que apénas saben baylar la pavana. Comunmente espero á que me busquen; pero, enseñando como enseño al Señor

Duque de Medianadionis, al Señor Don Luis de Roa, y á algunos otros Caballeros de la casa de Namuzg, de la qual me precio ser como criado y servidor nato, me pareció de mi obligacion anticiparme á ofrecerme á V. S. Por lo que vmd. me dice, repuse yo, veo ser el hombre que habíamos menester. ¿Y quánto es, le pregunté, lo que vmd. lleva al mes? Quatro doblones de oro, me respondió, y no doy mas de dos lecciones por semana. ¡Quatro doblones! repliqué yo. Paréceme precio muy excesivo. ¡*Precio excesivo* le parece á V. S. el de quatro doblones al mes por un maestro de danzar! me dixo en tono de admirado, y quizá quizá dará V. S. un doblon á un pobre inútil maestro de filosofía.

No me fué posible contener la risa á vista de una réplica tan necia y disparatada, preguntando al Señor Ligero, si en Dios y en conciencia creía que era mucho ménos necesario un maestro de filosofía que un maestro de danzar. Y cómo que lo creo, me respondió intrépidamente. Nosotros somos cien veces mas útiles á la sociedad que esos señores mios. Y sino, dígame V. S. ¿qué cosa son los hombres, ántes de pasar por nuestras manos? ¿Son mas que unas estatuas mal labradas, ó unas informes masas de carne, como los osos recien nacidos, ántes que sus madres los laman y pulan, dándoles la figura que les corresponde? Nosotros poco á poco los vamos desbastando, dándoles insensiblemente aquella forma que han de tener

con aquellos ayrosos y compasados movimientos que está pidiendo la misma racionalidad. En una palabra, nosotros les enseñamos á moverse con gracia, comunicándoles ciertas posturas y movimientos llenos de nobleza y gravedad.

Rendíme á las razones de aquel gran maestro de danzar, y le recibí para que enseñase á Don Enrique cómo se habia de mover, y cómo habia de andar, no rebaxando nada de los quatro doblones de mesada, precio ya fixo é invariable para los grandes maestros de aquel arte importantísimo.

CAPITULO VI.

Vuelve Scipion de América; acomódale Gil Blas en la familia de Don Enrique: estudios de este: con quién le casó el Conde Duque: hace S. E. noble á Gil Blas que lo repugnaba.

Todavía me faltaba parte de la familia de Don Enrique, quando Scipion volvió de México. Preguntéle cómo le habia ido en su viage. Me respondió que bien, puesto que con los tres mil ducados que yo le habia dado, habia comprado y traido en géneros de aquel pais, el importe de nueve mil, que le valdria su venta en España. Hijo mio, le dixe, yo te doy mil

enhorabuenas, y pues has comenzado á hacer fortuna, en tu mano está acabarla, repitiendo el año que viene otro viage á América; ó si te acomoda mas un puesto honrado en Madrid, por no exponerte á los trabajos y peligros de tan larga navegacion, no tienes mas que hablar, que yo podré dártelo. Par diez, me respondió el hijo de la Coscolina, en una alternativa como esa no hay lugar á la menor duda. Mas quiero asegurar un bocado de pan al lado de V. S., que amontonar grandes riquezas privado de su vista, y á costa de tantos riesgos. Así pues, sírvase V. S. decirme qué ocupacion piensa destinar á este inútil pero fidelísimo servidor.

Para que se hiciese cargo de todo, le conté brevemente la historia de aquel señorito que el Conde habia querido inxerir en el tronco de Namuzg. Dixele como S. E. me habia hecho ayo de Don Enrique, y que desde luègo le nombraba á él por primer ayuda de cámara de aquel hijo adoptivo. No podia desear mas Scipion, y así aceptó con el mayor gusto el acomodo, desempeñándolo tan bien, que en pocos dias se levantó con el amor y la confianza de su nuevo amo.

Estaba yo casi cierto de que los pedagogos que habia elegido para que enseñasen los primeros rudimentos de la gramática al hijo de la Genovesa, perderian su tiempo, pareciéndome que en su ya adelantada edad seria indisciplinable; pero en esto por fortuna se engañó

mi juicio. Aseguráronme los maestros que estaban muy contentos con él, porque aprendia presto, y retenia bien todo lo que le enseñaban. Pasé inmediatamente á dar esta alegre noticia al Conde Duque, quien la recibió con extraordinario gozo. Santillana, me dixo, no sabes el gusto que me has dado con asegurarme que Don Enrique tiene feliz memoria y pronta penetracion. Esto me hace reconocer en él mi sangre, y ratificarme en que es hijo mio. No le amaria mas si fuera hijo de mi esposa. Amigo, tú mismo confesarás que la naturaleza se va descubriendo en él. Guardéme bien de decirle lo que pensaba en el asunto, y respetando su flaqueza le dexé gozar tranquilamente de la persuasion falsa ó verdadera de que él y no otro era el padre de Don Enrique.

Aunque todos los Namuzges aborrecian de muerte al tal señorito recien hecho, disimulaban por política, y aun algunos de ellos afectaban solicitar su amistad. Visitábanle los Embaxadores y los Grandes, tratándole con el mismo respeto y atencion que si fuera verdaderamente hijo del Conde. Lisonjeado infinitamente este Ministro con el incienso que se ofrecia á su idolillo, se dió priesa á llenarle de empleos y dignidades. La primera gracia que pidió al Rey para Don Enrique, fué la Cruz de Alcántara con una Encomienda de diez mil escudos. Solicitó poco despues la llave de Gentilhombre, y deseando entroncar con una de las familias mas nobles de España, puso los ojos en Doña Juana

Vascelo, hija del Duque de Llastica; y fué tanto su poder, que lo logró á pesar del mismo Duque padre de la novia, y de todos sus parientes.

Algunos dias ántes que se celebrase el matrimonio me envió á llamar el Conde mi señor, y luego que me vió me puso en la mano unos pergaminos diciéndome: aquí tienes, Gil Blas; una executoria que he solicitado para tí y toda su familia: ya eres noble. Señor, le respondí pasmado de lo que acababa de oir, V. E. sabe muy bien que soy hijo de una pobre dueña y de un miserable escudero; paréceme que agregarme á la nobleza seria en cierta manera profanarla; y entre todas las gracias que el Rey me puede hacer, ninguna es mas superior á mi mérito, ni ménos adaptada á mis deseos. Tu baxo nacimiento, replicó el Ministro, es un obstáculo muy fácil de allanar: has sido empleado en los negocios de estado, así durante el Ministerio de mi antecesor como en el mio; ademas, añadió sonriéndose, ¿no has hecho al Rey servicios que merecen ser premiados? Santillana, en una palabra, eres acreedor á la honra que quiero hacerte; fuera de eso, el empleo que exerces con mi hijo, requiere que seas noble. Este es á la verdad el motivo que he tenido para solicitar tu executoria. Ríndome, Señor, le repliqué, puesto que así lo quiere V. E.; y diciendo esto recogí mi executoria, besélà y metíla en el bolsillo.

Éteme aquí ya caballero, decia yo hablando conmigo mismo quando iba por la calle; éteme

que ya soy noble, sin tener la mas mínima obligacion á mis padres ni á mis abuelos: ya podré hacer que me llamen *Don Gil Blas* siempre que me diere la gana, y si alguno la tuviere de reirse de mí, yo le daré con mi executoria en los hocicos; pero leámosla, y veamos de qué manera se borra de repente el villanismo. Saqué de la faltriquera el Real título, y ví que decia en suma que S. M. en reconocimiento del zelo que en mas de una ocasion habia mostrado yo por su Real servicio y por el bien del Estado, habia tenido á bien gratificarme con la merced de noble, etc. Y me atrevo á decir, aunque parezca alabanza mia, que no sentí ni asomos de soberbia por esta gracia, ántes bien teniendo siempre á la vista mi humilde nacimiento, este honor, en vez de engreirme, me humillaba mas. En virtud de lo qual determiné encerrar la executoria en un armario viejo, en lugar de hacer de ella alarde ni ostentacion.

CAPITULO VII.

Encuentra casualmente Gil Blas á Fabricio; última conversacion que tuviéron, y aviso importante que le dió Nuñez.

Ya dexo dicho que el poeta Asturiano se olvidaba fácilmente de mí. Tampoco mis ocupacio-

nes me permitian buscarle, y así no habia vuelto á verle desde el lance de la famosa disertacion sobre la *Ifigenia de Eurípides*, quando quiso la casualidad que un dia le encontrase en la Puerta del Sol. Víle salir de una imprenta, y díxele prontamente: ¿qué es esto, amigo Nuñez, tratas con impresores? Eso me huele á que quieres regalar al público con alguna obra nueva.

Sin duda debe esperarla, me respondió. Actualmente estoy haciendo imprimir un librito que ha de meter mucho ruido entre los literatos. No dudo ya de su mérito, le repliqué; pero me parece que la mayor parte de esos papelillos son unas bagatelas que hacen poco honor á sus autores. Convengo en eso, me respondió, pues sé muy bien que solamente aquellos ociosos que quieren leer todo quanto se imprime, gustan de divertirse perdiendo el tiempo en la lectura de esos folletos. Confieso que este se me escapó, siendo uno de aquellos hijos que suele engendrar la necesidad. Ya sabes que el hambre es la que obliga á los lobos á salir de sus cavernas.

¡Cómo así! repliqué yo admirado. ¡Es posible que me llegue á decir esto el autor del *Conde de Saldaña*! ¡Un hombre que tiene dos mil ducados de renta ha de hablar de esa manera! Vamos poco á poco, amigo, me interrumpió Nuñez: ya no soy aquel feliz autor que gozaba una buena pension, y esa bien pagada. Desordenáronse, y de repente, los negocios del tesorero Don Beltran; disipó el dinero del Rey,

embargáronle todos los bienes, y se llevó el diablo mi pension. Mal caso es ese, le dixe; ¿pero no te ha quedado aun alguna esperanza por ese lado? Maldita aquella, me respondió: el Señor Gomez de Ribera está tan pobre y tan miserable como su poeta; ahogóse y se hundió de manera que nunca volverá á verse sobre el agua.

Segun eso, amigo mio, repuse yo, te veo en términos de que me será preciso solicitar algun empleo que pueda consolarte de la pérdida de tu pension. Te lo estimo mucho, me respondió, pero no quiero que te tomes ese trabajo. Aunque me consiguieras el mayor empleo en las Secretarías del Ministro, no lo aceptaria. Esas fastidiosas y serias ocupaciones no se hiciéron para quien está criado entre las Musas. A este solamente le convienen diversiones literarias. Finalmente te diré que yo nací para vivir y morir como poeta, y quiero que se cumpla mi suerte. Por lo demas, continuó, no creas que nosotros seamos tan infelices como parece. Fuera de vivir con gran libertad é independencia, tenemos asegurada la comida sin cuidados ni fatigas. Se cree comunmente que comemos á lo Demócrito, pero es engaño manifiesto. No se hallará entre nosotros ni siquiera uno, aun entrando los autores de almanakes, que no tenga una buena casa adonde ir á comer. Todos los dias tengo seguros dos cubiertos, uno en la mesa de un Director general de la Real hacienda, á quien dediqué cierta novela; y otro en la de un rico mercader, que

rabia por tener siempre eruditos que le acompañen á comer. Por fortuna no es él de mejor gusto, ni el mas delicado en la eleccion, y así fácilmente se provee de este género en abundancia y á pedir de boca.

En ese caso, le repliqué, ya no te tengo lástima, puesto que estás tan contento con tu suerte. Sin embargo, te repito que en Gil Blas tendrás siempre un buen amigo, á pesar de tu descuido en cultivar su amistad. Mi bolsillo estará siempre abierto para tí. Sentiré que una vergüenza fuera de tiempo te prive á tí de lo que hubieres menester, y á mí del particular gusto de servirte y aliviarte.

Verdaderamente, exclamó Nuñez, que en esas generosas expresiones conozco á mi Santillana, y te doy un millon de gracias por la gran disposicion á favorecerme en que te veo. En prueba de mi reconocimiento á esa fineza, quiero darte un importante aviso, y al mismo tiempo un buen consejo. Miéntras dura el poder del Conde Duque, y tú te mantienes en su gracia, aprovecha bien el tiempo, y no te descuides en asegurarte una sólida y mediana fortuna, porque la de ese Ministro, á lo que me han asegurado, está mas que un poco titubeante. Preguntéle si esto lo sabia de buen original. Respondióme que lo habia oido á un Caballero de Calatrava, viejo muy machucho y grande huron de secretos reservados, á quien todos escuchan como á un oráculo, y lo que dixo ayer en mi presencia fué

lo siguiente : « el Conde Duque tiene muchos enemigos, y todos conspiran en derribarle. Cuenta demasiado con el ascendiente que ha logrado sobre el ánimo del Rey; pero el Monarca, á lo que se dice, ha comenzado ya á dar oidos á las quejas que se tienen de él. » Agradecí á Nuñez el consejo y el aviso; pero hice poco caso de uno y otro, persuadido á que la gracia del Duque en el corazon del Rey era absolutamente inmutable, á la manera de aquellas viejas encinas que arraygadas profundamente en la tierra se burlan de los torbellinos, y aun de los mas furiosos y violentos uracanes.

CAPITULO VIII.

Descubre Gil Blas ser cierto al aviso que le dió Fabricio. Hace el Rey un viage á Zaragoza.

Como quiera, la noticia que me dió Fabricio no carecia de fundamento. Se armaba dentro de Palacio cierta conspiracion para derribar al Conde Duque, á cuya frente se decia estaba la misma Reyna. Sin embargo, nada transpiraba al público de las medidas que se tomaban para hacer caer al Ministro, y se pasó mas de un año sin que se echase de ver la mas mínima mutacion en su privanza y favor.

Pero el alzamiento de Cataluña sostenido por

la Francia, y los desgraciados sucesos de la guerra contra los rebeldes, diéron motivo á la murmuracion del pueblo, y á sus quejas contra el Gobierno. Estas fuéron causa de que se tuviese un Consejo á presencia del Rey, al que quiso S. M. asistiese el Marques de Agran, Embaxador de la Corte de Viena. Propúsose en él si era mas conveniente que el Monarca se mantuviese en Castilla, ó que pasase á Aragon á dexarse ver de su exército. El Conde Duque, que no tenia gana de que el Rey saliese de Castilla, habló el primero, y representó que no juzgaba acertado que S. M. desamparase el centro de sus Estados, apoyando esta opinion con todas las razones que le sugirió su eloqüencia. Siguiéronle en la misma todos los miembros del Consejo, á excepcion del Marques de Agran, que llevado de su zelo por la Casa de Austria, y con la franqueza genial de su Nacion, se opuso abiertamente al dictámen del primer Ministro, y defendió lo contrario con razones tan poderosas, que convencido el Rey de su fuerza y solidez, abrazó esta opinion, aunque opuesta al parecer de todo lo restante del Consejo, y señaló el dia de marchar al exército.

Esta fué la primera vez que el Monarca dexó de seguir el dictámen de su Privado: novedad que le llenó de amargura, y le dexó altamente mortificado, considerándola como un público y vergonzoso desayre. Al mismo tiempo que se retiraba á su gabinete para roer en plena libertad tan duro hueso, me vió, me llamó, y encer-

rándose conmigo en su quarto, me contó trémulo, agitado, y como fuera de sí, lo que habia pasado en el Consejo. Recobrado despues algun tanto: sí, Santillana, me dixo, sí: el Rey, que mas ha de veinte años solo hablaba por mi boca, y solo veía con mis ojos, prefirió al mio el parecer de Agran. ¿Pero cómo? colmando de elogios á aquel Embaxador, y exâltando sobretodo su amor y su zelo por la Casa de Austria, como si uno ni otro excediese al mio. Por aquí fácilmente se conoce, prosiguió el Ministro, que hay un partido formado contra mí, del qual la Reyna es la cabeza. ¿Y de eso se inquieta V. E.? le repliqué yo. Doce años ha que la Reyna está acostumbrada á ver á V. E. dueño de los negocios, y otros tantos que V. E. acostumbró al Rey á no consultar con su esposa el mas mínimo de ellos. Respecto al Marques de Agran, pudo muy bien el Rey inclinarse á su parecer por el gran deseo que tiene de ver su exército, y de hacer una campaña. No das en el hito, repuso el Conde, ántes bien debieras decir que mis enemigos esperan que hallándose el Rey entre sus tropas, estará siempre rodeado de los Grandes que le quisieren seguir, y entre ellos habrá mas de uno mal satisfecho de mí, que se atreverá á decir mil males de mi Ministerio. Pero se engañan miserablemente, añadió, porque daré tales providencias, que durante el viage se haga el Rey inaccesible á todos los Grandes. Así lo executó efectivamente, pero de un modo que merece referirse por menor.

Llegado el dia señalado para la partida del Rey, despues de haber nombrado á la Reyna por Gobernadora durante su ausencia, se puso en camino para Zaragoza; pero habiendo querido pasar por Aranjuez, le pareció tan delicioso aquel Sitio, que se detuvo tres semanas en él. De Aranjuez le hizo el Ministro ir á Cuenca, donde le tenia dispuestas tales diversiones, que permaneció largo tiempo en aquella Ciudad. De allí se transfirió á Molina de Aragon, donde la caza le embelesó por muchos dias. Llegó al cabo á Zaragoza, de donde estaba poco distante el exército. Al fin el Conde Duque le disuadió de ir á él, haciéndole creer que se exponia á peligro de caer en manos de los Franceses, los quales ocupaban todas las llanuras de Monzon, tanto que atemorizado el Rey de un riesgo meramente imaginario, resolvió mantenerse encerrado en su Palacio como pudiera en una prision. Aprovechándose el Ministro de aquel pánico terror, con pretexto de velar sobre la seguridad de su Real Persona, era, por decirlo así, como una centinela de vista, de manera que los Grandes, despues de haber hecho excesivos gastos para seguir con la correspondiente decencia al Soberano, no tuviéron el consuelo de lograr ni una sola audiencia de él. Cansado finalmente el Monarca, ó de estar mal alojado en Zaragoza, ó de perder el tiempo en ella, ó acaso de verse allí prisionero, se restituyó quanto ántes á Madrid, dexando al Marques

de los Velez, General del exército, el cuidado de mantener el honor de las armas españolas.

CAPITULO IX.

De la rebelion de Portugal, y caida del Conde Duque.

Pocos dias despues empezó á correr por Madrid una mala nueva. Decíase que los Portugueses, aprovechándose del levantamiento de Cataluña, y pareciéndoles ocasion muy oportuna esta para sacudir el yugo de la dominacion de España, habian aclamado al Duque de Braganza por Rey de Portugal, bien resueltos á mantenerle en el Trono, sin miedo de que España lo pudiese estorbar, estando ocupada en Alemania, en Italia, en Flandes y en Cataluña. No les era fácil hallar coyuntura mas favorable para librarse de la dominacion de sus vecinos.

Lo mas singular fué que quando la Corte y toda la Nacion se hallaban en la mayor consternacion por aquella novedad, el Conde Duque quiso divertir al Rey con sarcasmos, dichicos y agudezas á costa del Duque de Braganza; pero el Rey, léjos de prestarse á sus insípidas é importunas graciosidades, se revistió de un ayre serio que enteramente le desconcertó, haciéndole presentir su inminente desgracia. Acabó el Ministro de dar por cierta su caida, quando supo

poco despues que la Reyna abiertamente se habia declarado contra él, diciendo públicamente que su mala administracion habia dado motivo á la rebelion de Portugal. Luego que la mayor parte de los Grandes, especialmente aquellos que habian seguido al Rey en el viage á Zaragoza, advirtiéron la tempestad que se iba levantando contra el Conde Duque, se declaráron por la Reyna. Pero la que dió el último golpe decisivo fué la Duquesa viuda de Mantua, Gobernadora que habia sido de Portugal. Esta Princesa vino de Lisboa á Madrid, donde hizo ver claramente al Rey que de la rebelion de los Portugueses solo tenia la culpa la conducta de su primer Ministro.

Hizo tanta impresion en el ánimo del Monarca el discurso de aquella Princesa, que desde el mismo punto cesó la caprichosa obstinacion con que en todo y por todo aprobaba quanto hacia y decia su privado, despojándose en un instante de todo el amor que le profesaba. No bien llegó á noticia del Ministro que el Rey daba oidos á las quejas y murmuraciones de sus enemigos, quando le escribió pidiéndole licencia para renunciar su empléo y retirarse de la Corte, puesto que se le hacia la injusticia de imputar á su Ministerio todas las desgracias que durante él habian sucedido á la Monarquía. Parecíale que esta súplica haria grande efecto en el corazon del Rey, suponiendo que todavía se conservaria en él la inclinacion que bastaba para no consentir jamas en semejante retiro; pero la

respuesta de S. M. fué que venia en concederle el retiro que pedia, y que así podia irse á donde mejor le pareciese.

Estas pocas palabras escritas de propio puño del Rey, fuéron como un formidable trueno que dexó aturdido al pobre señor, el qual nada ménos esperaba. Con todo eso disimuló su sentimiento, y afectando serenidad y constancia, me preguntó qué haria yo si me hallase en igual caso. Respondíle que fácilmente tomaria mi partido, abandonando para siempre la Corte, y retirándome á alguno de mis Estados á pasar tranquila y dulcemente lo restante de mi vida. Piensas como se debe pensar, repuso el Conde. Lo mismo quiero hacer yo: retiraréme á Loeches despues de haber hablado una sola vez con el Monarca, para representarle que hice quanto era posible en lo humano para llevar la pesada carga que tenia sobre los hombros, sin que tuviese mas culpa en los siniestros sucesos de que me acusan, que la de un hábil piloto que no pudiendo contrarrestar á la violencia de los vientos, ni al ímpetu de las olas, vé naufragar el baxel desobediente al timon. Lisonjeábase el Ministro de que aun podia aquietarse el Rey, y volver las cosas al estado en que se habian hallado; pero no pudo conseguir audiencia, ántes bien se le envió á pedir la llave con que entraba en el quarto del Rey siempre que queria.

Conoció entónces que ya no le quedaba esperanza, y se resolvió buenamente á retirarse.

Exâminó sus papeles, y quemó gran parte de ellos, en lo que obró con mucha prudencia. Nombró los dependientes y criados que le habian de seguir, y ordenó que todo estuviese pronto para marchar el dia siguiente. Temiendo que al salir de Palacio le insultase el populacho, se levantó muy de mañana, y ántes de amanecer salió por la puerta de las cocinas, y metiéndose en un coche viejo con su confesor y conmigo, tomó tranquilamente el camino de Loeches, pueblo corto, de que era Señor, donde la Condesa su muger habia fundado un Convento de Religiosas. En ménos de quatro horas nos pusimos en él, y poco despues llegó el resto de la familia.

CAPITULO X.

Cuidados que inquietáron al Conde Duque; síguese á ellos una dichosa tranquilidad; método de vida que entabló en su retiro.

La Condesa Valdeories dexó ir á su marido á Loeches, quedándose ella en Madrid con la esperanza de alcanzar su regreso al Ministerio por medio de sus lágrimas y representaciones. Echóse á los pies de sus Magestades, pero nada pudo conseguir. El Rey no hizo aprecio de sus memoriales; y la Reyna que la aborrecia de muerte, se complacia en verla llorar. No por

eso se acobardó la esposa del Ministro desgraciado; abatióse hasta implorar la proteccion de las damas de la Reyna: baxeza que solo produxo el fruto de moverlas á desprecio mas que á compasion. Afligida y aun avergonzada de haberse humillado tanto sin otro efecto que el de haberse envilecido, se fué á juntar con su esposo para llorar con él la pérdida de un empleo, que ademas de ser el primero de la Monarquía, era en aquel reynado de un poder casi no imaginable.

La relacion que hizo la Condesa del estado en que habia dexado las cosas en Madrid, aumentó extraordinariamente la afliccion del Conde su esposo. Vuestros enemigos, le dixo llorando, el Duque de.... y los demas Grandes que no os pueden ver, incesantemente adulan al Rey, aplaudiendo la resolucion de haberos separado del Ministerio; y el pueblo celebra con insolencia vuestra desgracia, atribuyendo todas las que padece el Estado á vuestra desacertada administracion. Señora, la respondió mi amo, imitad mi exemplo; llevad con resignacion vuestros pesares, como procúro yo hacerlo con los mios, y cedamos con valor á una borrasca que no podemos desvanecer. Creía yo, es verdad, que podria perpetuar mi valimiento miéntras me durase la vida: ilusion ordinaria en los Ministros y Privados, los quales se olvidan por lo comun de que su suerte depende de la voluntad, y aun tal vez del capricho del Soberano. El Duque de Melar se engañó igualmente que yo, persuadido á que en la púrpura que le

adornaba, tenia un seguro fiador de la perpétua duracion de su autoridad.

Así procuraba el Conde Duque consolar y alentar á su esposa, exhortándola á la paciencia, siendo así que él padecia una agitacion que se hacia mayor todos los dias con las cartas de Don Enrique, que permaneció en Madrid para observar quanto pasaba en la Corte, y avisar de todo exâctamente. El portador de estas cartas era Scipion, que se habia quedado en casa del hijo adoptivo de S. E., de la qual habia salido yo inmediatamente despues de su matrimonio con Doña Juana Vascelo. Las tales cartas venian siempre llenas de noticias poco gustosas, y era lo peor que en las circunstancias no se podian esperar otras. Decia en unas, que no contentos los Grandes con haber derribado al Conde Duque, hacian quanto podian para que todas sus criaturas fuesen removidas de los empleos que ocupaban, y reemplazadas por los quejosos y enemigos del Ministro caido. Avisaba en otras que iba entrando en favor Don Luis de Haro, quien segun todas las señales seria declarado primer Ministro. Pero entre todas las noticias que desazonaban á mi amo, la que le llegó mas al alma fué la novedad que se hizo en el Vireynato de Nápoles, despojando de él á un grande amigo suyo, y dándoselo á otro Señor á quien él nunca habia podido tragar.

Puede decirse que en el espacio de tres meses todo fué disgustos, inquietud y turbaciones

para el pobre Conde Duque; pero su confesor, que era un Religioso tan exemplar como docto y eloqüente, halló modo de consolarle, confortarle y serenarle. A fuerza de representarle con energía y dulzura que ya no debia pensar en otra cosa que en la salvacion de su alma, logró desprenderle enteramente del espíritu de Corte. Dixo públicamente S. E. que ya no queria saber noticia alguna de Madrid, ni pensar mas que en disponerse para una buena muerte. La Condesa aprovechándose tambien por su parte del desengaño y de la oportunidad que la ofrecia aquel retiro, halló en el Convento de Religiosas que habia fundado, todo el consuelo que podia desear, preparado amorosamente por la divina Providencia. Habia entre aquellas Religiosas algunas de particular virtud, cuyas santas conversaciones insensiblemente fuéron labrando en su corazon, de manera que convirtiéron en una dulce y alegre tranquilidad todas las amarguras de su vida. Al mismo paso que el corazon del Conde iba echando de sí los pensamientos del mundo, y desprendiéndose de todo lo que olia á cuidados y novedades de Corte, se iba arraygando mas y mas en su alma aquella dulcísima paz. Entabló un género de vida y una distribucion de horas en la manera siguiente. Pasaba casi toda la mañana en la Iglesia de las Monjas oyendo misas, iba despues á comer, tenia sobremesa una corta conversacion, levantaba esta, y se divertia por espacio de dos horas ju-

gando conmigo y con otros criados de su mayor confianza. Concluido el juego se retiraba á su gabinete, donde se mantenia hasta puesto el sol. Entónces salia á dar un paseo por el jardin, ó tomaba el coche, y daba una vuelta por las cercanías del Lugar, acompañado siempre de su Confesor ó de mí, y á veces de entrámbos.

Un dia que S. E. y yo íbamos solos, me tomé la licencia de decirle: Señor, no puedo contener mi consuelo y aun mi gozo, viendo como veo que V. E. comienza á no echar ménos el bullicio y el tumulto del mundo, y que se acostumbra al retiro y á la quietud. Estoy ya tan acostumbrado, me respondió, que aunque siempre he vivido entre el ruidoso estruendo de los mayores negocios, cada dia voy cobrando mas inclinacion á esta vida tranquila, silenciosa y feliz.

CAPITULO XI.

Apodérase del Conde Duque una repentina y profunda melancolía; su causa y sus efectos.

DIVERTÍASE algunas veces el Conde por variar sus ocupaciones en cultivar su jardin. Estábale yo un dia viéndo en aquel inocente trabajo, y me dixo en un tono entre serio y festivo: ¿qué te parece, Santillana? ¿no es un espectáculo tan extraño como divertido el ver á un Minis-

tro desterrado de Madrid hacer de jardinero en Loeches? Señor, le respondí en el mismo tono; me parece que estoy viendo á Dionisio Siracusano dando la ley en Sicilia, y enseñando despues á leer y escribir á los niños de Corinto. Sonrióse un poco el amo, y mostró que no le desagradaba el cotejo.

Toda la familia estaba contentísima y admirada de ver al Conde tan superior á su desgracia, rebosando de gozo en una vida tan diferente de la que habia tenido hasta allí, quando todos advertímos en él una repentina mudanza que palpablemente iba creciendo, y nos llenó de grandísimo dolor. Vímosle taciturno, pensativo, y cómo abismado en una profundísima melancolía. Abandonó todo juego y pasatiempo, huía de la gente, y se mostraba insensible á quanto podíamos hacer y discurrir para divertirle. Luego que acababa de comer se encerraba en su quarto, de donde no salia hasta la noche. Pareciónos que aquella tristeza podia tener orígen en la memoria de la grandeza pasada, y en este concepto procurámos dexarle solo con el Religioso su confesor; pero su eloqüencia tampoco pudo triunfar de la melancolía del Duque, ántes bien cada vez se descubria mayor.

Ocurrióme que la tristeza del Ministro podia nacer de algun motivo ú disgusto que no queria manifestar, y un dia estando solos los dos: Señor, le dixe con cierto ayre de amor y respeto, ¿será lícito á un humilde criado hacer

una pregunta á su benignísimo amo y generosísimo bienhechor? Pregunta lo que quisieres, me respondió, que yo te lo permito. Pues, Señor, le repliqué, ¿á dónde se ha ido aquella alegría, aquella satisfaccion que con tanto consuelo nuestro estábamos todos viendo en el semblante de V. E.? ¿ha perdido aquella grandeza de ánimo con que ponia á sus pies todos los reveses de la fortuna? ¿será acaso posible que la pérdida del favor excite nuevos tumultos en ese corazon tan superior á todas las humanas revoluciones? ¿querrá V. E. volver á sumergirse en aquel abismo de amarguras é inquietudes de que felizmente le habia libertado su heroyco y christiano modo de pensar? No, gracias al Cielo, respondió el Conde, ya no me atormenta la memoria del gran papel que representé en el teatro de la Corte; olvidé para siempre todos los obsequios que me rendian, todo el incienso que me tributaban. Pues, Señor, le repliqué, si V. E. ha podido desechar de sí todas esas memorias, ¿por qué se dexa dominar de una melancolía que aflige á todos sus fieles y amantes servidores? ¿Qué tiene V. E., Señor? ¿qué tiene? prorumpí arrojándome á sus pies y bañándoselos de lágrimas. Algun grande y secretísimo disgusto está despedazando ese su angustiado corazon. ¿Querrá V. E. hacer un misterio de ello á su favorecido Santillana, cuyo amor, zelo y fidelidad tiene tan íntimamente conocidos? ¿Qué delito es el mio

para haber desmerecido su antigua confianza?

No la has desmerecido, repuso el Conde, la posees tan entera como la poseías; pero confieso que me cuesta mucha repugnancia, y aun estaba tambien por decir vergüenza, revelarte el motivo de la tristeza en que me ves sepultado: sin embargo, no debo ni puedo negarme á las instancias de un criado y de un amigo tan verdadero y fiel como tú: solo Santillana me podria merecer que le hiciese semejante confianza. Así es, prosiguió, que soy desgraciada presa de una voraz melancolía que me roe las entrañas, y me va acortando los dias de la vida. Casi á cada momento estoy viendo una fantasma ó un espectro que se pone delante de mí en una figura espantosa. Inútilmente pretendo persuadirme á mí mismo que es mera ilusion, sombra imaginaria en que nada hay de realidad, mentida representacion de la alterada fantasía: sus continuas apariciones me turban y me trastornan. No tengo tan perdida la cabeza que no conozca ser esto soñar con los ojos abiertos; pero tampoco es tanta mi fortaleza, que no dexe de afligirme mucho esta molestísima vision. A esta vergonzosa confesion me han obligado tus leales instancias; mira ahora si me sobraba razon para ocultarte el verdadero motivo de mi melancolía.

Oí con grandísimo dolor y no menor admiracion una cosa tan extraordinaria, conociendo que la máquina del pobre Señor estaba físicamente alterada. Señor, le dixe: ¿y quién sabe

si todo eso procede de debilidad, en fuerza del cortísimo alimento que toma V. E.? Eso mismo temí yo al principio, me respondió, y para experimentar si provenia de la gran dieta á que me habia reducido, comencé á comer mas de lo ordinario; pero no por eso desapareció la sombra que me persigue. Ya desaparecerá, le repliqué para consolarle. Si V. E. se quisiera disipar un poco, dignándose de volver á divertirse algunos ratos con sus fieles criados, no dudo que esos negros vapores se desvanecerán del todo.

Pocos dias despues de esta conversacion cayó enfermo el Conde, y conociendo él mismo que el mal iba creciendo, mandó que viniesen de Madrid dos Escribanos para disponer su testamento. Viniéron con ellos tres famosos Médicos, de quienes se decia que habian curado algunos enfermos. Luego que se divulgó por el Lugar la venida de los Doctores, fuéron universales las lágrimas y los gemidos, dando todos por cierta y cercana la muerte de su Señor. Los Médicos traxéron consigo un boticario y un cirujano, executores ordinarios de sus recetas y decretos. Estos dexáron á los Escribanos hacer su oficio, y despues entráron ellos á hacer el suyo. Gobernados al parecer por los mismos principios que el Doctor Sangrado, recetáron sangrías sobre sangrías, de manera que reduxéron á los últimos al pobre enfermo al cabo de seis dias, y al séptimo le libráron para siempre de sus molestas visiones.

La muerte del Ministro causó en todo el

Lugar un vivísimo dolor. Sus criados desde el primero hasta el último le lloráron amargamente. Léjos de consolarse de su muerte con la memoria que hizo de todos en su testamento, no hubo siquiera uno que no renunciase gustoso el legado que le tocaba, por verle restituido á la vida. Yo que era el predilecto entre todos, y que por pura inclinacion me habia entregado todo á su persona, sentí su falta mas que todos juntos. Dudo mucho que la pérdida de mi querida Antonia me costase tantas lágrimas.

CAPITULO XII.

Lo que pasó en el lugar de Loeches despues de la muerte del Conde Duque, y partido que tomó Gil Blas.

Enterraron al Ministro en el Convento, segun él lo habia dispuesto, sin mas pompa ni ostentacion que el llanto universal de sus criados y vasallos. Despues de los funerales, la Condesa viuda hizo que se leyese el testamento á presencia de toda la familia, quedando toda agradecida y contenta. A cada uno dexó el difunto una manda correspondiente al empleo que tenia, siendo la menor no ménos que de dos mil pesos. A mí me dexó diez mil en prueba del singular amor que me profesaba. No se olvidó de los hospitales, y fundó aniversarios en diferentes Conventos.

La viuda envió á Madrid todos los criados, para que cada uno cobrase de su mayordomo Don Ramon Caporis lo que le correspondia; pero yo no pude ir con ellos, porque me detuvo de siete á ocho dias en el Lugar una fuerte calentura, fruto natural de lo que me afligió aquella pesadumbre. No me abandonó en todo aquel tiempo el buen Religioso confesor de mi venerado amo. Habíame tomado inclinacion este digno Sacerdote, y luego que me vió convalecido, me preguntó qué pensaba hacer de mi persona. Padre Reverendísimo, le respondí, no sé qué le diga á V. Paternidad, porque en este punto no estoy aun de acuerdo conmigo mismo. Algunos ratos me viene gana de encerrarme en una celda para hacer penitencia por mis pecados. Preciosísimos momentos, respondió el Padre. Señor Santillana, ¡y qué bien haria vmd. en aprovecharse de ellos! Aconséjole como amigo, que sin dexar de ser seglar, se retire para siempre á algun Convento.

En la disposicion en que me hallaba, no me pareció mal el consejo de aquel Religioso; pero no queriendo resolverme de repente, pedí á su Reverencia tiempo para pensarlo y para hacer mis reflexîones. Poco despues vino á visitarme Scipion, consulté el punto con él, exponiéndole el consejo que el Padre me habia dado, y mi propension á abrazarlo. Quita allá, respondió prontamente, torciendo el hocico y haciendo gestos. ¡Y es posible, Señor Santillana, que vmd. se incline á semejante rétiro! ¿Pues no

tiene en su quinta de Liria otro mucho mas solitario y agradable? Si en otro tiempo quedó tan enamorado de él, mucho mas le agradará ahora en que la edad mas madura y mas reflexîva es tambien la mas propia para admirar y dexarse embelesar de los inocentes y bellísimos objetos que ofrece en los campos á nuestros ojos la madre naturaleza.

Poco tuvo que hacer el hijo de la Coscolina en persuadirme á que mudase de parecer. Púseme luego de parte del suyo, diciéndole: amigo, mas has podido tú que el Padre confesor de nuestro amo difunto. Veo con efecto que me hallaré mejor en mi casa, y así declárome por ese partido. Volverémonos á Liria luego que mi salud me permita emprender el viage, lo que no puede tardar mucho, pues ya estoy sin calentura, y en breve tiempo espero recobrarme del todo. Así sucedió, y luego pasámos á Madrid Scipion y yo. No me alegró la vista de aquella capital tanto como me alegraba ántes. Sabiendo que era casi universal el horror con que se oía el nombre de un Ministro á quien tanto habia yo debido, no me era posible mirarla con buenos ojos; y así solo me detuve en ella cinco ó seis dias que necesitó Scipion para disponer lo necesario á nuestro viage. Miéntras él atendia á esto, yo me fuí á ver con Caporis, que al punto me entregó mi legado en doblones efectivos. Lo mismo hice con los cobradores de las Encomiendas sobre que yo

tenia mis pensiones; arreglé con ellos el modo de librarme los pagos; en una palabra, puse en órden lo mejor que pude todos mis negocios.

El dia ántes de partir pregunté á Scipion si se habia despedido de Don Enrique. Respondióme que sí, y que aquella misma mañana se habian separado los dos en buena amistad, sin embargo que mostró algun sentimiento de que le dexase. La verdad es, añadió, que si él estaba contento conmigo, yo no estaba muy contento con él; y no basta que el amo esté satisfecho del criado, es menester que el criado lo esté igualmente del amo: no siendo así, es indispensable que no vayan de acuerdo los dos; fuera de que Don Enrique hace ya muy mala figura en la Corte. Se le mira en ella con el mayor desprecio; en las calles todos le señalan con el dedo, y ninguno sabe darle otro nombre que *el hijo de la Genovesa.* Vea vmd. ahora si para un mozo de honra seria cosa de gusto servir á un amo desacreditado.

Partímos en fin de Madrid al amanecer, y tomámos el camino de Cuenca. Iba ordenado el equipage de la manera siguiente: mi confidente y yo íbamos en una calesa de dos mulas con un calesero. Seguian tres machos cargados de ropa y dinero con otros tantos mozos de mulas: tras de estos venian montados dos fuertes lacayos escogidos por Scipion, y bien armados. Los mozos llevaban tambien sables, y el calesero un par de pistolas en el arzon de la

silla. Como éramos ocho hombres, y los seis de mucho valor y de gran resolucion, me puse en camino alegremente y sin el menor rezelo. Al pasar por los Lugares hacian tanto ruido las campanillas y cencerros de los machos y mulas, que los paisanos salian á las puertas á ver la comitiva, que les parecia ser de algun Grande que iba á tomar posesion de un Vireynato.

CAPITULO XIII.

Vuelve Gil Blas á su hacienda de Liria: tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada Serafina; y él mismo se enamora de una dama.

Tardé quince dias en llegar á Liria, porque no habia precision de acelerar las jornadas: solamente deseaba llegar con salud y descansado, lo que efectivamente conseguí. La primera vista de mi quinta me causó algunos tristes pensamientos, acordándome de mi Antonia; pero luego procuré desecharlos de mí, divirtiendo la imaginacion á cosas que me gustasen: lo que no me fué difícil, porque al cabo de tantos años que habian pasado desde su muerte, estaba ya muy mitigado el dolor de aquella pérdida.

Luego que me apeé en mi casa, viniéron presurosas á saludarme Beatriz, muger de Scipion,

y su hija Serafina: despues de esto el marido, la muger y la hija parecian querer ahogarse unos á otros, dándose recíprocos abrazos en testimonio de su cordialísima alegría, de manera que de verlos estaba yo como encantado. Dexé que se acabaran los abrazos, y mirando fixamente á mi ahijada, dixe admirado: ¡es posible que sea esta aquella Serafina que yo dexé en la cuna quando partí de Liria! Pasmado estoy de verla tan bella y tan crecida. Es menester que pensemos en casarla. ¿Cómo así? Señor padrino, exclamó la muchacha algo cortada. Acaba vmd. de llegar, y ya piensa en alejarme de sí. No, hija mía, la respondí, no pretendemos separarte de nosotros dándote marido; queremos busques uno que te posea sin que te ausentes de tus padres, y que, por decirlo así, viva con nosotros.

Un pretendiente en que se halla esa circunstancia, dixo entónces Beatriz, tiene la niña. Cierto hidalgo de un lugar inmediato la vió un dia en Misa, y quedó muy prendado de ella. Vino despues á verme, declaróme su intento, y me pidió la muchacha. Poco adelantaria vmd., respondí yo al tal Señor, aunque yo se la concediera. Serafina depende de su padre y de su padrino, como los únicos que pueden disponer de su mano. Lo mas que puedo hacer por vmd. es escribir á uno y otro, informándoles de las calidades de su persona, y del favor que quiere hacer á mi hija. Con efecto, esto iba á escribir á vmds. dos; mas ya que Dios me los ha dexado

ver aquí, y estan enterados de la pretension, harán lo que mejor les pareciere.

Pero en suma, ¿quién es ese hidalgo? la preguntó Scipion. ¿Es acaso alguno de tantos como hay por ese mundo de Dios, hinchados con su hidalguía, é insolentes con los que carecen de esa alhaja? En quanto á eso, respondió inmediatamente Beatriz, nada ménos. Es un mozo muy afable y atento con todos, sobre ser bien parecido, y que aun no ha cumplido treinta años. Vamos claros, dixe yo á Beatriz, que es bellísimo el retrato que haces de ese caballerito. ¿Y cómo es su nombre? Don Juan de Juntella, respondió la muger de Scipion. Ha poco tiempo que heredó á su padre, y vive en una hacienda propia que solo dista una legua de aquí, en compañía de una señorita jóven hermana suya. Ya he oido alguna vez hablar de esa familia, repuse yo, y he llegado á entender que es conocida en el Reyno de Valencia. Ménos estimo, añadió Scipion, toda la hidalguía que pueda Don Juan gozar, que las buenas prendas y calidades; y sobretodo, lo que nos hace mas al caso, es que el tal Don Juan sea hombre de bien. A lo ménos esa fama tiene, dixo Serafina, tomando parte en la conversacion, y los vecinos de Liria que le conocen, dicen mil bienes de él. Quando oí estas breves palabras á mi ahijada, me sonreí mirando á su padre, el qual conoció por ellas, como yo, que no desagradaba á su hija aquel galan.

Tardó poco en saber nuestro arribo el men-

cionado novio, y dos dias despues vino á vernos. Se presentó con desembarazo y gracia; y léjos de que su presencia desmintiese el informe que Beatriz nos habia dado, nos hizo formar mucho mayor concepto de su mérito. Díxonos que como vecino venia á darnos la bienvenida. Recibímosle con la mayor atencion y agrado que nos fué posible; pero esta visita fué de pura urbanidad, pasándose toda en cortesanos recíprocos cumplimientos. Retiróse sin haber hablado ni una palabra que pudiese aludir á su inclinacion por Serafina: solamente nos suplicó que le permitiésemos repetir y aun freqüentar sus visitas, para aprovecharse mejor de una vecindad que juzgaba habia de ser muy gustosa para él. Quedámos satisfechos de sus buenos modales, y al dia siguiente por la tarde partímos Scipion y yo á pagarle la visita. Tomámos el camino de su Lugar, guiados por un paisano que despues de haber caminado tres quartos de legua, aquella es, Señores, nos dixo, la casa de Don Juan. Recorrímos con la vista todos aquellos campos, y nada pudimos ver hasta que llegando al pie de un collado, la descubrímos en medio de un bosque rodeado de corpulentos árboles, cuya frondosidad y espesura la robaban á la vista en mayor distancia. La tal casa por defuera representaba mas antigüedad que opulencia en su dueño. Sin embargo, quando nos hallámos dentro, vimos que el aseo y buen gusto de los muebles recompensaba la caduca ancianidad del edificio.

Recibiónos Don Juan en una sala medianamente puesta, presentándonos á una señorita de diez y nueve á veinte años, que dixo era su hermana y nuestra servidora, llamada Doña Dorotea. Estaba vestida de gala como quien esperaba nuestra visita, y naturalmente queria no parecernos mal. Luego que la ví, y pude descubrir en alguna manera sus prendas de cuerpo y alma, me hiciéron la misma impresion que Antonia me habia hecho; y verdaderamente quedé en lo interior enteramente turbado; pero supe disimular tanto, que ni el mismo Scipion lo pudo conocer. Toda nuestra conversacion fué como la del dia anterior, reduciéndose al gusto que todos tendríamos de vernos y aprovecharnos de tán envidiable vecindad, viviendo como buenos vecinos. Don Juan no tomó en boca á Serafina, ni por nuestra parte se dixo cosa alguna que de mil leguas le pudiese dar ocasion á declararnos su amor, persuadidos á que lo mas decente y mas seguro era dexarle venir. Durante la visita echaba yo de quando en quando alguna ojeada á Dorotea, sin embargo de afectar que la miraba con indiferencia, y aun lo ménos que me era posible. Si tal vez se encontraban sus ojos con los mios, eran nuevas saetas que me atravesaban el corazon de parte á parte. Confesaré con todo, por hacer exâcta justicia á mi amado objeto, que no era una hermosura perfecta, aunque tenia la tez blanquísima, y los labios mas encar-

nados que la rosa: la nariz era muy larga, y los ojos algo pequeños; pero sin embargo el todo de su rostro me encantaba.

En suma, no saqué de casa de Don Juan el sosiego con que habia entrado, pues ocupado enteramente el pensamiento en Dorotea no acertaba á pensar ni hablar de otra cosa. ¿Qué es esto, Señor? me dixo Scipion, mirándome como pasmado. Mucho habla vmd. de la hermana de Don Juan. ¿Si estará enamorado de aquella linda dama? Sí, amigo, le respondí: lo estoy, y me avergüenzo de estarlo; pero no lo puedo negar. ¡Santos Cielos! ¡es posible que habiendo mirado con la mayor indiferencia á mil bellísimas mugeres despues que murió mi Antonia, haya encontrado ahora una que en mi adelantada edad encienda en mi corazon un volcan de amor, dexándome sin arbitrio para defenderme! Señor, me replicó el hijo de la Coscolina, parecíame á mí que debia vmd. celebrar esa aventura en vez de sentirla y de prorumpir en tan injustas quejas. No es tan viejo vmd. que desdigan de sus años los ardores de un lícito y casto amor, ni el tiempo ha maltratado tanto su semblante que no conserve toda su gracia, y no mantenga el derecho de parecer bien. Créame vmd. y tome mi consejo. La primera vez que vea á D. Juan, pídale su hermana con toda resolucion, seguro de que no la podrá negar á un hombre de sus circunstancias. Fuera de que aun quando quisiese absolu-

tamente casarla con un hidalgo, vmd. lo es, pues tiene su executoria que basta para que no padezca el honor de su posteridad. Despues que el tiempo haya echado sobre la tal executoria el espeso velo que cubre á todas las nobles familias, quiero decir, despues de quatro ó cinco generaciones, la casa de Santillana será de las mas ilustres.

CAPITULO XIV.

De las dos bodas que se celebráron en la quinta de Liria, con lo qual se da fin á la historia de Gil Blas de Santillana.

Animóme tanto Scipion á declararme pretendiente de Dorotea, que ni siquiera me pasó por la imaginacion que me exponia á un desayre. Con todo eso no me determiné sin cierto rezelo á romper el silencio. Aunque mi cara disimulaba mucho mis años, y podia quitarme á lo ménos diez de los que tenia sin miedo de no ser creido, no por eso dexaba de dudar con fundamento que pudiese enamorarse de mí una muger hermosa y en lo mas florido de su edad. Sin embargo, resolví arriesgarme, y pedirla á su hermano la primera vez que le viese. Este por su parte, como no estaba seguro de conseguir á mi ahijada, tampoco dexaba de tener alguna inquietud.

Volvió á mi casa la mañana siguiente al dia

de mi visita. Señor Santillana, me dixo apénas me vió, hoy vengo á tratar con vmd. de un asunto muy serio. Hícele entrar en mi gabinete, y desde luego se introduxo derechito en la materia. Creo, me dixo, que no ignora vmd. el asunto sobre que le vengo á hablár. Ahorremos de palabras. Yo amo á la señora Serafina: vmd. lo puede todo con su padre; suplícole favorezca mi pretension, disponiendo que sea dueño del objeto de mi amor, que de esa manera perpétuamente reconoceré deber á vmd. toda la felicidad de mi vida. Señor Don Juan, le respondí, ya que vmd. ha excusado de rodeos, y se ha ido derechamente á la substancia, tampoco extrañará que yo imite su exemplo. Prometo á vmd. todos mis buenos oficios con el padre de mi ahijada Serafina, é imploro los de vmd. en mi favor sobre la misma pretension para con su hermana y mi señora Doña Dorotea.

Quedóse alegremente sorprehendido Don Juan al oirme estas últimas palabras, y yo formé un buen agüero al observarle aquella alegre suspension. ¡ Es pósible, Señor, exclamó prontamente, que Dorotea á la primera vista haya conquistado vuestro corazon! Sí Señor, le respondí, encantóme enteramente, y me tendré por el hombre mas dichoso del mundo, si mi pretension mereciere la aprobacion del uno, y el consentimiento de la otra. Eso es, me replicó, en lo que vmd. no puede ni debe poner la menor duda. Es verdad que somos nobles, pero tam-

bien lo es que de la alianza con un hombre de las circunstancias de vmd. ninguna nobleza puede ni debe hacer desden. Me alegro, repuse yo, que no se desdeñe vmd. de admitir por cuñado á un hombre que nació en el estado llano; esto mismo me obliga á estimarle mas, porque es prueba de su buen juicio; pero sepa vmd. que aun quando su vanidad le persuadiese á no permitir que su hermana diese la mano á ninguno que no fuese noble, todavía tenia yo con que contentar aun en este particular su honrada delicadeza. Veinte años serví en las oficinas del Ministerio y del Rey. Para recompensar los servicios que hice al Estado, me gratificó S. M. con una executoria y patente de nobleza, la que quiero lea vmd. ahora mismo con sus propios ojos. Diciendo esto, saqué la executoria de la papelera, entreguésela, y él la leyó con la mayor satisfaccion. Está muy buena, me dixo al devolvérmela: por lo que á mí hace, añadió, Dorotea ya es vuestra. Y á mí me parece, le respondí, poder aseguraros desde luego que podeis contar con Serafina.

Quedáron pues concluidos de esta manera entre nosotros los dos matrimonios, faltando solo saber si lograríamos el libre y gustoso asenso de nuestras futuras, porque ni Don Juan ni yo, igualmente delicados en punto tan importante, las pretendíamos sin su beneplácito y grato consentimiento. Volvióse Don Juan á su Lugar para comunicar mi proposicion á su her-

mana, y yo llamé á Scipion, Beatriz y mi ahijada, para darles parte de la conversacion que habia tenido con Don Juan. Beatriz dixo desde luego, sin pensarlo mas, que se le admitiese al punto por esposo. Serafina dió bastante á entender con su apacible silencio y turbacion, que era del mismo parecer que la madre. No fué de otro su padre, pero mostró alguna inquietud por el dote que le parecia preciso dar, correspondiente á un hidalgo como aquél, y cuya quinta tenia urgente necesidad de reparos. Tapéle luego la boca, diciéndole que en eso no debia pensar él, porque yo desde aquél mismo punto me obligaba á dar quatro mil ducados de dote á mi querida ahijada.

Escribí aquella misma noche á Don Juan, dándole parte de todo. Vuestros negocios, le decia, caminan admirablemente; deseo que los mios no esten en peor estado. No pueden hallarse en mejor, me respondió. Dorotea dió inmediatamente su consentimiento sin esperar á que se echase mano del ruego, ni mucho ménos de la autoridad. Cada instante se acuerda de vuestra persona que le agradó mucho, y no le agradáron ménos vuestros cortesanos modales. Vos temíais no ser de su gusto, y ella por el contrario teme con mayor razon, que solo puede ofreceros su corazon y su mano. ¡Qué mas puedo desear! exclamé fuera de mí de alegría. Una vez que la amable Dorotea no tenga repugnancia á unir su suerte con la mia, nada tengo ya que

apetecer en este mundo. Dios me ha dado mas de lo que me basta para recibirla sin dote; sola su posesion colma todos mis deseos.

Contentísimos Don Juan y yo de ver puestas en tan buen estado nuestras cosas, resolvimos de comun acuerdo excusar todas las ceremonias supérfluas para acelerar quanto ántes nuestras bodas. Dispuse que mi futuro cuñado se abocase con los padres de Serafina; y convenidos en las capitulaciones del matrimonio, se despidió de nosotros, prometiendo volver el dia siguiente acompañado de su hermana Dorotea. El deseo de parecer bien á mi novia me obligó á emplear tres horas cumplidas en vestirme, engalanarme y adonizarme, y ni aun así me pude reducir á estar contento con mi figura. Para un mozo que se prepara á ver y recibir á su dama, esta ridícula fatiga es una verdadera diversion; mas para un hombre que ya se acerca á viejo, es una ocupacion fastidiosa. Con todo eso fuí mas afortunado de lo que esperaba; volví á ver á la hermana de Don Juan, y ella me miró con unos ojos que casi me hiciéron creer que aun valia yo alguna cosa. Tuve con ella una larga conversacion, y descubrí ser de bellísimo carácter, y de un juicio despejado; de suerte que llegué á persuadirme á que con buen modo y mucha complacencia podria llegar á merecer su cariño, aun despues de casado. Lleno de esta dulce confianza, hice venir de Valencia dos Escribanos que dispusiéron los contratos matrimonia-

les. Llamóse al Cura, quien nos casó á Don Juan y á mí con nuestras queridas esposas.

Encendí pues por la segunda vez la antorcha de himeneo, y nunca tuve motivo de arrepentirme. Dorotea, como muger de juicio y de virtud, no tenia mayor gusto que cumplir con su obligacion; y como yo procuraba adelantarme á prevenir sus deseos, ella tardó poco en enamorarse de mí, como pudiera hacerlo, si me hubiera conocido en la flor de mi juventud. En Don Juan y en mi ahijada se encendió con igual viveza el amor conyugal, y lo mas singular fué que las dos cuñadas contraxéron una estrechísima amistad. Yo por otra parte advertí en mi cuñado tales prendas, y le cobré tal afecto que no lo sabré explicar; y él me correspondió de modo que nunca tuve motivo para quejarme de ingratitud. En fin, era tal nuestra fraternal union, que quando llegaba la noche y la hora de separarnos, siempre nos causaba esto sentimiento, de manera que al fin fué necesario resolvernos á vivir juntos debaxo de un mismo techo, para no formar mas que una sola familia.

Tres años ha, lector amigo, que paso una vida deliciosa en tan amable compañía. Para colmo de mi dicha el Cielo me ha concedido dos hijos, de quienes creo prudentemente ser padre, cuya educacion será la ocupacion y empleo de mi vejez.

FIN DE LA HISTORIA DE GIL BLAS.

INDICE

De los Capítulos que se contienen en este tomo.

LIBRO DÉCIMO.

LIBRO UNDÉCIMO.

LIBRO DUODÉCIMO.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO IV Y ULTIMO.